

NOVELA HISTÓRICA

**Abelardo Arias**  
**Polvo  
y espanto**



Lectulandia

Esta es una desgarradora novela de caudillos, montoneros y guerrilleros del norte en la época de Felipe Ibarra, Paz, La Madrid y Lavalle. Dividida en dos cuadernos, unitario y federal, aristocrático y popular, psicológico y épico, enfoca, coordina y complementa la trama desde ambos puntos de vista, demostrando que América se nutre irrenunciablemente de ambas fuerzas. El autor de *Álamos talados*, novelista por antonomasia, no ha intentado una seca recreación arqueológica ni en el nivel de las situaciones ni en el del lenguaje. Los personajes históricos de *Polvo y espanto* son, por el contrario, figuras actuales y permanentes ante la problemática política y social de Argentina y de Latinoamérica.

**Lectulandia**

Abelardo Arias

# **Polvo y espanto**

ePub r1.1  
diegoan 22.09.14

Título original: *Polvo y espanto*  
Abelardo Arias, 1971

Editor digital: diegoan  
ePub base r1.1

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

# CUADERNO UNITARIO

No os ensoberbecáis demasiado los que habéis de morir. De la flor de la  
soberbia, sale  
luego la espiga del crimen.

ESQUILO.

El profundo misterio de la inocencia reside  
En que es el mismo tiempo angustia

KIERKEGAARD.

La Sustancia no falsificada de nuestro ser es  
Amor. Somos ontológicamente amor.

ERNESTO CARDENAL.

Una descarga de fusilería. Debía ser en la Quinta, ejercicios de milicianos. Chapoteó el agua, apenas tibia, en la tina de madera. Si no tuviera miedo que la niñera la escuchara, cantarí y hasta bailarí dentro del agua. ¿Qué le importa ser l señora de Don José de Libarona, con su empaque de aprendiz de godo señorón, si ella apenas tenía dieciocho años y estaba comenzando la primavera?

En esa agua, costumbre de las mejores casas, también se había bañado su marido; él primero, privilegio de hombre. Aspiró el olor; le había agregado un puñadito de sales de Colonia, un nuevo perfume traído de las Europas por Esilda, la prima de José. Un olorcito mezclado a sudor masculino.

Le ardieron las mejillas. Y qué ¿acaso no se había casado a los quince y ya tenía dos hijas? Ni del aire, ni tampoco del Espíritu Santo.

Un tiritón, el agua se estaba poniendo friona; no era el agua. No, no quería pensarlo, pero caía en la tentación. A los dos meses de la boda, José insinuó que deseaba verla desnuda. No, esa palabra no, sin ropas, en el lecho matrimonial. ¿De adónde sacaba esas libidinosidades? Ese libro francés, que le había encontrado en un cajón de su escritorio en Tucumán; abrió y cerró los cajones del escritorio de su marido. No pudo resistir y, al tercer día lo hojeó. Grabados con mujeres más que descotadas, estatuas sin ropas, la época del diabólico Bonaparte.

José era capaz de leer esas cosas o de mirarlas a escondidas. La gente de las Europas, aunque viniera de las Españas, tenía contactos con el diablo, ¡el mandinga!

Rio juguetona, ¿cómo era el macho cabrío del diablo? Ya no tenía al fraile Aráoz, su confesor, para preguntarle, ¿y al cura Gallo? A ese no, era el confesor del demonio criollo, de Felipe Ibarra.

Necesitó, casi podía ser pecado, acariciarse los pechos bajo el camisón de baño, como si fueran las manitas de sus hijas, otro grabado, ¡qué espanto! Una cortesana bañándose desnuda. Sus propios pechos eran, también, duros y exultantes. No precisaba ama de leche; aceptó que a la mayorcita le mezclaran leche de burra en el mamadera del mediodía, para evitar empachos y, de paso, quedar bien con su madre. La pobre había necesitado amas y burras para su chorrera de diez hijos. Se los acarició, le producía placer. La mano de su marido. Las manos de su marido, ¿cuántas cosas de las que nadie le había hablado? Las monjas de Santa Teresa de Ávila debían saber más, la linde del pecado. La noche anterior al casamiento, se miraron mudamente a los ojos con su madre; transmitirle sin palabras. Sólo atinó: el cura ya te dirá que la mujer debe obediencia en todo —marcó la palabra bajando los ojos— a Dios y a su marido.

Sonriendo, ocultó la cabeza tras las tablas de quebracho blanco. No le había

costado obedecer a lo que ella misma le insinuaba a su marido. La sorpresa de manejar a un hombre. Hasta en la volteada de Felipe Ibarra. José no quería meterse; había venido a Santiago para una larga visita, después de dos años en Tucumán, y, sobre todo, para arreglar la herencia paterna. Le había tocado esa casa, una estancia y plata; su marido la haría fructificar, como a ella su vientre. Ya vendría el varón.

Se estremeció. Tiros de fusiles y galopar de caballos. ¿Una patrulla del gobierno? ¿De cuál gobierno? De nuevo, tiros y ya más cerca del corredor exterior, en su calle por lo menos. Salió de la tina, no se acostumbraba al peso de los pechos, le parecían ajenos. Lo incómodo del placer le tocaba a las mujeres.

Lubina la cubrió con el toallón para quitarle el bañador.

—¿Escuchó, mi señora?

Leyó en sus ojos.

—¿Serán? —la voz le tembló y se le mezcló a un alarido continuado y azuzado en tres bocas. Alguien recibía de una el odio, lo amasaba con saliva y lo soltaba en otra con mayor y espontánea rabia: ¡Mueran los salvajes unitarios!

Sus manos se atropellaban con las de la criada en la suave toalla de hilo.

Estaba claro, cómo no se había dado cuenta. Su marido debía saber que Felipe Ibarra volvería, que había vuelto, y escapó para no asustarla o comprometerla. Apenas era el 28 de setiembre de 1840; ni tres día había durado la tan cacareada revolución. ¿O escapó por cobardía? Tuvo miedo de que en la primera prueba su marido resultara cobarde. La mitad de los lazos se le enfriaban o relajaban. Había sido como el sustituto de su padre muerto; de un techo protector al otro.

—¡Mi niña, escóndase en la cisterna!

La voz de Lubina era firme, conocía todo lo por suceder; los de la partida federal eran de la misma laya que ella, hasta probable que fueran parientes. ¿Acaso, ellos mismos, los Palacio, flor de unitarios e *ilustrados* en Santiago, Tucumán y Salta, no tenían tantos federales enquistados en la familia? ¿Acaso su padre Don Santiago de Palacio no fue gobernador con la venia, elegido e impuesto, por Felipe Ibarra? Las cosas había que decirlas para poderlas comprender y manejar. Si su padre viviese, ni Felipe se atrevería con ellos. Quién sabe.

Nunca se vistió más rápido, una mujer necesitaba tener miedo. Casi la empujaba corriendo a lo largo del primer patio. Se detuvieron un instante, las botinas en los ladrillos gastados del piso, junto a los macetones de jazmines. Retumbaron los culatazos de los fusiles contra el entablamiento de la puerta. Corrieron al segundo patio entre rosales y malvones. Gritaban el apellido de su marido. ¿Y si José hubiera tenido miedo? Ganas de correr hacia el zaguán, sacar la tranca y entregarse con ademán de matrona romana, de mártir cristiana arrojada a las fieras, y gritarles que su marido no estaba porque era un cobarde. Acaso le achacaba su propio miedo. Lubina la empujaba. Los chinos de la partida se apoderarían de ella y hasta la violarían en la

alfombra del estrado. Violarían. Corrió entre los naranjos y limoneros del tercer patio, el perfume de los azahares. ¿Por qué la palabra violarían? Corrió ajustándose la ropa, una mano en los pechos y la otra en el bajo vientre.

Rara vez comentaban las cosas realizadas por los indios, la plebe, la chusma, en contra de ellos. Los golpes se repetían. Ya debía ser un ariete improvisado, utilizarían el palenque, la echarían abajo. Una puerta de ellos significaba tan poco, ahora.

—¡Mi niña, mi señora!

La voz de Lubina se mezcló al resplandor del sol en el agua del pozo y el vaho fresco, tiritó. Ya no tenía miedo, esto lo podía hacer con seguridad; su madre también se había escondido en una cisterna. Los señores de pro, los notables, debían aprender la costumbre de ocultarse. La sogá. La escalerilla de ladrillos musgosos y resbaladizos. Todo era posible; pero lo seguro era los culatazos, la violación, la muerte.

Bajó sosteniéndose, Lubina la mantenía de las axilas, de nuevo la aupaba. Las manos cerraron la tapa de hierro colado. La luz reflejaba astillas de espejos en el agua. El balde le rozaba la cabeza. ¿Y si los salvajes exigieran agua fresca para ellos o sus caballos? ¿Y si...?

—¡Mijitas! —gritó. No entendía cómo las había olvidado en el dormitorio. Una hiena sin instinto maternal. Ya no le importaron los golpes. Una nueva descarga, debía ser contra las ventanas de la sala. Saltaría la araña de cristal de Bohemia, que pensaba llevar a su casa de Tucumán, para cuando sus hijas fueran grandes. Aunque gritara nadie la escucharía, salvo que la partida tuviera sed. Tan cobarde como su marido. Los que poseían tanto, llegaba un momento en que forzosamente se transformaban en cobardes. Lo que se teme perder ya está perdido. Imposible, sola no podía levantar la tapa sin resbalar. La gritería en el primer patio. Los portazos.

—¡Es mía, no la toques!

—¡Demasiado blanca y bien tenida para ser tuya!

—¡Qué sabrás vos!

Sus hijas. Lubina tenía más imaginación y ocurrencia que ella, más lealtad que ella, más que su mismo marido. O arriesgaba menos.

—¿Y se le parto la cabeza de un culatazo?

—¡Antes tendrás que partirme la mía, chino alzado!

—¡Basta, Fructuoso! ¡Nos han mandado a buscar al salvaje Libarona o a interrogar a su mujer, y guay de que toque algo más, mandó Lunita!

Voces confusas, arrastrar de botas de potro y grandes espuelas. Una patrulla de la milicia provincial. Lunita tendría que ser el atroz capitán Simón Luna, el Shimu Negro. José no podría huir; las tropas de La Madrid o Paz ya habrían fugado o no llegarían nunca. Tenía razón de no quererse meter en la aventura. Felipe vencía a la larga, sería gobernador cuando le viniera en gana, como lo era desde hacía veinte



años. Un gaucho mañero, huía al monte para volver con más gente. Ella y su familia tenían la culpa, querían que José llegara a gobernador de cualquier provincia del norte, como era lo habitual en su estirpe. Seguir siendo notables. ¿Y quién, sino ellos?

La cadena de la roldana comenzó a crujir. Demasiado pronto, podían oír desde la calle; esa gente tenía el oído muy fino, acostumbrado a distinguir rumores en los montes. Se abrió la tapa. Tuvo miedo a los bosques del Bracho, donde iban a dar los presos políticos que no morían degollados o en el cepo. Conocía muy bien a Juan Felipe Ibarra; se cobraría la sangre de su hermano Francisco de alguna manera espantosa.

—¿Se fueron?

Se contestara que sólo había sido una pesadilla de la siesta. Otra fue la respuesta. La terminó de vestir. Sus propias manos no le alcanzaban para acariciar a sus hijas. Había corrido desde la cisterna para mirarlas, recuperarlas; las manos mohosas y barrosas les dejaban rastros en las mejillas, contuvo la risa. Escapar y llevarse a la que amamantaba. Lubina asintió con un ademán y gesto de prisa. La miró hondo, no sabían utilizar palabras de agradecimiento entre ella. Era de la casa.

Un nuevo golpeteo le cortó el aliento, después comprendió; quien utilizaba la manita de bronce del llamador en una puerta semisdestrozada, las buenas maneras enquistadas aun en el horror, era de los suyos; de los que, ahora, podían traer malas noticias. O alguien que no deseaba comprometerse demasiado entrando sin llamar, vanas sutilezas.

Lubina volvió acompañada por Espeche, viejo amigo de su padre. Bastó mirar su cara.

—Agustinita, han tomado preso a tu hermano Santiago y todos corremos riesgo... Todos, en especial quienes firmaron el acta de destitución del —dudó, ya no se atrevería a decir el tirano— gobernador Ibarra. Dios se apiade de quienes lancearon a su hermano Pancho o quienes no quería escuchar, ella misma había dicho que su marido tenía muy hermosa letra, quería sentirlo importante de cualquier modo. Los demás, allí en su sala, habían insistido para que escribiera el acta. Se negó, estaban avecinados en Tucumán; terminó cediendo. Siempre cedía con su amable sonrisa; el aceite en las tempestades.

—Debo avisar a los otros, ¿y tu marido?

Espeche tenía miedo o le atraería regar el miedo y contemplar el resultado. No, todos tenían miedo.

—Se fue a la estancia... —No sabía dónde estaba, por ilógico que pareciera. Salió mientras ella se desvestía para el baño.

—No habrá querido comprometerte, tampoco a tu familia —había cumplido y se fue.

Las excusas de los suyos también serían semejantes. José era incapaz de levantar

un arma contra nadie y a Pancho Ibarra lo mataron a lanzazos en el Polvorín. Besó a Elisita y la dejó con Lubina, se llevaría a Lucinda. ¿Qué haría ella si mataran a lanzazos a un de sus hermanos? ¡Y Felipe miraba por los ojos de su único hermano! Estaría como jaguar cebado y herido.

—No, mi señora, salga por el fondo. Los Pinto la pueden aguaitar.

El resto de la servidumbre se había escondido en la huerta; como las comadreas corridas de las cuevas por la inundación, salieron para verlas pasar. No servían para estos menesteres, ante lo imprevisto enmudecían inmóviles. Corrió entre los azahares, los hornos de adobes; treparía al troje y a la pared lindera para descolgarse en el baldío. Lubina llevaría a Elisita a casa de su madre; ella iría cuando todo se calmara.

Se entrecasaban a Lucinda como un bulto menudo y precioso, el juego del barquito cargado. Una última mirada desde el paredón hacia el tercer patio, Elisa no lloraba. Si Felipe se metía con faldas no era casualmente por politiquería, bien lo sabía. En el gran baile de su casamiento, cuando su hermano mayor le presentó como señora de Libarona, Felipe había vuelto a mirarla intensamente, dominadoramente. Los viejos adobones de barro se le deshacían bajo las botinas; la paja le quedaba entre los dedos, alguna le ardía bajo las uñas. Miró a Lubina y a su bebida. Felipe la había mirado la primera vez, con ese modo que miran los hombres, a los quince recién cumplidos. No sabría, no le importaría, que José hubiera pedido visitarla. El tirano ante quien cedían todos, menos ella. Labios estrechos, pérfidos. Miró hacia abajo; más alto de lo que recordaba como para largarse con su hijita en brazos, se la hubiera atado a la espalda como una chola. Mirar al gobernador tirano en esos ojillos abolsados, duros y penetrantes hasta cortarle el aliento, una mujer podría lograrlo. Todos sabían que a Ventura Saravia la había devuelto la misma noche del casamiento, que tenía otras mujeres en las más rancias familias. Se largaría en ese montón de yuyos secos para amortiguar la caída. Se deslizó contra la pared áspera. La mirada de Felipe recorriéndole el cuerpo en el baile. Las ramas le rasparon las piernas, le romperían las medias y hasta las finas randas de encajes y puntillas de las almidonadas enaguas; cesó de hundirse, tampoco sabía hasta dónde llegaría la mirada de Felipe, bien podía acceder a una mirada, nada más, a cambio de la vida de su marido, de su propia vida.

Lubina, indecisa por primera vez, mantenía a Lucinda en sus brazos. No era justo que la mirada de un hombre pudiera tanto. Le hizo seña de soltarla, se miraban cediendo sus ternuras; el bultito cayó casi rozando la pared. Un grito y un estallido de llanto cuando la golpeó en el regazo; al nacer, la matrona le dio un chirlo en las nalguitas para el lloro. La apretó contra el pecho y cesó el lloriqueo. La última mirada de Lubina, cortísima, tampoco necesitaba recomendaciones ni consejos.

Corrió tropezando por el baldío. Tiros, alaridos y repiquetear de cascos de caballos. Las hordas de Juan Felipe. En la calle desierta morigeró el paso, como una

señora que lleva su hijita para mostrarla a una tía muy vieja. Tres alaridos escalonados le helaron el cuerpo. No quiso volver la cara, prefirió seguir muy dignamente; era capaz de mirarlos, de resistir la mirada de esos salvajes federales y montoneros como había resistido la del dueño y mandón de ellos.

Una puerta abierta, tras las gradas, para que no entraran las inundaciones, cuando crecía el río Dulce. No recordaba quiénes vivían allí, ni le importaba si los conocía, lo único, por Dios, que no fueran federales. Entró al zaguán. Los alaridos se apagaron a sus espaldas. Cesó la sensación de que podían atravesarla como lanzazos. ¡Francisco Ibarra!

Odió a su marido por dejarla sola con un crío en brazos. Cuando los hombres se iban, las mujeres siempre quedaban así. Sí, ahora lo recordaba muy claro: José había salido para cobrar la venta de unas vacas con cría, más allá de la Acequia Real y del barrio de las quintas. Lo prendería, le robarían el dinero, su reloj y los anillos de oro, la alianza, su regalo.

Nadie contestó. No había llamado pero en una casa con tan ordenada galería y florido patio, siempre había gente para el saludo o para recibir a una Palacio. Abrió el cancel de hierro forjado, ni llave ni cerrojo. Nadie contestó su Ave María o acaso el miedo les apagaría la voz. Abiertas las puertas que daban al primer patio, como si comprendieran que era inútil cerrarlas. La casa vacía comenzó a darle tanto miedo como la calle cortajeadada de gritos y descargas. Entró en la sala casi de puntillas, se detuvo ante el gran espejo; no era posible que fuera esa mujer desgredada, la falda arrugada y con esa expresión de angustia y asombro. Sólo su hija cabeceaba con plácido sueño, debía ser la única en todo Santiago del Estero. Muy pocos tenían tamaño y tan fijo espejo.

La cara de Solana de Herrera; la vio avanzar hasta cubrir la superficie azogada. Se volvió de prisa. En su óleo pintado por el muy joven Felipe Taboada, aparecía la madre del capitán Santiago Herrera que había sido, no, que era el ímpetu y el coraje de la revolución; en las facciones de esa mujer descubrió, o quiso creer, que la revolución continuaría. Apretó a Lucinda contra el pecho, precisaba el contacto de su vida. Llegarían las patrullas, quizá el mismo Felipe Ibarra, para destruir el cuadro pintado por su sobrino. Tuvo necesidad, aunque la creyeran desequilibrada, de sentarse en uno de los sillones de jacarandá y raso azul y esperar: esperarlo, en alguna parte tendrían que encontrarse. El raso azul, color unitario, era un desafío. La misma fuerza que la impulsó asentarse, ahora, la soliviaba. Dudó en hincarse ante una gran imagen vestida de la Virgen y su corona de plata.

Una descarga en la esquina, los fusiles retumbaban más fuerte; cubrió a Lucinda con sus largas trenzas desechas. Huyó, dejaba abiertas las puertas, todo lo saquearían o romperían. Tembló al divisar la gran casa de los Ibarra, torció hacia el río, rodearía la manzana. Para el monstruo y su soldadesca sólo eran sagradas las casas de Dios. El

convento de Santo Domingo le salió la paso, por fin. Imposible e innecesario articular palabra. Nadie necesita explicar lo que lleva marcado en la cara. Corrió por la galería hasta donde la clausura le cortó el paso; la gente la guiaba en un brete de repetidas caras de angustia. Giró hacia la izquierda, una sala abovedada, la sacristía. En la semipenumbra, sobre la gran mesa rectangular, cuatro cadáveres ensangrentados. Los recorrió uno tras otro; en otra circunstancia, le hubiera sobrado un vistazo para descubrir la ropa de su marido. ¿Acaso él reconocería su migana en el espejo de los Herrera? Levantó el paño que cubría una de las caras, lo dejó caer horrorizada; destrozada a culatazos o golpes o patadas de mula, una pasta sanguinolenta. Su primera sensación de arcada, semejante a las que había experimentado José en el bergantín que lo trajo a América. Ninguna de esas telas era de calidad usada por él, aunque los salteadores solían cambiar y robar las ropas, en particular las botas finas. Esas crenchas lacias y negras no eran sus ensortijados cabellos castaños claro. Ni tampoco ese pelo duro y el bigote ralo, el hachado de sable casi le había separado la cabeza del tronco. Ninguno de esos cuerpos podía ser el de José, pero necesitaba verlos, contemplarlos, tocarlos si se atreviera, para entrar de verdad en ese mundo del espanto del cual no saldría; lo descubrió de pronto, como su parienta María Teresa Juárez que miraba en el porvenir.

Un llantito de Lucinda, hora de amamantarla, representaba la vida imperturbable. Buscó el rincón mas oscuro y apartado; siempre dejarían espacio y nadie incomodaría a una madre que amamanta. La miró y la antigua dulzura ocupó el lugar del nuevo espanto. Contempló desde el rincón los cuatro muertos solitarios o sin deudos conocidos, acostumbrarse a la muerte. Su marido podía estar tendido en otra mesa, sin que nadie lo velara; sin que nadie atiende cómo va desapareciendo la vida, cómo las facciones van estirándose y recuperando el tiempo antes de entregarse a la podredumbre. Pensar cualquier cosa, manejar el tiempo en la vecindad de la muerte. Lucinda cesa de berrear; instintivamente conoce su movimiento al desprender el corpiño. Volvió el cuerpo hacia el rincón, aunque pudiera haberse quedado para que la gente mirara, igual que en ese cuadro italiano La Virgen y el Bambino, que le regalaron a su padre cuando era gobernador. Nadie poseía algo semejante en Santiago ni en Tucumán, ni siquiera en Salta. Cuando los dolores de parto de la primeriza, se empeñó en borrarlos recordando la sonrisa de la Madonna. Lucinda se prende con hambre de cachorro que hociquea la teta de su madre. Todo, en el principio, es puro y semejante. Sobre el silencio de los muertos, el sonoro y alegre mamar. Beber el silencio de Dios. Santa Teresa.

Desde la calle, lejos a través de las gruesas paredes, gritos, alaridos, tiros, mueras y vivas. Al amanecer, encontraría forma de comunicarse con su madre. ¿Y si su marido anduviera buscándola con esa desesperación o nerviosidad que volvía torpes sus movimientos? No, tendría que estar oculto o camino de Tucumán. Estaba cierto

que Ibarra no la tocaría; le contó, por vanidad femenina, lo de las miradas. Había sonreído más seguro de sí.

El sueño la vencía; sentada en el piso de ladrillos, la hija en el regazo, rezó las tres avemarías para lograr una buena muerte. Antes, la plegaria le había parecido candorosa y tierna costumbre de su madre. Mirando a los muertos, rogó por la gente a quien quería y, por asombrada primera vez, para que Dios se apiadara del alma de Francisco Ibarra. Rogar por los enemigos, más que evangélico, podía ser una forma despreciable de la soberbia.

Un cabezazo la despertó. Ni la menor idea de dónde estaba, hasta que la penumbra de cuatro cirios con sus chorreras de cebo y el olor a cadáveres le amagó otro vómito. Con el mentón rozó la mejilla de Lucinda, no le cupo dudas, tenía fiebre. Ante la certeza de la enfermedad todo se ordenó en su mente. Se incorporó con dificultad, las piernas acalambradas. No entendía cómo la había paralizado el miedo, cuando habitualmente activaba sus resoluciones. De chica, le gustaba jugar a los miedos.

Pasó entre dos viejas rezadoras. Debía ser más de medianoche. Desde el patio del claustro escuchó una descarga lejana, por el lado de la Quinta o del campamento del Polvorín. Las viejas rezadoras se alborotaron, eran más pero semejaban porciones inmóviles de las sombras. Dudó ante la puerta que la separaba de la clausura; el mundo sagrado donde se encerraban los contados curas por causa de ellas, las mujeres, que siempre encarnaban al demonio, el pecado de la carne. Durante siglos habían dudado si tenían alma. Necesitaba que alguien llevara un mensaje a casa de su madre, a su verdadera casa.

Una mujer corrió a su encuentro; la Tocaba como para cerciorarse.

—¿Dónde se había escondido?, la anduvieron buscando de la casa de su madre, muy asustados, mi niña, como toda la ciudad... —no se atrevía a interrumpirla por temor de que soltara un nombre querido ligado a un hecho espantable—. Se llevaron a la Casa de Belén a su madre y hermanas, ¡no, usted no puede salir a la calle con esta oscurana!

—Necesito que lleves un mensaje, mi Lucinda está con calenturas —la mano parda sarmentosa, tocó la frentecita que le ofrecía como para asegurarla de que participaba en su angustia—. Que no sé qué hacer, que nada sé de mi marido, ni de mi Elisa. ¡Corre, por Dios!

La vio deslizarse en el largo corredor. Voces junto al portal, debía discutir con el portero, no querría dejarla salir; pero ella era de este tipo de mujeres hechas para obedecer y cumplir mandados. El portero, si no era un lego, sería de su misma cría y terminarían por entenderse.

La puerta se cerró tras de la mandadera. Algunos gritos apagados llegaron de la calle. Respiró feliz, la fiebre de Lucinda había bajado, debía ser el hedor de los cadáveres. No, su marido no estaría helado y hediendo en algún convento o tirado en la calle y mordisqueado por los perros chúcaros.

¿Por qué habrían llevado a su madre al convento escuela, que había fundado la Chata Taboada con la ayuda de Felipe, su primo? ¿Protegerla de las patrullas alzadas? El mundo femenino del amor se reducía a que no les hicieran con violencia, lo que

por naturaleza deseaban. Aunque la violencia era lo que más la atraía; las atraía hasta paralizarlas, como esa suerte de ofrecimiento irracional que existía en la mirada fascinante de las serpientes. Le hubiera gustado mirar hasta el agotamiento a una serpiente que estuviera detrás de un vidrio, amarrada, y a la que después debieran matar. Se asombró púdicamente al comprobar hasta dónde la arrastraban sus pensamientos. Ya no era el juego del miedo. Nunca se había atrevido a preguntar a sus amigas si a ellas les sucedía lo mismo. Sería inútil, entre la gente decente las decisiones indecentes se tomaban en silencio. Desde que se enamoró de José, ya no le importaron sus amigas, no tenía tiempo para ellas.

Fue a sentarse en la punta de un largo escaño de madera; esperar al amanecer. El perfume de los azahares cubrió el de los muertos. El portero le trajo una frazada criolla, vendría de la celda de un cura. En cuanto la gente conocía su apellido, era cuestión de sentarse a esperar sin necesidad de ruego. Un mate la entibió el hueco de la mano, sorbió de la bombilla con ansiedad; lo prefería dulce pero ya era mucho pedir. La casa de Dios; por lo menos había un lugar donde los hombres no entraban para luchar, ni para violar a las mujeres y matarlas; no muy seguro, en América y en las Europas se habían visto tantas cosas. Bonaparte, ese tan irrespetuoso con el Santo Padre. Por Santiago pasó el ateo mariscal Lavaysse, que había sido de los ejércitos de Napoleón, arrogante y muy leído, sin embargo, les ayudó en la Autonomía de la provincia. ¿Cuándo se abriría ese portón para dar paso a su mensajera? Ni el nombre recordaba, acaso ni la conocería; en cambio, para ellas conocerla era una especie de obligación. ¿Y sus hermanos? Con su madre no se atreverían, sería como trastocar toda la organización social. ¿Y la revolución de los franceses no había guillotinado a cuanto noble les cayó a mano? Era abrigada la manta; las tejedoras ya estaban abandonando los telares porque las frazadas de los ingleses resultaban más baratas. El libre comercio, que defendía su marido, a Felipe no le gustaba nada, Su padre había sido casi un prisionero de Felipe cuando fue gobernador, no debía injuriar su memoria. Se repetía mucho cuando pensaba, no quería caer en su José. Ya que estaban inventando tantas cosas, hasta barcos que andaban sin velas y a carbón, ¿por qué no inventaban una forma de sacarse de la cabeza las angustias? Todo lo inventado era para aumentar la comodidad exterior.

Entregó el mate sorbido hasta el ruido, el tercero. Se incorporó, arrojó a Lucinda en un nido de lana coloreada, una viviente rosa más entre las tejidas. Otra mujer se despegó de las sombras y vino a ofrecerse. Ya estaban formando en su derredor otra especie de familia. Tenía alma y aire de empolladora, sabía mandar con la sola presencia. Una de esas viejas santeras que tenían todas las iglesias, le sonrió sabedora:

—En el fondo del patio, entre las limas, hay un rodeíto de achiras muy a propósito.

No la entendió, pero quiso escapar a sus ideas, o pasearlas entre el perfume de las flores.

La experiencia de los viejos soltaba más fácilmente las palabras, les quedaba poco tiempo para usarlas. Estirar las piernas, decía su madre. Se acuclilló tras de un jazmín, el sonido fu distinto al de su escupidera, cantora la llamaba Lubina, de porcelana inglesa, debía ser loza nomás. Olor a orín de viejas, tuvo ganas de reír. Podría haber pasado enfrente, a la hermosa casa de los Gallo, y solicitarles muy ceremoniosamente el excusado; pero todos murmuraban que una de ellas era amante o amada de Felipe, o lo había sido. Imposible ocultar nada en esa aldea, los chismes eran como cacareo en el gallinero a la hora del maíz. Y vaya a saber cómo estarían las relaciones entre los Palacio y los Gallo, que se picoteaban en lo más alto de la aristocracia, por decidir quienes eran los más nobles. Rio al imaginarse llamando para solicitar un servicio tan extraño, tan fuera de la gran sala y del primer patio. Además, a esa deshora, todas las puertas estaban trancadas. Se estremeció, la puerta astillada de su casa. Corrió hacia su hija.



**D**io un brinco al verla regresar sin aliento. Había amanecido. Necesitó sacudirla para que las ideas se le coordinaran.

—Dice mi señora, su mamá, que están bien de salud, pero —la zamarreó de nuevo—, pero en cuanto al señor Don José, lo vendió un baqueano y está preso en el campamento de la Quinta.

Necesitaba ver a su marido, no quería imaginar más. De oídas, sabía todo lo que era capaz de hacer Felipe, precisaba que la realidad cortara su imaginación. En su familia no tenían muy firme la cabeza para enfrentarse con horrores. Dudó en dejar su Lucinda a esta mujer, ¿pero qué daño podía causarle? ¿Para qué robarían un niño si abandonaban los propios? Corrió hasta la portería, tendría como testigo a alguien de la iglesia.

—¡Cuidame a Lucindita hasta que vuelva de la Quinta!

Se largó a la calle, su primera obligación era con su marido en peligro de muerte; el cura Gallo volvería a afirmárselo. La ciudad recuperaba la calma. Respiró al pasar frente a la casa de los Olaechea. Un jinete, pueda que un chasqui, galopaba levantando polvo. No podía seguir corriendo como una atarantada por esta calle principal donde se realizaban las procesiones; debía pasar todavía ante las casa de los Iramain, los Santillán, los Neiro, los Villar, los Álvarez, como la señora que era. Necesitaba adonosarse para que la dejaran entrar al cuartel. ¿Quién la creería una Palacio con esa ropa arrugada y sucia? Sin una criada que la ayudara podía muy poco, la habían acostumbrado a lo rico. Sí, esa vieja india y fea pertenecía a su madre. Sólo debía andar por la calle la servidumbre, llevando y trayendo recados.

—¡Justina, vení para acá!

La esclava comprendió el ademán y las palabras, pero las manos le temblaban, mientras por instinto le alisaba el corpiño y las faldas y le sacudía el polvo. No tuvo tiempo de mirarle el hijo que, asustado, se zarandeaba con los movimientos de la madre. No podía pensar en los hijos ajenos.

—¡Mi pobre señora! —soltó en lloro desabrido.

—¿Qué pasa? ¡Hablá!

—Mi pobre señora... ¡Vengo de ver a Don José atado a un poste en la Quinta! Le han robado el reloj, cien pesos, casi le cortaron los dedos por causa de los anillos, y las botas. El baqueano que prometió llevarlo a Tucumán, inventó que iba a dar agua a los animales y lo denunció. Los soldados rodearon el monte y lo trajeron engrillado. Así fue, nomás.

De nuevo, no sabía si gritar que dejara de hablar para correr y mirarlo, o esperar que su curiosidad de las palabras y la angustia se equilibraran. La última imagen de la

india fue un pecho arrugado, que amamantaba al hijo montado en la cadera.

Corrió todo lo que pudo, las cuatro cuadras hasta la Acequia Real y seguirla otras tantas. Se persignó borrosamente al pasar ante la iglesia de La Merced. No había corrido tanto desde la infancia, pero ya no se trataba de un juego. Al divisar el cerco de madre selvas y el portón desvencijado de la Quinta, recuperó su compostura.

Franqueó la guardia, sin que nadie la detuviera ni preguntara, entre la gente mal entrazada y sucia que entraba o salía libremente. Felipe debía permitir, más aún, incitaría al pueblo para que fuera a gozar de los suplicios y escarmientos.

No conocía la antigua Quinta con su naranjal transformada en cuartel, pero le bastó seguir a la multitud. Un gran patio con galerías, que luego se perdía en huertas de frutales mal tenidos y corrales.

Temblorosamente miraba cosas que no le importaban, deseaba y temía el instante en que todo esto desaparecería. Hombres y mujeres se arremolinaban en algunos lugares del patio al rayo del sol. Un alarido se transformó en lamento y la clavó en su sitio, partía del mayor de esos grupos. Risotadas y palabrotas, le sorprendió no cubrirse los oídos; se reforzaban sus ataduras con este mundo puerto y cruel. Tendría que mirar sin ver y oír sin escuchar, hasta que llegara el instante que la espantaría. Se volvió hacia un hombre con pantalones desgarrados, engrillado y atado a un poste, la piel enrojecida y brillante por el sol. El pelo ondulado y castaño claro le cubría parte de la cara. Sus dedos, audacia que se permitió en la noche del compromiso matrimonial, cuando él la besaba, estuvieron entre esos rulos.

—¡José! —gritó horrorizada.

Levantó la cara sucia de polvo. Los ojos castaños se fueron humedeciendo hasta que se anegaron y las lágrimas convirtieron en barro la tierra de las arrugas juveniles, las arrugas de la risa. Quedó enraizada en el suelo. Nunca había visto llorar a su marido; nunca, no lo recordaba al menos, había visto llorar un hombre, se le derrumbaban las calidades, las categorías del sexo. Como excusa, descubrió que miraba igual al Ecce Homo de Santo Domingo, igual de llagado; debía avergonzarse de estar casi desnudo ante ella, y que la gente la viera mirarlo casi desnudo, vergüenza que sólo ellos entendía.

Avanzó indecisa. El centinela la detuvo con el fusil; no lo había visto hasta entonces, lo habría atraído con su grito.

—Déjeme acercarme, aunque más no sea para que mi cuerpo lo cubra del sol —rogó e insistió. Impasible ni siquiera contestaba; le quedaba el gran argumento que todo lo podía—. Si me permite que le cubra la cabeza con mi pañuelo, le daré toda la plata que tengo encima.

El centinela le miró los pechos cuando se desanudó el pañuelo; esa mirada sensual fue su reacción más humana. Repitió el ofrecimiento; los ojos negros metidos en las cuencas habían brillado una pizca. Si se atreviera a cerrar los suyos y abrir más

su corpiño.

—¿Por qué no me contesta? —gritó con rabia por ambos, por lo que le había hecho pensar. Sin poderse contener, se acercó a su marido. Adelantó las manos con desesperación de tocarlo, acariciarlo, cubrirlo con su piel. Un golpe en el brazo derecho la desequilibró y la tendió en el suelo, la culata del fusil brillaba cerca de su cara dispuesta a aplastársela. La voz de su marido rogó;

—¡Véte, por Dios! No aumentes mi tormento; me van a castiga más, después.

No quería oír lo que él decía lastimeramente. Los ojos del centinela brillaban con furor de gato montés. Tenía que ser uno de esos engualichados que se dejarían matar por Felipe.

Se incorporó con dificultad, el brazo le dolía como si se lo hubieran partido. La gente principiaba a rodearlos. La voz lamentosa de su marido. Tenía que alejarse callada, para no darles el espectáculo esperado. Olvidarse de su marido, quizá fuera una posibilidad de que Felipe lo perdonara o liberara. Miró en derredor, cayó en cuenta que, separados por pocos pasos, aparecían otros hombres atados en la misma forma. Cuatro más, creyó conocer algunas caras, o pueda que por angustia repitiera en ellos la de José. Debían ser amigos de su familia o de él. No quiso reconocerlos, aumentar la vergüenza o mostrar una piedad inútil.

Imposible alejarse del gran patio. El sol brillaba en los corpúsculos de polvo y calentaba cada vez más. Se multiplicaban las moscas y moscardones. Se acercó al grupo de hombres más numerosos. No eran gallo de riña: y, de golpe, sí, le pareció un juego aterrador. La cabeza de un hombre sentado, envuelto y cosido en un cuero vacuno recién desollado; la cara sucia de sangre, barro, mucosa y saliva. Un quejido se estiró hasta el aullido. Miraba espantada sin entender en qué consistía, más allá de la forzada inmovilidad, el suplicio; al menos estaba cubierto por esa piel que debía ser fresca y lo protegía del solazo que llagaba a su marido, tenía aún la posibilidad de moverse, de hamacarse.

No quiso mirar hacia la galería central, allí debía estar Felipe Ibarra. Una voz cortante y seca apagó los quejidos; el hombre callaba para no darles el placer del suplicio. Dos soldados se adelantaron con estacas y cuerdas, las plantaron paralelamente y ataron entre ellas al hombre encuerado. Ya no podía moverse.

El sol le ardía cada vez más la piel, le faltaba su linda sombrilla de broderie. Si la tuviera correría hacia su marido y el centinela se la haría pedazos, en una acción incomprensible para entrar en la Quinta. Le dolía el brazo, intentó soltar un leve quejido, pero se lo cubrió un aullido humano. El espanto la erizó, la incitaba a escapar pero al mismo tiempo la atrapaba. Quejarse y sufrir a la par de José.

—¡Así vas a aprender a retobarte! —gritó uno de los guardianes; debía ser alguien más importante porque no cargaba carabina.

Ahora recordaba, lo había escuchado en casa de su padre entre exclamaciones de

horror y tintineos de copas de cristal. El sol secaba y encogía el cuero, luego de horas de agonía, llegaba la muerte por asfixia o porque estallaba el corazón. O nadie sabía exactamente cómo y por qué moría un retobado, ni siquiera quienes lo sometían al suplicio.

A lo lejos, lejos aunque estaba diez pasos, y entre la gente que lo rodeaba, que ya comenzaba a maloler al sol, a sudar, divisó la cabeza de su marido inclinada en todo lo que permitían las ataduras, para evitar el sol o para que no viera sus lágrimas. Debía intuir, por amor, que seguía entre esa chusma. Imaginó la cabeza de José surgiendo en el cuero del retobado, cuando se le ocurriera a Felipe sería la cabeza de él. Ya no tendría vergüenza de estar casi desnudo, lo cubriría totalmente una piel de vacuno, nunca más vería su cuerpo.

Corrió hasta que el patio del cuartel desapareció, no sabía si su marido la habría visto. Iría a casa del ministro Adeodato de Gondra, tendría que recibirla, escucharla, otorgarle una gracia, la gracia, aunque no lo conociera personalmente.

No quiso anunciarse por la puerta principal, lo hizo por el portón de los carruajes, como los pobres y los suplicantes.

—El doctor está durmiendo —contestó la criada.

La miró con asombro, habían pasado varias horas de sol sobre la piel de su marido, ya era la siesta, o se haría negar. El sol en el último patio, con azahares igual al suyo, la urgió a entrar, no podía detenerse ante naderías sociales. La servidumbre miraba cohibida; pese a la ropa desordenada, se darían cuenta que era una señora. Una tras otra, abrió las puertas sin esperar ni permitir que le cortaran el paso. En el comedor de diario, que aún olía a almuerzo, encontró a la esposa.

—Mi marido ha salido, señora de Libarona. Le ruego que se retire por la puerta principal.

Vaciló, ya había realizado lo más difícil y no se dejaría contener por otra mujer.

—¡Señora, necesito ver al ministro!

Siguió, abrió dos puertas de dormitorios, hasta que por fin encontró a Gondra en su escritorio y en mangas de camisa.

—Señor ministro, vengo a pedirle que haga poner a la sombra a mi marido, nada más que esto, ¡en nombre de Dios!

El ministro esquivó su mirada

—Si me hice negar, señora, es porque en esto mi poder es nulo. Bien conoce usted a Ibarra.

Miró el reloj de pie, las 3 y 20 de la tarde. Un ligero vahído, los mates del amanecer había sido su único alimento.

—¿No se siente bien, señora de Libarona? ¿Desea un cordial?

—Gracias, señor ministro. Ya sabe usted lo único que deseo.

Salió sin esperar que la acompañara.

**E**n el Convento de Santo Domingo, supo que su hijita Lucinda, su improvisada niñera y el resto de la familia se habían refugiado en el de Belén. Desfalleciente, comió el plato de mazamorra que le ofrecían y corrió al otro convento. La gente que no se jugaba para ayudar a jugarse a los demás.

La portera le pidió que se calmara.

—Al sentir una descarga de fusilería en la Quinta, a su madre se le ocurrió que habían fusilado a su hijo Santiago, a vuestro hermano, y de angustia tuvo un ataque de pasajera locura. Mejor que no la vea; el doctor Monge prohíbe...

Necesitó internarse en el jardín del claustro, ocultarse entre los árboles, como si pudiera escapar a los fantasmas de su imaginación, que, de golpe, brotaban y se le amontonaban; se escondió tras un alto y perfumado jazmín del cabo, que no la vieran durante unos minutos. Despacito, midiendo el movimiento, llevó una de las flores suaves y blancas hasta sus labios. Sintió miedo al darse cuenta que deseaba reír, soltar risotadas de...

Se cortó, sí, risotadas de loca, como su madre. Todas enloquecían de pavor; hasta debía ser femenino, elegante, que en tales circunstancias una mujer bien nacido enloqueciera. Mordió la flor, un pétalo se manchó de sangre, gritó, era su sangre, se había mordido un labio, una sangría de las que recetaban los médicos. Se compuso enderezándose. No pertenecía a la época de su madre, en la cual la tragedia desembocaba en locura. Le había parecido trágico, tierno, hermoso, que la reina Juana la Loca lo hubiera sido por causa de amor; pero por causa de amor ella tenía muchas cosas que hacer.

—Veré a mis hijitas y hermanas, amamantaré a Lucinda, y esperaré hasta que mi madre se calme... No, no es nada, me lastimé el labio.

Dos días de vivir entre el convento, sus hijas y su madre, y la Quinta con su marido atado. A José le daban de comer una vez al día con una paletilla de madera. Los centinelas habían comenzado a tenerle lástima por verla tan joven y constante. Debía conmoverlos esa lealtad de mujer que los hombres exigen, hasta por leyes, por no creer en ella. Había conseguido que con el puchero le dieran a beber un refresco de limón. La dejaban quedarse, hasta que José insistía, rogaba, que se fuera. Le aseguraban, debían ser mentiras por su olor, que, a veces, lo desataban para sus necesidades y lo dejaban un tiempo tirado en el suelo. No comprendía cómo él, tan refinado, podría soportar este suplicio. Algún día, cuando el espanto sobrepasara la medida, cuando su hermosa caligrafía se volviera temblona e ininteligible de tanto tener las manos atadas, forzadas, sus manos que le habían enseñado tan dulces caricias, esas manos que tantas veces había llegado a creer que formaban parte de su

propio cuerpo, enloquecería.

La vuelta milagrosa de su hermano Santiago, absuelto de culpa y cargo (Felipe no se atrevería a olvidar los servicios de su padre), significó la mejoría de su madre y el regreso de todos a la casa familiar. El temor apretaba y soldaba, aún más, la tierna y probada relación familiar de que se enorgullecían los Palacios.

La ciudad se llenó de rumores en cuento a los condenados. Cualquier pena podría tocarles según el capricho del déspota. Santiaguito Herrera sería ajusticiado de inmediato. Felipe pondría en juego su brutal perversidad como escarmiento. Ya no le importó su hermano libre, sino su marido preso. Al llegar a la Plaza Mayor, un potrero desmantelado, el gentío la detuvo. ¿Cómo se habían reunido tantos sin que las campanas tocaran a rebato? Junto a la ruinosa Casa Capitular un jinete arrastraba al galope y entre las huellas polvorientas una gran pelota. Sería un nuevo juego inventado por Felipe para distraer a la población de sus horrores, una distinta forma de carreras aunque tenía prohibido todos los juegos de azar. Su mundo había pasado a depender de él, y de tal manera, que lo imaginaba en todas partes, un monstruoso mandinga, el supay quichua.

El jinete se acercó.

¡Es un enchalecado, un embolado que arrastran para quebrarlo! —gritó una mujer, cubriéndose la cara con un chal.

Intentó seguir al caballo, gritando:

¿Quién es? ¡Quién es, por Dios!

El jinete azuzó. No pudo alcanzar el ritmo del galope corto, tampoco desprender los ojos de esa esfera que saltaba envuelta en polvo. José, en la posición en que ella había llevado a sus hijas en el vientre, podía estar dentro. Las piernas se le trababan, tropezó y cayó entre las huellas. La bola pasó cerca de su cabeza; deseó que la aplastara, que la matara, sería un milagro de la Virgen de la Merced, si contenía a su marido. El repugnante olor a sangre, orín o sudor, que había descubierto en la Quinta. Olor de los hombres. Ningún quejido. Estaría muerto, si ese bulto hubiera sido un hombre alguna vez. Una última esperanza, pero ya no podía creer en la esperanza, podría ser una bolsa de trapos en broma o engaño espantoso y macabro. No, a Felipe no lo regocijaban las burlas horrendas ni los bufones, como al tirano Juan Manuel de Rosas.

Tendida en la tierra, dolida e impotente. Nuevos moretones y raspaduras en codos y rodillas se le extenderían en su piel tan suave, la mano de José acariciándola como si la apantallara con plumas, el culataza del centinela el primer día. ¿Qué día era? Caras, manos y brazos se acercaron a su cuerpo; la aupaban como a niña, tenía que dejar de serlo. Le faltaba Lubina. Variaba de mujer a niña en un abrir y cerrar de ojos.

—¡Quién es, quién es, por Dios!

—¡No, Agustinita, no es Libarona!

Conocía esa voz femenina. El sol no le permitía ver claramente, sus ojos agacelados, azules, no estaban hechos par el sol, su tenaz sol de Santiago.

—¡Júramelo, por Dios! —imploró, mientras la alzaban.

—Es Santiago Herrera —terció una voz de hombre.

La cara de esa mujer le resultaba muy vista, le importaba poco, sólo deseaba ver la de su marido. Pisó con firmeza, no se había torcido los finos tobillos. Era tan frágil, que le pasmaba de asombro la fortaleza de su cuerpo. Se avergonzó al sentirse feliz de que esa bola no fuera su marido y sí Santiaguito Herrera. ¿Quién podría amar a Santiaguito como ella a José?

Se apartó agradeciendo con un murmullo; les resultaría fácil ubicarse en su lugar, a todos les podía suceder. Bastaba con la suerte de un combate, en el cual ni siquiera participaban, para que los papeles cambiaran. Caminó de prisa para evitar sofocos. El sol cosquilleaba la piel de su mano, el mismo sol que ardía y llagaba la de su marido los unía.

Desde el portón descubrió que todo había cambiado, hasta la forma en que la miraban los soldados. No quiso, no se atrevió a preguntar sobre Santiago Herrera; este apellido y el suyo pertenecían a esos que ahora no se ganaba nada con mencionar, como antes se ganaba todo. Su marido no estaba atado al poste. Su alegría fue chispa de centella; pero la imaginación comenzó de nuevo a funcionar alocadamente, sí, la maldita palabra.

Preguntó, preguntaba a cuanta persona quería escucharla, eran tan pocas. Los militares enmudecían, la disciplina o el miedo. Se acercó a la vendedora de empanadas y pasteles.

—¿Macho o hembra? —preguntó la mujer, ante su asombro. Sonrió burlona al descubrir que no entendía—: Macho es el que tiene huevos... en el picadillo de carne.

—Macho —contestó, casi por desafío.

Lo sacó ella misma del sucio rebozo en la estropeada canasta de mimbre. La mujer permaneció impasible, la cara seca y arrugada de las mestizas del campo; adivinaba lo que deseaba, pero querría que se rebajara a preguntarle. Uno tras otro dejó caer tres reales más en la palma callosa que le tendía.

—Coma el pastelito, no se haga la melindrosa —dijo, apartándose hacia la sombra de un limonero.

La siguió dispuesta a todo, una mendiga. La mujer miraba con rencor el pastel que había conservado en la mano, para tirarlo en cuanto supiera. Imposible.

Comió, lo hubiera comido y lo volvería a comer aunque la grasa de pella frita y tibia le repugnaba. Como se hablara de la mercadería que mostraba, continuó:

—A Don Libarona lo sacaron a la mañanita, atado y atrás de dos jinetes, junto con el juez Únzaga.

—¿Lo lanzearon? —comenzaba a no temer las palabras

—Si grita de nuevo, me voy. No creo, para mí que los llevaban al destierro; para mí que los mandaron a Matará, o vaya a saber si al Bracho, o al Chaco Gualamba. Uno de los soldados que los cuarteaba me compró varias empanadas.

La miró hondo, ya sabía distinguir cuándo la gente podía darle algo más, la cisterna de la empanadera estaba seca.

—¿No quiere saber cómo enterraron al Santiaguito Herrera? Se lo entregaron así, en el retobo, a la familia después de tenerlo horas al sol, frente a la casa de tatita... ¡Fue traidorazo!

La mirada llena de odio la hizo temblar, los indios mansos de sus estancias miraban de otra manera, al menos delante de ella. No supo darle el adiós, no cuajaba. Se dirigió hacia el cuerpo de edificios. A los pocos pasos volvió la cara para decirle:

—Voy a ver a tu tatita Ibarra.

—¡Si la recibe, so pretenciosa! —soltó en una carcajada.

Se lo negaron una y otra vez: «Está ocupado con la justicia». «No recibe a nadie». Recurrió por último al capitán Dávila, que había conocido en casa de su padre.

—No puedo, Agustinita. Ni yo sé dónde lo confinará. Es muy probable que ni él mismo lo haya resuelto. Sólo te puedo confirmar que está vivo.

—Tengo que ver a Felipe, lo veré, sabes que me conoce. No puede negarse a decirme dónde enviará a mi marido, hasta sería en contra de la religión.

Quedaría allí hasta que saliera; Dávila no se atrevería a echarla del cuartel. Sentada en el corredor que conducía al patio de los corrales, como una de esas chinas del pueblo que había visto esperar interminablemente, que parecía nacidas para esto. Por allí tendría que pasar. A Felipe le agradaría verla humillarse, su resentimiento y vanidad heridos se sentirían satisfechos, aunque sólo fuera a medias. Comenzaba a comprender que lo habría herido en la medida de su orgullo del poder, en la medida que los hombres se sometían y casi todas las mujeres estarían o estaban dispuestas a entregarse, el poder las fascinaba. La acción de «echarse a sus plantas, humilladas pero honesta» no podría satisfacerlo. Su madre se lo había advertido. Pero ¿hasta dónde estaba dispuesta a llegar para salvar la vida de su marido? La honra se le transformaba en un dilema de salones o de cómodos confesionarios ante su marido enchalecado. Por una hora de sumisión, repugnancia y vergüenza salvar horas, días y años de la vida de su marido. Vivir ciento cinco años como Judith, la bíblica.

En la tierra removida y suelta reconoció un rastro húmedo, como los rastros de una petaca de cuero caída en el barro. Santiaguito Herrera; quizá, nadie hubiera podido salvarlo o nadie habría querido. Tiró del collar de oro y apareció la crucecita de brillantes regalo de bodas de José, tibia del contacto de sus pechos, la besó fervorosamente. Alguien. Él, o Santa Teresa de Ávila, debían darle un consejo. Su marido preferiría morir con la honra intacta; esa valiosa honra que muchos maridos perdían por obra de su cristiana mujer, sin ninguna excusa, y todo continuaba en el



mejor de los mundos. ¿Y por esto habría de sacrificar la vida, por ello no vería más a su marido? ¿Los patriarcas y los reyes bíblicos no tenían muchas mujeres? ¿Y no llegaría un momento en el cual la religión encontraría heroico que la mujer sacrificara su honra, que al fin y al cabo, era un placer a menudo forzado, para salvar la vida del marido o, más allá, de un semejante? El mal menor por un bien mayor. Debía ser como la desesperación de cuando se descubre un remedio, a poco de muerto alguien que se ama más que la vida misma. Además, Felipe era un hombre callado y discreto, sus amoríos se habían conocido por el chismorreo social de las desilusionadas. Y había que reconocer, según murmuraban, la culpa de su mujer, que no llegó a su cama como debía, tota pulcra, decían las viejas latineras y fraileras, utilizando el idioma de la misa para nombrar cosas puercas. Se estremeció, por lo menos tendría que confesar el pecado mortal de los malos pensamientos. Pero Dios mío, ¿por qué una miserable parte de mi cuerpo ha de valer más que todo el de José? No sólo yo lo necesito, aunque yo sea la única capaz de luchar y sólo tengo para ello mis armas naturales, mis armas de mujer, que ni siquiera son armas. La voz habría retumbado en la galería, y hasta habría espantado a los caballos del gobernador y de la escolta, que estaban ensillando. Le temblaron manos y rodillas. Adelantarse antes que Felipe montara; le gustaba pasar como ráfaga. Divisó su caballo con montura y arneses enchapados en plata y oro. Dios mío, en tus manos encomiendo mi espíritu, hágase Tu voluntad. Corrió como a los brazos del amado, o como Judith después del festín al lecho de Holofernes. Podría matarlo con su propia espada y salvar a la provincia de tal azote. Creyó que había gritado la frase, que había despertado al alma ingenua, ardiente, y vengativa de Holofernes, de Nabucodonosor su amo. Tenía a Dios de su parte.

—¿Qué quiere aquí esta mujer? ¡Que salga al instante, que la echen fuera! —gritó con arrogancia el gobernador. Agregó otras palabras; no quiso creer que Felipe Ibarra la trataba como a una cuartelera, pues bien sabía que no lo era. Le ardían las mejillas, quizá fuere su manera de defenderse. La voz dura insistió:

—Deja a ese gallego en donde está, bien está allí. ¿Acaso su ausencia no te da la libertad? ¿Qué tienes que pedirme para él?

—¿Cómo no he de venir a interceder por él si es todo lo que tengo en la vida? —con esta precisión innecesaria había cometido un error, lo afrentaba. Si ella como mujer no podía olvidar lo sucedido entre los dos, él como hombre picado en su amor propio no lo olvidaría jamás.

Montó de un salto; hasta esa agilidad jactanciosa debía estarle dedicada. O se portaba como una chiquilla sin costumbre de recibir homenajes masculinos. Se adelantó hacia el caballo.

—¡Que la echen fuera! —volvió a gritar enfurecido, mientras chasqueaba el látigo con tal fuerza y precisión que la asombró no le hubiera cruzado la cara. Podía ser como el chasquido empleado para azuzar a los animales; pero no tuvo miedo y sí

asombro por lo desusado del trato de un Ibarra a una Palacio.

Partió envuelto en el polvo que levantaba su caballo y los de la escolta. Un inesperado telón de tul sobre el final incongruente de un drama, de ese que había imaginado, más que visto en La Ranchería, en Buenos Aires. La gente que actuaba no tenía realidad ante su propia vida enamorada. Todo estaba perdido para siempre, ya no vería más a Ibarra. Judith y Holofernes volvían a la Biblia. No era sagrada, Felipe la había injuriado.

**S**e tendió otra vez en la cama, se palpó las muñecas y la frente; desde hacía dos días, tenía fiebre. Retiró la mano, no quería tocarse ni palpase, el pecado del propio cuerpo; al fin, lo que había dicho Felipe no era del todo inexacto. No lo discernía con claridad, pero en un momento dado estuvo dispuesta a entregarse. La ola de vergüenza la hizo temblar. ¿Era o había dejado de ser honesta? Tendría que llamar al doctor Monge. Soltó el sollozo que la ahogaba desde el cuartel; no entendía cómo podía contener tanto tiempo las emociones y, después, cuando en los demás desaparecían, en ella estallaban. Dávila la había conducido hasta la puerta, con dulzura susurró: «Lo ha desterrado al Bracho, junto con Únzaga; por lo menos, estarán acompañados y podrán protegerse». Lo miró con espanto y agradecimiento; esa rara mezcla de sensaciones que estaba aprendiendo y sustituían a las antiguas de la dicha, que no se amalgamaban con ninguna pena. Pudiera que el Bracho no fuera tan horrible; existía un fortín, aunque a los confinados los enviaran más afuera, hacia los bosques, los indios y los jaguares. Se revolvió en la cama. Estaba atada al poste y no José. Ardía, el sol la quemaba por dentro. Judith y Holofernes.

La voz apagada de su hermano Santiago la nombraba en la penumbra.

—¡Alégrate, tengo un mensaje!

Tomó el papelillo arrugado, corrió hacia la ventana y la abrió. El resplandor la cegó un momento, comenzó a reconocer los rasgos, la letra de su marido: «No dejes venir a Agustina y envíame ropa, estoy desnudo». La estremeció y avergonzó como siempre la palabra desnudo.

—Me lo trajo ocultamente un mensajero. Bien sabes lo que arriesga.

—¡Qué más dijo, por favor!

—Vive y eso es mucho. Durante la marcha, varias veces hizo el acto de contrición creyéndose a punto de morir. A Únzaga y a él los ataban a troncos de árboles, anunciándoles que los matarían a lanzazos... Lo hacían por orden de Ibarra. Te lo cuento yo, antes que los sepas por otras bocas... El mensajero vuelve para el Bracho al amanecer.

Sin que le temblara la mano, que lo pasado fuera pasado, colocó el papelito en el guardapelo, junto a un rulo de él, de cuando era chico. El suave y cálido clic del cierre del medallón de oro terminó el acto; lo guardó en la mesa de luz. Olvidó la fiebre. No existía.

Tendría tiempo de repasar las palabras de su hermano. Salió de prisa, con Lubina y una maleta de cuero, para la otra casa. Al llegar, la perfumada soledad le golpeó el corazón. Reunió tal cantidad de ropa, que la criada comentó:

—Señora ¿y cómo va a hacer el chasqui para llevar tanta impedimenta?

Cuando se trataba de dar o servir o amar a José no tenía medida. Redujo el montón a ropa de campaña liviana y alguna de abrigo.

—Esas botas son demasiado lindas, no hay que tentar al diablo, mi señora.

Lubina era como el fiel de su balanza, el sentido común del pueblo. Eligió unas botas más ordinarias; en lugar de utilizar la maleta colocó todo en una bolsa de cuero, más fácil de llevar. Aprender su papel de mujer de un confinado. Nadie había tocado el escritorio de su marido: del doble fondo de un cajón, sacó un bolsillo con monedas de oro y plata. El cofrecito de las joyas; se prometió regalarlas a la Virgen de la Merced, de Tucumán, si lo salvaba. No todas, porque algo tendría que dejarle a sus hijas; por causa del padre las olvidaba, pero ellas no estaban en peligro.

De nuevo en la casa familiar, la bolsa bajo su cama, se recostó después de amamantar a Lucinda. Tendría que buscarle un ama, estaba demasiado nerviosa y esto dañaría su leche. ¿Y si el mensajero no volvía? ¿Si Ibarra lo hubiera descubierto? Una moneda de plata para él, ¿y cuántas de oro para José? ¿Y si el mensajero se robaba la ropa y el dinero? Le agregó otras cuatro de plata, de las que había acuñado Ibarra, también podían serle útiles. Sí, tenía fiebre. Pero ¿cómo y para que viviría ella aquí y su marido en el Bracho? Sus niñas podían ser cuidadas por su madre, habían heredado su fortaleza; en cambio, José no podía vivir sin ella. Los labios y el paladar secos, pero no llamaría al médico.

Escribir la carta antes que llegara el mensajero. Conocía su enfermedad: precisaba a su marido, vivir con él, tenía dieciocho años; alguna de sus amigas había casado a los catorce y, en el campo, solía pasar a los trece, sin necesidad del cura.

«Mi bien amado: Que Dios lo proteja y nos proteja a todos los que sólo vivimos para usted y por usted. Yo no puedo permanecer sola, mientras usted está solo, porque en tal separación no obró su voluntad ni la mía. Hoy fui a nuestra casa, ¡lo fue por tan contado tiempo!, el perfume de los azahares me recordó la noche —¿podría o no escribir la palabra noche o sería muy osado?— de nuestras bodas, en casa de mi padre. El patio de baldosas rojas, y mi blanca falda de encaje y la cola recogida, y si usted me lo permite, el calor un poquitito húmedo de su mano al acariciar la mía. Y sus botines muy brillantes y mis blancos chapines, y usted me dijo, al pasar de un patrio al otro, que era el ser más feliz, y yo lo miré porque usted mentía a sabiendas, mi amor, pues yo era el ser más feliz de los dos. Y las mujeres sabemos más de la felicidad y el dolor, más que los hombres. Y hoy que estoy sola y con fiebre ¿me permitiría usted que le dijera que se trata de la fiebre que en mí despertó su mirada? Sucedió en el baile de la casa de los Aráoz, y usted me miró, mi bien amado, y yo me había colocado en el primer patrio junto a la gran enredadera florida de jazmín del país, para que usted tuviera que encontrar mi mirada entre las flores menuditas y mis ojos claros le parecieran más grandes y extasiados. Quizá usted no lo adivinara, mas cuando yo lo vi dije para mi corazón: este hombre será mío y yo seré de él; porque

una mujer a los catorce sabe más que un hombre, de diez años más como los suyos. Y yo había estado vistiéndome y adonosándome como tres horas con mi madre y las criadas, pues era mi primer baile y yo sabía que usted estaría con su aire de cachorro triste y displicente. Y usted lo está hoy como perdido y sin dueño... Nuestros dos años de amor en Tucumán».

Le dolió, no, no eran cosas para escritas, mejor para insinuadas y acariciadas, además, eran tan hermosos los dos juntos, él y ella. No; tenía que ir al Bracho, hundirse en el mundo de su marido. El cura Gallo les había dicho que la mujer debía seguir al marido. No, sólo tendría que escribir:

«Mi bienamado marido y señor: Le ruego me permita realizar lo que mi deber y mi amor me exigen, acompañarle en el Bracho. Su obediente esposa, Agustina». Su primera esquila, la primera vez que estaban separadas. Sí, esto se estilaba entre su gente, las pasiones no se mencionaban siquiera. La alcoba era un tabernáculo, a veces con varias puertas, sonrió.

Cuando el médico la dio de alta, llegó un nuevo mensaje: «El Bracho no es lugar seguro para una señora joven, pues hay que temer las partidas de indios que erran siempre por sus contornos. Los tormentos serían dobles, sufriríamos hambre y sed en estos montes y alpatacos estériles, y sobre todo, ¿no eres necesaria a nuestras niñas?». Los argumentos le parecieron inconsistentes, los conocía y nos los temía. La caligrafía de su marido ya no era tan perfecta ni preciosa. Releyó ansiosamente, le pareció que deseaba ser convencido, que ella ganara la partida. Tampoco se atrevía a decirle que la amaba y que extrañaba su cuerpo, como ella el suyo. Se avergonzó de lo que pensaba, el matrimonio era un sacramento.

Lo más difícil resultaba convencer a su familia.

—¡No me hables de ese desatino! —clamaba su madre, para agregar con verismo que la paralizaba—: Si quieres y prefieres tu papel de esposa al de madre, yo he terminado con el mío y no tengo por qué serlo de nuevo sin motivo valedero.

Obstinada inflexibilidad o cubría con ella el temor de verla robada por los indios; el gran miedo de la generación de su madre eran los malones, el de la suya los montoneros. Santiago, su hermano mayor, no daba opiniones que la gente podía transformar en ideas políticas. Pese a esto, sabía que en todos los empréstitos y contribuciones extraordinarias para pagar las tropas, unitarias o federales, con gusto o con rabia, ellos debían aportar el máximo por su fama de ricos. Tendría que resolverlo ella misma.

Menudeaban los mensajeros; pero las respuestas de José no cambiaban. La desesperanza la empecinaba en el deseo de unirse a él. Santiago terminó por ceder.

—Te dejaré partir siempre que vayas bajo la protección de Gregorio, nuestro hermano menor.

Imposible creer tanta dicha. Fácilmente encontró un ama para Lucinda: Lubina

continuaría de niñera para Elisa bajo la vigilancia de sus hermanas. Simple y realizable, hasta que supo que necesitaba una licencia especial de Ibarra. Los miró consternada; su madre no pudo ocultar la alegría. Gregorio, ante la sorpresa de todos, dijo que él mismo iría a solicitarla al gobernador, que se arreglaría para conseguir la audiencia.

Esperó dos días muerta de angustia, con «Las moradas» de Santa Teresa en las manos y sin lograr dar vuelta una hoja. Gregorio repitió, con solemnidad que aun les extrañó más, las palabras de Ibarra:

—¡Que se vaya al bracho, se está loca, y que se la roben los salvajes si esa es su voluntad! —en boca de su hermano, creyó escuchar la voz que la había injuriado en el cuartel.

Pero ya nada le importaba, ni la forma en que Santiago había apretado los carrillos. Podía correr a los brazos de José.

**S**e volvió para mirar las contadas torres de la iglesias de Santiago, quizá no las vería nunca más. Estrechó a Elisa contra el regazo; llevar a su hijita de dos años, a caballo, como había resuelto a último momento, le pareció una locura, era, pero quería mostrársela a su marido o calmar su conciencia de madre. Gregorio la había mirado con su silencio de diecisiete años, ni pronunció palabra de aprobación o censura cuando la familia se oponía a ese nuevo dislate. Parecía limitarse a cumplir una orden en la cual lo principal fuera conocer bien el camino a Matará. La despedida, recomendaciones repetidas y estallidos de lloro de su madre y hermanas, habían sido para ella movimientos de autómatas: la idea de ver a su marido borraba las demás. Entre visillos y postigos entreabiertos, el vecindario los vio partir, no se atrevió a desearles buena suerte. Tampoco le importó.

Aunque Gregorio hubiera agregado más pellones a la montura, le resultaba duro galopar un trecho largo y menos trotar con su hijita en brazos; no obstante, abreviaba las paradas que cada tres leguas imponía su hermano. La polvareda que levantaban los caballos volvía a alcanzarlos, como incitación a proseguir la marcha; la respiraba casi sin molestia a través de la gasa con que había envuelto su cara y la de su hija, debía ser el mismo polvo que aspiraba José.

Al oscurecer, llegaron a las altas barrancas del río Salado y los caballos se abalanzaron para beber; Gregorio los guiaba por los escarpados senderitos. Si no se divisaran las menguadas luces de Matará, se hubiera tendido a descansar junto a ese río que todos soñaban que un día fuera navegable. Un sueño santiagueño. Tendrían que pasar la noche en el pueblo. Si no hubiese traído a Elisa, habría rogado para que siguieran viaje; pero estaba deshecho y su hija lloriqueaba de cansancio.

En el fortín, de nuevo la asaltó lo inesperado; Fierro, el comandante de frontera, les comunicó que no podrían pasar hasta el Bracho sin una autorización escrita de Ibarra, no bastaba la oral.

—En este caso, enviaré un chasqui a Santiago para sacar la orden. Si he dicho alguna cosa que no es, consiento en ser castigada.

Ser castigada hasta corporalmente le importaba poco, un modo de acercarse más a José, lo que ansiaba era pasar de cualquier forma. Podía ser una nueva artimaña de tortura, que desde allí la obligaran a regresar. Fierro accedió, pero la separó absurdamente de su hijita y hermano, en un rancho con centinela a la vista; serían sus rehenes. A poco, le trajeron a Elisa para que el llanto lastimero no molestara el sueño del campamento.

Matará era la segunda población de la provincia. Le pareció que esto no significaba mucho, por más que allí hubiera nacido Felipe. Desde su rancho,

alcanzaba a divisar la cruz de hierro que coronaba el frontón de la iglesita. En el altar, la Virgen de los Dolores, vestida de luto, con una corona de espinas en la mano; la patrona del pueblo de Matará. Si le permitieran, iría a rogarle; ella, también, estaba aprendiendo a ser una mujer de dolores. De esos dolores de verdad, porque suceden inesperadamente a la dicha total.

Como en todos los fortines, los rodeaba una empalizada de palo a pique, un mangrullo para avistar, ranchos de la tropa, corrales y playa para el faenamamiento de animales. Hombres de chiripá, botas de potro o ushutas, ponchos raídos, mugrientos y malolientes. Pueda que el olor se mezclara al de la bosta de los corrales o al de las entrañas que en el mataderos se pudrían al sol. Ya ni a los perros debían tentarlos, pueda que a las hormigas con sus altos y cónicos hormigueros.

Por la noche, escuchaba las voces de las indias mansas y de las criollas y mestizas cuartereras, que venían a satisfacer a los soldados.

No les tenía repulsión ni miedo, en cierta forma la protegían.

A Gregorio sólo le permitían que las hablara de lejos, cuando les traían loco, mazamorra o un pedazo de charqui; con su apostura también las protegía. Les conseguiría eso, que allí consideraban primores.

Pasaban los carretones con bastimentos y útiles, rondaban los milicianos con lanzas y trabucos. Cada galope, entre el grito carraspiento de las cotorras, le daba un vuelco al corazón ante la esperanza de que fuera el mensajero.

Tres días duró la espera. Volvió a comerse las uñas. Una niña no comete tal ordinariez, la reprendía su madre. Tendría que recordar estas frases para repetirlas a sus hijas. Nada que hacer en ese ranchito vacío, salvo intentar jugar con Elisita y, aunque no lo entendiera, hablarle del padre. Hasta fumaría un chala, como la tía Benigna en el segundo patio. Con José podría esperar hasta la eternidad, era más esposa que madre, la suya tenía razón. Aprendería a dominar sus nervios. ¿Qué haría con su hijita en los montes? Terminaría siendo una salvaje.

A Gregorio, muy de a caballo y que les resultaba útil en el corral, lo dejaban comer y dormir con los milicianos y hasta lo hacían cantar con la guitarra. No sabía, tampoco, que cantara tan bien; su voz la acompañaba de lejos.

Cuando llegó la orden escrita, tuvo ganas de gritas y bailar una ronda con Elisa en brazos, hasta bendijo a Felipe.

Gregorio, con los caballos ensillados, vino a buscarlas antes del amanecer; apenas había podido pegar los ojos. Tomaron unos mates en la guardia y partieron costearo el río aguas abajo. El aire fresco le llenaba el pecho. Dos jinetes los acompañaron unas cuabras, amagando largadas con Gregorio. Se despidieron, en la noche malva y estrellada, con gritos de compañerismo, que tenían algo de alaridos indios. Ni se atrevió a mirarlos; cosas de hombres.

—Me regalaron charqui, trigo y hasta maíz pisado —exclamó, alzándose en los



estribos como una sombra viril y desafiante. Amaba lo criollo y debía sentirse feliz con la gente humilde. Se avergonzó de lo poco y nada que conocía a ese gran muchachito, su hermano: siempre lo había visto cumpliendo a sabiendas el papel de menor, el último orejón del tarro, en su familia tan organizada, que, después de la muerte de su padre, ahora sufría el primer desbarajuste. Cada cual tendría que probar su carácter y temperamento. Se miraron en la penumbra, más que ello, se alegraron de intuirse.

—Si no les aflojamos a los caballos y Elisita nos aguanta, llegaremos al Bracho antes del anochecer. Yo te la llevaré, en algunos trechos.

—Gracias, entonces llegaremos —contestó, imitando impensadamente el tono.

La marcha agotadora. Habían dejado el camino real de Buenos Aires al Alto Perú, el de las carretas. Se detenían bajo algún aroma florido para estirar las piernas y dar resuello a los caballos. Se multiplicaban cardones y alpatacos, quebrachos blancos y colorados, itines y camatales; algarrobos con sus vainas aún verdes, sobre la tierra parda y a veces salitrosa pero siempre polvorienta. Tierra hostil. Los quebrachos colorados producían llagas.

Al mediodía, se detuvieron en Gramilla, un rancherío, para almorzar frugalmente. No recordaba cuándo, a imitación de Elisa, se le habían cerrado los ojos. Los abrió ante la cara sonriente de Gregorio, que le hacía cosquillas en la nariz con una flor de ullivincha, roja como el lacre. Le sonrió con cariño; le llevaba sólo un año de edad, pero su condición de casada y madre de familia le daba una categoría familiar en la cual el recuerdo de los juegos y confianzas infantiles estaba olvidado.

—Te has dormido una media horita, remolona.

El tono era distinto, como si con él le dijera que la acompañaba feliz, que la comprendía y la defendería. Los hombres se agrandaban, crecían en un momento, cuando les llegaba la hora de proteger a una mujer: como para ellas casar, de niñas mudaban en mujeres. No siempre, sonrió con ternura.

El largo camino se transformó en mala huella; sólo encontraron un arreo de cabras, una destartalada carreta y dos jinetes solitarios, gauchos. Las polvaredas se acercaban, se entremezclaban como para acompañar los saludos y volvían a separarse. Una forma de quebrar la riesgosa soledad. Muy espaciados ranchos de quincha, algunos de adobes con su patio apisonado por los pies descalzos; raramente, plantaciones y un pueblito, menos que eso, una ranchería. Los caminos eran bastante seguros; tenía que reconocerlo, Ibarra perseguía con ensañamiento a cuatrerros y ladrones, y hasta los juegos de taba y naipes en las pulperías.

Elisita volvió a lloriquear de cansancio al atardecer; hubiera hecho lo mismo, no había pensado que la leche le molestaría tanto en los pechos. Gregorio se balanceaba en el caballo como un ajustado péndulo; ya estaba madurando, también, para matar o ser muerto. ¿Qué terminaría siendo, unitario o federal?; probable que les saliera

medio torcido. Tendrían que mandarlo, y lo más pronto posible, al colegio de Monserrat en Córdoba o a Buenos Aires, para que los curas o los comerciantes le obligaran a vestirse de levita y chistera. Corajudo y concentrado, se estaría como probando. Los hombre de su casa eran hornos caldeados y tapados, no sabía lo que contenían.

—¡El Bracho! —gritó Gregorio, señalando unas lucecitas que se divisaban a lo lejos, entre las sombras de los árboles que se agrandaban con el oscurecer. Talonearon, los caballos galopaban a rienda suelta, adivinaban el fin de camino.

Corrió hacia el rancharío con su hija en brazos.

Como perro hambriento, husmeó las miserables chozas; mientras, Gregorio se detenía en el fortín para mostrar los papeles.

Lo divisó al resplandor del fogón, le costó reconocer la barba cerrada y el pelo revuelto. La miraba como un visionario, no podía creer, lentamente los ojos se le llenaron con lágrimas de alegría. Se abrazaron, tuvo que hacer un esfuerzo para separarse y mostrarle a Elisita prendida a sus faldas.

—¿Cómo te has atrevido a traerla? —protestó apenas, mientras la besaba dichoso.

—Nos acompañó Gregorio —dijo por respuesta, señalando a su hermano que llegaba con los caballos. Ellos se dieron un doble y contenido apretón de manos. Se le ocurría que a los hombres no le resultaría cómodo encontrarse o abrazar a quien se acostaba con su hermana, aunque fuera con el sacramento.

Mientras ellos desensillaban, recorrió la miserable tapera de quincha. Le aterró pensar que allí vivía su marido y que en esa pocilga tendrían que vivir ella y su hija. Felipe estaba en lo cierto, debía tener algo de loca. Ni los perros de su casa comían en tales escudillas, imposible que su marido se hubiera dejado estar a tal extremo. Con ternura que la estremeció, dedujo que si José sobrevivía en la selva terminaría siendo un salvaje; adaptarse sería su única capacidad de defensa.

La noche trajo nubes de mosquitos. Ningún mosquitero para su hija; sólo había pensado en José, en verlo, en estar con él.

Volvieron trayendo el recado, las mantas y las alforjas. Gregorio buscó boñiga seca de vacunos y caballos en el corral y la echó al fuego.

—No huele bien pero espanta a los mosquitos —la miró como diciéndole que ya encontraría forma de dejarlos solos—. Voy por leña y a ver si en el fortín consigo algo más de comer. Mientras tengamos fuego nos libramos de los mosquitos... Averiguaré por el lado del fortín —repitió intimidado o incómodo, mientras se perdía entre las sombras más espesas del monte.

No sabía qué hacer; su marido la seguía con la vista, los ojos aún llorosos por el deslumbramiento, hubiera querido que la guiara con actos o palabras. Puso a calentar agua, con una manta improvisó la camita de su niña junto al fuego.

—Duérmase, cuando esté la comida la despertaré —tuvo ganas de decirle lo

mismo a su marido, pero ya aceptaba que su mirada mansa la siguiera. El hombre estaba para que la mujer lo sirviera, servir era una forma del amor. Dios está también entre las ollas, decía Santa Teresa. Se encontraban los ojos tal si reflejaran una astilla que se encendiera jubilosa. El fuego le tornaba ardiente las mejillas, no sólo el fuego. Tomó asiento para esperar que el agua hirviera, cocinaría el trigo y el charqui de Gregorio, algo le había enseñado Lubina. Simulando distracción colocó su mano cerca de la de él. Se estremeció, le había tomado la mano y se la acariciaba dulcemente. Se miraron ansiosos. Elisita dormía. Besaba a otro hombre por causa de tanta pelambrería mal cuidada, sí, también maloliente; él que siempre olía a agua de olor. Aspiró plenamente, debía aceptarlo, su marido estaba así un mucho por su culpa y, tampoco, podía imaginar su llegada en ese día. Agrio olor a sudor; no tenía mujer que le preparara un baño en agua que oliera a sales aromáticas. Ella hedería igual o pero; por naturaleza, las mujeres olían peor que los hombres. Lavaría la ropa en el río y, cuando no la vieran, se bañaría; le gustaría hacerlo junto con su marido, pero sería un escándalo.

Se fue tendiendo cerca de él. Una oleada de humo le acosquilló, debía ocurrirle a los dos, las narices. Ruido de pasos y el silbido de una zamba santiagueña. José se puso en pie azorado y dijo:

—Aquí nunca se sabe; afirman que los indios andan por realizar una entrada...

Gregorio apareció con un bulto de comestible.

—Resulta que Pelagio, el hijo del puestero en nuestra estancia de la Media Agua ¿te acuerda?, es sargento de un pelotón que vuelve hacia Santiago, y yo pasaré la noche con ellos... Siguen a la madrugada. Hoy estaremos seguros...

Se le ocurrió pretexto para dejarlos solos. O vaya a saber qué habría encontrado ese morochito, a quien le sobraba en simpatía lo que le faltaba en lindura; se iría por ahí de guitarreada. Si hubiera sido hombre, le habría gustado ser su compañero.

—Cuando se encienda lumbre en ese ranchito que está treinta pasos de aquí, querrá decir que ha vuelto Únzaga; andará visitando a otros confinados. Se llevará la gran sorpresa: él también espera a su esposa, en vano... Lo corroerá la envidia... —la sonrisa se le mudó en mueca a la luz de fuego.

Se miraron incómodos. Nadie hablaba de lo que en verdad le importaba o deseaba.

**L**a mano de Elisita brillaba al reflejo del sol naciente; giró la cara hacia su marido, dormía con placidez; escuchó los pájaros, había recuperado su mundo. No importaba que la cama de pellones y mantas sobre la tierra fuera dura; sólo faltaba Lucinda. Acarició la mano de su hija; se incorporó asustada la tenía tan hinchada como la mejilla izquierda.

—¡Las vinchucas! —exclamó su marido.

Al imaginar sobre la carita de ella esa especie de cucarachas negras voladoras, que se ganaban en los intersticios de los ranchos y por la noche se metían entre las ropas de la cama para chupar la sangre de los durmientes, se le revolvió el estómago. La expresión de José le hizo comprender, su cara también estará abotagada; por mirar a su hija, no había notado su mano hinchada. Las picaduras podían producir llagas y hasta fiebres malignas y, a la larga, atacar el corazón.

—Ya lo ves, es imposible que permanezcan aquí. Esto es un infierno y ya dicen que nos van a internar más, del otro lado del río, bosque adentro. Jaguares, víboras, hormigas y los indios. Los indios, porque siempre estamos bajo la vigilancia, pero no la protección de los soldados que, en caso de peligro, se encierran en el fortín y nos dejan solos. Tienes que regresar, te lo ruego.

Gregorio, que había despedido a Pelagio y su compañía, y para su asombro, se unió al ruego. Se negaba a escuchar racionalmente las argumentaciones; eran las suyas propias, hasta podía agregarles otras más. En silencio trataba de ordenar el rancho, Elisita lloraba refunfuñando. No sabía cuantas vinchucas con la panza llena de sangre negruzca había matado; tendría que dormir fuera. Era inútil, no daría su brazo a torcer, se quedaría, aunque fuera sola, mientras José la necesitara como ella lo necesitaba a él. Si la gente de la región se adaptaba, haría lo mismo. Los vientos también solían llevar las vinchucas a Santiago, y todo el norte y el oeste del país estaba infectado. La receta india del barro sobre la picaduras las deshinchaba. La carita y la mano de Elisa iban recuperando la forma. Echaría agua hirviendo en los recovecos y rendijas del rancho para quemar los nidos.

Durante dos días no cesaron las súplicas de José: «No puedes imaginar cuánto me atormenta, más que antes cuando estaba solo, ser testigo de las privaciones y miserias de toda clase que sufren». Sólo el juez Únzaga permanecía callado; pretendiendo ser imparcial, debía juzgar útil lo que ella hacía, imprescindible, como para perderla.

Gregorio, que rondaba por los alrededores y siempre traía alimentos para reforzar la despensa, confirmó los rumores.

—Los indios se están juntando y no tardarán en atacarnos.

José la miró con desesperación; acaso por instinto, encontró el argumento

irrebatible, capaz de convencerla.

—Si estuviera solo podría huir; pero ¿cómo escaparé a los indios contigo y con la niña?

La salvaba al precio de destruir algo interior, muy dulce y sutil. Las palabras cobraban otro valor entre quienes las utilizan cotidianamente porque se aman. Tenía, además, razón, y la razón mudaba la relación entre ellos. Sí, no podría soportar una larga carrera a caballo entre los montes, menos con Elisa. Por primera vez inerte ante su marido; habría utilizado ese lenguaje realista, egoísta, que los hombres valoran entre ellos: ahora comprendía el canon.

La despedida en el amanecer fue muda y angustiada. Las ojeras, los ojos insomnes; por un instante, creyó notar un brillo extraño en los de su marido, fuera de la realidad. Quiso grabar la imagen de ese hombre, al que había recortado la barba y el pelo con algo de ritual pagano, y que de pie entre dos altos algarrobos se le escapaba y diluía. Quizá no lo vería nunca más y era el padre de sus hijas, el único hombre que había amado en la vida. El único que amaría; no le costó comprenderlo, como señalar la órbita constante de la luna, la luna de su patio con jazmines.

Más atrás, Únzaga repetía los mensajes para su mujer; asentía sin escucharlos casi; tampoco debía creer él en la posibilidad de que ella viniera a verlo, aunque más no fuera por unos días; del amor sólo debía restarles la costumbre del matrimonio y los hijos.

Gregorio inició la marcha. Con la rienda suelta, su caballo siguió al de su hermano. La manita de Elisa esbozaba un adiós, no podría entender lo que en verdad significaba; veía de soslayo esos deditos. En la semipenumbra, los árboles borraron la figura. El estirado ladrado de un perro la encrespó, los ojos se le llenaron de lágrimas. Las voces de los centinelas. Perder el mundo en un pestañeo. Tendió la mano revolviendo la lana del pellón, sabía que no estaba José.

El viaje fue más largo, contra la esperanza. Menudeaban las detenciones; le costaba, cada vez más, agregar distancia entre su marido y ella; la distancia tenía otro sentido. La duda entre el amor y el desamor.

Hablaron poquísimo; ni siquiera se animó a decirle cuánto le agradecía, más aún, cuánto le debía y cuánto había mudado la idea y la imagen que ella tenía del hermano menor. Si llegara a tener un hijo, aunque fuera en los bosques donde estaba su marido, le pondría Gregorio por nombre.

Los indios no maloquearon en el Bracho; pero sí se produjo la internación de José y Únzaga en los bosques. Su viaje habría demostrado a Felipe que no era tan tremendo un lugar donde podía estar algunos días una señora copetuda con su hijita. Los internaron en el Chaco santiaguense, en la zona más infectada de vinchucas. O, quizá, las vinchucas no significaran nada para ellos.

Su regreso se le transformaba en abandono cobarde, no podía soportarlo. En vano

su familia le rogaba que supiera esperar, que el ejército unitario de la Coalición del Norte invadiría la provincia y libertaría a los confinados; no quería creer ni mezclarse más con la política, no podía aplicar sus plazos que se basaban en otras formas de la espera.

Estaba decidida a compartir la vida y la suerte de su marido, cuando recibió una carta desesperada. Era tan horrible el lugar, que le preguntaba si lo acompañaría para fugarse en ancas de su caballo; tratarían de atravesar el Chaco y escapar no sólo a la patrulla vigilante sino y, también, a los indios. Sabía lo que era el anca de un caballo criollo; su marido lo estaba aprendiendo por causa suya. Los españoles podían saber de un toro, pero nada de un caballo. Le respondió al instante y sin consultar a los suyos: «¿Cómo puedes haber dudado?, esto me sorprende pues sabes que mi voluntad no ha cambiado, ni cambiará; estoy decidida, más aún, deseo ardientemente vivir y morir contigo». En las corridas de toros, se abría la panza de un caballo del arjenero, pero los españoles no sabía de qué se trataba, sólo pensaban en el diestro.

Esperó el momento que José considerara propicio, la orden de marcha. Ninguna noticia, si partía sin esperarlas, podía desencontrarse con el mensajero y hacer fracasar la fuga. Comenzó a recorrer las casas de los otros proscritos, semillero de rumores descabellados; pero, al menos, era posible hablar de ellos, mantener vivo el recuerdo, más que eso, la presencia. Sin embargo, no encontró a nadie que en verdad pensara como ella. Debían considerarla una exaltada peligrosa, terminarían por no recibirla. No sabía exactamente cuál era, pero llegaba una edad en que la gente se sometía a la injusticia y a los mandones, a esto le llamaban la madurez.

Sorprendió una conversación en casa de una parienta de Únzaga; José había renunciado al proyecto. Les exigió detalles. Al leer su contestación, su marido había exclamado llorando: «¿Por qué abusar de su firme voluntad y de su ternura? ¿Acaso no sé yo lo que es desafiar y sufrir la muerte? Sería una barbaridad exponer a Agustina a tan grandes peligros». Luego, se había apoderado de él una profunda melancolía, que se transformó en grave enfermedad. Recomendó y rogó que no la advirtieran a ella, ni tampoco a su familia.

Si no hubiera sido tan tremendo lo que esa mujer se atrevía a narrar, la hubiese golpeado de rabia y vergüenza por saber más que ella misma de su marido. Con aparente bondad y ternura su marido la traicionaba, ocultándole palabras de amor que otras conocían; la dejaba inerme ante la mirada curiosa de las otras mujeres, la peor de las miradas. No podía contenerse ante las formas, la angustia había mudado su amor en tan pura esencia, que todas envidiarían lo que sucedía entre ella y José, por terrible que fuera. ¿Qué era el amor sino palabras repetidas y muy antiguas que uno se atrevía a soltar como si fueran espantosamente nuevas?

Sus presentimientos tenían razón de ser. Imposible permanecer en Santiago, su mundo se había esfumado. Se avergonzó al descubrir que incluía a sus hijas; ellas

tenían la protección de la familia, los niños se acostumbraban fácilmente a cambiar de amor. Se aterró, si sus hijas murieran, ella y José podrían engendrar otras. No quiso pensar más, estaba decidida.

Inútiles fueron las órdenes, súplicas y llantos. Partió acompañada de un baqueano. Viajó noche y día. Ante la capilla de Matará se persignó, por allí no volvería a pasar sin su marido; entendía a los santos que dejaban los bienes terrenales para calcinar su sangre y su carne en los desiertos y la soledad. A ellos también los guiaba el amor. Con o sin el amor de ellos era capaz de crear otro. La certeza de que José estaba gravemente enfermo debía ser más o peor de lo que esa mujer había confesado, le quitaba cualquier resto de carnalidad a su amor; pero le quitara o no, ¿qué real importancia tenía?

Ante un gran cacto candelero que se le prendió a la falda como un llamado, tuvo la intuición, la certeza, de que no nacería en el desierto ningún Gregorio. Hubiera preferido que el caballo se espantara por algún espíritu y la tirara el suelo. No le habían permitido a Gregorio que la acompañara. Ya estaban resueltos a mandarlo a Córdoba, para que se le borrarán ciertas ideas que olían a punzó federal.

Pasaron el Bracho, luego de mostrar el pasaporte, badearon el Salado y se internaron en los montes. Tuvo miedo de esas chozas tétricamente iluminadas, de noche semejaban quemaduras en un mortuorio paño negro. Le señalaron la de su marido, se descolgó del caballo y corrió.

Tiritó pese al calor. Abrió los brazos sin poder ni querer contener por causa de Únzaga, la otra sombra que lo acompañaba. Quedó clavada, estaqueada, su marido retrocedió mirándola con indiferencia. Los ojos brillosos, fríos, inexpresivos; los de vidrio de algunas imágenes de santos. Flaco, la ropa le caía como bolsa.

El espanto le impelía a gritar. Lo había imaginado, pero la realidad sobrepasaba toda premonición, poseía cuerpo.

Únzaga le hizo una señal. Ahogar o soltar un grito eran acciones de semejante mecanismo, pero no contener las lágrimas. Las lágrimas eran silenciosas, y el silencio importaba en esta clase de enfermedades. Las muñecas rotas, los cristales rotos o trizados, los trizados en particular, no tenían compostura, salvo el convencional ¿verdad que no se nota? La convención humana que acababa de abandonar en forma definitiva, se le repetía para afirmarse. Miró a la sombra de José y dijo:

—Me alegra estar de nuevo juntos. Toda la familia te envía cariñosos recuerdos —no se atrevió, por ella misma, a mencionar a las niñas—. Como te lo había prometido me quedaré contigo hasta —dudó, de nuevo el tiempo le tendía una trampa—, hasta que Dios disponga.

La miró como si la desconociera; no, ningún hombre podía mirar con tal frialdad a una mujer desconocida. Con los desconocidos, a veces sería posible decir y hacer cosas tremendas, porque seguirán siendo desconocidos. Lo trágico sería tornar

desconocido a quien se ama; lo era.

Ya no sabía si pensaba ella o se le entremezclaban las palabras incoherentes de su marido; por medio del absurdo, la despojaba de las palabras que los había unido. No quiso escucharlas porque nada se refería a ellos, al antiguo lenguaje perdido. Ni siquiera figuraba su nombre ni el de sus hijas. Hubiera sido preferible que la abandonara, que la olvidara por causa de otra mujer, por causa de otra pasión, puesto que irremediablemente, quiere decir sin remedio, hubiera seguido viviendo en su memoria o en la imagen de sus hijas. Debía ser la memoria más fiel. ¿Dónde, por Dios, estaba la raíz de la memoria?

Tuvo miedo; la posibilidad de un simple contagio cualquiera, el bien o el mal, entre quienes han vivido unidos o lo creyeron. Miedo que su mente, su rueda perdiera también el ritmo, ahora que él la necesitaba más que nunca.

Tocó el brazo de Únzaga y salieron; se ahogaba, las lágrimas le corrían involuntariamente, también habían perdido sentido. Respiró el aire seco, le entró a lo más hondo. Que Únzaga narrara para ordenar sus pensamiento y las palabras, para evitar que el horror inesperado la desequilibrara.

Nunca había notado que la voz de Únzaga fuera tan plena y la dicción tan clara, un poco engolada, como la gente necesita, para creer en los fallos y consejos de un juez. Había arengado al pueblo, cuando se eligió al sustituto de Ibarra, y esto había sido su perdición.

—Comenzó por una fiebre lenta. Yo velaba siempre a su lado, salvo cuando me era preciso salir para buscar alimentos. Me hizo jurarle que no le advertiría, y yo le debía tanto —lo miró con asombro por el tiempo empleado en el verbo, se corrigió—, le debo tanto, que no me atreví a contrariarlo. Además, me hallaba muy lejos de suponer que estuviera en peligro de muerte o de... demencia.

Expuesto así, en ese tono, le parecía comprensible, tanto que no supo si debía agradecerle por cuidar de un loco o enrostrarlo por no haberla llamado. ¿Qué podría deberle el juez más importante a su marido? Quizá algo en sus declaraciones ante el sumariante o dinero. Simplemente plata, las relaciones más importantes de su familia. Secó las inútiles lágrimas. Con prisa, sin dejar resquicio para el pensamiento, para la comparación entre el suyo y el de su marido, se dedicó a preparar la comida. Todo iría bien hasta el momento en que se enfrentara a solas con ese extraño, al cual no podía dejar de amar. El más extraño ser y la más extraña acción. Nunca había amado, ni siquiera había vivido cerca de un loco. Lo de su madre había sido un ataque pasajero; en las mujeres todo lo importante, hasta la maternidad, era un estado pasajero. Necesitaba que fuera así.

Durante la comida trató que Únzaga y el baqueano hablaran entre ellos, debía repensar lo resuelto. La selva, los malones de indios, ¿de dónde habría sacado el baqueano ese costillar de chivato?; luego, sí, tomarían mate. José soltó unas palabras



sin ilación y se produjo un silencio incómodo. La locura tenía hasta sabor de castigo religioso. Lo cortó el baquiano:

—Señora, si usted no manda otra cosa, antes del alba vuelvo para Santiago...

Los dos hombres la miraban, ¿por qué los dos, y el suyo qué era?: Únzaga con ansiedad que no lograba disimular. Sí, todo era distinto, tendría la noche para decidirlo, a las mujeres les estaba permitido cambiar de ideas y resoluciones, esto lo decían los hombres, y ellos a menudo cambiaban hasta en política. El general La Madrid, amigo de su familia, había pasado por Santiago enviado por el tirano Rosas como general federal y, al llegar a Tucumán, a los cuatro días, para evitar que lo apresaran, se alzó de nuevo en unitario. En su casa, nadie se había atrevido a preguntarle nada, pueda que dudaran si era necesario cambiar de ideas. Una mujer tenía derecho a variar más.

—Gracias, Anselmo. Vine para vivir con mi marido y con él me quedo. En todo caso, mañana le daré los recados para mi familia. Estaba muy bueno el costillar, gracias.

Únzaga insistió en sacar su colchoneta y alejarse del rancho. Mientras el tiempo lo permitiera, ella y su marido dormirían fuera para evitar las vinchucas: un sentimiento en el cual se mezclaban amor, miedo, piedad y curiosidad, la impulsaba hacia ese desconocido en que se había transformado. Cuando Únzaga le dio las buenas noches, tuvo ganas de huir.

José salió para hacer sus necesidades muy cerca, con impudicia que la hirió. Todos los seres humanos, ella misma, estaban obligados a hacer lo mismo; pero resultaba imposible, chocante, doloroso, menos tierno, aunque uno tuviera que admitirlo, imaginarlos en tal postura o actitud. Antes, se había negado a pensarlas, no existían ni en él ni en ella. Salvo en los pañales de sus hijas.

Cada vez parecía sorprenderse más al verla; dio unas zancadas hasta su colchoneta, que ella había colocado cerca de la suya y, con desprecio, la volvió a su rincón en el rancho. Soltó una suerte de gruñido y se echó como perro que oculta la cabeza; debía temer que lo sorprendieran dormido. Tampoco la había mencionado, ni una vez durante la comida. ¿No habría un instante en que él, estremecido hasta los tuétanos por el placer, recordara su nombre? ¿Podría ella acostarse, se atrevería a entregarse a un desconocido, aunque este hubiera sido su marido, por una tan remota posibilidad? Todos los sacramentos requerían conciencia y voluntad para ser válidos; también fe, creer en ellos. Algún día, el tiempo borraría estos interrogantes.

Se revolvió en la cama dura, tendría que acostumbrarse a esto y a mucho más. Lo acarició con la mirada. ¿Por qué Dios le había quitado el alma de su marido para dejarle sólo el cuerpo? ¿Dónde terminaba el sacramento y comenzaba el pecado? Lo vio dar un brinco nervioso, gruño angustiado, luego un largo suspiro y quedó en calma, en total lasitud. Quizá lo estuvieran picando las vinchucas, cada una picaba

sólo dos veces por semana, ¿pero cuántas habría, por más que Únzaga, sin duda para afirmarla en su resolución, había regado las quinchas con agua hirviendo?

No sabía cuándo lograría dormirse, cuándo el cansancio del viaje la abrumaría y vencería el temor. Alguien, apagados, sedosos, murciélagos o una lechuza. Una astillita negra, lustrosa y brillante a la luz del fogón se deslizó por el suelo de tierra apisonada. La aplastó con el zapato; as alas membranosas se abrieron y se extendió una mancha negruzca. Esa sangre podía ser de su marido o hasta del caballo. ¿Cómo no se le había ocurrido antes? Tendría que rogar, pagar lo que fuera, para que viniera un médico. Ninguno se animaría a llegar a estos andurriales, a viajar tan lejos y desafiar a Ibarra como resultado. Ibarra mismo estaba enfermo del corazón, será de tantos años de estar de comandante de fronteras en Abipones, se moriría; pero esto debían ser soluciones que esperaban las gentes indecisas. La sangre de Ibarra sería capaz de envenenar a las mismas vinchucas y chinches. Un nuevo brinco nervioso de José. Ya no podría imaginar ni entender nunca lo que sucedería tras de esa frente que, para ella, no había guardado secretos. En todo, hasta en las nimiedades, la consultaba. Las vinchucas picaban y succionaban tan suavemente que el dormido no se daba cuenta; volvió a ponerse las botinas, Las imágenes comenzaron a borronearse. Se persignó para rezar.

—**E**so es todo, mi señora. No se animan a venir, tienen mucho julepe a los indios y sobre todo... al gobernador —repitió el nuevo chasqui, mientras ella le pagaba el doble, había logrado pasar la escopeta de caza que le enviaba su hermano.

Era lógico, la lógica del mundo del cual había renegado; los médicos no vendrían ni aunque se arrojara a las plantas de ellos, no se atrevería. Miró los frascos de remedios, las recetas, los consejos; eso era la solidaridad de la gente que había abandonado. Les fastidiaría que los pusiera de manifiesto, en evidencia. Tendría que actuar, también, de médico. Llevaba cinco días de enfermera, de sirvienta, de esclava para todo quehacer, sin que José la hubiera reconocido; más aún, la trataba como una entremetida. La fiebre no decaía, quizá palúdica, que lo consumiría hasta los huesos, pero ¿qué sabía de fiebres?

Guardó la bolsita de las monedas; para su sorpresa, nunca le habían robado, ni exigido, ni confiscado plata. Ibarra mostraba un respeto casi religioso por la propiedad, tenía estancias.

El polvo que levantaba el caballo del mensajero se fue posando sobre los árboles. La había mirado con la sumisa simpatía de los criollos del campo; al verla trajinar en tan bajos menesteres, deduciría que estaba más cerca de él. José permanecía sentado e inmóvil bajo un quebracho, la vista perdida o sujeta por la sucesión de rugosos troncos. Releyó las instrucciones. Bañarlo diariamente o más. Los médicos recetaban sin preocupación de las posibilidades; por suerte, allí el agua abundaba, pero ¿cómo convencerlo? Con Únzaga no podía contar demasiado, no quería aumentar los problemas de esta obligada intimidad; él se apartaba con cualquier pretexto, salvo en la hora de las comidas, pues había resuelto continuar la comunidad de víveres. Quizá pensara, todo eran suposiciones en esta nueva y forzada relación, que dejándolos solos en algún momento el raciocinio de José podría recuperarse, aunque fuera un chispazo. O, acaso, estuviera harto de servir a un loco, de vivir con un loco que tampoco lo reconocía y al cual, pese a sus protestas de gratitud, sólo lo uniría una relación de conspiración fracasada que, a la larga, terminaría en enemistad y hasta en odio; era su perenne recuerdo del gran fracaso, y esto los hombres no lo podían soportar; menos ellas, las mujeres. Además, le costaría ocultar la envidia de que este loco tuviera una mujer capaz de sacrificarse a tal extremo, mientras la suya continuaba contestando evasivas. Bien podía ser la envidia lo que lo apartaba y agriaba.

Quiso sonreír como si descubriera un secreto; pero recordó el dicho de Quevedo, escrito en una porcelana de Talavera, que su padre había colgado en una de las paredes de su menguada biblioteca, cuyos libros había leído ella a escondidas, tal si

cometiera un pecado: «La envidia es flaca porque muerde y no come». ¿De quiénes habría intentado defenderse su padre, cuántos envidiosos lo rodearían? También solía canturrear con voz grave y cazurra una copla andaluza sobre la envidia: «Tú vas por l'acera'n frente, / aborreciendo la vida / y apeteciendo la muerte». Se había dejado llevar por sus pensamientos, Únzaga, no le caía simpático. Preferible que así fuera, tenía dieciocho años.

Después de mucho buscar en los ranchos vecinos, halló una vieja batea ahuecada con un tronco, o pueda que fuera un inútil bebedero de caballos, y lo compró; le serviría de bañera para su marido. Lo arrastró como pudo hasta la ramadita; la gente era indolente o no se atrevería a ayudar a un confinado. Calentó un caldero para entibiar el agua. No se le ocurría cómo lograría desvestirlo y bañarlo. Un hijo malcriado e insensible o un muñecón que sólo origina trastornos. Considerarlo así podría ser la solución; sin embargo, no podía tocar sus manos flacas y nerviosas, rozar su piel al vestirlo entre refunfuños y manotazos, y hasta despiojarlo, sin estremecerse amorosamente. Su amor le había quedado raramente impar; un amor que jugaba a escondidas del objeto amado y a escondidas de Dios que la miraba y perturbaba. Esto preocupaba su mente desde que despertaba. Jesús dijo que amaba y protegía a los niños y a los pobres de espíritu. Si la inteligencia del idiota bien podía estar oculta en Dios, ¿por qué no el raciocinio del loco? ¿Por qué habría leído, si ninguna de sus amigos se atrevía a tocar un libro? La tentación del innombrable.

Hervía el caldero, El bateón estaba lleno. Le había costado tanto cambiarle a José los calcetines rotos que olían a mugre y sudor. Los hedores del amado. Le recordó a la Biblia también; había leído a escondidas El Cantar de los Cantares. La Biblia, salvo para los curas, era un libro prohibido.

—José, el médico quiere que tomes un baño —le señaló el agua; prefería arreglarse por señas, como si se tratara de un sordomudo, para evitar sus incoherencias. O como uno de esos opas del tercer patio que tenían todas las familias, para las tareas o los mandados más simples o burdos.

—Mi caligrafía no es tan soleada como cree el tirano Ibarra —sonrió en una mueca y terminó riendo a carcajadas.

Dominó el miedo y se adelantó decidida, le quitó la chaqueta, con el mismo impulso forcejeó hasta sacarle las botas ludidas, luego la camisa. El busto que había amado, que amaba, cuyo vello enrulado se había atrevido a acariciar. Miró en derredor, una rápida y engañosa caricia, aún. Si, más allá del sacramento, había pecado alguna vez ya debía estar redimida con creces ¿Cómo quitarle los pantalones? Ante el grueso cinturón, donde guardaba celosamente sus patacones, se resistió; con ademanes le mostró que luego se lo pondría al cuello. Corrió, necesitaba que el tiempo no perdiera su ritmo, y le trajo el espejito de su neceser, ¡franceserías adorables! Quedó mirándose, tratando de descubrir lo que pasaba en ese él que debía

imaginar otro, en ese mundo plano y brillante; con suavidad lo despojó del cinto, y, sin que el reflejo escapara del espejo, se lo anudó al cuello con coquetería que tenía algo de femenina. Locura era palabra de género femenino.

Lo bañó con los calzoncillos sucios y rotos, luego, se los cambiaría. Se pondría a sus espaldas para no verle y le obligaría a levantar las piernas, como hacía su madre cuando los hijos varones eran chicos. A veces, adoptaba poses infantiles y otras de una lubricidad que la ruborizaba. Nadie podía verlos, nadie se molestaría en mirar el loca y su mujer; los llamaban así. Además, los chicos andaban desnudos y los indios casi. Se dio cuenta que ya dudaba si su temor a la locura principiaba a ser menor que el de la cordura; la locura tenía límites, la cordura especiosa de los hombres no.

Se levantó uno de esos vientos que, a menudo, terminaban en tolvánicas. Trató de cubrirlo con una manta; pero a él se le ocurrió chapotear y reír. El hijo grande y caprichoso. También deseó reír, chapotear, jugar en la misma agua con él; pero la bañera, las acciones, las situaciones, eran absurdas. Nunca había descubierto un sentido más claro del absurdo. Ningún juego les estaría permitido a ella y su marido, salvo alguno en que tomara parte el demonio, el mandinga, o la salamandra, espantar al espíritu del fuego. Se persignó mecánicamente para espantar al espíritu del mal; antes de terminar el ademán ritual escuchó gritos de miedo y alarma, mitad en quechua y mitad en cristiano. Entre los árboles apareció una de las chinas indias del poblado.

—¡Los infieles! ¡Huyan! ¡Están como a tres leguas!

El viento remecía las ramas ásperas. Necesitaban esconderse en la espesura del monto. Imposible escapar a pie; desesperada, ofreció plata por un par de caballos, sólo obtuvo uno. Montó a José como pudo y ella se trepó en Ancas. Entre la furia del vendaval polvoriento y la incomodidad de su montura, le resultaba difícil guiar al caballo; se internó en el monto a su capricho, espantado por la gritería.

Las voces se fueron apagando; temió que las reemplazaran los alaridos de los indios. No había pensado en Únzaga; aunque era él quien debía ocurrir en su ayuda. El instinto de salvación era simple egoísmo. Los senderos se estrechaban y los montes espinosos principiaron a arañarlos y romperles la ropa. Asustado por el bramar del viento entre las ramas, el animal buscaba esconderse en las sendas más angostas, las espinas del vinal debían lastimarlo, correría hasta quedar rendido.

Sucedió así al anochecer, se detuvo junto a un charco de agua y bebieron los tres; el caballo jadeaba cubierto de sudor. Pasarían allí la noche. Sólo escuchaba los ruidos confusos del monte; lejos de los indios y de los soldados. El ventarrón había cesado de improvisado, nubes de polvo enturbiaban la luna llena. Lucecillas de luciérnagas y tucos. Los mosquitos zumbaban, se pondría en movimiento el mundo nocturno de las alimañas. José se quejaba con infantil constancia, seguía irracionalmente un ritmo.

Encender fuego era peligroso, por los hombres y los jaguares. Lo recostó envuelto

en la manta, estaba casi desnudo, no sabía se tiritaba por el fresco o la fiebre. Se durmió en seguida, respiraba con dificultad; esa era la boca que había amado y besado, que amaba aún pero ya no besaba. Si él intentara besarla y se enardeciera hasta lo definitivo, no sabría qué hacer. Cedería, acaso rezara como en un altar de sacrificio; pero llegaría un momento en que la plegaria se transformaría en mudo acto de amor. De la alforja que siempre tenía lista para el caso de una huida, sacó una tortita dura: la mordisqueaba sin deseo, sin hambre por causa del agotamiento; las manos le dolían de tenerlas aferradas al cabezal de la montura. Durante la carrera sus brazos habían sido una especie de andador que sostenía en equilibrio al cuerpo de su marido. Sus acciones casi varoniles la asombraban. Podría roer la galleta como una rata, durante una hora o más, mientras vigilaba.

No quería ubicar ni interpretar los ruidos, crujidos, sonidos, ni los cantos y silbos de pájaros o de víboras, en el monto áspero y duro. Un monte que se había tragado a muchos cristianos. Como descubrir un nuevo idioma. Había aprendido algo de francés con el doctor Monge; a poco resolvieron en su casa que era un idioma peligroso para una niña decente; se mezclaba lo frívolo con lo revolucionario y audaz, los endemoniados enciclopedistas herejes que había perseguido La Santa Inquisición. Miró a su muñeco dormido, custodiaba a su hombre. No protestaba contra dios; antes bien, le agradecía que le permitiera compartir sus penas y protegerlo. Si meses antes le hubieran dicho que se encontraría sola hubiera enloquecido de espanto; pero con una locura pasajera, mitad jaqueca, como la de su madre. Ahora estaba segura que ninguna acción de los hombres le haría perder sus cabales; aprendía, también, otra forma de vida.

Montaron al amanecer. Dejó la rienda suelta; si el caballo era rumbeador tomaría para la querencia. En un descampado, se encontraron con otro de los fugitivos. Ya podían volver, los indios se habían retirado.

El rancherío devastado aún humeaba; salvo algún lamento o lloro, la gente trataba de reconstruir en silencio, formaban parte de su destino, de la fatalidad. Únzaga intentaba levantar los horcones de su ramadita, le brillaron de alegría los ojos.

—¡Mi señora! ¡Cuánta felicidad de verla, de verlos a salvo! Me resultó imposible encontrarlos...

—Fue todo tan inesperado.

Calló, en el desierto las palabras sobraban. José, contento, gritaba incoherencias. Desmontaron y corrieron hacia su rancho; no pudo ocultar la dicha egoísta de que hubiera sufrido muy poco, en comparación de los otros. Pasarían unos días antes de saber el número de muertos o de las cautivas llevadas por los indios. Los milicianos se habían encerrado en los desguarnecidos fortines. Los paisanos, los condenados comunes, porque no tenían cárcel en Santiago, y confinados, servían para apaciguar los apetitos furores de los infieles.

**J**osé empeoraba; envió otro mensajero. La única respuesta de los médicos fue que lo bañara varias veces al día. Logró que un aprendiz de talabartero le fabricara una especie de bañera de cuero; como el calor apretaba, se dejó bañar contento, gritaba y jugaba igual que un niño. De repente, y como para probar que Ibarra tenía espías, bomberos, en toda la provincia y hasta en el país, como se murmuraba, llegó la orden de separar los confinados e internarlos en el Chaco.

Los trasladaron a la fuerza, como si los soldados pudieran sentirse culpables de que resistieran vitalmente. Habrían elegido muy cuidadosamente el sitio; necesitaban andar dos leguas para encontrar agua. Su pobre caballo, mal alimentado, ya no podía realizar tantos viajes, y era su última esperanza se aparecían los infieles. Quemada por el sol, devorada por los insectos durante la noche, arrastraba otro odre para el baño de José. Por momentos, deseaba tenderse, dejarse caer en el suelo; era otro odre escuálido por el aniquilamiento. ¿De dónde sacaba esa fuerza que la impelía a continuar?

El cuerpo de Únzaga comenzó a cubrirse de escoriaciones y manchas violetas; al principio simuló no verlas, pero luego le resultó imposible, se transformaban en llagas que le dificultaban los movimientos. No podían ser por causa de las vinchucas, ella y su marido estarían igual. Con la escopeta, que escondían de las patrullas, Únzaga solía cazar para aumentar los víveres; ahora, ya no les serviría de mucho, su valor como defensa en contra de los indios era nulo, ridículo casi.

El traslado enfureció a su marido y todos sus furores se volvían contra ella; no sólo se negaba a continuar con los baños, sino que intentaba desparramar la tan preciosa agua. La arañaba y tironeaba de las trenzas. Si hubiera decidido estrangularla, no habría tenido fuerzas para contenerlo. Cuando caía agotado por la lucha irracional, insistía y lograba bañarlo a medias, sin entender muy claramente qué valor terapéutico podía tener. Por pudor y vergüenza, esperaba siempre que Únzaga se alejara; debía curarse, también, en secreto.

Apareció nuevamente, ya era su pesadilla diurna, la patrulla; tuvo miedo como al principio. Los hombres armados, con sus tercerolas. La violencia sin medida, prefijada, acicateaba su imaginación; se estremeció, Santa Teresa llamaba a la imaginación la loca de la casa.

—El comandante Fierro ha dispuesto que José Libarona, como los otros confinados, debe hachar una carga de algarrobo o quebracho todas las semanas. Así ha de ser —callaron, ella los imitó, no precisaban su respuesta para seguir—. Sí, claro, sabemos nosotros que no puede; pero a fin de que el comandante no se encrespe, habrá que pagar a alguien para que la corte... —su mano se deslizó hacia la

cartera que colgaba del cinturón, su única arma conocida, el dinero—. Y, bueno, pensamos que bastará —miró a sus compañeros— con una moneda de plata... y mejor si son de esas que acuño el gobernador Ibarra y ustedes dicen que son malas.

Esa minúscula extorsión, ¿qué importaba si hubieran podido sacarle todo?, la volvió a su mundo. Sería posible pagar a alguien para que les edificara un ranchito de adobes, en lugar de la miserable choza en que vivían.

Se equivocó; el mismo albañil debió denunciarla a Fierro. La llamó a su presencia; gritó, no descubriría por qué la miraba con tal rencor. Escribiría a Ibarra que vivían en el lujo y la disolución.

¡En el lujo! Si hubiera tenido alguien que la ayudara, ella misma estaba dispuesta a pisar el barro para los adobes, cortarlos y levantar las paredes, encañar el techo y embarrarlo; pero a Únzaga ya le costaba moverse. Debía ser uno de esos males secretos que los españoles habían contagiado a los indios o llagas de debilidad, de puro hambre. Se estremeció al pensarlo, lógico y frío raciocinio, que algún día, al despertarse, podría comprobar que había dormido cerca de dos muertos.

No tardó en llegar la orden temida. Los arriaron como a ganado, y le quitaron el caballo que había pagado tan caro, para evitar una tentativa de fuga. Caminaban entre yuyos y arbustos espinosos. Ya no sabía si esos hombres los compadecían, a ella sobre todo como mujer, o se gozaban y burlaban de sus angustias y padecimientos. En este desalojarlos cada vez que lograban construir una casucha, una chocita, veía una suerte de perverso juego infantil; los chicos que destruyen juguetes. ¿Cuántas muñecas había roto ella?

Llegaron a un desplayado en el monte, los dejaron abandonados bajo un árbol y les arrojaron sus petates traídos a la rastra. Con ademán y gesto de mendiga, estaba aprendiendo las bajezas más despreciables, ayudados por otra moneda de plata, consiguió que le quitaran los hierros que le habían puesto a José en los pies.

El sol le charqueaba los ojos enrojecidos. Pena y desgano infinitos. Miró a los dos hombres que la rodeaban pendientes de ella; desquiciado triángulo en el cual era el único ángulo resistente. Únzaga, pese a las llagas, prefería quejarse de su mujer, que no tuviera corazón como ella; añoraba a sus hijos, en particular a Mariano, el mayor. Había terminado por cuidarlo, una especie de vergonzosa confesión sin palabras, con ungüentos indios, infusiones y remedios de raíces y yerbas que parecían mejorarlo. Siempre sin reconocerla, José aumentaba sus exigencias. Si se dejara estar, los tres morirían héticos.

No recordaba cuánto tiempo quedaron a la intemperie, bajo el único abrigo del árbol, por lo menos dos semanas. Las llagas de Únzaga comenzaban a mal oler. Una mujer de los alrededores les dio un poco de trigo y maíz, para variar las vainas de vinal o un conejito del monte o un panal de miel silvestre, que tenían la suerte de hallar. Esta caridad tan inesperada, nunca había pensado que tal palabra podría serle



aplicada, despertó nuevamente la minúscula razón que sostenía su vida.

Ocurrió la increíble y tan deseado por Únzaga y, también, aunque pareciera absurdo, por ella misma. Al fin de cuentas, Pedro era el único que podía apreciar y juzgar lo que ella era y hacía, pero tenía que hacerlo según su antigua medida. Compararla con alguien; la apreciación, una vez realizada, en ese mismo instante, ya no le importaría más. Pedro. En esos días en que viéndolo tan acabado, sombra de lo que podía ser un hombre, un juez, había decidido pensarlo, sin llamarlo por la voz, por su nombre de pila. Tal vez ella fuera, también, una sombra de sus dieciocho años. Ni mujer, ni hombre serían.

Cuando pensaban en la temida patrulla, surgió, a la lumbre del fuego, acompañada por un baqueano y una carreta, Rafaela Carol de Únzaga.

Todo Santiago comentaría en secreto la espantosa vida que llevaban en los montes; pero Rafaela quedó a caballo, inmóvil y silenciosa, sin saber qué actitud cabía. Con inocultable gesto de repugnancia, debía comparar su ropa ajada y empolvada por el viaje, con la andrajosa y mugrienta de ellos. No podría evitarlo, era mujer, tenía que mirar las ropas, la presencia, antes que nada. Saludó con un bisbiseo y desmontó para abrazar a su marido. De soslayo, notó un gesto, no quiso distinguir si era de olor o repulsión.

Se incorporó arrogante y soberbia tras la aparente gentileza; allí, bajo ese quebracho y en el desierto, rotosa y mugrienta, continuaba siendo lo que había sido, la señora Agustina Palacio de Libarona, de la más rancia nobleza de Vizcaya y las Américas. Bastaba otra mujer para redescubrirlo o resentirlo. Aceptó la mano enguantada de cabritilla que le tendían, en la suya lastimada y cascarrieta. Había olvidado la morbosidad de la cabritilla, acostumbrada a la aspereza de las pieles sin curtir. Tenía, en cambio, curtida la piel de las manos.

—Lamento mucho, señora de Únzaga, verme obligada a ofrecerle tan pobre hospitalidad —su mirada forzó a bajar la de Rafaela. Cuando, de regreso en Santiago, le hizo una muy corta visita para llevarle el mensaje de su marido, comprendió que jamás se entendería con esa mujer.

—Espero que podré acostumbrarme, ya que marido la comparte —se estremeció al divisar en la penumbra a José, tendido en un revoltijo de mantas— en compañía del suyo.

Llegaba la oportunidad en que ambos matrimonios, sin alejarse totalmente, llevaran su propia vida, que cuidara sólo un enfermo, el suyo.

Los Únzaga regresaron de una corta caminata; él trataba de disimular sus dolores. La miraban como si hubieran representado una escena ante la cual sólo ella pudiera opinar. Tal vez, se habían ido solos para hablar de sus hijos o para comprobar que personalmente no tenían nada que decirse o para que ella imaginara lo contrario. A veces, por simple curiosidad, había tenido ganar de leer, a escondidas, las espaciadas

cartas que ella le enviaba. Para marcar la diferencia entre ambas, podía hacerlo, se había cambiado el traje de montar.

La carreta debía volver a Santiago; luego de rogarle que aceptara compartir los víveres, Rafaela le pidió que, como dueña de casa, dispusiera la descarga y ubicación de los bultos. Trataría no sólo de deslumbrarla sino de descubrir su reacción. N gesto suyo podía marcar el precio exacto y distinto que tales cosas tendrían en el desierto.

Tuvo deseos de soltarle que todo eso tenía, también, otro precio en Santiago, que ya había sido pagado a Felipe. Que en el Bracho nada más que ella, Pedro y hasta José en su inconsciencia, sabían el precio exacto de las cosas.

—Lo extraño —la miró sonriente, irónica— es que únicamente los infieles saben si llegaremos a gastar o consumir lo que con tanta generosidad ha traído usted, con la autorización del tirano Ibarra.

La vio empalidecer, no supo si ante la palabra infieles o el nombre del tirano. Rafaela se recuperó de inmediato; por la actitud se dio cuenta que, al fin, habría encontrado la ocasión de largarle algo que no se había atrevido y le costaba callar.

—Es cierto, nunca sabemos lo que durarán las cosas, ni las que se hicieron para durar toda la vida —hizo una pausa muy calculada—. Me imagino cómo se sentirá usted, mi querida amiga, después de saber lo poco que ha durado el matrimonio de su hermana Dolores. Y que ella se refugió en el convento de Belén, con el interesado beneplácito, según dicen, de Felipe.

Le resultó imposible ocultar su sorpresa; su madre habría callado para no aumentar sus penas.

—¡Rafaela, no debías hacerlo dicho! —cortó su marido.

—Como usted ve, señora, yo no lo sabía. Mi madre habrá pensado que ya tengo suficientes penas —le alegró comprobar que la voz se le afirmaba— con lo de mi marido —miro a Únzaga— y todas las inesperadas e indeseables tareas que debo realizar aquí, para que, tanto mi marido como el suyo y yo misma, podamos sobrevivir. La noticia me duele, pero ya estoy acostumbrada a soportar otras peores. En cuanto a mi pobre hermana, yo creo, y en esto usted tiene motivos para estar de acuerdo conmigo, que cada persona tiene su propia conciencia. El libre albedrío que Dios nos ha dado. Yo estoy aprendiendo, aquí, que ningún ser humano tiene derecho a condenar a su prójimo, menos a su hermano. También que, a menudo, nos toca en la vida un destino muy cruel, que es necesario sobrellevarlo de la manera más digna que nos sea posible. Nadie de nosotros es un santo. Y esto me consuela de mis imperfecciones.

—Lamento haber hablado, yo creía... —la voz se le apagó en tono hipócrita.

—No, señora, le agradezco saber cosas que nunca repetiré. En cuanto a nosotros, será como si esta conversación no hubiera tenido lugar. Aquí, en el monte, las palabras, y no sólo las insidiosas, tienen muy poca importancia.

Sonrió apenas y se dirigió al fogón, donde estaba preparando el almuerzo para todos. Haría lo imposible por olvidar la conversación. Necesitó reconocer que le había permitido descargarse un poco; pero no le daría el gusto de preguntarle los motivos de la separación de su hermana. Odiaba los chismes. Algún día, o nunca, lo sabría por gente que la amara y comprendiera. Hasta entonces, borraría el hecho de su memoria, por más que le doliera. Ya estaba acostumbrándose a encerrarse en sí misma como única defensa contra la soledad más angustiosa; la compañía de un ser irracional que se ama.

**T**odavía le quedaba plata suficiente para intentar el repetido riesgo de construir un rancho. Le costó encontrar entre los hombres del lugar quienes se atrevieran, quiso confiar en ellos. Se terminó en pocos días con la ayuda de sus manos y el asombro de Rafaela; pueda que lo hubiera levantado como desafío a ella y hasta para mostrarle la inutilidad de su marido. En toda acción humana cabían motivos deleznales, esto lo pagaría si la denunciaban a Fierro.

—Llegaré a transformarme en constructora de ranchos —comentó sonriente, mientras dos criollos aindiados embarraban el techo.

—Y bien sabe Dios que no es tarea agradable para una señora —añadió Rafael en el mismo tono.

Lo había previsto en Santiago, no lograría entenderse con esa mujer; permanecería allí por un compromiso de conciencia que duraría lo menos posible. Ambas representaban condiciones muy femeninas, no le cabía dudas, pero decididamente opuestas. Sin mucho éxito, hacía lo imaginable para no imponerles la presencia de José con sus desesperantes melancolías y chocantes euforias y groserías. Pedro no admitía estas separaciones, en particular a la hora de las comidas. Estaría seguro que la permanencia de Rafaela sería corta; ni siquiera al curarlo con los remedios que le había traído, lograba ya disimular la repulsión o el rencor que le producían las llagas. ¿Con qué mujer la habría engañado para tener esa puerca enfermedad, si lo era? ¿Qué hubiera hecho ella si José...? No, ni lo quiso pensar. De todas maneras lo curaría, era su esposa. En Pedro debía aumentar también el temor de que los abandonara por causas de sus hijitas, o se tomara un reposo en Santiago mientras Rafaela los acompañaba.

En cuanto la vio concluida, José se apoderó de la única habitación; formaría parte de su nuevo raciocinio, exacerbación del egoísmo masculino, imaginar que lo mejor le pertenecía. Rafaela tampoco podía ocultar el disgusto que le provocaba el loco; faceta de un continuo fastidio. Conservaba un permanente rictus de asco, tal si los labios finos y ajados se hubiesen enjaretado en la piel seca y quebradiza de la cincuentena, que el resplandor y la resolana arrugaban más.

Trató de recuperar su compostura, se aseó en lo posible, casi nada quedaba en su magullado neceser. Con sus andrajos, le resultaba imposible competir; sólo contaba su juventud y hermosura. Sí, había sido y era hermosa. Se ocultó para mirar en el espejito; pese a lo desmejorada, Rafaela tenía motivos para envidiarla y hasta odiarla y celarla. Por primera vez en el monte y en tantos meses pensaba en tales cosas; ni siquiera sabía en qué mes vivían. El confinamiento de su marido no tenía fin, salvo el capricho del tirano; el tiempo suyo tenía esta denominación, mejor dicho ninguna.

Prefería que fuera así, inexistente.

Llegó un mensajero con cartas de su madre y de un especialista que habían consultado en Buenos Aires, también plata. La fecha no le importó. Leyó ansiosa: sus hijitas estaban bien. Dolores se había casado con un cuyano, de improviso, como un capricho. Desde chica había sido caprichosa y voluntariosa; pero nada le decían de la separación. Lo restante eran repetidas exhortaciones para que regresara. Saltaba íntegro esos párrafos, temerosa de encontrar un argumento irrefutable. El médico recitaba vejigatorios como única posibilidad de mejoría. ¿Se los dejaría aplicar?

Rafaela se apartó con el chasqui, tramaría algo o le entregaría una carta a ocultas. Por antipatía estaría inventando; sin embargo, de tanto vivir alerta, se le había desarrollado una intuición casi adivinatoria.

La presencia de esa extraña afirmaba la desconfianza en José; resultó imposible sujetarlo para la aplicación de los parches. Se arrancó el que pudo aplicarle con engaños y se alejó amenazante y gritando. Cuando quedaron solos, se le acercó, como a potro en un corral.

—José, es por tu bien, no me mires así, soy tu Agustinita —empleaba el tono más dulce y musical; la música, según decían, calmaba las fieras. Disimulado en la palma de la mano, intentó aplicarle otro.

Enfurecido, apretó los dientes y se lanzó a chirlos y puñetazos. Se defendía cubriéndose con los brazos y las manos; si llegaba a pedir auxilio, acudirían Rafaela y Pedro, prefería soportar todo a que ella se enterara. Cayó de bruces, ovilló el cuerpo para que los golpes no le tocaran los pechos; rogaba a Dios que se le ocurriera patearla.

Cesó de golpear. No se atrevía a mirarlo a la cara, sus pies se acercaban despacio. Tembló de miedo. José largó un grito agudo, casi un chillido de murciélago, la agarro de las trenzas y comenzó a arrastrarla.

Entre el polvo, descubrió la cara espantada de Rafaela; miraba sin atreverse a intervenir, ni lo desearía. Santiago íntegro lo sabría por su boca.

Pedro lo contuvo los brazos atencándolo por la espalda, mientras gritaba:

—¡Don José Libarona! ¡Don José!

Soltó sus trenzas, para volverse a mirar intrigado a quien lo sujetaba y mencionaba ese nombre, que muy remotamente habría de recordarle algo. José principió a balancearse como si perdiera el equilibrio y cayó a tierra desvanecido.

Ella se incorporó casi de un salto, sus dolores desaparecían ante el mal de él. Con la ayuda del juez, lo transportaron para tenderlo en su camastro.

Rafaela los siguió a distancia, sin atreverse a rozarlos. Habría encontrado el motivo para abandonarlos, temería ser la próxima víctima. Acaso tuviera algo de razón, ¿soportaría ella a un Pedro loco?

A la hora de la comida, la luna llena, o el modo en que ellos la recibían, daba a los

árboles, las cosas y hasta las personas un aire fantasmal. Para quebrar ese silencio cada vez más espeso, Rafaela dijo en voz opaca, como si temiera ser escuchada por José y desatar sus furias:

—Voy a regresar a Santiago... Debo cuidar nuestros hijos, además, compruebo que no puedo serles útil en nada; por el contrario, soy un estorbo y una carga más —calló un instante, a la espera del comentario que no llegaba, y estalló—: ¡Maldito sea el día en que vine al desierto!

La pausa incómoda se estiró hasta hacerse insoportable. Pedro la miraba demudado, avergonzado, herido en su amor propio de hombre:

—¡Si lo dices, motivos muy esenciales tendrás!

Al amanecer, se presentó el mensajero con otro caballo ensillado; no había supuesto mal.

—Parece que se están juntando los infieles... mala señal... ¿No les han advertido nada? —preguntó el criollo, cuando terminó de atar la maleta a los tientos.

—No, nadie nos alertó —Rafaela esquivó su mirada—; pueda que sólo quede en amenaza... Dios lo quiera.

—Y el mandinga se haga el sonso... —agregó el chasqui.

Pretextando que José la necesitaba, si esto podía ser pretexto, se despidió con frialdad y los dejó solos. Únzaga le agradecería que no presenciara la escena.

Escuchó el tranco de los caballos y los adioses de los hombres. Ese matrimonio indiferente no volvería a encontrarse jamás; era más digna la forma irremediable en que se destruía el suyo. Había refrescado, cubrió a José con el raído poncho, el único ademán de amor que le estaba permitido; intentó conciliar el sueño, pero la amenaza de los indios la inquietaba. Deseó acariciar esa mano descarnada que la había golpeado. En la manera que Rafaela se desataba, ella se unía y soldaba a su destino.

El campamento recuperaba su ritmo. Pedro se empeñó en compartir las cobijas y hasta la ropa interior con José; nada, ni la más mínima prenda había traído para ella. El único comentario sobre la actitud de Rafaela, sirvió para cortar un silencio demasiado largo. Dieron voz a los pensamientos que se les agolpaban.

—Era incapaz de adaptarse a vida —dijo él.

—Se necesita mucha voluntad.

—... o amor.

Se cortaron, seguir el diálogo podría ser peligroso e inútil. José los miraba, alternativamente, con lánguida sensación de vacío que la angustiaba.

Debía ser más rígida y ordenada en los horarios de las comidas y tareas; también, y aunque no pudiera, cuidarse más corporalmente. Rafaela había sido el canon pasajero que esperaba; en otra forma, terminarían viviendo como indios.

Gritos de alarma la despertaron al amanecer. La mujer que les regaló trigo, corría de rancho en ramada anunciando que los indios se acercaban. Siempre. Y esto la

sorprendía y consolaba, existían entre los humildes seres que hacían algo por los demás. Los infieles parecían ser los únicos que despertaban la solidaridad entre los cristianos.

Su marido se resistía, pese a su lasitud; además de la carga de mantas y utensilios, tenía que arrastrarlo y empujarlo. Pedro la ayudaba, pese a su debilidad. Alcanzaron a llegar a la parte más espesa del monte; difícilmente, los indios entrarían hasta allí con sus caballos. No habían recuperado el aliento y ya se escuchaban los alaridos y gritos. José, por irracional sentido de imitación, gritaba y chillaba inarticuladamente. Intentó taparle la oca. Le mordía las manos y gritaba más fuerte; la golpeaba casi con el ritmo de los gritos. Pedro había regresado para salvar lo que pudiera de los víveres, no podía defenderla. Se dejó caer y revolcó de desesperación. Se cumplía la irónica profecía de Felipe. José terminaría enloqueciéndola. La gritería de los indios cubría la de él. No debían estar lejos, en cualquier momento llegarían o pasarían de largo hacia el poblacho; el rancho abandonado no podía tentarlos. Sudoroso, temblequeante, apareció Pedro arrastrando dos bultos. José cesó de golpearla. Innecesario hablar, utilizaban el repetido vocabulario de las miradas y de los actos.

Se apagaron los gritos y el ruido de los cascos de caballos. Esperaron hasta el mediodía. Los indios no regresarían por el mismo lugar, raramente lo hacían. Emprendieron la vuelta.

Restos de humo y polvo. Esta vez fue ella quien tuvo ganas de gritar y llorar. El rancho estaba reducido a escombros y cenizas, como si todo lo suyo estuviera destinado a desaparecer. Se había quemado su neceser que tenía escondido; hubiera sido más lógico que lo quemara ella misma, como fin de una etapa. Se ganarían bajo los árboles, hasta que de nuevo experimentara el deseo de construir, de sobrepasar el de destruir de los demás. Sus enfermos la miraban abatidos; sólo Pedro, José era la nada. Tomó asiento junto a ellos, sobre un ronco, los ojos fijos en las ruinas, hasta que las tripas comenzaran a sonarles.

Volvió la mujer del trigo; no le había preguntado cómo se llamaba. Un ángel o virtud teologal de esos que adornan las estampas y cuyos nombres nadie recuerda o confunde. Ella, era la mujer del loco, de los confinados. A nadie le importaría mucho quién de esos dos hombres era el suyo. La del trigo traía dos chicos color tierra, flacos; uno, con un tajo en el cuero cabelludo, se espantaba las moscas que al amontonarse parecía que se lo zurcieran.

—Con todo, han tenido suerte, señora. En la villita mataron algunos cristianos y se llevaron cautivas. Yo me he traído estos huerfanitos. Espero que mi ranchito, como está escondido, se haya salvado —terminó, mirando el convertido en cenizas. Las mujeres debían hablarse entre ellas.

—Dios lo haya dispuesto así. —Hubiera querido ofrecerle algo de lo traído por Rafael; a ella, total, no le habría costado mucho, volvió a penar, pues todo Santiago

sabía que una de las Carol era o fue amante de Ibarra, y hasta afirmaban que tuvieron un hijo. No entendía cómo no se lo gritó a cara limpia, cuando contó lo de Dolores. Se lo había insinuado, entraba más hondo. Se tapó la boca mirando a la mujer del trigo; conocería cosas de las campesinas y cautivas, pero no las diría nunca. Además, ya sabía lo que era hambre y les quedaba poco y nada de Rafaela; lo miró a Pedro, tampoco a él. Aunque no le importara, la asombró descubrir que era más suyo que de su mujer. ¿Sería una manejadora de hombres? El polvito que levantaban las patas de la mujer y los chicos se fue perdiendo entre alpatacos.

Improvisaron una ramada. Tenía la seguridad, como si ya hubiera descubierto la cadencia de las acciones maléficas de Fierro, porque vaya a saber si el tirano tenía tiempo de acordarse de ellos, que al hecho feliz de que hubiesen escapado al malón, correspondía una renovación del mal. No la sorprendió que, a los cinco días, la patrulla los obligara a internarse más. Los arreaban como a ganado de poco valor.

—Aquí, a más de los infieles, va a tener que cuidar a su marido de los jaguares. Aunque dicen que los cebados prefieren la carne blanda y blanquita de las mujeres — soltó, ladino e insinuante, uno de los soldados.

No le contestó. Nadie podía protegerla. Aumentaban la debilidad y los delirios de su marido; las llagas de Pedro volvían a abrirse, los remedios traídos por Rafaela no daban resultado. Se avergonzó de alegrarse, casi, de que así fuera; volverían a los ungüentos y yuyos indios. Ibarra no ordenaría que le faltaran al respeto, pero tampoco le importaría demasiado si así sucediera; sería como si se cumpliera su profecía cuando la autorizó a venir.

Estaba cometiendo una locura, cada vez más se convencía. Todo se mudaba en infierno graduado y ajustado, en el mundo del desorden y el absurdo, si lo comparaba con su vida anterior. Sin embargo, descubría que una parte hasta ahora desconocida de su temperamento, de su carácter, se enriquecía y maduraba. Nunca podría volver a sentirse una niña desvalida y aupada. Nunca, tampoco, podría ser una mujer como las otras de su mundo social; más todavía, ya no era una mujer común. Santa Teresa sonreiría de su vanidad.

Los abandonaron bajo los árboles por todo refugio. Principió a llover torrencialmente. El calor, la lluvia, la humedad agobiante, el frío, aparecían de improviso, también escapados de las normas. El cielo gris, nuboso, amenazador, nueva amenaza, anunciaba lluvia por quién sabe cuántos días.

Estaban calados, José tiritaba y Pedro sentía pasajero alivio en sus llagas. Los médicos no vendrían, ¿por qué habrían de desafiar al tirano en nombre de la caridad? La caridad figuraba después de la fe y la esperanza, las dos primeras eran individualistas y hasta egoístas. Ibarra era el dueño de la fe en lo político y hasta en lo religioso. Le costaba creer, con Santa Tomás, que la caridad es una amistad entre el hombre y Dios.



Con trozos de cueros y unos palos intentaron guarecer a José, su debilidad podía degenerar en neumonía. Parecían pollos mojados en un palo de gallinero. ¡Ojalá!, en los gallineros alguien se ocupaba de alimentarlos. De nuevo, tenían hambre; en las alforjas sólo quedaban galletas duras, patay y charqui, esa carne seca y salada. Miró a Pedro; se agotaban los cartuchos y la fatiga de la caza sobrepasaba su sacrificio. No tenía fuerzas ni ánimo, se lo dijo sin palabras. Las mujeres eran por costumbre de siglos, casi instinto, las encargadas de la comida, del hogar. La protección del vientre materno que los hombres nunca se animaban a abandonar totalmente.

La lluvia cesó al tercer día. Nada para comer. Recorrió la legua que los separaba del rancherío, por el cual habían pasado con la patrulla. No quisieron venderle, por más que les ofreció buenos precios; sería por fidelidad o terror a Ibarra. Miraban con deseo los reales, luego a ella con repulsión y decían no, el monosílabo, ni una palabra más, temerosos de explicar.

Al regreso, encontró a José y Pedro lamentándose el unísono; el hambre y la protesta habían encontrado un medio de entenderse hasta en lo irracional. Llegaba un momento en que los enfermos consideraban una obligación la generosidad de cuidarlos. ¿Acaso, ella misma, no pensaba que los de su casa la habían abandonado y que no le enviaban más socorros, ni remedios en la medida necesaria? La furia se le contagio, tanto que le alquilaron un caballo para ir hasta el fortín del Bracho donde estaba Fierro.

Le pidió que le permitiera enviar un mensajero a Santiago. La miró burlón.

—Imposible, señora. Lo prohíbe un bando del invasor y salvaje unitario general Solá —se cortó como si cometiera una indiscreción o habría notado en sus ojos un chispazo de esperanza—; pero eso, a ustedes no les toca. Hace días, por disposición del gobernador, mandé prender un mensajero que le traía víveres y medicamentos. Los necesitaban sus milicianos.

—¿Intentan matarnos de hambre? —lo interrumpió violenta.

—No, señora, usted está en completa libertad de regresar. Tengo órdenes de poner a su disposición un carruaje, en cuanto usted lo pida. Sería una solución muy deseable.

—Pretenden que deje solo a José para que se muera de hambre. ¡No lograrán quebrar mi voluntad y, si es preciso, moriré al lado de este desgraciado proscrito! ¡Se lo puede comunicar a su amo! —terminó soberbia y teatral. Se arrepintió, su viaje más que inútil resultaría contraproducente.

A los pocos días, pusieron a su marido en una improvisada parihuela, le era imposible dar un paso, y comenzaron a internarlo en el bosque. Lo siguieron con Pedro. Se volvían a cada trecho para insultarlos: querían que ella terminara por agotarse y lo abandonara, que participara en la responsabilidad. José soltó un largo quejido. Los soldados movieron más la parihuela, se reían y burlaban de cada

lamento.

—¡Así vas a aprender, hijo de puta, salvaje unitario, a traicionar a Ibarra! —gritó uno.

No pudo soportar más, se lanzó sobre uno de los varejones para evitar que lo zarandearan. El que acababa de gritar, se volvió y de un bofetón la tiró al suelo.

—¡Y esto por el traistorazo de La Madrid!

—¡Eusebio! ¡Ya sabés que a ella no hay que tocarla! —ordenó el jefe.

Se levantó con ligereza; la miraban asombrados, no sabían que estaba acostumbrada a los golpes de su marido.

Los abandonaron en un lugar desolado; de nada serviría el dinero. Para colmo, el jefe le comunicó que tenía órdenes de requisar la escopeta.

—No es habitual que los proscritos anden armados, más cuando los salvajes unitarios han invadido la provincia por todos lados.

Inútil argumentar; Pedro la entregó sin palabras.

Los miró alejarse. Por primera vez, se sintió derrotada. Ni siquiera comentaron la invasión de los unitarios. Jamás llegarían hasta ellos. Sería cruel e inútil crear esta esperanza. Hasta su salud comenzaba a quebrantarse; de noche tenía frío y José ni siquiera le permitía echarse a los pies del jergón. Todos los seres debían parecerle enemigos. Las sombras se le agrandarían con el miedo. Bastaba con que no comprendiera uno de sus pedidos ininteligibles para golpearla hasta que lograba escapar de sus manos. En el invierno, tan variable, esperaba fuera de la ramadita hasta que él se dormía. De puntillas, se acercaba a las mantas y el ponchito que lo cubrían. Al leve resplandor de las brasas, contemplaba su cara. Recorría esas facciones que se contraían nerviosas, algunas se repetían en sus hijas, especialmente en Lucinda. Las abandonó por seguirlo. No pensaba siquiera en la palabra amor, ni lo sentía en su cuerpo; habría desaparecido o se disfrazaría bajo otro sentimiento. O simplemente no tuvo tiempo de recordar, en su cuerpo magullado y olvidado, que existía la palabra. No entendía bien lo que aún los ligaba. Piedad infinita por lo que se ha amado o, quizá, deseo de que ese primero y único amor no se diluyera en la nada. La espantosa inseguridad de sólo haber poseído la nada. Su desolación, se lo repitió, estribaba en que, durante esos meses, jamás había mencionado su nombre ni el de sus hijas. Esperaba en vano, angustia de una idea fija, que algún día pronunciara por lo menos uno de esos tres nombres que, estaba segura, habían llenado su mente y su corazón. Las brasas y sus llamitas reflejaban leves arabescos rosados y movibles en la frente arrugada y en la nariz afilada, color de cera entre la revuelta pelambre. Si pudiera romper, abrir, mirar dentro de esa frene, saber por dónde escapó o se ocultaba lo que había sido más importante en su vida.

**V**olvió a triunfar el deseo de vivir, su animalidad; descubrió que, extrañamente, en sus pechos todavía quedaban restos de la leche que no había mamado Lucinda o no habría pasado tanto tiempo como imaginaba.

Recorrió las tolderías de indios mansos hasta descubrir una enferma que no pudiera amamantar a su crío. La aceptaron con desdén; a cambio del servicio le prometió un tazón de caldo, lo guardaría para José. Ante una blanca reducida a tal miseria, la india se volvía altanera; le pagaba en el trato lo que de ellos habían aprendido. Salvajes o civilizados, el fondo de los humanos era el mismo. Los ojos velados por lágrimas de humillación, entrevió la cara flaca, terrosa y fea como un bicho, que chupaba con avidez; su pecho parecía aún más blanco. En brote de soberbia, como en el Convento de Santo Domingo, se imaginó la Madonna del cuadro del Renacimiento y, al punto, se avergonzó. Santa Teresa, ella que se llamaba ruin, la afrentaría. Se prendió el corpiño y tendió la mano para recibir la escudilla tibia. Dio las gracias con humildad de indio manso; manso para ellos los blancos, los cristianos, los amos que los desalojaban de sus tierras, se las robaban. No entendía muy claro lo que discurría, se hería a sí misma, los delirios de su marido. El apartarse.

Al día siguiente, mientras amamantaba, entró un indio a la tapera, miró fijo su pecho blanco, no se atrevió a ocultarlo temerosa de su reacción. Se limitó a preguntar si sabría cortarle una chaqueta; nunca había cortado ropa de hombre, pero sin dudar respondió que sí.

Su alegría no fue menor que la sorpresa; el trabajo gustó al indio, le pagó con pedazos de charqui y hasta con nuevos clientes, que le daban maíz.

Cosía, pese a los dolores de pecho que al principio creyó causados por la leche, no quería pensar que fuera grave. Su profesión de costurera les permitía vivir en una pobre holgura milagrosa, hasta José recuperaba fuerzas. Para aumentar las ganancias y correr contra el tiempo, si Fierro lo supiera lo internaría más, con una vieja camisa de su marido, teñida con los brillantes colores que los indios extraían de las hierbas, les armó rústicas flores de trapo. Quedaron tan encantados como ella. Repetía la historia de Colón y las cuentas de colores; pero les enseñaba un valor desconocido, lo bello. También, le ofrecían en trueque medidas de trigo. Los fascinó la nueva idea de coserles corazones, una especie de escapularios con talismanes que usaban para conjurar el *mal aire* de los pantanos, cuya agua, poca y nauseabunda, bebían todos. Ella misma la colaba con un trapo y se tapaba la nariz para tomarla. Debía ser otro milagro que la peste o las fiebres malignas no los exterminaran. Rechazó asustada la tentación supersticiosa de colgarse un corazón.

Pese al éxito artístico, le gustó llamarlo así, y comercial, principiaría a prenderle el espíritu de su marido, no logró que nadie le construyera una choza para sus enfermos; repitió la expresión como jaculatoria, había aceptado su destino de cuidar a sus enfermos. Cumplir con los mandamientos de la Iglesia. Tendría que levantar el rancho en la forma que pudiera, con la ayuda casi nula de Pedro.

Las ramas entremezcladas de dos arbolitos le sirvieron de esqueleto; durante días cortó caña totora y las cubrió. Hiló lana del cuero de una oveja y con varillitas tejió una estera, que sirvió de techo bastante impermeable. Ni las fuerzas ni el ingenio le alcanzaron para construir las paredes, sin abandonar la costura. Admitía que sus hombres la contemplaran trabajar: el uno con la mirada perdida, ausente; el otro con la ayuda de una conversación del tiempo ido, que le dolía como una nueva clase de llaga. Rara vez caía en la magia evocadora de las palabras. Jamás se atrevió a hablarle de los libros que había leído; a él, como a su marido, le parecería poco femenina esta descarada e increíble afición. Defendían la ilustración y las luces, siempre que fueran masculinas.

Volvía a la realidad; sus manos y sus piernas se movían con renovada fuerza, la de borrar imágenes. Y, por fin, los labios pegados, el silencio. La inutilidad de la palabra; los saraos, los chismes. Rafaela.

Sus clientes referían que muchos jaguares rondaban la región. El más temible, uno cebado, había muerto a varias personas. La imposibilidad de defenderse, sin la escopeta, ni lanzas, o flechas, ni siquiera las necesarias fuerzas físicas, hacía que este probable horror sobrepasara su voluntad de vivir. En entrega total, se repetía en voz baja: si Dios lo dispusiera, no habría forma de oponerse.

La noche calurosa aumentaba el cansancio del agotador día de trabajo. Deseó alejarse de sus enfermos, olvidarlos por un momento. Estar sola, consigo misma; pensar, aunque temiera hacerlo. Anduvo un centenar de pasos, tampoco se atrevió a más. Pedro se escabullía a menudo, pero no debía de ir lejos; volvía sin que ella se atreviera a preguntar ni él a explicar. Ninguna atadura de preguntas ni respuestas cotidianas y necesarias. Se recostó sobre la tierra húmeda y más fresca; poco a poco, también la costumbre, había ido perdiendo el miedo a los insectos culebras y alacranes. Los viejos guerreros en las batallas. El reposo sin la vecindad de José o Pedro, adoptar cualquier postura de muchacha sin peligro de ser vista. El sueño le caía como a un hachero agotado.

Un aliento muy suave, tibio y menudo remolino de aire, la despertó; desde que tuvo su primera hija, la presencia de una persona, por silenciosa que estuviera en su habitación o en su ámbito, bastaba para despertarla. Una posible mezcla de alientos. Alzó la cabeza apoyándose en los codos; antes, al comienzo, hubiera gritado de horror. Una imagen felina se deslizaba sigilosa hacia la espesura. Las huellas marcadas en la tierra polvorienta, muy cerca de su mano derecha. Su aliento la habría

despertado. Otros había visto pasar un jaguar en parecida forma. El menor movimiento suyo hubiera hecho desaparecer el desdén de esta fiera americana por las presas demasiado fáciles. Felipe Ibarra. Una jaguar había jugado con uno niñitos que lo creían un gato gigante y terminaron espantándolo a varillazos. El oscuro poder e los ingenuos e inermes.

Se incorporó, salvo un ligero temblor en las pantorrillas, se serenidad la pasmaba de asombro. En dirección de su ramada siguió las huellas del jaguar, pronto desaparecieron del senderito; no le cupo duda, había salido de entre los montes para verla dormir y vuelto a ellos. Sus hombres dormían con la pesadez del primer sueño y del estómago lleno, que les permitía el trueque de los corazones. Sólo ella adivinaba que esto no podía durar mucho, que la patrulla no tardaría en aparecer. Los remedios de los indios, al disminuir sus llagas y dolores, hacían renacer el ingenuo optimismo que Pedro había demostrado en la revolución. En su trato con la gente del pueblo, estaba aprendiendo que el tirano lo sería mientras se le antojara; salvo que Paz, Lavalle o La Madrid, sus antiguos camaradas, lo derrotaran y lo mataran sin piedad, como él había matado a Santiaguito Herrera.

Apareció, de golpe, una mujer gritando enloquecida de terror. Ayudada por Pedro, lograron apaciguarla. José imitaba los gritos que lo había despertado.

—¡Está muy mal herido, les ruego ayuda!

Un jaguar, mientras dormían, había devorado a su hijita y lastimó a su marido, quien pese a las heridas, empuñó su lanza y lo obligó a huir. Sería el mismo. En los ojos desesperados, descubrió lo que podía haberle sucedido a ella o a sus enfermos. La siguió, mientras Pedro contenía un ademán de protesta por abandonarlos. De las curanderas indias había aprendido bastante sobre lastimaduras y heridas. Quería ver en otra carne lo que hubiera sido la suya, destrozada por esas uñas y garras que habían marcado la tierra junto a su cuerpo. Quizá hubiera sido mejor que, con la voluntad de Dios, el jaguar hubiese dado término a sus angustias. Mientras corría hacia el hombre de la otra, se afirmaba en la certeza de que no lograría salvar al suyo. Si, al amenos, recuperara la razón antes de morir y supiera cuánto lo había amado, este reconocimiento la consolaría de dolores y trabajos. También, quedarían blanqueando en el campo, sobre un salitral, los huesos de Pedro y de ella misma. Y Fierro le mandaría los grillos de José a Felipe Ibarra como un presente y muestra de fidelidad. Sus ojos ya no tenían nada calmo, ni suave, ni agradable que mirar. La curiosidad en el dolor ajeno también podría ser inagotable, y la caridad una vergonzante especie de la curiosidad. Todos los sentimientos, virtudes y defectos, se le mezclaban en forma por momentos torturante. No sabía, entonces, si era una santa o un monstruo o pueda que lo más justo: una simple mujer.

Ante el brazo desgarrado cesó de pensar en sí misma, para utilizarse en el hombre tendido que se desangraba. Ellas, las mujeres, sabía dar vida en medio de la sangre.

Vino una época de grandes sequías, ni gota de agua. Añoraba los pantanos malolientes. Para engañar la sed, mordisqueaban los yuyos verdes, las raíces tiernas. Buscaba las hondonadas, las partes más húmedas del terreno y quedaba tendida, revolcándose para sentir un poco de frescura. Hundía las manos en la greda arenosa; la piel de sus hermosas manos de antes, tan finas como el teclado de marfil donde las deslizaba, había estudiado piano en las clases de adorno de las monjas del Convento de Belén, ahora callosas y ajadas, su piel debía sorber por ósmosis. Su mejilla quedó cerca de una mata de un verde clarito, podía mirarla con envidia, dentro de ella trepaba un líquido. Bajo la sombra del gran lapacho, esas matas le quitaban humedad y frescura; las miró con rabia, en enemiga. Si pudiera masticarlas, las arrancarías de raíces, las trituraría y hasta las comería. No sabía a qué especie pertenecía. Las clases de adorno. Pocas eran las yerbas venenosas, ya lo había aprendido de los indios; pero la mayoría producían disturbios estomacales. Contadas eran también las víboras, culebras y arañas venenosas. Se las acercó más a los ojos, rojizos, ya no tenían lágrimas para llorar y la vista se le enturbiaba. Las fue arrancando poco a poco, crujían las raíces al desprenderse de la tierra con algo de queja humana, de José y de Pedro, sus propios quejidos le sonaban en distinta forma. Se las llevó a los labios antes que la pizca de humedad o frescor desaparecieran. Si las succionaba, sin caer en la tentación de morderla, y beber una gota, una gotita. Su Lucinda, mamando, la imitó. No era tan buena madre como fiel esposa. La Iglesia le había marcado la elección. El matrimonio, el marido, formaban parte de un sacramento, los hijos no. Imposible resistir, mordió. Sabor agrio y áspero, no parecía venenosa. Si pronto no sentía retortijones, dolores o gases, habría descubierto una nueva especie comestible. Pensar que había sabios que dedicaban toda su vida a clasificar estos yuyos, y hasta decían, lo había oído de su padre, que un francés, tan loco como sabio botánico, recorría los bosques del Chaco y del Paraguay.

Volvió a la ramada. Pedro, con algo de placer por creerse útil, le confirmó que lo de José era disentería. Escapaba a la vigilancia de ambos y comía pastos y yuyos sin la menor discriminación. Esta enfermedad acabaría con él y con ella o los agotaría de horrible manera. Su estómago le confirmaba, en cambio, que la nueva especie era comestible.

Ninguna receta india para esa enfermedad, tendría que preguntarles; vaya a saber cómo la llamaría. Ya principiaba a entenderse en lengua toba. Antes debía ir al bosque y juntar una carga de leña; no demasiado grande como para que la agotara el transporte, o sobrara si volvía a internarlos más. No podían dar la impresión de estar a sus anchas en ningún lugar. Terminada la tarea, volvería para preparar la comida y,

mientras tanto, coser algunos corazones para la curandera.

Sus enfermos se regían ya por sus ocupaciones. Pedro hacía las veces del pulpero que trataba los negocios, además, cuidaba a José. Haber llegado, por fin, a este ordenamiento más o menos lógico, aumentaba su temor. Su Teresa escribía: «Si nos determinamos a tragar de una vez la muerte y la falta de salud, nunca haremos nada».

Se echó al hombro el lazo rudimentario y el hacha que le había prestado el indio Jerónimo, a quien cortó la primera chaqueta. Los indios ya la consideraban como si fuera una de sus mujeres, que se deslomaban en los trabajos de la toltería. Con la hachita podría trozar ramas de algarrobos secas. Y si, además, pudiese encontrar una cabra con cría y ordeñarle un poco de leche, sin que la vieran, un robito minúsculo.

Se internó en el bosque hasta una zona con bastante madera; no sabía a qué plaga se debían estos árboles secos. Cuando tenía mucha suerte, podía hallar los deshechos que abandonaban los leñadores. Si alguna vez saliera de este infierno, aprovecharía su experiencia para explotar mejor las estancias. Sonrió, podría regirlas mejor que su hermano Santiago; acaso, tan bien como lo haría Gregorio, si no lo devolvían demasiado tirifilo del Monserrat. ¿Qué harían ellos si la vieran en tal estado? La piel acanchada se le caía no sólo de la cara y las piernas, sino hasta de los hombros. Meses que usaba esa ropa o pingajo de tela mugrienta como todo lo que tenía encima, no había podido lavarla por falta de jabón y ahora agua. Ni ella misma había podido bañarse. Esa suciedad la desesperaba. Comprendía lo que debía haber sufrido esa reina de España que hizo la promesa de no cambiarse la camisa. Sonrió. También participaría de la promesa, de ese olor de santidad, toda la corte. Se olió las exilas, en su tiempo feliz la hubiera descompuesto. Aunque mucha gente aristocrática apestaba.

Transpiraba pese a que el sol se ponía; la hora en que hubiera necesitado oír voces del más allá. Ajustó la carga para el regreso, o la noche le haría perder el rumbo; todavía no había aprendido a orientarse por las estrellas. Si lograba voltear esa rama seca, tendrían leña para tres noches más. La enlazó y tiró con fuerza, resistía más de lo imaginado. Se colgó del lazo y, por natural impulso, se encontró columpiándose. Rio feliz, ínfima alegría que creía perdido desde mucho tiempo atrás. Las caras que recordaba columpiándose eran dichosas; hasta en ese grabado de un pintor francés, que le había regalado a su padre ese general napoleónico y medio infielote, que había terminado por recalar en Santiago a la caída del Empereur, y después se suicidó en Chile. Crujió la rama y el lazo escapó; rodó por el suelo y la madera la golpeó en el pecho. Un dolor intenso le oscureció la visión. Tinieblas.

Volvió en sí, era de noche; el despertar de una pesadilla. Tuvo ganas de gritar pidiendo auxilio; pero nadie podría socorrerla. Le dolía el pecho, respiró aliviada al palpar que no tenía lastimaduras. Su madre solía precaverla contra esos golpes, los más peligrosos en la mujer. Buscó en la semipenumbra el hacha y el lazo, no podía

regresar sin ellos o perdería la confianza del indio. Si lograba encontrar el rumbo, vendría a buscar la carga al día siguiente. Por lo menos podía caminar sin mucho dolor. Recordó, con alivio, que la luna estaba en cuarto reciente y no debía tardar mucho en salir.

Prefirió esperar, temblaba al menor crujido ignorado. Los grillos comenzaron a chirriar, los tucos y luciérnagas a trazar sus curvas y senderos luminosos. Por primera vez estaba sola y de noche en el monte espeso. Las arañas pollito, más grandes que un puño y con patas largas y peludas, podían descolgarse de los árboles. Se ganó al displayado, cerca del montó de leña. También las había visto deslizarse entre las hojas y palos secos, de color tan semejante que resultaba difícil distinguirlas. Temblaba de miedo con la hachita en la mano; podía defenderse con ella, pero siempre sería demasiado tarde si la picara un víbora de la cruz o yarárá.

Lentamente, la luz opaca de la luna fue marcando la copa de los árboles. Respiró aliviada cuando el leve resplandor le permitió distinguir su cuerpo, lo miró detalladamente; luego en derredor. Inició la marcha. Recordaba no haber andado más de media hora, claro que con la seguridad de la luz del día. Reconoció el alto y rojizo tarco que le llamó la atención al entrar en el descampado. Debía conservar un ritmo de marcha y no dudar demasiado; la vida. Las copas oscurecían el suelo, tropezaba en los alpatacos. Seguir fiel a ese instinto que sentía desarrollarse dentro de sí misma. La cruz del Sur estaba en la misma posición que en el campamento, por lo menos había acertado en la dirección general. La hojarasca crujía bajo sus rotosas botinas; ella misma había reparado las suelas. Se detuvo por si veía laguna lucecita o escuchaba una voz. Si erraba la ramada y el rancherío de la indiada mansa, podía ir a parar a una toldería salvaje; en este caso, prefería la muerte. Ni luces ni voces eran segura salvación.

Ganas de gritar y dejarse caer vencida; meses atrás, ni siquiera hubiese intentado la marcha. Se habría tendido a la espera de socorro; ahora, ella socorría. Pudiera, en el mejor de los casos, que el indio Jerónimo saliera a rastrearla para recuperar lazo y hacha.

Debían ser las nueve, más o menos; pronto las luces de los ranchos disminuirían al igual que las voces; salvo en alguna toldería que festejaran algo o, simplemente, gastaran en alcohol o aloja las pieles y cueros vendidos. En cuanto se emborrachaban, hasta los indios mansos perdían toda consideración a las mujeres y aun entre los hombres.

Largos y estirados ladridos que, de golpe, se cortaban para encarar. No había pensado en los perros cimarrones o simplemente bravos. Era posible que se encontrara cerca de un poblado. Si el perro encaraba ladrando tenía un rancho que defender. Creyó distinguir una luz. Ruido de ramas, el perro corría a su encuentro entre los arbustos. Se detuvo, creyó reconocer un senderito. Empuñó el hacha.



Gruñendo y olisqueando, el perro se detuvo a dos o tres varas. Con ladridos cortos y moviendo la cola se acercó para oler el lazo y el hacha. Se dejó caer sentada; la lengua del perro le refrescó la cara. Era el Godo, de Jerónimo. Lloró despacio, sin lágrimas. No creyó en un milagro, milagro era resistir su vida cotidiana.

A pocos pasos de su ramada, el Godo se volvió a su rancho. Gritos, casi ladridos, de José. La voz opaca y temerosa de Pedro:

—Ave María Purísima, ¿quién vive?

No le contestó; le pedirían comida. El viento húmedo del sur arrastraba nubes y cubrió la luna. Estaba segura, pronto llovería torrencialmente. Encendería la hornallita dentro del rancho y saldría a mojarse.

—Estaba, estábamos preocupados por su tardanza, Agustina. ¿No halló leña?

—No, no encontré —contestó en el mismo tono.

**D**os días de lluvia torrencial; los bajíos en el bosque se transformaban en charcas o pozos de agua clara en la superficie, greda rojiza en el fondo. Lavar su ropa, aunque fuera sin jabón o con ceniza de jume. No sólo su ropa, ¿cómo la vestiría luego sobre un cuerpo sucio, cascarriento? No entendía por qué si había tenido coraje para realizar acciones tremendas, ahora necesitaba excusas para bañarse en un charco perdido en la selva. Miedo a verse desnuda, a que la encontraran desnuda. En un momento dado tendría que estar totalmente desnuda, no tenía otra muda de ropa interior, si lo que llevaba podía llamarse tal. Que Pedro u otro hombre la vieran, hasta que los animales la miraran. A la hora de la siesta. Su marido caía en sopor, lo más semejante al sueño que lograba. Terminado el almuerzo, en lugar de ayudarle a lavar las escudillas de barro cocido, Pedro se iba al bosque para dormir; al principio se excusaba mostrando las manos llagadas, luego, cuando mejoraban pasajeramente, ni siquiera el ademán o el gesto.

Comió poco, por si cedía a la tentación. Recordaba confusamente el episodio bíblico de la casta Susana y los tres ancianos que la espionaron bañándose. Otro semejante en la mitología griega, su padre se lo había narrado para contener su afán, un poco pagano, de bañarse en verano todas las semanas. Acteón había sorprendido a Artemisa desnuda en una fuente; en castigo, la diosa lo transformó en ciervo y sus propios perros lo devoraron. Nadie de los alrededores tendría ni la más remota noticia de estos aleccionadores ejemplos. Y aunque lo supieran, los hombres cedían al instinto insaciable de mirar a las mujeres; y las mujeres, desde el principio, deseaban que los hombres cayeran en la tentación.

Se llevó una manta de su marido. Nadie la vio perderse en dirección de una represa oculta entre totoras; casi podía formar parte de su ramada techada con la estera de la misma caña. Lavaría primero la ropa para ponerla a secar al rayo del sol. Si transpiraba en la tarea, el baño posterior limpiaría todo. Comenzó con el remendado corpiño del vestido; había olvidado el color azul originario, sólo quedaba un desteñido celeste, tampoco podía restregarlo mucho porque se descuajeringaría. Lo enjuagó y tendió en una rama; hizo lo mismo con la falda remendada. Le faltaba el calzón, cuyo color tampoco recordaba; como había olvidado el uso de las enaguas almidonadas. Se lo quitó, con la otra mano sostenía la manta para cubrirse la espalda. Al verse reflejada en el agua dudó, nunca había caído en la tentación de contemplar su cuerpo desnudo en el espejo biselado de su tualé francés; debía ser la única que poseía un mueble semejante en Tucumán. Reflejada totalmente entre las ramas verdes y algunas flores rojas. No era tan indigno ni alarmante caer en la tentación de mirar su propio cuerpo. ¿Por qué había de ser pecado o vergüenza contemplar lo que Dios

había creado a su imagen y semejanza? Eva en el paraíso terrenal, antes del pecado. La palabra pecado la hacía temblar. Las imágenes coloniales de bulto y vestidas de la Virgen, Jesús, San Juan y el Cirineo, que las antiguas familias conservaban como el mayor adorno y solían prestar para las procesiones. La más desoladamente hermosa era el Cristo yacente de misia Cleofé Arias de García, cubierto con una sábana de raso de seda, regalo de Felipe Ibarra, y que paseaban por las calles polvorientas el Viernes Santo entre lloro y dolidas exclamaciones del pueblo.

Se acuclilló para lavar, la imagen resultaba menos armoniosa. Debía haber pasado la Semana Santa sin que ellos la notaran. Y hasta su cumpleaños, su fiesta que comenzaba con chocolate en el desayuno, y continuaba con chocolate y alfeñiques para sus amigas a la merienda, la comida familiar, y las flores y los regalos. Había, también, una dios pagana casi arrodillada con una gracia que, en el otro tiempo, intentó imitar, claro que con su largo camisón de hilo. El calzón había sido rosado, lo recordó de golpe, formaba parte del trousseau de la boda ¿Por qué todo lo relacionado con los sentidos vecinos del pecado principiaba a decirse en francés? A su madre le pareció poco serio, cosas del Tucumán ilustrado. Sonrió al tenderlo. La noche de bodas había sido tan complicada en el renglón de ropa, hasta llegar a un mudo y avergonzado acuerdo de lo que debía continuar puesto y quitarse. Luego de nacida la primera, recién llegaron a un pacto natural y cómodo que ni se atrevía a mencionar.

Entró en el agua con solemnidad religiosa. Los pies se le hundían en la greda y el agua se enturbiaba; otra vez buscaría un charco con arena en el fondo, estaba decidida a pecar de nuevo. La costumbre del mal, bañarse desnuda ante posibles miradas masculinas, se convertiría en vicio, habría dicho el padre Aráoz, su confesor tucumano.

Se miraba con deslumbrado asombro; las partes que nunca había estado expuestas al sol ni al aire siquiera, tenían blancura de leche o nieve del Aconquija; lo restante, moreno, tostado, como si perteneciera a otro cuerpo, a una mestiza. Un chillidito infantil y se hundió en el agua fresca, que ya semejaba chocolate chirle. Con un puñado de arena se restregaba con fuerza y alegría. En un charco vecino divisó el deseado fondo de ripio y decidida entró en él, era más hondo de lo que se imaginaba, chapoteando a lo perro volvió a hacer pie; sería un bañador para las majadas. Vendría todos los días mientras durara el agua; bañaría a José. Jamás lo harían juntos, físicamente era un extraño, o, acaso, temiera que dejara de serlo. Su cuerpo volvía a tener diecinueve años, deseaba gritarlo entre el áspero chirriar de los coyuyos.

Salió para cubrirse y esperar que el sol la secara a la par de su ropa; no había alcanzado a tomar la manta cuando las totoras se abrieron en un crujido sedoso y apareció la cara sorprendida de Pedro Únzaga. Le ardieron las mejillas de vergüenza; había sucedido lo que sólo pensar la horrorizaba. Un hombre la había visto desnuda, aunque sólo fuera por un instante. Las totoras volvieron a su posición y borraron esa

cara del amigo de su marido, de un hombre con el cual estaba obligada a compartir la vida. No sabría cómo mirarlo en el futuro. Tampoco sabía en qué forma la había mirado él, si el encuentro había sido casual o la había seguido para espiar traicioneramente su cuerpo. Sería repugnante que fuera así; podría haber simulado sorpresa.

Lloró compungida, deseó que la ropa tardara horas en secarse. Un hombre la había visto desnuda como nunca su marido; si él no fuera un loco habría tenido que desafiarlo a duelo, matarlo, recobrar con sangre su pudor.

Siguieron días muy tensos, sin ninguna explicación entre ella y Únzaga, imposible llamarlo Pedro. El silencio podría llegar a borrar las imágenes, pero no contener su imaginación y recato heridos. Le hubiese gritado que estaban juntos por obligación y por caridad. Hombre que acepta caridad de una mujer, deja de serlo. La menor explicación, el rimero de palabras que bullía en su mente y debía arder en la de él, simple casualidad o impudicia buscada, significaría un estallido, una ruptura, tendría que irse. Llegó a tenderle la escudilla con desprecio.

Forzando el trabajo barrería con estas ideas, necesitaba que la fatiga no la dejara pensar. Si corriera un mes de silencio, las fases de la luna, Únzaga ya la miraba como perro apaleado, todo volvería al cauce anterior. Hasta deseó incendiar el monte o que la patrulla volviera a arrearlos, para borrar el sitio.

Decidió, suerte de desafío a Fierro, desmontar un espacio de tierra y sembrar. Únzaga, sin atreverse a resistir su mirada, hacía lo posible por ayudarla; pensaría cosas indelicadas o simplemente sucias. No admitiría que a las imágenes se unieran palabras. Sembró maíz y zapallos.

Como lo preveía y por primera vez lo deseaba, , llegaron los soldados, destrozaron el plantío y los internaron hasta la Encrucijada; un sitio no muy lejos pero casi desierto donde se cruzaban dos huellas. Bosquecillo demasiado ralo como para protegerlos de la intemperie y de los indios. Ni agua para beber. Su pecado de la charca se redimía. Ni ella, ni Únzaga podían pensar en lo absurdo: un baño. Casi con alegría, luego de internarse hasta alcanzar un bosque más alto, construyó una ramadita. Él, la ayudó con expresión de alivio.

Recorrió los alrededores. La gente más extraña y la más inaccesible a la piedad. Hasta los perros le resultaron semejantes; arrastraba su odre para buscar agua, uno se le arrimó con engaños y de un mordisco le rasgó la falda. A sus gritos sólo acudió un indio para socorrerla. Temerosa siguió el camino. No podía creer en lo que veía. En su dirección avanzaba un hombre monstruoso, debía ser mestizo de una blanca cautiva y de un toba. Carota inmensa y redonda, nariz tan roma que casi le tocaba las orejas por ambos costados, dos morcillas como labios, ojos minúsculos de jabalí. Manos, piernas y pies de espantable gordura. Se detuvo estupefacta y le preguntó, por disimulo inútil, dónde podía encontrar agua.

—No tiene más que ir a los esteros, dos leguas al naciente y donde voy yo — contestó con torpeza. Refunfuñando tomó un sendero, sus patas de elefante levantaban el polvo rojizo.

Lo dejó alejarse antes de seguir. Tembló, si caía en manos de los indios podría tener un fruto así. Lo único que consideraba imposible hasta ese momento era el suicidio, lo preferiría, aunque el mundo de su fe se trastocara. No, no podría, monstruo o no sería su hijo. Por horrible y repugnante que fuera el acto, significaría que, en un involuntario instante, se habría producido el mutuo acuerdo del goce. Vomitó.

Días después y cuando volvía para buscar agua, una mujer apareció entre los arbolillos, detuvo el caballo y quedó mirándola con bondad que no lograba borrar el asombro que le producía su ropa raída. Desmontó y la besó en la mejilla. Le temblaron las piernas, no recordaba cuánto tiempo hacía que nadie la besaba tiernamente. Debía ser el contrapunto cristiano del anterior encuentro. La mano de Dios.

—¿Para dónde va, señora? Yo ando buscando unos caballos que me han robado.

Primera vez que alguien le preguntaba por pura simpatía. Fue muy corta su narración. La ayudó a montar en ancas y la llevó hasta un puesto.

—Clorinda, dale dos quesillos, harina y agua. No, no baje, ya le van a alcanzar todo. Usted está muy cansada.

Miró sus ojos pardos con agradecimiento. O, acaso, la desconocida tuviera miedo de que hablara demasiado con la puestera. Hacía mal en dudar; pero había olvidado que pudiera existir esta especie de bondad generosa entre la gente de su clase. Se empeñó en traerla hasta cerca de su ramadita. Sin ser una mujer de modales finos, tenía esa natural distinción de la buena estirpe rural. Con indecisión en el tono, hablaba del tiempo, las cosechas, las majadas, de las mingas que reunían gratuitamente a los vecinos para ayudarse en las cosechas y terminaban en una gran fiesta. Por descontado de los cuatros sabandijas que tanto la preocupaban.

—¡Hacía tiempo que no conversaba simplemente con otra mujer, y no me había dado cuenta de la falta que me hacía! —exclamó, aspirando el perfume a limpio, a jabón, que brotaba del cuello de ella, muy cerca de su nariz. Si se atreviera, le pediría con el mismo tono y acento, un pancito de jabón. Con Rafaela nunca había conversado.

—Sí, lo comprendo —masculló inquieta—. Hasta aquí nomás la traigo, ya está cerquita. Tengo que seguir campeando mis caballos... pese que a los cuatros los condenan a muerte...

—No sabría cómo agradecerle, señora —dijo, ya desmontada y cuando ella le pasaba lo que tan generosamente le había regalado.

—Por mi parte, señora de Libarona, quisiera pedirle...-se cortó intimidada, no

encontraría las palabras. Le pareció interpretarla, dejó el odre y, con desilusión, llevó la mano al bolsillito. —Señora —prosiguió dudosa, como si supiera la pena que le causaría—, yo quisiera recomendarle que no cuente a nadie esto que hice por ustedes... Fierro se tomaría venganza. Nos está prohibido hablarles y más ayudarlos.

—Entonces, señora, ale doy las gracias doblemente —se inclinó para cubrir el movimiento de retirar la mano del bolsillito y alzar su preciosa agua—. Lo que siento en el alma es que no podamos, de algún modo, ser amigas. Sólo hablo con hombres o con indias, mientras les amamanto un crío o les hago de costurera. Esto es hoy la señora de Libarona —el tono se le había pasado de herido a soberbio. Su maldito tono natural cuando sentía que, aun involuntariamente, la despreciaban o se permitían renunciar a su amistad quienes eran sus inferiores—. Y que Dios se lo pague, ya que está vedado intentar la menor retribución.

—Adiós, señora. Y que Dios la proteja —contestó la desconocida, aprobando la voz, mientras taloneaba el caballo.

Quiso correr, alcanzarla, volverle a agradecer, tenderle la mano, besársela, ¿qué hubiera hecho ella, tan pagada de sí, puesta en el lugar de esa humilde señora? Había tenido bastante coraje al desafiar una orden de Ibarra, a sabiendas y con los testigos del puesto.

La jinete desapareció tras el polvo. Si deseaba hablar con una mujer blanca de su clase, tendría que abandonar a su marido. Y aún estaría por verse, pues muchas habían dejado de saludarla en Santiago, no la veían. Esta cárcel del desierto, sin rejas ni murallas, a puro campo, cielo, montes y fieras, ya ni recordaba a vinchucas y mosquitos, le iba pareciendo la cárcel más sutilmente criolla, americana. Aunque también los zares de Rusia hacían cosas semejantes en Siberia. Pero la imagen de las Europas y sus mundos lejanos bastaban para abrumarla. José había prometido llevarla a la casona solariega de sus mayores en Galicia. Todos soñaban con sus moradas europeas agrandadas por la nostalgia. Desde el comienzo, ya eran segundones desterrados; salvo que a ella le había tocado la condena en doble medida. Sólo quería ver cómo eran las Españas y las Europas; es bueno y lógico conocer la casa de sus padres, las raíces de adonde uno viene; pero tenía que volver aquí, y había parido dos hijas que serían troncos y vendrían las ramas y las hojas, hasta el día del juicio final. No, con Ibarra o sin Ibarra, con La Madrid o Quiroga, con Paz o Rosas, tenía muy muchas cosas que hacer en su tierra.

—Perdone usted señora, el tono en que le hablé —susurró. Utilizaba a menudo estos diálogos de solitaria. Rezar, era su monólogo con Dios. Si Dios se le apareciera y le hablara, como a otras mujeres. La Magdalena. O a Teresa.

Las nubes, espesas y amenazadoras, cubrieron el cielo hasta convertir la media tarde en casi noche. Su experiencia tendría que haberle hecho prever la tempestad. Estaban lejos de la ramada y en la parte más frondosa del monte. Había llevado a su marido sin saber exactamente por qué: dentro del caimiento general, le había parecido extrañamente calmo. En este principio de primavera hasta Únzaga mejoraba de la piel. Quizá habría querido recordar esos días de la infancia en que la familia salía a merendar en el monte. O, por fin, habría tenido el capricho de hacer algo sin que nadie se lo impusiera por sus dolores y tiranías. El más dichoso parecía Únzaga, la había ayudado hasta el extremo de adjudicarse la iniciativa.

Recuperando su sonrisa, olvidada de su mirada en el baño, le había dicho, como si hablara a sus dos enfermos: «Podemos explorar el monte, buscar la primera miel, elegir un buen lugar con agua, para, cuando nos trasladen nuevamente, comentar, engañándolos, que nos conformaríamos si no nos llevaran a ese espantoso lugar». Idea ingenua, los soldados y milicianos conocían la región al dedillo. Pero la gente, por perversa que sea, debe sentir que se le agota el repertorio de crueldades y suplicios, se dijo, mientras restallaban relámpagos y truenos.

Los rayos quemaban las copas, una rama o las raíces de los quebrachos más altos con desconcertantes caprichos; un rayo había muerto un bebé que la madre tenía en brazos sin tocarla a ella. Sus enfermos volvían a mirarla angustiados, como si debiera o pudiera detener la tempestad. Llovía torrencialmente.

—No tuvo suerte para elegir el día —dijo Únzaga, habría esperado un relampagueo para mostrar que no la miraba a la cara.

José, chillando como un mono, se envolvió con la manta que hasta este momento les había servido de techo, su egoísmo de enfermo ya era instinto.

—Cuando tenía diez años, en la clase de gramática y religión —marcaba las palabras con dureza y no sólo para dominar el ruido de la lluvia—, me hicieron redactar una composición sobre la vaca, y escribí: «La vaca es una bestia que nos da su leche, su carne, su cuero y los cuernos. Moraleja: Imitemos a la vaca». La monja del Belén se puso a reír. Ahora me doy cuenta que yo no estaba equivocada.

Durante largo rato se escuchó el ruido de la lluvia que los empapaba. Únzaga ocultó la cara en la chaqueta con que se había cubierto la cabeza, sin el menor intento de ofrecérsela; temería que ella diera otro sentido a su gentileza. Imaginación femenina; el barniz social duraría muy poco fuera del ambiente propicio. Como juez estaba acostumbrado a repartir la vida y la propiedad de los otros, a sentir por ello qué era más importante y digno de protección. No quiso pensar más; hacía tiempo que no utilizaba la gracia, la ironía —Rafaela nunca vino al desierto—, la burla, el

humor, todo lo que debía ser una conversación y que muy rara vez había escuchado. Su gente sólo sabía poner apodosos burlones, hirientes. Eran pocos y se conocían demasiado.

La lluvia cesó de golpe, en plena noche. El ruido susurrante y amenazador de la creciente. El río Dulce solía inundar el rancherío de San Francisco de Asís, que conservaba la celda de San Francisco Sola y su templo con la celda del santo, el templo de Santo Domingo, la plaza mayor y hasta desbordar la antigua Acequia Real. Aquí, el Salado subiría hasta que el agua llegara a los esteros y, a los pocos días, comenzara de nuevo la sed.

Los dientes de sus enfermos castañeteaban, frío o paludismo; pronto haría lo mismo, si José no comenzaba a aullar o a golpearla. Todo en la oscuridad más negra. La fauna del monto trataría, como ellos, de ganarse a las partes altas y escapar a la correntada. Arañas, víboras, escorpiones y jaguares; la enumeración ya no le producía el antiguo espanto.

—¿No podríamos hacer lumbre? —tartamudeó Únzaga. Pensó en la difícil situación que le hubiera originado este hombre de unos cincuenta años, no sabía cuántos ni le importaba, si no estuviera enfermo. Se alegró de que fuera así. ¿Cómo podía pensar esto en nombre de la moral o de qué dirán?

—Perdí las cerillas, Únzaga.

El agua borboteaba entre malezas y alpatacos.

—Qué pena. Son tan útiles las cerillas que usted misma fabrica, señora, con tanta habilidad, con un trapo retorcido en un palito y untado con la cera de los panales que descubre en el monte. Con una habilidad e inteligencia en las que nada podemos ayudarle Don José, ni yo. Hubiera deseado ofrecerle la protección de mi chaqueta, pero ella hiede como mis llagas contagiosas. Sin usted, nuestra vida ya habría terminado. Esto necesitaba decirlo desde ha mucho tiempo.

—De la vida, para nosotros los cristianos, sólo dispone Dios —no pudo ocultar un temblor en la voz. Ni ella ni Únzaga podían verse en la oscuridad. El tiritar del cuerpo de José la rozaba, sólo con él había hablado en la oscuridad de la alcoba. La voz de los seres humanos se enriquecía en las sombras; la falta de labios y cara, fijaba la atención en los tonos y modulaciones. Le dolió no haber hablado más con José en las noches muy oscuras, en las tinieblas. Sus ojos tan claros, que según la luz del día cambiaban de color, no podían brillar cuando él la acariciaba. Ahora estaba a su lado pero sin existir. Si pensaba más, lloraría secretamente. Y lo secreto se tornaría sagrado.

Pasaron la noche en silencio, salvo los gritos inesperados de su marido que la arrancaban del sopor.

Al rayar el alba, en la ramita más alta del pacará que los cubría, un pájaro principió a cantar, tan suave, tan melodioso y rico de cadencias, que en un instante



borró la ansiedad nocturna. No recordaba haberlo escuchado, el miedo a los otros animales no le habría permitido reparar en los pájaros.

—Es una calandria, un pajarillo parecido a la alondra que canta al amanecer —dijo Pedro, desentumeciéndose.

Los duros y torpes movimientos del hombre que despertaba, le parecieron más chocantes en comparación con el cristalino tintinear de los gorjeos. Sin embargo, había vuelto a pensarlo con el nombre de Pedro y no con el apellido. Nunca olvidaría aquel canto y aquella mañana. Ni Ibarra ni Fierro recordarían el canto de la calandria o si no los habrían desterrado a un lugar sin ellas. Aunque los pájaros con su vuelo libre y caprichoso podrían despertar su envidia. Otro pájaro entremezcló sus trinos. Las copas de los árboles comenzaba a dorarse con el sol, una bruma tenue surgía como aliento del bosque. La calandria, imitaba, ahora, el canto del otro pájaro.

—No se asuste, señora; no es venenosa, es una musurana que se alimenta causalmente de las víboras ponzoñosas —dijo Pedro, con voz que deseaba ser calma, mientras acercaba un tronquito a la pierna del durmiente. Una víbora dormía enrollada a la canilla de José. Se tapó la boca para no gritar. Únzaga la tocó cerca de la cabeza; el reptil la alzó mostrando los dientes. En la oscuridad se habría ganado el calor de la piel humana. Si despertaba José, el horror lo enervaría por varios días. Lentamente, la serpiente abandonaba su refugio y se enroscaba en la madera; la arrojó a un islote vecino, un alpataco de ramas secas que habría formado la creciente. El montón de maleza cobró vida, las ramas, palitos y hojarasca comenzaban a moverse y se lanzaban sobre la luto machaguay, también la llamaban así. No pudo evitar el grito, era un nido de grandes arañas. Duró muy poco la lucha.

—Muchos la matan, sin saber el bien que nos hacen. Así somos los hombres —agregó.

Desorbitados los ojos, José echó a correr, como lo hacía a menudo, sin motivo aparente; por primera vez tendría que agradecerse. Lo siguió por los senderitos arenosos que había trazado la lluvia. Lo dejó correr, agotarse; no podría ir lejos, se tumbaría sin aliento y tendrían que arrastrarlo hasta la ramada.

Cayó de bruces y se volvió como si de espaldas pudiera defenderse mejor, la barba y los labios sucios de arena salitrosa y mojada. Se le acercó lentamente, el miedo le cortaba la respiración más que la corrida. Con algo de perro de presa, pegó un salto y la mordió en el hombro. El nido de arañas y la serpiente. Lo golpeó con fuerza en el temporal; la soltó. Cayó de espaldas nuevamente, los labios y los dientes ensangrentados. Miró en derredor, tenía que encontrar esas hojas carnosas que servía para restañar la sangre en las heridas.

—Aquí la tiene —dijo Pedro, tendiéndole la hoja. Los había seguido arrastrando la manta—. Hizo bien en conseguir estas recetas de los curanderos; sin ellas, nos habríamos muerto... salvo la gracia de Dios —terminó con dejo de ironía.

—Las pagué y con buenas monedas o corazones, señor Únzaga. Y esto es lo que Dios quiere, que no nos dejemos estar sin hacer nada —no le cupo dudas, como casi todos los leguleyos de Charcas, era afrancesado y medio ateo. Tuvo que aceptar su ayuda para aplicar el remedio; desvió la vista para no comprobar si la de él seguía el hilillo de sangre que corría por el descote.

José cayó de espaldas, inerte; ya no le importó la mirada de Pedro. Lo tendieron sobre la manta y lo arrastraron con suavidad siguiendo los senderitos de arena.

—Lo de Dios fue una broma, confieso que de mal gusto —dijo, a poco y casi sin aliento.

—No creo, señor Únzaga, que, en su estado de salud, esa broma pueda servirle de ayuda —lo hería, atenía necesidad de hacerlo, hasta con rencor, para que la obligada relación volviera a ser la de antes. Para que Pedro no volviera a mirar jamás un hilillo de su sangre, ni se creyera en el derecho de auxiliarla. Ellos, los dos, eran sus enfermos y nada más. Aunque le doliera el pecho y la lastimadura del hombre, arrastró a su marido con renovada fuerza. Prescindió de Pedro, no quería que sus manos estuvieran cerca de las de ella agarrando la manta. Apenas escuchó un quejido de José, no se volvió para mirarlo; se imaginó uno de los soldados que zarandeaban la parihuela. Pedro caminaba detrás dificultosamente. Se sintió joven, tremendamente joven, sana; capas de insultar a quienes le llevaban más años. Salvo a Dios que la miraba por dentro y era el comienzo del tiempo, de la medida, de los años.

El pavor, en mezcla con el amor que nunca había imaginado posible, la paralizó. No sabía se arrastrarse en un retroceso de víbora hambrienta pegada al suelo o avanzar hacia el cuerpo de José, para que el encuentro tuviera lugar con algo de mutua voluntad. Para que no fuera el horror de quedarse inmóvil y atrapada por esos ojos fijos de carnal lechuza, que brillaban como babas de caracol en la noche.

Había sucedido, esta sucediendo, lo que antes, al comienzo, había deseado, tenía que confesárselo, y, poco a poco, había llegado a equilibrarse con el temor. Las manos flacas, descarnadas, los huesos y los tendones marcados por el chisporroteo del fogón, se tendían hacia ella. Conocía ese movimiento, había sido el de casi todas sus noches de matrimonio feliz, sólo interrumpidas cuando la maternidad lo tornaba entre grotesco e impuro.

Sabía que cuando los brazos de él volvieran a tomar la instintiva medida capaz de abarcar su busto, ella cedería, hierro atraído por el imán. Siempre había sido así, someterse formaba parte del placer y hasta del sacramento.

Si cerraba los ojos ya no vería los alocados de él. Para lo demás, bastaría con la renovada memoria de su piel y de la piel de él. Muchas veces, antes del gozo final, como una concentración total en el placer interior, los había cerrado para que no existiera ni la menor posibilidad de una distracción de la mirada, que pudiera perturbarla.

José no había dicho o gritado irracionalmente nada. El acercamiento, el deseo, el instinto, debía haberse despertado entre el silencio nocturno del monte poblado de ruidos cotidianos. Únzaga dormía en el otro costado del fuego. Las llamas los separaban. Ya conocía su respiración fuerte que, cuando se volvía boca arriba, se transformaba en ronquido. A veces, quedaba escuchando su alentor o el de José y por raro juego trataba de armonizar el suyo. Pudiera que sólo fuese una forma inconfesada de fraternidad sin palabras. También temía, temía a su cuerpo joven, que pudiera ser no sólo inconfesada sino inconfesable. Nada que se pareciera al amor, sino al deseo físico de un hombre. Se horrorizaba consigo misma, porque cuando se despertaban, cuando esta impuesta relación volvía a ponerse en movimiento, no sentía la menor atracción por este hombre con llagas pustulentas que le causaban repulsión. No era por el juez Pedro Únzaga, se repetía, porque ni siquiera al comienzo, cuando atenia apariencia de salud, no había experimentado ni la menor turbación en su amor. Simplemente debía ser la presencia de un hombre, la cercanía física de un hombre de su clase, que conservaba la mente sana o conservaría despierto el instinto. Debía ser así, porque sin que jamás hubieran insinuado lo mínimo, ella descubría sin la menor duda, cuándo él desaparecía para ir a desahogarse con alguna india. Su instinto lo percibía y debía compararlo con lo que su memoria guardaba, después que José cumplía su obligación o su placer. El mutuo placer. El amor.

Las manos sarmentosas seguían avanzando. Le pareció o quiso creer que los ojos brillaban de una forma distinta, recuperada. Algún libro hablaba aterrado de la locura del placer, cuando todos los frenos se soltaban; pero ella sólo había imaginado, como representación de estas palabras, una escena en que la música y el alcohol privaban sobre los cuerpos. Nunca, ni aun cuando cedía a la tentación de los malos pensamientos, había imaginado los cuerpos desnudos y anudados. Nunca, ni aun en las tórridas y húmedas noches de la selva, se había atrevido a desvestirse, a despojarse de sus harapos. José en cambio, con furor inconsciente se desnudaba casi y arrojaba la ropa en cualquier dirección, aunque los mosquitos lo devoraran. Cuando esto sucedía, ella dejaba que el fuego se consumiera, acaso para no verlo, para que le asaltara la duda de si aún lo deseaba. Le volvía la espalda y, pese al agotamiento de su trabajo, le costaba dormirse.

Lo miró. Ya no supo se fue alegría o desaliento comprobar que su cuerpo, como el de ella, estaban vestidos. Si se hubiera quitado la ropa ay avanzara así sobre la tierra apisonada, significaría que en ese instinto, que parecía apagado o desviado hacia vaya a saber qué, se había establecido una incipiente relación lógica. Pudiera ser que ese furor irracional con que a menudo la golpeaba fuera una sustitución del acto carnal.

No pudo cerrar los ojos ante los desorbitados de él. Deseaba que la antigua magia de ellos, de esa mirada que precedía al abrazo total, volviera a quebrar el equilibrio

suyo que se balanceaba entre el deseo y el terror.

Si cedía, si por unos momentos cedía a lo irracional y se internaba en el mundo de su marido, ese mundo que pese a desconocerlo, o pueda que por esta razón, ella también amaba, sólo ella lo sabría. Enriquecería lo secreto. Salvo que en el momento del espasmo su marido gritara como bestia herida, como solía hacerlo por ínfimos motivos, y Únzaga despertara. Ella gozando con su marido loco podía resultarle al espectador cuerdo y ajeno, en la medida que Únzaga pudiera serlo, una escena monstruosa. Ya no podrían entremirarse jamás con Únzaga sin recordar la escena grotesca, que podría ser no obstante, y por qué no, el amor físico llevado a lo absoluto, aunque él nunca le dijera una palabra. Mucho peor si no se la dijera. Volvería a repetirse la escena del baño. Se estremeció, no había pensado en el otro testigo que jamás la abandonaría, su conciencia.

Las manos, con insensibilidad de ramas secas, le rozaron los hombros; la derecha se enredó en una de sus trenzas sueltas, como un animalejo que cayera en la trampa. Le rozó la herida de la mordedura. Deseó huir despavorida. Su sangre en los labios de José. Pudiera ser que el sabor ácido de su sangre le hubiera despertado lo suyo. Deseaba huir y quedarse, fascinada por lo que debía suceder. La podría morder, sangrar y amar.

La línea de la mirada fija sobrepasó la de su cuerpo, la de su cara y cabeza, como si ahora se preocupara o se fijara en un árbol. Creyó, estuvo segura, de que el ritmo de las tres respiraciones se había quebrado; salvo que la agitada de José o la casi inexistente suya hubieran cubierto la de Únzaga. O su oído se limitara a la que le llegaba tan de cerca. No podría ser que Únzaga los estuviera observando. No tenía hipócritas cañas que lo cubrieran. Y, sin embargo, sería importante y definitivo que comprobara, hasta en los extremos más absurdos y chocantes, o espantosamente hermosos, que seguía perteneciendo a José. Que había cuerpos que de ninguna manera podían interferir la relación de los cuerpos que se había entregado físicamente, en definitivo complemento. Dios.

Ya supo que no se podía mover, que de ninguna manera podía retroceder y desprenderlo de su cuerpo. Aunque la sangrara o precisamente por ello. Cerró los ojos. Si no fuera por el otro cuerpo que estaba cerca de ellos, habría gritado: Te quiero, te amo, me gustaría que me hicieras un hijo entre el horror, el espanto y la angustia.

Las manos, las uñas, le arañaban las espaldas y los hombros, le reabrían la herida. Y le creaban otra más acá de la piel, porque se apartaban, se alejaban, la abandonaban. Fue como si todo el monte crujiera y todos los animales y seres que cobijaba se despertaran en gritos, chillidos y alharacas.

Abrió los ojos, con horror descubrió que ya no dependían de los de él.

Se revolcaba, los brazos esqueléticos alzados hacia la ramada. Reclamarían lo que a ella le parecía imposible y a él, nadie podía adivinar la ilación de su mundo, lógico

y accesible. Su cuerpo se curvó como el arco de una flecha, tengo en vano. Sus movimientos eran la solitaria parodia de los que ella había aprendido a considerar como la manifestación del amor de ambos. Lazó, mientras le volvía la espalda, un catarriente chillido de bandadas de cotorras. Su respiración ansiosa fue la única. Únzaga, como ella, debía sofocar el aliento. Simular que dormían, Una nueva e indeseada atadura, no, separación.

**L**as tunas, algarrobas y mistoles estaban verdes, ya no tendrían miel silvestre hasta la primavera. La dificultad de alimentar crecía y de nuevo faltaba el agua. A nadie le interesaban sus habilidades de costurera. No se atrevió a volver al puesto donde la señora lugareña, cuyo nombre seguía ignorando, le regaló harina y quesillos. Nada de orgullo, estaba segura de que no le darían ni venderían la menor cosa. El temor los apartaba como a leprosos. No había orgullo capaz de enfrentarse con el hambre; el hambre debía ser el supremo orgullo del cuerpo. Precisaba definiciones de todas las cosas, seguridad. Tuvo miedo cuando por primera vez el cura Achával le dijo que Dios era lo absoluto, miedo a la palabra.

Necesitaban comer, sus enfermos apenas podían moverse. La cicatriz del hombre se descascaraba, le quedaría la marca de los dientes de José, marcada como ganado. Qué más daba, nunca volvería a usar un traje descotado, ni joyas, ni nada. Era un objeto usado. Tenía hambre. No le importaba ya que Pedro la hubiera visto desnuda. Tenían hambre; perros sarnosos que rondan los ranchos y nadie les tira un hueso por temor a que se aquerencien y contagien. Son, eran, tan repugnantes. No podía dudar más. Evitar un mal mayor. Había escogido este papel de madre mantenedora de dos enfermos, «si está loca que se la roben los indios», en lugar de amamantar a su hija. Debía llevarlo hasta sus últimas consecuencias. No se abandona una cruz en mitad de las estaciones del calvario.

—¡Dios mío, siempre caigo —se golpeó el pecho dolido— en la tentación soberbia de compararme contigo!

Calló, temerosa que Pedro, ¿quién más?, pudiera escucharla. Ya no cantarían más la calandria para la señora de Libarona. Ni era más una señora, tenía hambre. A los jesuitas les achacaban lo del fin justifica los medios; pero los habían echado de sus misiones, de todos los lugares en que ellos se habían mezclado, de verdad, con los indios. Tenía que hacerlo, aunque hubiera nacido una Palacio, descendiente de grandes de España. Ganas de gritas ¿qué era esta grandeza ante la grandeza de la desolación y la miseria americana? Palabras, puras palabras hinchadas de vanidad como una panza con hambre. Y seguirán siendo palabras, hasta el Juicio Final, para gentes con hambre.

Echó a caminar. Ningún motivo para doblar la cerviz. Ningún Palacio, por pura altivez, había realizado o confesado lo que ella haría esa noche. Ninguno, en todo el frondoso árbol genealógico, tuvo hambre como ella misma esta noche. Y sus enfermos tenían hambre, los ojos y las bocas descuajados; pero esto podía ser excusa. Agustina Palacio tenía hambre desesperado, se le juntaban todas las posibles hambrunas de un linaje, las del Buenos Aires fundado por Don Pedro de Mendoza,

los hombres comiéndose los cadáveres de ajusticiados. Ningún estremecimiento. Ni rastro de leche en sus hermosos pechos, sí, eran muy hermosos, aunque un hilillo de sangre se escurriera entre ellos. ¿Y si le azuzaran los perros, si la robaran los indios o la devoraran los jaguares? También, podría ser un manso puma. No le importaba, tenía hambre.

La luna en cuarto creciente podía ser acusación o complicidad del cielo. No necesitaba su hipócrita resplandor, conocía el camino de su perdición. La luna maldita ¿por qué, a veces y amando, maldecimos lo amado?, estaba en el cielo, los imagineros la ponen a los pies de la Virgen, una barca de plata. La Virgen en una barca y ella muerta de sed y hambre. Pintaban y tallaban los hombres satisfechos, ¿y los indios de las misiones?

El ácido perfume de la semilla que un día sería pan. El pan. Sería el plantío de la señora desconocida; era, pero debía conservar un resto de duda. «Comed y bebed, este es mi cuerpo, esta es mi sangre». Se mordería un pecho y bebería. Los indios antropófagos se comieron a Solís y su gente. Estaba entre ellos. Pecado de omisión.

El trigal tenía verde las espigas, rumor de seda, de sus antiguos trajes. La dicha, otros tenían hambre y sed. «Sed tengo», el Gran Sediento. Llegó arrastrándose, por la acequia de desagüe pasó bajo el cerco de palo a pique. Robar una cabra, doscientos azotes; una vaca, la muerte, tenía decretado Felipe Ibarra. Se había sentido tan segura como ahora espantada. ¿Cuántos azotes por unas espigas verdes? Necesitaría un hoz o tijeras, las manos se le tajeaban, la boca plena de saliva, exageraba, un hilillo. Hasta su lenguaje tenía, ahora, otra medida. Llenó las alforjas, un solo costado. No podía más, la ansiedad le cortaba la respiración.

Agustina Palacio había robado, sin excusas. A a los pobres no se les admitían excusas. Echó a correr y no se detuvo hasta la ramada. José ni siquiera desvió su mirada perdida en el vacío de la noche, los labios reseco y escamosos en la boca entreabierto. El fuego de la hornalla vacía lo transformaba en aparecido. Pedro andaría buscando yuyos comestibles; de noche jamás le preguntaba dónde iba. Sí se acostaría con las indias más hermosas por una moneda. No le importaba, debía convencerse que era así.

Tostó las espigas entre las piedras calientes y las molió en el mortero de madera, un tronco ahuecado. No quedaba otra posibilidad, agregar el poquito de agua salitrosa que tenían. Pedro apareció atraído por el olor; la miró sin atreverse a preguntar. Comieron devorando. Ningún problema de conciencia. Pedro, el juez, debía sospecharlo, más, saberlo. El juez sólo rinde justicia cuando se la reclaman. No querría participar, tornarse cómplice. Si le hubiera pedido su cortaplumas, se lo habría negado.

A poco sintieron dolores de entrañas, José se revolcaba gritando.

—Una de las contadas veces en que la conciencia está de acuerdo con la barriga

—murmuró Pedro simulando hablar consigo mismo.

Prefirió no contestarle, continuó sobándose el estómago. Sus conciencias no estaban mejor que sus barrigas. Echó más leña al fuego y se ubicó cerca de su marido, como si estuviera esperando que él la golpeara irracionalmente. Un nuevo juez. Pedro tomó su manta y se perdió en la oscuridad.

La patrulla llegó con un nuevo jefe, el sargento Carreño. No supo si habría ganado entre la sonrisa ladina y cruel del otro o la petulancia insinuante de este. La llevaron montada, el comandante Fierro deseaba verla. Pasaron cerca del rancho de la mujer a la que curó el brazo de su marido; se atrevió a saludarla cariñosamente. Ya no experimentaba ninguna ansiedad ante la entrevista, la medida de la crueldad estaba rebasada.

—Señora —le dijo al recibirla—, sabemos que usted vive pendiente de su familia. Entonces, le resultará agradable saber que su hermano Santiago quiso venir a acompañarla y traerle socorro; pero esto no está permitido en ningún caso. La ley es igual para todos. Le repito que usted puede regresar en cuanto lo desee. También creo que es mi obligación comunicarle que nuestros bomberos anuncian una posible entrada de indios tobas y mocovíes. No tenemos fuerzas como para resistirlos.

Conocía su torva expresión de demonio tentador, pero en cada encuentro hallaba una variante distinta: ella misma habría variado, esta vez era su hermano mayor. Gregorio estaría en Córdoba. Una oleada del perfume de los patios de la casona. Su hermana Eulogia y la Lubina cuidaban de sus hijitas. Dolores en el Belén. El pianoforte, pocos lo poseían en el país. Tocaba minués, zambas y cuandos; no había estudiado mucho pero tenía oído y facilidad. Miró sus manos, los dedos endurecidos y callosos, sobre el teclado de marfil. Las criadas, las viejas esclavas, la llamaban a la mesa, dejaba sus labores de aguja a los juegos de su niñita, en los que se divertía a la part. Leer los repetidos libros. Visitas y saraos. Si no había mucho polvo, sentarse en la galería exterior, pilares de cedro y caoba tallados, y ver pasar a la poca gente. Santiago era una aldea comparada con Tucumán. Manejar el abanico y los peinetones de carey. Bastaría la esperada palabra. Regresar como Rafaela Carol. Toda la provincia entendería, elogiaría sus pasados sacrificios, esposa ejemplar. José no sabría jamás que lo había abandonado, como no sabía que lo acompañaba. ¿Estaba en el Bracho para que le agradecieran o para cumplir con su deber, con su amor? Amor, marido, meras palabras sin sentido, ni significaban ya lo mismo. ¿Se quedaba por amor o por demostrar que cuando prometía algo cumplía con empeñamiento y lealtad? Palabras, palabras. Nunca había estado más cerca del simple y menudo sí. Mandarla a buscar a caballo. Ese caballo, al dejar de ver la sonrisa artera de Fierro, podría llevarla hasta Santiago. La traían para que la tentación alcanzara el grado de la angustia.

—¿Se decide, señora? Esta vez ha pensado mucho... ¿La espantan los indios?



Abandonó la silla de totora, leve aceptación al tentador, meses que no tomaba asiento en una silla. Despertaba de un sueño, las imágenes eran las mismas pero iluminadas por otra luz.

—Sí, me espantan, comandante Fierro, pero, quizá, no tanto como a ustedes. Yo les he servido de ama de leche, de costurera, de sastre y hasta de curandera. Pensaba, en cambio, en mi familia. Nosotros los Palacio somos una familia muy unida, ¿cómo quiere que abandone a mi marido que, bien sabe usted, se halla en las últimas? Dígale a Felipe Ibarra, se lo repito, que Agustina Palacio se quedará en el Bracho mientras viva José Libarona, si es eso lo que él desea saber.

Al girar para retirarse, sintió un vahido, el hambre habitual. Volvió a la silla. Aceptó el cordial y hasta unas tortitas de chicharrones. Había robado, podía aceptar limosnas. Algún día estaría curada de la soberbia.

El sargento Carreño le precedía al salir del fortín; llevaba terciada a la espalda una guitarra. Se iría de guitarreada por los ranchos. No pudo contenerse, volvió la cara hacia el fortín. Matará, Santiago. No debía mirar hacia atrás como la mujer de Loth, se convertiría en estatua de sal. Lógico fin en este salitral que era el infierno.

Anduvieron la mitad del camino, el sargento se detuvo en un puesto. Una china muy adornada salió a recibirlo. La sola idea de que pudiera arrastrarla a una guitarreada de rancho le pareció atroz.

—Usted ya conoce el camino, mi señora. Cualquiera de los caminos. Si usted va para la Encrucijada, mañana iré a buscar ese matungo. Seré inútil que le contara algo a Fierro, porque yo soy el mejor guitarrero de la frontera...

La saludó con reverencia de pícaro, mientras con la guitarra le golpeaba el traste a la mujer.

**L**a levantó con precaución, no se había equivocado; aún debía guardar el calor de esas manos toscas y poderosas que las colocaban en los arcos antes de lanzarlas. No tendría más de media toesa de largo y remataba en tres puntas muy agudas de itín, madera durísima. Alguien habría lanzado esa flecha, ningún cristiano podría haberla encontrado y luego perdido o tirado en el bosque. Debía ser un bombero mocoví o toba. Le resultaba fácil distinguir a los tobas por la altura, el cuerpo bien desarrollado, hermosos dientes hasta en los viejos, cutis moreno aceitunado; pero diferenciar sus armas era tan difícil, como sus lenguas guturales, llenas de consonantes, imposibles de pronunciar. Nómades y enemigos irreductibles de los blancos. Jinetes admirables, montaban como los gringos, por la derecha; pasaban como el rayo, a veces con la mujer y los hijos en el anca de los aguantadores y peludos caballitos. Caían de improviso, rara vez podían ser contenidos.

Contuvo el impulso de arrojarla entre los matorrales. Al no verla, desaparecía el peligro. Algo de esa magia que la comenzaba a fascinar y que los indios consideraban parte esencial de sus vidas llenas de brujerías y misterios. Esconder la flecha, tornar inexistentes los que se servían de ella. No se animaba. Existía un ignorado pacto entre ella y los indios o el destino que sólo Dios conocía. El choque significaría el fin del pacto, de la vida. La agarró con fuerza y corrió hacia la ramada, nunca tendría un rancho de quincha y menos de adobes; su ramada podía estar convertida en cenizas. La flecha en la mano y en alto para que no se le enredara, parecería una infiel rotosa que huía de los cristianos.

Estaba intacta. Tendido a la sombra de un ñandubay, su marido; pasaba horas así, a no ser las esporádicas convulsiones semejaba un muerto. Si encontraba la flecha era capaz de clavársela; sus estallidos de cólera eran contra ella. Se la mostraría a Pedro para que creyera en el peligro, o lo negaba como una forma de tranquilizarla o de ocultar el propio miedo. ¿Qué sería de él cuando sucediera lo inevitable y ella abandonara el desierto? Un raciocinio frío, aunque se opusiera, se le iba metiendo en el alma.

Podría ser que ninguno de los tres sobreviviera. Palpó la arena salitrosa. La carne olería poco tiempo, los huesos al sol no cambiarían mucho el color del suelo. Nunca había estado tan en contacto agónico y viviente con una tierra, ni siquiera con esa rojiza y feliz de San Javier, en Tucumán, donde José tenía una quinta. Mundo remoto que no había existido nunca. Lo verdadero era la imagen, vista por ella, de su marido tendido en la tierra; morir era la forma lógica de entrar en este paisaje polvoriento. Los polvos entremezclados de sus huesos volarían en el viento, una escena de magia. La magia de Dios.

Se le acercó, Si no fuera la extrema flacura, la barba revuelta, el color tostado, lo habría recordado; lo vio, lo había visto así, exhausto, leve sonrisa ahora mueca, al amanecer de la noche de bodas. Sólo las mujeres debían despertarse con la aurora para contemplar su triunfo, si abriera los ojos, tozudez de niño, le quitaría la flecha. La escondió de prisa entre la totora del techo; si los indios quisieran robarla podría ensartarse ella misma afirmándola en el suelo. No, sería romper el pacto. José nunca había atacado las cosas inertes; Pedro temía que algún día incendiara lo que poseían tan pobre y miserablemente. Erraba, su locura tenía por causa la persecución y el horror de un hombre, el sol hirviéndole y requemándole el cerebro, inmovilidad abúlica, ahora debilidad, inanición.

Necesitaba agua para la noche, cargó el odre. Un campesino se había apiadado y la guio hasta un pozo que llamaban Ojo de Agua. Estaba cerca y en una parte tan intrincada del monte que jamás la habría imaginado. Un senderito abierto por las cabras. A una veintena de pasos del Ojo de Agua, divisó una maleza de forma extraña, flores color rojo sangre, el punzó federal; no la conocía ni recordaba haber visto algo parecido, la forma de la cabeza de un hombre.

Apresuró el paso y se detuvo espantada. No era un yuyo sino la cabeza separada de un tronco, de un cuerpo que habría quedado en otro lugar, revolcada entre la arena y el salitre. Se acercó, la del hombre que le había mostrado el pozo. Junto al brocal de palos divisó unas patitas cascarrientas. El horror la estremeció hasta las entrañas, siempre era igual. El cuerpo de la hijita del decapitado, atravesado a lanzazos. La sangre rojiza, un cuajarón negruzco sobre el polvo. El cuerpecito guardaba restos de tibieza. Tenía que taparse la boca o soltaría un grito, un aullido que e le transformaría en melopea de arorró mi niña, arorró mi sol. Podía ser su hija. La tomó en brazos, la cabecita cayó hacia atrás; un cuajarón brilló en un rayo e sol que se filtraba entre las ramas.

No lloró, su llanto tenía otra aplicación egoísta. La acunó hasta darse cuenta que realizaba una acción irracional. Miedo de recorrer el ignorado camino que siguió su marido hasta que se le oscureció el entendimiento. Respiró hondo, volvía a ser madre de esta o de su hija. Depositó suavemente el cuerpecito; los grandes siempre tenían miedo de despertar a los pequeños.

Avisaría a la patrulla. La ayudaría a buscar el cuerpo, el tronco del padre y enterrarlos. Arrastró su odre, lo llenó de agua, primero debía cumplir con su deber.

**A**l anochecer, cayó el sargento Isauro Carreño con su guitarra a la bandolera. Simuló sorpresa al verla; sus simples zorrerías de criollo, aparentar lo contrario de lo que sentía.

—Yo la hacía por Santiago, mi señora. Aunque me han dicho que usted encontró a mi compadre Higinio Salcedo y su hijita lanceados, y que hasta les ayudó a enterrarlos. Sólo falta que vaya aprendiendo a echar responsos, porque el cura de Matará no da abasto.

—Ya aprenderé, si es necesario. Veré, también, si puedo cristianar a algún sargento, pueda que esto sea más útil —se dejó arrastrar a la imitación, por esa rara atracción que le producía la picardía criolla. Esto la uniría a Gregorio, en parte. Escuchaba las charlas de la servidumbre, los requiebros y guasadas, había de todo, que les soltaban lecheros y aguateros a sus criadas.

—Si lo dice por mí, ya estoy cristianado desde hace veinticuatro años. Una pena, me hubiera gustado que el agua bendita me cayera de su mano...

Tenía que ser, además y para completar, confianzudo y zafado.

—Su matungo lo solté para que fuera a ramonear en el monte. Lo iré a buscar —penso que lo haría él.

—Mientras, si usted me indica el lugar, yo iré a la tumba de mi compadre Higinio. Yo era el padrino de la Isaurita.

Buscó el freno por si se decidía a montarlo en pelo. Nunca lo había hecho; extrañamente, deseaba mostrar su criollez a al sargento. Lo acompañó hasta las tumbas. La tierra rojiza cubría la salitrosa, como surco recién arado. Dos cruces muy rústicas, ella misma las había atado con totoras.

Isauro Carreño se quitó el aludo que usaba requintado sobre el ojo derecho. Tenía otra cara diferente. Recién se daba cuenta de su apostura y fineza de rasgos; bigotes y barba ralos, a la nazarena.

No era simple campear un caballo al oscurecer. Mañereó algo para dejarse enfrenar. No le había visto la cicatriz entre el anca y las verijas, un lanzazo o un sablazo. Se dejó montar mansamente, le hubiera gustado que la viese el sargento. Le placía andar a caballo a esta hora del crepúsculo, de la oración. El opaco golpear de los cascos en la arena parecía marcar no sólo el compás sagrado de una plegaria, sino el muy leve con que pájaros e insectos diurnos, al igual que flores, plegaban alas y pétalos. Una parte de la naturaleza se preparaba al reposo; la nocturna entraba a su mundo de la acción. También, el aleteo de su alma.

Desde lejos llegaba música de guitarra. Imaginaciones. La noche animadora de magias y misterios callados. Melodía muy suave y melancólica. No le cupo dudas,

alguien tocaba la guitarra, no atinaba quién pudiera hacerlo tan bien. El caballo aceleró el paso, casi trote. Sí, venía del bosque. Tenía que ser él, ningún otro. No había luces malas en ese quebrachal; habría prendido una lumbre al cerrar la noche. Su pariente, todos eran parientes en provincias, Francisco de Borjas Moyano, decía que resultaba imposible cantar a oscuras. «No se le ve el alma a la guitarra, aunque uno conozca de memoria el cordaje». Carreño tocaba tan admirablemente como Francisco, que había sido abanderado del Ejército de los Andes.

Quiso ata el caballo, para continuar a pie y no interrumpirlo; el animal se empeñó en seguirla, debía conocer la mano que pulsaba la guitarra. Divisó las cruces; entre ambas había encendido un fuego, Isaurita sería como la lumbre de sus ojos. No tocaba para nadie de este mundo, los grandes ojos azabache perdidos entre las copas de los árboles. No debía sentir a quienes estaban en su derredor, pero todo, hasta el más ínfimo ser viviente, pertenecía al cuadro de su música. Pueda que fuera un triste o una vidala. Pero no, el norte, el sur, el este y el oeste del país se mezclaban en la caja brillante y lustrosa, manos y dedos que se movían con ritmo lento y caricioso. No conocía, no había oído esa música nunca. Estaba improvisando. Ya podía quedar inmóvil, salvo las manos y algún repetido movimiento de aquiescencia, de compás, con el busto. Después el éxtasis.

Debía conocer cuándo un ser viviente se incorporaba a su música. Debía saber que ella estaba, le creyó ver un pestañeo que no condecía con el aire. La piel se le erizó de lamentosa ternura.

La tierra, la hojarasca, los palitos, los yuyos, todo lo que lo aureolaba se incorporaba al movimiento melancólico de la música; avanzaba hacia él, hacia la caja relumbrante de la guitarra, que tenía entre las manos como el ser amado que era. Esa aureola que se arrastraba hacia Isauro, tomó forma individual; cada uno de los elementos se apartaron hasta alcanzar la propia realidad. Se estremeció de horror y asco mezclados a la fascinación.

—Cada uno reza del mejor modo que puede —el tono de la voz se avenía a lo que estaba cantando y, ahora, bordoneando. Debió notar, de soslayo, su movimiento de miedo—. No se asuste, mi señora, a las arañas les gusta rezar o, al menos, les engolosina la música. —Subían por sus bombachas con lentitud, a compás. La primera era una araña pollito del tamaño de su mano y más peluda que ella; se detuvo en la rodilla, quedó hasta que otra detrás de ella debió tocarla y avanzó decidida. La marea trepaba. Impávida, seguro de sí hasta lo sobrehumano, continuaba la música. Otras subían por la espalda apoyada a un tronco, permanecían estancadas en la guerrera ante los brazos que realizaban movimientos. Si las dejaba, las más audaces entrarían en la caja.

—Se me pone que ella perciben en nuestro sudor, aunque no tengan olfato, cuando les tenemos miedo —las palabras se acordaban con la melodía.

El monstruoso espectáculo debía fascinarla tanto como la música a las arañas, sabía de los demás animales pero no de las arañas. Hasta San Francisco Solano atraía a los indios salvajes con su extraño violín. Por repulsión hubiera querido huir, pero no podía dejar de mirar. Se le paralizaban las piernas. Si hubiera tenido todas esas arañas en su cuerpo moriría de un síncope por repulsión. Porque se comían a vinchucas y catangas, en los ranchos las protegían; también, a las serpientes lampalaguas que devoraban a las comadreas.

¿Qué haría de ellas cuando terminara de tocar y cesara el encantamiento?

—Y aquí termina este mi rezo, para usted mi compadre y para mi ahijadita, que Dios los tenga en su santa gloria —un tono distinto, opaco, tal si la emoción o esa gran araña inmóvil sobre la nuez le apretaran la garganta.

Acordes con ritmo distinto, gato zapateado o malambo, quebraron el encantamiento, señal de desbandada, las arañas huyeron con rapidez. Respiró, cesaba la ansiedad. Con suave movimiento, como quien toma un pájaro que insiste en trepar, cubriéndola con la mano, como caparazón, se quito la araña del cuello y la dejó sobre el tronco del tala. Sin la menor hesitación, movimientos llenos de gracia para bailar la zamba, se incorporó dejando la guitarra en el suelo, miraba donde ponía las botas de potro para no aplastar a las atrasadas. Se inclinó en reverencia, imposible imaginar tanta gracia masculina, tanta finura de macho, tomó la guitarra y la sacudió. Una araña menuda de cuerpo carnoso y brillantes colores rojos y verdes, salió del hueco y desapareció entre la hojarasca.

—Estas son venenosas, pero son las que más se engatusan con la guitarra. Todas se enloquecen por las ocarinas y los violines.

Cesaron los movimientos de baile, volvía a ser el sargento Isaruo Carreño: guardó cuidadosamente el instrumento en su funda. Así acariciaría a la mujer del puesto. Le cruzó la riendas sobre la cruz y el caballo lo siguió dócilmente por el senderito, atrás se pegó el matungo.

Caminaron en silencio hasta la ramada. No se atrevía a palabra, temía le salieran a encendida admiración de muchacha de su edad. Él, tampoco, parecía esperarlas o desearlas. No debía importarle mucho que las mujeres lo admiraran, estaría acostumbrado. A ellos, sólo les importaba, de verdad, la admiración de otro hombre. Las mujeres eran objetos utilizables. Un mundo de hombres y para hombres. Había cumplido con Higinio su compadre y, a través de él, con su ahijada.

Echó una mirada curiosa a José, recostado inmóvil junto al fogón, luego una entre compasiva y comparativa a ella. Ajustó la cincha en silencio y montó, le importaba más cuidar la guitarra que su arma atada a los tientos. Miró en derredor, como si buscara a Únzaga; luego, comprendió que se alegraba de la ausencia. La miró hondo, como si no se decidiera a lo que pensaba.

—Me estaba olvidando, mi señora, de preguntarle si, por sus relaciones, sabe algo

más donde andas los indios. Sería bueno que lo supiéramos nosotros, mucho no podemos hacer pero unidos algo se consigue... Tal vez usted no sepa que los infieles sorprendieron a una mujer casi de sus años —simuló tantear la cincha—, es mañoso, cuando se la ajusto hincha la panza —en realidad tenía los ojos clavados en los suyos— y, pese a los gritos, se la robaron.

Volvió a tener miedo, desnudada y disputada por los tobas.

—Sólo sé lo que dije —las fuerzas le flaqueaban. Nadie la defendería, miró a su marido, una bolsa de huesos. La montura vacía del mancarrón, que ella misma había ensillado. Cerrar los ojos, correr hasta el caballo y montar, seguir hasta el campamento con ese único hombre capaz de proteger sus diecinueve años, los indios lo respetarían fascinados como las arañas—. No sé nada más. Sólo quisiera pedirle algo, sargento Carreño.

—¡Mande, mi señora! —la cortó.

—Que si me viera expuesta al mismo peligro que esa mujer, por favor le ruego, que me dispare un tiro. La noticia de mi muerte, estoy segura, afligiría menos a mi familia que saberme raptada por los indios —la imagen monstruosa del mestizo la aterró—, se lo ruego.

La mirada penetrante se tornó menos austera, se volvía apicarada, segura de su poder; la cara con que la despidió en el puesto, cuando golpeaba con la guitarra el traste de la chinita querendona, todo en un además y un gesto, Temió las palabras que surgirían en sus labios finos e irónicos.

—¡Oh, mi señora, eso no lo haré! Por el contrario, si pudiese y me animase, la ataría a usted, perdone el atrevimiento, y la llevaría vender a un ricacho —echó una mirada despectiva a José—, sintiendo mucho no poder ser yo ese ricacho, se lo juro por Dios.

Soltó una risa aguda y falsa, taloneó los ijares del oscuro. Se perdió entre los montes sin ni siquiera volverse para el adiós. Una mariposa negra entró en el rancho, mal agüero. Ya no se atrevía a sonreír ante las supersticiones, se le iban enquistando sin darse cuenta.

La estremeció una fuerza extraña, distinta y lejana del horror habitual. Cerca del fogón, descubrió unas coloridas alforjas llenas de provisiones. Hubiera querido ver la mano de Carreño diciéndole adiós o espantando la mariposa negra.

**E**l calor del verano la agobiaba. Los espasmos nerviosos de José ahora terminaban en desmayos semejantes a síncope. Imposible realizar algo. La mirada de Carreño, cuyo significado mezclaba y confundía, no lograba olvidarla; tampoco el caballo con la montura vacía. De nuevo, había estado a punto de abandonar a su marido cuando más la necesitaba; criminal cobardía, soltarían quienes no tenían ni la más remota idea real de lo que era la vida en el Bracho, en la selva chaqueña, o vaya a saber dónde estaban.

Únzaga, de nuevo el apellido, arrastraba los pies; el calor le habría reabierto las llagas, supuraban. Todo era melodramático, macabro y absurdo girando repetidamente alrededor de sus diecinueve años. ¿O ya tendría veinte?

Prestó atención al galope de un caballo, lo conocía.

—¡Únzaga! Debe ser Carreño. Cuando pregunte por mí, dígame que ando cosiendo en un rancho indio o cualquier cosa...

Únzaga analizaba su nerviosidad o la adivinaba. Apenas logró ocultarse. Alcanzó a escuchar que mencionaba su nombre. No creería, hasta sería capaz de ir derecho hacia el alpataco que la tapaba, con mucho de tonto juego a las escondidas. Se llevó al juez para una de esas tareas que le imponían en el campamento, hasta escribir informes. El calor le haría inaguantable seguir a caballo la marcha del proscrito, lo enancó y partieron al galope. Quiso borrar la idea de que fuera una artimaña para verla. Su vida era un continuo esfumar pensamientos lógicos.

Comenzó a preparar el almuerzo; por agradecimiento, un hermano de Salcedo le había regalado una bolsa chica de trigo. Además, los quesillos y la harina de Isauro Carreño; desde la intromisión de Rafaela, no habían tenido tanta riqueza. Le asombró haber utilizado la palabra riqueza.

Su marido se resistió a comer, movía con dificultad la lengua. Un presentimiento, la mariposa negra, la llenó de miedo, comió apenas. A la siesta, José cayó en fuertes y repetidas convulsiones, como nunca las había sufrido. No sabía qué hacer, en vano lo estrechó en sus brazos para aplacar los sacudimientos. Atarantada, echó a correr en derredor del rancho. Nadie podría escuchar sus gritos ni socorrerla. Corría igual que en la ronda de las casitas y el lobo. Sólo faltaba que entrara en el rancho la víbora machaguay, del luto. Volvió a abrazarlo, como si pudiera transmitir la normalidad de su cuerpo joven. Todo en vano. Su marido se moría esa tarde sin que nadie, ni ella misma, pudiera ayudarlo. Gritaría insultos en contra de Únzaga, nunca estaba cuando urgía. Si llamara a las brujas y curanderas. El cura de Matará no vendría. Dios estaba en manos del tirano.

Se arrodilló, un rezo en el cual la oración se le mezclaba al clamor; no, a la magia



no. Se dominó para rezar fervorosamente. Inútil, las convulsiones no cesaban. También ella perdía fuerzas en esa lucha estéril, que ya debía llevar cerca de una hora. Si se desmayaba, la muerte le arrancararía a José, en secreto.

A las convulsiones de unió el estertor. Lo apretaba contra su pecho, lo había amado tanto, lo amaba desesperadamente. Clamó el nombre de Dios unido al de su marido, al de su amor que se le escapaba. Los brazos de le ablandaban, el estertor crecía, el cuerpo se le desprendió de las manos que no le obedecían. Se fue hundiendo en desfalleciente oscuridad. Las facciones se diluían y borroneaban. Sin voz, dentro de su boca, escuchó el sonido remoto de ese corto hombre que llenaba su vida.

Le costaba no sólo abrir los ojos, sino hasta respirar. No entendía lo sucedido, lo que continuaba sucediendo, quién era ella misma. Un peso inerte y frío le oprimía el pecho, le dificultaba alentar. Luz clara, lechosa, le entraba en los ojos y, luego, se cortaba en un parpadeo que no terminaba de comprender a quién sucedía. Principió a recuperar el paisaje, la copa deshilachada de un quebracho blanco, la ramada. Luz lechosa de luna llena, vasos de espumosa leche cruda. Podía mantener abiertos los ojos un instante. Sí, era ella. Volvió a cerrarlos, sus ojos de gacela, alguien que la amaba se lo había susurrado junto a la oreja. José, acostados, le pasó el brazo bajo la nuca. ¿Qué hacía nada más que mirando con sus ojos y sin conciencia del resto de su cuerpo? Algo frío lo aplastaba contra el suelo. Su marido, los ojos de Carreño, la montura desocupada, Santiago, el abandono. La mariposa negra, cientos de mariposas negras y víboras machaguay.

Con lentitud y miedo avanzó las manos hacia el peso que la oprimía. Hombros duros, descarnados, barba revuelta, mejilla helada. Se escurrió hacia un costado, los nervios le dieron la fuerza que todavía no tenían sus músculos.

Palpó el cuerpo tirado boca abajo, completamente frío. Muerto, no sabía ni lo sabría nunca desde cuándo ni en qué momento. El estupor no la dejaba medir el hecho, esperado y temido. No podía llorar ni gritar ni echar a correr, llevándolo con los pies hacia delante y dando vueltas al rancho para que se desprendiera el alma, como hacía la gente del campo. No atinaba a nada, ella la ocurrente y que siempre guiaba. Inmóvil, por fin, bajo la luz de la luna.

Se incorporó para que el cadáver recuperara el mínimo de la dignidad que correspondía. Lo puso de espaldas, le costó vencer la rigidez de brazos y manos, cruzárselos sobre el pecho; una mano que se resistía estuvo a punto de darle el último chirlo. Brazos y manos que había besado y le habían rodeado el cuerpo de amor y felicidad. Nunca más sucedería. Desesperados deseos de abrir esos brazos y cobijarse en ellos, quedarse entre ellos. Sentir que la ajustaban con su frialdad cadavérica y morir poco a poco junto a ese cuerpo que tanto había amado. No recordaba dónde, en qué pueblo pagano de la antigüedad, ataban a los prisioneros, estrechamente unidos a un cadáver y los dejaban morir de espanto y podredumbre. Si se atara a ese cuerpo

bienamado, por el cual había sacrificado todo, quizá adivinaría, comprobaría, en el máximo del horror, si en verdad lo había amado. Sentir que el olor a la podredumbre iba desalojando a ese antiguo mal aliento, un tanto de olor a ajo, que, a veces y sin comerlo, tenía por causa del hígado. Todas las imperfecciones, los defectos físicos minúsculos, en los cuales el amor se prende como clavel del aire o enredadera. Nuevamente intentó cerrarle los ojos, imposible; la miraban vidriosos. Sentir entre nauseabundos olores, que crecían y se expandía, cómo los labios se volvían morados, negros violáceos, hasta que comenzaran a desprenderse pegados a sus labios todavía frescos y contraídos por el espanto de su amor. Que todas las partes de ese cuerpo que había sido suyas y a las cuales había pertenecido, se tornaban blanduzcas, fofas, hediondas hasta el pánico. Nadie en la tierra, ni ella misma, se lo confesó y fue su primera claudicación verdadera, se atrevería a hacer por amor lo que aquellos paganos hacían por odio guerrero.

Las fosas de la nariz muy abiertas. La mandíbula descuajada se resistió, también, a cerrar la boca. Bajo la luz de la luna, la reposada máscara carnavalesca de la muerte, la que precedía a los miércoles de ceniza. La máscara que ella había amado al extremo de poder, de tener la obligación muy tierna de mirarla en la soledad, en el desierto. En la luna de miel, todo el tiempo lo había sido, hasta su pecado de la soberbia que la mantenía hierática, pobre y rotosa ante las Rafaelas Carol, soñaban con irse a vivir juntos, ella le enseñaba a soñar, ¿qué solitaria?, ella que jamás había visto una isla marina, solos, solos para que nadie interrumpiera el amor de las miradas, el amor de los roces y el entrecruzamiento de los meñiques sobre un mantel, de las palabras y, sobre todo, de los silencios. Estaban solos con la muerte, ante la muerte. ¿Por qué no se habría muerto ella también? Sin él, encarnaba la muerte.

Borró este pensamiento que podría anunciar un estallido. Volvería a correr alrededor del muerto, a mesarse, a llorar como las lloronas de velorios. Los otros necesitaban mirarse en los demás para saber cómo era el dolor que sentían. Si seguía controlando, menos que eso, dejándose ignorar de los nervios, quizá atinara a todo lo por hacer. Luego tendría tiempo, toda una vida, para el lloro.

No se había muerto, ni se moriría ahora porque ese cuerpo helado, que ya estaba pudriéndose por dentro, le había engendrado, no con el Espíritu Santo y sí con el más humano y comprometedor placer sensual, a dos hijas. Con ellas lloraría, las tres tomada de las manos, junto a la tumba del padre muerto. Ya no importaba para qué o por qué causa muerto, era el padre. Fue como si el estupor ante lo esperado comenzara a ceder. Tendría que encontrar una forma de llevarlo, de arrancarlo al desierto.

Ni Ibarra, ni Fierro, ni Carreño le disputarían como hienas un cadáver que había purgado su pena. Los hombres, tanto los que mandan como los que obedecen, se contentan con muy poco, con el cese del aliento. No todos.

Tranco de caballos, ruido de voces y hasta una risa, la de Únzaga. Él, y un soldado de la patrulla. Desmontaron ante el cadáver y quedaron mudos, inmóviles. Todos quedaban así delante de un conocido muerto, pensando en que pudieran haber sido ellos, la imagen de ellos en tal postura. Unzaga inclinó la cabeza, miedo cervical, sabía que el próximo, más solo aún, sería él.

—Estará descansando... Es necesario que tengamos coraje... Usted, señora, lo tuvo siempre —balbuceó, tratando de recuperar su antiguo tono de juez.

El soldado (creía no haberlo visto nunca; de nuevo, como en la Quinta, la cada de su marido ocupaba las facciones de los demás) la contemplaba incómodo; entre sus obligaciones no figuraba la de dar un pésame a una mujer de proscrito, soltó la frase habitual de le acompaño en el sentimiento. Acompaño era la palabra y la acción que precisaban ella y su marido en este monte desierto. En las ciudades, de algún modo, la mayoría muere después de haber estado, en apariencia, rodeado de compañía.

Para su asombro. Únzaga buscó nerviosamente algo en la ramada, y se alejaron con más prisa que a la llegada. Tendrían que anunciarlo a Fierro, ganar su buena voluntad. No podía pensar esto, no era justo. Para su muerto, para Únzaga y para ella, ¿qué podía significar la palabra justo?

**E**l viento gemía entre las ramas hasta impedir que lo imitara.

Salvo la tapera, las piltrafas que cubrían el cuerpo su marido y el suyo, el decorado de este inmenso velatorio era obra de la naturaleza. Nadie venía a acompañarla, pero comprendía que nunca, pese a la fastuosa solemnidad con que en las iglesias magnificaban la muerte de los grandes y ricos, había participado en funeral tan real y solemne. Su pobre muerto en andrajos, en La Merced estaría de terciopelos con ringorrangos de oro y plata, incienso, murmullo de rezos, responsos y algún sollozo. Nunca había caído en cuenta de las diversas tonalidades que lograba el quejido del viento según los follajes. De la frente, como sucedía siempre, habían desaparecido las arrugas prematuras; bajo ella, con misterio que ni los mismos médicos comprenderían, había comenzado la insania. Imposible tachar la repetida idea. Se incorporó y echó más leña al fuego; en lugar de cuatro cirios una lumbre. Volvió a arrodillarse apoyada sobre las pantorrillas y talones, hasta que se le acalabrarán. El canto agorero del kakuy y el del quilipé, ahora los distinguía.

De nuevo el vértigo de esa idea que la acosaba; sí, ceder, pensarla, afrontarla: podía sucederle a ella lo que a su marido, por cosas menores la gente de su mundo exclamaba entre un golpe de abanico: «¡Si es como para enloquecerse!». Formalmente no había rezado. Ningún reclamo ni rencor en contra de la injusticia de Dios, su justicia para ángeles sin cuerpo ni sexo, ¡el horro de esta palabra perdida para siempre! Para el rezo del ausente tendría toda la vida; ahora, tenía el rezo del presente, de cuerpo presente. Todo estipulado: la pena, la muerte, menos el rugido de los jaguares. Ibarra no habría pensado que le estaba preparando un funeral con rugidos, un funeral de caudillo y no para un manso comerciante. Faltaba Isauro Carreño con su guitarra domadora de fieras, ¿con qué expresión en sus labios finamente perversos lo escucharía Felipe Ibarra? No vendrían sus veinticuatro años, le tocaría a él llevar una noticia así al comandante Fierro, o galoparse media provincia para comunicarla el propia Ibarra. Además, no debía venir a rezar con su guitarra, no tenían relación de compadrazgo. Algún día este sargento llegaría a general y tendría varias leguas de tierra como premio, para sus estancias, allí mismo.

Volvió a escuchar el canto del kakuy, tuvo miedo, temblor, casi principio de convulsión como su marido. En un momento dado habría cruzado la frontera entre la razón y la locura. Perder la razón; nadie sabía lo que era, con exactitud, esto tan fácilmente perdible. Miró los inmóviles labios morados, deseó gritar, parra escuchar en ellos la voz humana que les correspondía, injertársela.

Se levantó, tenía las piernas acalabradas. Asombrada de no haberlo hecho antes, besó la frente, luego los labios. Un calofrío.

—José, José, José mi amor —repitió en varios tonos y quedó escuchándolos. Volvió a repetirlo en grito, para que pudiera escucharla él. Callaron los pájaros. ¿Dónde estaba y qué era ese límite entre la razón y la angustia?

Su voz se transformaba, crecía, multiplicaba hasta convertirse en salvaje y gutural; pero ella tenía la boca prieta y la garganta se le cerraba. Los ruidos del bosque se había apagado o quedaban cubiertos por los alaridos. Ya no le cupo dudas, la sangre se le hecló. Nuevamente, voces humanas roncadas, bárbaras, guturales, y sordos golpeteos de cascos de caballos.

—¡Los indios! ¿Los infieles?

Corrió hacia el monte. Por costumbre o instinto quiso volver para cargar a su marido; quedó aturdida un instante, hasta darse cuenta que estaba sola. Los alaridos parecieron disminuir, avanzarían silenciosos para el ataque final. Corrió desorientada, tenía que alejarse del Ojo de Agua. La luz de la luna la fustigaba entre las espinas de algarrobos, chañares y vinales. Caía y volvía a levantarse, llegaría un momento en que no podría hacerlo más.

En un claro muy estrecho se vio acorralada por las malezas, apenas respiraba, cayó aniquilada. Tenía sed y hambre, imposible dar un paso más. Vivir o morir daba lo mismo. Cantaba la calandria, amanecía. Muy despacito se le cerraron los ojos, habría llegado su hora, la que había perdido en José.

La creerían robada por los indios, la darían por extraviada y moriría de inanición. Un último esfuerzo para recuperar la imagen de sus hijas, irse con ella. Sus dedos rascaron apenas la tierra polvorienta. No sabía si lo que estaba sintiendo era real o contemplaba desde fuera de todo, desde la magia de Dios.

Abrió apenas los párpados, una lumbre de conciencia, sí, eran sus ojos. Los labios resecos. Nuevamente la tiniebla, habría pasado un día, pueda que más. Quiso articular «agua», no pudo. Se hundió en la inconsciencia. Dios.

El resplandor del sol debía quemarle sus claras pupilas enrojecidas. Imposible el menor movimiento. Debía pertenecer al movimiento de las cosas inexistentes en la nada. Dios, el hálito de lo inmóvil.

**F**rescura de agua o sueño y pesadilla. De nuevo principiaba todo en sus labios, la boca, el paladar. Algo fresco se apoyaba en sus labios. Un chispazo de luz crecía y se extinguía. Voces, murmullos; no, sólo una voz distorsionada, sin diapasón. Las pupilas le ardían horriblemente; alguien pasaba en ellas el filo mellado de un cuchillos o algo metálicamente áspero. Los ojos. Gritó, por fin su voz, un deshilachado lamento. Su nombre. La frescura líquida le invadía la cara, las mejillas. Tuvo conciencia de abrir los ojos.

El mismo paisaje, lo tendría grabado en la vista. Una mano de hombre, un hilillo de agua en la boca, bebió angustiadamente.

—Despacito, así, mi señora Agustina...

La cara borrosa de un hombre aclarándose en facciones que conocía. Faustino, su brazo herido y sangrante, el hombre que había luchado con el jaguar que mató a su hijita. Ella y su mujer habían luchado también toda una noche para salvarle el brazo.

—Mi señora, creíamos que se la habían robado los indios —hablaba entre ansioso y feliz—, por suerte vi sus rastros cerca de un hormiguero y pude seguirlos. ¿Está mejor? ¿Puedo cargarla en hombres, señora?

—Sí Faustino, gracias —le costaba hablar.

Se inclinó y con infinito cuidado, como si de nuevo cargara el cuerpo de su hijita, la colocó sobre el hombro derecho.

—Perdone que la ponga como una bolsa; pero es el único modo en que puedo llevarla entre los montes.

—Sí, Faustino, gracias —repitió. Se sentía tan débil que era probable se desmayara nuevamente, sería mejor; sobre los hombros del hachero ya tenía la seguridad de salvarse, de vivir. Quería vivir. Se zarandeaba sobre el estómago vacío, doblada como la navaja sevillana de su marido, o el cortaplumas de oro de Pedro, la única joya que conservaba. La tierra pasaba más cerca de sus ojos que lo habitual. Las manos recias la sujetaban de los talones. El cuerno e agua golpeaba en el largo facón.

—De trecho en trecho, nos iremos parando para recobrar el aliento.

El senderito entre los matorrales se fue borroneando, la conciencia se le iría yendo nuevamente.

Al atardecer llegaron a la ramada, al cuerpo de su marido. Clemira, la mujer de Faustino, lo había velado, amortajado con la manta y cubierto con ramas verdes y algunas flores del campo, de las pocas que restaban en el verano. Carreño les había avisado.

Comió lentamente un poco de mazamorra, mientras rogaba a su salvador que le

consiguiera un carro y caballos para conducir los restos hasta Matará y Santiago. Faustino salió casi de inmediato y sin reponerse del largo ajetreo con ella al hombro. Los seres humanos que la congraciaban con la especie, Carreño comenzaba a estar entre estos.

Quedaron solas. Nadie había venido durante esos dos días.

—La patrulla se llevó de nuevo a Don Únzaga, para declarar por el difunto, en Matará... Nadie viene, no se atreven... Pero mi Faustino y yo le debíamos tanto...

—Soy yo quien ahora les debe todo —dijo, mirando el bulto. No quiso preguntar más. Llegaba un olor fétido, pero no sentía esos amagos de vómito que experimentó en el convento de Santo Domingo ante los cadáveres desconocidos. La carne de José estaba descomponiéndose. Era incapaz de unirse a él cuando la carne que había amado se podría. Miró en silencio interrogante a Clemira. Se incorporó y dirigió hacia el muerto, escuchó unos pasos suaves tras de los suyos. Tomó una punta de la manta; otra mano se interpuso con suave firmeza.

—No, mi señora, no lo haga... Yo lo encontré al sol... las hormigas... Lo corrí a la sombra, lo lavé y lo amortajé... No sabía más qué hacer, sin permiso suyo ni de la autoridad...

Retiró la mano. Se miraron a los ojos, Clemira los tenía llorosos. Era verdad, las lágrimas existían; lo habían olvidado sus ojos resecos.

—Venga, mi niña —la arrastró con dulzura hacia la ramada—. Échese y pónganse a llorar con toda el alma. No está bien que una mujer no pueda llorar. Llore mi niñita que yo le cuidaré su muertito. Cuando llore bastante, cuando el llanto la acompañe y desahogue, yo me iré a mi rancho por una horita, pues hace dos días que no sé lo que está pasando en él.

Se detuvo indecisa ante la pobre ramada, las piernas y todo el cuerpo le temblaban. Tal si el tiempo de la duda hubiera abarcado toda una vida, corrió hacia el rincón donde dormía José, se tiró de bruces, se encogió como perra herida en la panza y estalló en desconsolado lloro.

—¡José, José, José! —el clamor se le ahogó. Las lágrimas se le mezclaban al olor de la carne descompuesta. Aspiró hondo. El llanto continuó entre aspiraciones y congojas. Podría hasta amar ese olor pútrido. Nunca sabría él, ni nadie, hasta qué punto lo había amado y llorado.

**P**asaron dos días después de la partida de Faustino y cuatro de la muerte de José. Únzaga y un soldado tuvieron que volver al fortín de Matará para pedir la autorización necesaria para llevarlo. Nadie sabía lo que Ibarra podría disponer. De nuevo la soledad con su muerto. Se alejó; el olor nauseabundo debía haberle impregnado los pulmones y la piel. Era inhumano pretender amar ese olor. Corrió hasta el monto para que el olor de los yuyos, de la ruda, lo cubriera. En vano echaba al fuego ramas verdes de arbustos que produjeran olores fuertes, ni aromos ni tomillos. El olor a carroña podría atraer a las fieras. Si entraba demasiado en el monte durante la noche, podría extraviarse otra vez. Se persignó y volvió a la ramada. Avivó el fuego y se ubicó junto a él. Comenzó a rezar el rosario, ya era tiempo de lo formal.

Escuchó voces y ruido de caballos; quiso, decidió, ya tenía derechos para manejar lo mágico, que fueran las personas que esperaba. Si fueran los indios, se la llevarían sin que diera un paso para escapar.

Se incorporó sin ningún asombro cuando vio a Faustino con dos caballos atados a un carro, y, escoltándolo casi, a Únzaga y el sargento Carreño, sin su guitarra. Únzaga traía la desesperación y el agotamiento en la cara. Se detuvieron, como si dudaran a quién ella desearía oír primero.

—Mi señora, tuve que andar veinte leguas para conseguir los dos caballos —dijo Faustino.

—El comandante Fierro sólo puede autorizarla a llevar al difunto hasta el fortín —agregó Carreño.

—Saldremos mañana, ¿no le parece? —preguntó Pedro con voz temblona.

—Usted se quedará aquí —cortó el sargento—. Los demás saldremos cuando la señora lo disponga.

Miró a Faustino; pese a sus años ella era el eje de esa mundo de hombres. Tenían que irse en seguida, llevarlo a José antes que fuera imposible. La angustia de tantos meses la acicateaba. Miró al carro, los caballos, al sargento Carreño, al paisaje de tantos días de horror. Se imaginó en el carro junto al cadáver, cuando saliera el sol los seguirían moscas y moscardones.

—Sargento Carreño, si fuera posible, ahora mismo.

Los hombres se miraron; ellos decidirían la carga del cuerpo. Carreño y Faustino se adelantaron.

Recorrió con su mirada ese paisaje que sería el último de su amor. No quiso llevar nada, sólo transportaría lo suyo de verdad, lo único que la había arrastrado al Bracho, ese cuerpo ¡Dios mío!, el alma de su marido. Lentamente caminó hacia el carro. Escuchó las voces de los hombres, mezcla de repugnancia y solemnidad. Carreño se



le acercó, la miró con sus ojos negros; no tenían el acompañamiento de la música, simplemente eran música solemne y dolida entre los montes. Toda la tierra de Santiago, de ella y de él, era la misma. —Señora, no sé cómo decirlo; pero ya es imposible trasladar el cuerpo de su marido hasta el fortín... Las carnes se caen a pedazos y los miembros se separan...

Lo sabía; ella, como nadie, conocía esas carnes y esos miembros. Atrás vio la cara de Faustino. La de Únzaga era distinta, desde antes pensaba en sí mismo. Dejó de mirar al sargento y volvió a quien debía quedar incorporado a ese mundo, junto al cuerpo de su marido.

—Dispongo —qué hermosa y soberbia era esta palabra cuando se la podía emplear en lo definitivo— que se lo entierre aquí. Le suplico, señor Únzaga —era absurdo rogar a esa mirada que le suplicaba a ella con el espanto del abandonado—, que coloque una señal, una cruz, para que más tarde yo pueda recoger sus restos y llevarlos a tierra bendita.

—Señora, así se hará —dijo Carreño, mientras ella miraba los ojos implorantes de Únzaga. Había, esto le pareció tremendamente falso, un momento en que las mujeres eran infieles a su condición.

Faustino sacó una pala y un azadón, de las que llevaba el carro para ayudarse en pantanos y huellas hondas, y se puso a cavar la fosa cerca del cadáver.

—Ya está —dijo Carreño, cuando la zanja tuvo la medida.

Únzaga y Faustino alzaron el cuerpo; una oleada de podredumbre los acompañó. Se detuvieron un instante, como si esperaran su señal, pero fue Carreño, el general, quien la dio. La tierra comenzó a caer y cubrirlo. Un último instante, su última imagen humana, cuando dormía cubierto por el edredón en la gran cama matrimonial, casi gritó que tuvieran cuidado de no despertarlo. La aterró descubrir lo tan sabido: que todo el amor podía caber en una pequeña fosa. Únzaga lloraba, palada tras palada; lloraba por él mismo, por un día muy cercano. Quizá, por Mariano, su hijo.

**E**l canto de la calandria. Los hombres se levantarían, tomarían unos mates y estarían listos para el viaje. Miró el túmulo de tierra, ramas, flores y la cruz; ella misma había atado los palos con totora, desaparecía el encargo a Únzaga y desaparecía más él mismo. No recordaba cuánto había dormido, si lo era ese tenderse exhausta, nerviosa y vacía. Temía un colapso por agotamiento; temía todo lo que pudiera alejarla del nuevo polo de su vida, sus hijas. Volvió a cantar la calandria, pájaros que mueren si los encierran en jaula.

Los hombres comenzaron a levantarse en silencio. Un rito somnoliento, salvo para Únzaga. Faustino ataba los caballos al carro, Carreño ensillaba cuidadosamente el suyo. Escuchó pasos a sus espaldas, conocía este andar, conocía lo que habría de decir. Habían sufrido juntos demasiado como para fuera posible una amistad; además, él la necesitaba en una forma que una mujer sólo puede admitir en el marido o el hijo.

—¿Qué va a ser de mí? Moriré aquí solo y sin auxilio, la peor muerte hasta para las bestias —la voz de Únzaga había cambiado hasta desconocerla en el lamento—. Adiós, señora, nuestro apoyo y nuestro consuelo.

Le estrechó la mano en silencio, sin asco, sabía que por última vez. Todo estaba dicho, moriría solo como un perro; salvo que los perros buscan ellos mismos la soledad para morir, tienen más decoro que los hombres.

Al llegar a Matará, Fierro había vuelto a su puesto, hizo detener el carro ante la capilla, casi lo había prometido.

—Le pido, sargento, diga a su comandante que me detengo para hacer rezar un responso ante la Virgen de los Dolores. Primero están las necesidades del alma, luego, pasaré por allí.

En el fortín, firmó las dos carillas que le tendieron; acababa de leer la relación que de la muerte natural del proscrito José Libarona, el día 11 de febrero de 1842, había realizado el sargento Carreño. Únzaga había firmado ya como testigo. Miró la fecha, recuperaba la noción del tiempo de antes.

—¿Eso es todo, comandante?

Dudó un momento, luego, con voz fría y convencional, contestó:

—No, señora. Como se trata de bienes de la provincia, me veo precisado a pedirle los grilletes que usó su marido.

Lo miró con asombro y furor; debía tener alma de verdugo.

—¡Si tanto le importan, envíelos a buscar al desierto con sus soldados!

Salió sin despedirse. Junto al carro, el sargento Carreño le ayudó a subir con ademán y cortesía de los que no lo hubiera creído capaz.

—Mi señora, sólo puedo desearle que, algún día, todo esto se borre de su alma.

—Sería como pedirme que olvidara a mi marido y a mis hijas, las hijas de él. Adiós, sargento Carreño. —Se contuvo para no tenderle la mano. Nadie los había presentado; había terminado el desierto, volvía a su mundo de la ciudad. Era una viuda muy joven, por años tendría que sepultarse entre crespones, dedicada a sus niñas. Su vida del cuerpo, del corazón, había concluido con la muerte de José.

Mientras, Faustino había comprado vituallas y mantas para el viaje.

Cuando desaparecieron las últimas casuchas de Matará, recién se atrevió a girar la cabeza y mirar hacia atrás.

Por causa del carro lento y pesado, los pasos de tropas y milicianos, tardaron cuatro días antes de divisar las torres de Santiago. Su inquietud era tan extrema que muy poco había dormido, cuando se detenían para que Faustino descansara y los animales resollaran y se alimentaran. En los atardeceres y al amanecer, lo había visto cabecear. Debía tener la resistencia del itín; debían tenerla ambos. Habían hablado muy poco; fuera del agradecimiento que no deseaban mencionar y los sufrimientos que se obligaba a olvidar, tenían pocos temas en común.

—Y ahora, la cuadra siguiente a la plaza —indicó por última vez. Ya divisaba la galería exterior con sus pilares de caoba labrada, el techo de tejas rojas bajo el cual estaban sus hijitas. No podía creer a sus pobres ojos; tenía un absurdo miedo de ser víctima de esas alucinaciones que, tantas veces, había experimentado en el Bracho, cuando trataba de reconstruir esta imagen de la calle, de la vieja casona, de sus tres patios, uno con aljibe, del rosedal plantado por su padre y de la huerta. Estaba tan cerca y la carreta se le antojaba más lenta; de tener fuerzas, hubiera saltado del crujiente armatoste y corrido la última y terrosa cuadra hasta el portal de quebracho blanco.

Su hermana Eulogia, sin poder creer a sus ojos, abrió la cancel de hierro y avanzó por el zaguán gritando con mezcla de felicidad y pena:

—¡Agustina vuelve! ¡Ha muerto Libarona!

Escuchó a medias las palabras, el apellido de su marido, la seguridad que ella no lo abandonaría en vida; pero sólo pensaba en lo que se transformó en grito cuando corrió a abrazarlas.

—¡Mis hijas, mis hijas!

Su madre, sus hermanas Isabel, Mónica y Eulogia, y Lubina, corrieron con Elisa y Lucinda; se las colocaron en los brazos. Su familia la abrazaba y besaba, no las podía escuchar, estaba pasmada de asombro al comprobar no sólo cuánto habían crecido, sino el parecido de sus criaturas con el padre. Recuperaba en ellas esas facciones que estaban bajo tierra y que no se atrevió a mirar por última vez. Adivinó que las hormigas le habían comido los ojos.

Se impuso a las voces de llorosa felicidad, la serena y firme del doctor Monge, el médico de la familia que estaba de visita.

—Hay que acostarla inmediatamente. Tiene los ojos inyectados en sangre.

Era la voz que, en los momentos de ansiedad de las enfermedades, volvía al quicio efusiones y desórdenes.

La llevaron a su antiguo cuarto de soltera, de niña. No había tenido tiempo de saber lo que en verdad era un cuarto de soltera, como tantos años lo fue de su tía Benigna. Abrieron la cama con sábanas de hilo, había olvidado casi lo que eran. La desvistieron, la despojaron de sus andrajos. En los ojos de su madre, en su mirada de piedad y ternura, descubrió su cuerpo sucio y acanchado, enflaquecido. Por causa de las llagas y escoriaciones ajenas había descuidado las propias, ni tiempo de mirarlas siquiera. Los zapatos remendados no se los había quitado desde el baño en el bosque.

La casa se transformó en un ir y venir de gente, mientras el médico hacía preparar un baño medicinal en la tina familiar; entre su madre y hermanas la bañaron. Volvía a la infancia. La recostaron dulcemente.

—¡Por Dios, no olviden a Faustino!

—Ya nos estamos ocupando de él, también —contestó su madre.

Quiso besar a sus niñitas, borrar ese mundo de responsabilidades que la había abrumado tanto tiempo. En la muelle blandura de su cama volvía a ser lo que tenía derecho, su cuerpo y su espíritu cesaron de imponerse y defenderse. Ya nadie dependía de ella y estaba rodeada por la preocupación y la ternura de los demás.

Entornaron los postigos y las voces se fueron apagando; se iban a otro patio. Tras los visillos le pareció distinguir una figura, alguna de sus hermanas quedaría alerta.

**L**os rugidos de los jaguares se entremezclaban a los alaridos de los indios. Despertó en un grito de horror. Se encontró fuera de la cama, bañada en transpiración. El doctor Monge tenía razón, aún no estaba calmo ni coordinado su sistema nervioso como para dormir con sus hijas en el mismo cuarto. El primer ensayo había sido lamentable, las desveló aterrorizadas por sus gritos. Al principio de su ya muy larga enfermedad, acudía la familia íntegra y alarmada, luego, la monja del Belén que la velaba por la noche, por fin una simple criada. Las crisis disminuían en cantidad y virulencia. Su madre había resuelto, aconsejada por el médico, vender todo y trasladarse a Tucumán.

Nadie le dijo palabra de Dolores, comprendió que no debía preguntar por su hermana ausente. Su gente condenaba por medio del silencio.

Antes de partir, esto los decidió, comenzaron a llegar versiones sobre el fin de Pedro Únzaga. Volvían a renovarse los angustiosos recuerdos. Rafaela había sido la única, entre sus relaciones, que no intentó visitarla; verla sería enfrentarse con una viviente acusación de su conciencia. Sin embargo y ahora, ella debía ser la única esposa de Santiago que la comprendía. No quería pensar más en cuántas oportunidades había estado a punto de caer en la tentación de escapar a ese infierno voluntario. Todas las mujeres creyentes rezaban para que Dios las librara de todo mal, del infierno; les parecía justo y razonable. Rafaela y ella también rezaban, salvo que escapar del infierno cotidiano y real, infierno de cuerpo y alma porque en ambos sufrían torturas, dependía de la propia voluntad, no de un libre albedrío a juzgarse en el más allá. Era la única que no podía, ni siquiera lo imaginaba posible, acusar. El amor y la fidelidad conyugal tenían siempre un límite, el de ella había sido más amplio. Dios le habría otorgado mayor resistencia física y espiritual. Como si intentara librarse de una tentación, se repitió que acusar a los demás podía ser una forma orgullosa de dudar de la justicia adivina. La acusación podía ser, también, una forma de la envidia. Medir, jerarquizar el propio sufrimiento, era, aunque lo ocultara, un acto de soberbia. Jamás juzgaría a su hermana.

Cuando conoció la primera versión de la muerte de Únzaga, creyó descubrir que la gente, sus amigas, aun su familia, había cedido a la tentación, a la curiosidad de aprender cómo era el verdadero espanto reflejado en una cara que lo había vivido, mientras ellos lo vivían de relación u oídas; quizá, su familia participaba en grado más intenso y hasta era muy probable que esta participación la enorgulleciera.

El espanto del Bracho era algo que les pertenecía únicamente a los protagonistas; Libarona, Únzaga, ella y los demás proscritos y condenados; por descontado a Ibarra. Lo había odiado a Ibarra, ya no; sentía pena infinita porque existiera un hombre con

tanta capacidad para el mal, con tal necesidad de venganza. Entre sus parientes unitarios y federales existían hombres poseídos por la angustia de cometer el mal; pero no con la intensidad y el poder de llevarlo a cabo, como se había reunido en Felipe. En los otros, el odio se les afirmaba ante la impotencia de obrar.

Debía confesárselo; a menudo, experimentaba otra tentación, fruto de la atracción que ejerce el mal, y era la de visitar, decirle adiós a Felipe, a este hombre en el cual y para ella se había encarnado el mal absoluto. Del encuentro de los seres que se han odiado y han resistido al odio, sería probable que brotara un chispa de bien. Porque al fin, es decir al principio del desafío inesperado, Felipe habría creído amarla. Nadie lograba descubrir o señalar la sutil frontera entre el odio y el amor. La rebelión del hermoso arcángel Luzbel bien podía haber sido un fallido acto de amor, el perfecto: alcanzar la igualdad con el Amado. Se sorprendió de la forma en que pensaba, debía ser la maduración de la soledad.

—Yo no sé, Tinita querida —le dijo una amiga, que, también, lo era de Rafaela—, si debo contártelo... —calló y como ella no le preguntó, prosiguió porque desearía conocer su reacción para luego contársela a Rafaela—. Como Pedro estaba muerto de hambre y desesperación desde tu ausencia, se decidió a huir. Bueno, vos sabes, sabía lo que era comer raíces, lo que era decidirse, casi, a huir: a abandonar, pero su amiga no; inútil que comentara algo que no comprendía; si fuera así las relaciones de su mundo social quedarían reducidas a la nada, en esos montes el pobre se perdió —sin Faustino, no estaría escuchando impávida en apariencia—. Cediendo al desaliento tomó la fatal resolución, vos sabes Tinita que el juez nunca tuvo muchas luces, de ir en busca de Ibarra y echarse a sus plantas —sí, era capaz de realizar actos de tal laya—. ¡Y el monstruo, al ver ese cuerpo vestido de harapos, llamó fríamente a cuatro soldados y les mandó que lo mataran a lanzazos!

No dijo lo que su amiga esperaba, porque tampoco sabía lo que era un cuerpo en el cual las lanzas, la atravesarlo, no hacen mas que agregar nuevas llagas que no huelen a pus. Se guardó el grito de espanto, mesarse, o revolcarse de horror y desesperación, todo lo que puede hacer una mujer de veinte años en el desierto. Sabía que Únzaga podía morir así, agregarle una serie de horripilantes detalles como para que el peinetón de carey de su amiga temblara y como para que el abanico con taraceadas varillas de nácar se le cayera de las manos, pero no lo hizo. Dijo, sin voz:

—Dios tenga piedad de tu alma, pobre compañero de infortunios, mi enfermo.

Quizá no estaba muy segura, es probable que no las hubiera escuchado bien, pero las últimas palabras de la visitante fueron:

—Yo no quisiera estar en la conciencia de la pobre Rafaela.

Y era verdad, nadie puede estar en la conciencia de alguien que ha sufrido lo que ese nadie no conoce.

Cuando la diligencia que los llevaba a San Miguel del Tucumán se detuvo en la

primera posta de esa provincia, donde revisaban los pasaportes y quedaban los caballos que los habían arrastrado desde Santiago del Estero, uno de los postillones contó a su hermano Santiago, en voz medida, como para que le llegara si ella deseaba oír:

—Sí, pues, dicen que Don Únzaga fue velado en vida. Le obligaron a tenderse sobre un trapo negro y entre cuatro cirios. Al amanecer, lo obligaron a cavar la propia fosa y más después lo degollaron, para escarmiento y terror de Salavina.

También podría haber muerto así el compañero de infortunios. Con honda y callada pena, se levantó el crespón negro, que el polvo del camino de Santiago había tornado casi gris, y besó con dulzura a Elisa, luego a Lucinda. Y en ellas las facciones de su marido, Don José de Libarona, el amigo de Don Pedro Únzaga. No había conocido las facciones de Mariano, su hijo.

# CUADERNO FEDERAL

En algunas circunstancias, la única piedad es ser cruel.

SAN JERÓNIMO a HELIODORO.

Yo aprendí a odiar a los traidores, y no hay ruindad que más me repugne  
que esa.

ESQUILO.



Al historiador  
Luis C. Alen Lascano

## I

**A**pretó los dientes y taloneó los ijares. Nadie tenía que ver las lágrimas de Felipe Ibarra por Francisco. Nadie, ni siquiera su fiel Simón Luna. Sólo Pancho sabía que era capaz de llorar. Juntaban cera y miel en el bosque, en los quebrachales de Matará; la madre los había mandado. Cayó desde una rama alta, se sacó la muñeca. Gritó, un solo grito de dolor, tenía trece años, se contuvo.

¡Tirá y ponela en su lugar! Ya debía estar blanco de dolor, a punto de desmayarse, como las mujeres de la ciudad. Pancho le tomó la mano entre las ásperas suyas, los dos eran chicos del monte. Se revolcó retorciéndose. ¡Tirá carajito! Los ojos asustados y llorosos de su hermano. Escuchó como si el eje entrara en el buje de la rueda. Ya no recordaba más. Pancho le había prometido que el secreto de su desmayo quedaría entre ellos. Nada le había dicho de las lágrimas que le había secado con el dorso del puño. También solían agarrarse a puñetazos, para probarse.

Taloneó, no tenía espuelas, no las necesitaba. Ya tenía la espuela que le habían clavado los lanzazos de esos traidores a Francisco. Pancho solo, sorprendido, traicionado y lanceado. No, él nunca había traicionado a nadie voluntariamente.

No sabía cuántos de sus secuaces, de sus soldados, de sus hombres lo seguían. No necesitaba mirar hacia atrás. Pasaba junto al rancherío de San Francisco; en el convento, y desde su llegada al gobierno, hacía dictar enseñanza pública. Montaba su moro y el repiqueteo de sus cascos era para sus fieles como si todas las iglesias de Santiago llamaran a rebato. Lo seguían, lo seguirían hasta que estuviera muerto.

—¡Muerto a lanzazos! ¡Muerto como te mataron a vos, Pancho, mi fiel comandante de armas, jefe del campamento El Polvorín! Mi componedor de huesos, mi ayudante, mi asistente de colector de cera para facilitar que nuestra madre pudiera mandarme al Colegio de Monserrat en Córdoba; a donde teníamos que ir los hijos de los que habíamos fundado estos pueblos para aprender a mandarlos honestamente. Eso decían.

No importaba más lo que gritara, Pancho ya no lo escuchaba. Muerto, muerto y tendido entre las mujeres de la familia. Algunas llorarían, otras no. Las mujeres lloraban, maldecían, se desmayaban y volvían a comenzar con los hijos, las casas, los pueblos, las ciudades. De entre las piernas les brotaba todo esto.

—¡Muerto a lanzazos! ¡Pancho, te cobraré cada rasguño, cada jeme de tajo en la piel, la carne, los músculos, las entrañas! —Pancho, que en 1830 le había salido de fianza con su persona y bienes, cuando los tucumanos lo exoneraron del poder, con el traidor apoyo de Paz. ¡Él, que tantas veces le había pedido piedad por los amigos desleales! Porque la política era una escuela de deslealtad.

Sentía el golpear de los cascos mal herrados. Bastaba con que su moro, regalo de

Artigas, el caudillo oriental, levantara polvo en el corto camino al vado del río Dulce, para que todos supieran que algo andaba mal. Lo cruzaban para reunirse del otro lado, en los montes de La Banda, con la gente de Lugones. Los ranchos destartalados y dispersos entre la tierra polvorosa y los altos cactus y tunas. Por allí andaría Luna y su gente; le había costado elegir entre meterlo al cepo o hacerlo sargento. Y lo hizo y hasta llegó a capitán, era como meterlo en un cepo movible de lealtad. No, ya lo sabía, lo que necesitaba él como sus gauchos era tener lealtad a alguien; todo lo demás le sería dado por añadidura, como decía el cura Gallo.

—¡No me podía faltar! —toda su voz era un grito que cada vez se tornaría más bronco y brutal, los héroes de la *Ilíada* y la *Odisea*. Su Luna podía ser cualquiera de los griegos sudorosos y malolientes, que sólo iban a lavarse sus armas en el mar, junto a la pira de los muertos en la batalla. Debía ser su flete, se acercaría nada más que lo necesario, como para que viera por la sombra de su lanza, que ya tenía cubiertas las espaldas, para que los salvajes unitarios no lo lancearan a traición. Y vendría José Santos Coronel con su gente, y Juan José Díaz, y Juan F. Herrera y Juan Quiroga. Bastaba con que se alzara la polvoreda de su pingo y sus montoneras lo seguirían hasta la muerte.

—Pero yo cobraré tu muerte a traición. Solo y rodeado de traidores. Te encajaron las chuzas porque no se atrevían conmigo. Te eligieron para herirme donde más, en la matadura. Ya no estaré a tu lado ni te veré enfriarte. Te enfriarás entre las faldas de las mujeres y los curas. Luego de contar, una por una, tus heridas, yo haré que te entierren en el lugar que te corresponde. Y antes que te pudras del todo, yo haré que la sangre de los traidores, esa sangre caliente por el odio, riegue la tierra donde está enterrado tu cuerpo. Haré que sus quejidos, que sus lamentos, que sus horrores lleguen hasta tus oídos, estés donde Dios quiera que estés. Porque al fin has muerto cumpliendo con tu deber y sos un Ibarra.

Fue acortando la marcha, el polvo comenzó a alcanzarlo, a envolverlo en la mañana primaveral. Era el tiempo dejado atrás, el tiempo con su hermano y su madre y sus hermanos en Matará. En el Monserrat había sido como si lo engrillaran en una celda estrecha. Y allí lo había mandado su tío Basilio Ibarra, el cura de Salavina. Su familia era un almácigo de curar y otro de tacuaras. El polvo santiagueño se le entraba por las narices, se le abarraba en la comisura de sus labios finos. Labios finos, fríos y crueles, le había dicho Venturita, sonriente y casi con temor. La gente lo temía como una forma de amor. Era duro, también, como una forma de amor. El polvo lo envolvió, necesito aspirarlo, metérselo en los pulmones; era lo más adentro que podía meterse voluntariamente en el cuerpo. Meterse a Santiago. Santiago era ese polvo suelto capaz de ser soliviado en nubes por las patas de los animales, de los hombres, de todo lo que se pusiera en marcha, que realizar algo. Polvo, polvo que era toda su vida al lado de Pancho. Se metió a Santiago entre pecho y espalda, ese pecho y

espalda jugado en tantas batallas, se metió a Pancho y ya no pudo contenerse. Rayó su moro. Ya estaba envuelto, perdido en el tiempo, en el polvo. Solo y absolutamente acompañado. Tuvo necesidad de alzarse apoyado en los estribos y conteniendo el freno.

—¡Juro, por tu madre que es mi madre, que te voy a vengar, chuzazo por chuzazo! ¡Lo juro!

Entre el polvo, como en las quebradas de Salta, del Tucumán o del Alto Perú, en los pueblos de «arriba», que tantos dolores le habían causado, escuchó un eco. La misma voz, el mismo tono, la misma tierra metida en los pulmones, casi un ciento de gargantas que gritaban:

—¡Juramos, juramos a muerte, Felipe Ibarra!

Pueda que Simón Luna, Quiroga, Díaz y los más cercanos supieran qué juraban, los demás juraban por lo que a él se le diera la real gana jurar; sabían que ni aun en su más alocada real gana él los traicionaría. Cuestión de lealtad entre machos. Y eso nomás era su país.

Cuando la nube de polvo avanzó hasta sobrepasar el lecho del río, miró a su gente. Le bastó un vistazo para contarlos. Cuarenta y ocho jinetes y veintiséis, sudorosos y sin aliento, de a pie, armados como podían. Los conocía todos, uno por uno, nombre por nombre, hazaña por hazaña o tropelía o bribonada. ¿Acaso Belgrano no decía que sus cadetes eran unos pillos de lo peor? Olor de sudor de gente mezclado al de los caballos.

Comenzó el vado del Dulce, siempre era bueno poner un poco de agua de por medio; contiene y tiente en las provincias sedientas. Además, ya no le cabía dudas, pronto lo repasaría para hacerse cargo del gobierno nuevamente. El agua le mojó las botas. Los escarmentaría como para que por años aprendieran a serle fieles. Pero ya resultaba difícil realizar algo atrozmente ejemplar, que ya no hubiera sido utilizado por los salvajes unitarios, por ellos los federales y por los godos sus antepasados conquistadores cuando descuartizaron entre cuatro caballos a Túpac Amaru o ensartaron en un poste y por el upite a Caupolicán, el caudillo de Chile. Se solivió en el caballo para darle ánimo en el corto trecho del nado.

En la otra orilla aparecieron más jinetes; se detuvo un momento como si los olfateara a la distancia, supo que eran de los suyos, de Lugones, pronto distinguiría los nombres, y hasta el pelaje de los animales.

## II

**L**o miró con desconfianza. Por otra parte, nadie como él se había ganado el derecho a desconfiar de quienes lo rodeaban, de quienes decían colaborar con él. Apretó los labios.

—¿Qué piensa del decreto Adeodato Gondra, mi docto ministro? ¿Le parece demasiado brutal para mi primer acto después de recuperar el poder?

Estaba seguro que Gondra, ese ministrito nacido en Tucumán, representaba la nueva generación de los mocitos ilustrados. Quedaría callado un momento para crear mayor atracción sobre lo que luego diría. Esto lo fastidiaba, pero las relaciones políticas con su ahijado habían comenzado así; le interesaba la gente que lo resistía en lo formal, en la apariencia, como no soportaba a quienes se le oponían en lo esencial. Adeodato era como un caschi, esos cuzcos favoritos de las viejas solteras que, cuando menos se espera, sueltan un mordisco.

—¡Lea ese decreto! ¡Quiero saber el efecto que causa a un peluoncito!

Gondra, sin variar la apostura, desprendió el botón de la levita, tomó la hoja de papel y leyó con su tonadita chilena, no en balde había cursado allí casi todos sus estudios:

—«Declárase traidores de lesa patria a todos los salvajes unitarios que hubiesen suscripto el acta de destitución del cargo de gobernador en la persona del Exmo. Brigadier General Don Juan Felipe Ibarra, como asimismo, a los instigadores y autores del alevoso asesinato perpetrado en la persona de Don Francisco Ibarra, coronel de milicias de la Provincia». —Su voz terminó opaca.

Con este ademán atildado, que también lo fastidiaba, tomó la pluma y estampó su firma bajo la suya. Atento a los detalles, y sin ni siquiera mirarlo una vez, agregó los artículos de forma, la fecha: 28 de setiembre de 1840.

—No tengo nada que observar. Los considerandos y antecedentes ya los han estampado nuestros enemigos, la mayoría vuestros amigos; en particular La Madrid, por todas las tropelías que acaba de cometer, no hace ni dos meses, Choya, y también contra vuestro sobrino Cruz Antonio Ibarra; su gran amigo La Madrid, a quien ayuda usted cuando pasa por Santiago, a pedido del general Rosas y cuando llega a Tucumán, el mismo 7 de abril, da su Pronunciamiento traicionando vuestra buena fe y la del Restaurador de las Leyes.

—Todos mis errores políticos siempre han sido y serán, para mí es irremediable, originados en la amistad.

—Entonces haremos un hermoso y largo proceso, simple aplicación de las Leyes de Indias, a cada uno de sus traidores amigos y hasta parientes que han participado.

—¡Basta Gondra! Este episodio comenzó a lanzazos, será un proceso muy

distinto. También el odio tiene momentos aciagos. En gran parte, el Antiguo Testamento es una historia de odio y venganza por parte de Jehová. No existe un solo pueblo grande que no haya pasado por un crisol de odio y sangre. Siempre sucede un acto espantoso de odio o amor que marca a quienes gobernamos. Simple cuestión de suerte histórica que nos recuerden por el hecho de amor o de odio.

Por fin lo miraba fijamente. Su unión política, más que eso, su relación social y humana, debía basarse en una especie de rencor del inteligente débil por el hombre capaz de acción y de sólido sentido común. Lo atraía en la misma medida que lo repelía. Algún día Gondra tendría que abandonarlo y, ya lo sabía, sería para desgracia de los dos.

—No es sólo cuestión de suerte. El odio, la sangre y la venganza quedan más latentes en los hombres. Es la única forma en que ellos imaginan y emplearían la fuerza. No les enseñan otra cosa.

Tuvo necesidad de interrumpirlo:

—Yo les he enseñado otra cosa, yo quiero a mi pueblo. Usted sabe que cuando no hay plata yo no cobro mi sueldo —le pareció que el ejemplo era baladí, pero no quiso volverse atrás—. ¿Cuántos sueldos me debe mi Provincia? ¡Ni yo mismo lo sé!

—Podría darle la cifra exacta, pero esto no interesa a la Historia —buscaba nerviosamente entre los papeles, tenía que hallarlo en el momento preciso o ya no le importaría. Respiró—. Señor Gobernador, ¿me permite que lea unos fragmentos? «Jamás gozaremos de una tranquilidad sólida y duradera, mientras las provincias permanezcan en el estado de aislamiento que hasta aquí ha causado todas las guerras civiles. Si carecemos de un centro común que uniforme nuestra política e intereses, si no activamos la reunión de una asamblea constituyente para tener leyes nacionales.».

—Mientras Gondra leí, había quedado mirando hacia la calle, como si esperara la llegada de alguien que no vendría más o de un gran desconocido. Todo lo escrito y firmado por él era leído siempre a modo de explicación o excusa de sus actos. —Este es el hombre a quien he seguido, por quien he dejado mi provincia. Claro que otros dicen que ha sido por mi interés de arribista.

—Arribista o no, quizás yo no hubiera escrito esa carta al general Rosas, pidiendo la Constitución, si usted no estuviera a mi lado. Pero no me pida demasiado. Mientras usted leía, yo miraba por la ventana. No veré nunca a Pancho o veré, también, su cuerpo atravesado a lanzazos. Tuve que dejar el Monserrat al año, pese a que mi tío Juan Antonio de Paz era mi mentor; no tanto porque mi madre no podía juntar los 55 pesos necesarios, sino porque yo no sirvo para cura como querían hacerme. Según el inventario, mi padre sólo nos dejó dos mil quinientos pesos, en muebles y créditos. Nuestra madre no era mujer de blanduras; yo no supe o no merecí encontrar una semejante. No desvíe la mirada, yo no necesito que me disimulen o compadezcan. Exijo demasiado a las mujeres y no soy capaz de darles lo mismo. Pueda que yo no

tenga más que una mujer de verdad: mi provincia.

Las campanas de La Merced comenzaron a doblar.

—A las 7, los padres Achával, Gallo y López rezarán un funeral por el alma de mi hermano, ¿vendrá usted, señor ministro?

—Por descontado, verá usted que ya estar de chistera. Voy a buscar a mi mujer. Estaremos, como todo Santiago.

Lo miró alejarse por la calle polvorienta. Algo de petimetre insolente, la juventud con a tiempo de mirarse y componerse ante el espejo. Nunca se había mirado mucho en un espejo salvo para afeitarse, ni siquiera en el reflejo de un sable cuando era lancero a los veinte años. Luego con ese óleo que acababa de pintar su sobrino Felipe Taboada, dos condecoraciones y su banda de gobernador. No le gustaba contemplar esa expresión dura, sin simpatía a primera vista; pero tenía razón su sobrino, era así. ¿De dónde les había salido en la familia ese grano malo, ese bicho raro que quería ser pintor, artista? El único en todo Santiago. La gente no supo cómo tomarlo, si con vergüenza u orgullo hasta que triunfo la vanidad y todos querían que los retratara. Había condescendido a posarle como una obligación de gobernante.

La imagen de Gondra, recortada por los pilares de la galería exterior, se le mezcló con la del diputado por Buenos Aires Manuel de Tezanos Pintos, levita, sombrero de copa, enero de 1827 y 40 grados de calor. La constitución muy linda para las Europas que pretendía imponerle el presidente Rivadavia. Lo esperó en esa misma sala, en camisa, calzoncillos y, colmo tenía neuralgia, un pañuelo con vinagre aromático en la cabeza. El porteño lo miró espantado, sudando a chorros. El diálogo fue tal para cual; terminó concediéndole 24 horas para que abandonara Santiago. Tezanos informó que lo había recibido «en un traje semisalvaje, tomado de propósito para poner en ridículo al Soberano Congreso». Sonrió apenas, en esto no había errado el pisaverde. Sólo les importaba la apariencia de las cosas.

Pero menos suerte habían tenido ese mismo año, cuando los invadieron los ilustrados con el gobernador de Catamarca a la cabeza. El poeta Hilario Ascasubi se había dedicado a saquear esa su casa, que era la sede del gobierno para evitar gastos a la provincia. Se apoderó del archivo oficial y hasta de su sombrero y del bastón de verga de toro, que, al recuperarlo, se lo había regalado a la Virgen de la Merced; desde entonces y a sus espaldas, la llamaban la Tiranita. Bajo la protección obligada del cura Gallo, para que los guerrilleros no tiraran sobre él, Ascasubi salió a guapear en esa campaña que duró pocos días. «Me jactaba de ser el gobernador sustituto desde que tenía su bastón y su sombrero», escribió con un sentido de la gracia que no le alcanzaba. También esto lo separaba de los *ilustrados*.

Un nuevo redoble. Se ajustó la banda de gobernador. Recorrería a pie, seguido por su escolta montada, las cuatro cuadras que lo separaban de la iglesia, para que la gente lo viera y lo siguiera. Era imposible, llegaría cubierto de polvo. Nunca tendrían

plata suficiente como para empedrar ni siquiera las cuadras de la Plaza Mayor, la única.



### III

**L**e gustaba el ruido seco y firme del taco de sus botas en las baldosas nuevas de la iglesia, que él mismo había construido. Creía en la Religión, con mayúscula, aunque no había tenido mucho tiempo para pensar en Dios; los curas eran un apoyo necesario, en todo caso, un enemigo innecesario. Tenía razón Gondra, que lo había esperado en el atrio, estaba todo Santiago que podía o se atrevía, desde los azulinos medio unitarios a los rosaditos y los punzó bien federales. Debían esperar que detuviera sus ojos en cada uno de ellos; decirles que tenía confianza o los perdonaba. El poder era un vino y cada uno parecía decirle: Bebe un poco más de mi poder que es tuyo. Le gustaba el alcohol, pero, como las mujeres, no le importaba gran cosa; de ambos podía tener la cantidad y calidad que se le antojara. No siempre; borró con fastidio la imagen de Agustinita, la Libarona. Del poder, sí, a veces sentía una suerte de borrachera; acaso como la de Gaspar Rodríguez de Francia, el amo vitalicio del Paraguay, que había estudiado en el Monserrat. Saludó, sí, era necesario una pequeña deferencia con los aristocráticos Montenegro, buenos y seguros federales. También a los Ibarra Gallo, a los Silveti Gallo y a Francisca Uriarte. Una mínima privanza suya creaba categorías, su oculto placer. Una mirada dura, casi tispir, a los Alcorta, aunque la apetecible mujer de Adeodato fuera Alcorta, les vendría bien: demasiado acostumbrado a estar alto y tenían muchos amigos entre los de Buenos Aires.

Desde chico no podía pasar ante el púlpito sin mirarlo con dejo de temor; la voz de la Iglesia. ¿Cómo sería el Papa hablando?, este poder temporal mezclado con el religioso lo inquietaba, no lo admitiría en su provincia; quizá lo soportara únicamente.

Entre el grupo familiar, en un almácigo de crespones, sólo dio la mano a la mujer de Pancho, que era parienta de Belgrano, María de Jesús González y sus seis hijos; que estaban juntos con sus hermanas Águeda y Evangelista.

El cenotafio. Había sido necesario enterrar a Francisco; ese cajón vacío y ese monumento con terciopelo negro y randas de oro y plata, no era la ceremonia digna de su hermano, el hombre. Pueda que para el alma, en esto la Iglesia sabía más y tampoco él debía meterse en cercado ajeno. El funeral verdadero, para el cuerpo, se lo haría él, en cuanto prendieran al traidor Domingo Rodríguez, ese goda que había sido su hombre de confianza y comandante de frontera en Abipones; pero sobre todo a Santiaguito Herrera. Miró interrogante al inspector de policía.

—Aún no los agarramos, excelencia, pero antes del anochecer los tendrá en sus manos —le susurró.

—En manos de la justicia —contestó en voz alta. Aunque nadie lo creyera, necesitaba que la gente respetara la estructura jurídica del estado; como prueba de

ello, Gondra lo acompañaba a su derecha. Contestó con medida inclinación el saludo de los oficiantes y subió al sitial ubicado enfrente al trono del obispo; hacía más de un siglo que se lo habían llevado a Córdoba, pero allí conservaba su asiento vacío como muda protesta.

La ceremonia sería larga, la Iglesia le tomaba tiempo como demostración de poder. La Iglesia era el tiempo. Tenía dudas, muchas, pero tenía sed de Dios como fuente de orden. Cuando su caballo tenía sed, resoplaba en la charca para limpiar la superficie del agua, dudaba del contenido, como él. Pero guay del primer magistrado al último vecino, que no cerrara su comercio y asistiera a la novena del glorioso patrón Santiago Apóstol. Debía ser el más lujoso ceremonial fúnebre, desde los hábitos a las colgaduras. Las lamentaciones del servicio litúrgico se mezclaban al doblar de las campanas de todas las iglesias. No lo había pedido, pero todos se apresuraban a servir su imaginación. Lo adulaban; luego, en venganza, se lo echarían en cara, lo odiarían porque les recordaba sus servilismos.

Miró en derredor; enderezó el busto con arrogancia al descubrir las contadas personas en las cuales podía confiar totalmente, esas que le debían todo lo que eran. El cura vicario Pedro León Gallo, en él podía confiar, asperjó con agua bendita el sable, la lanza con gallardete y las flores; a continuación los ayudantes incensaron. A cuántos habrían servido estos adornos fastuosos dentro de la pobreza provinciana; a los más ricos, que penarían lo contrario de su hermano y de él mismo. El incienso le cosquilleaba la nariz. Divisó a algunos de sus cuñados, más que ricos, los Saravia; no le guardaban rencor porque les había devuelto la hermana la noche de bodas. Zamarreó apenas la cabeza, la iglesia no era el lugar apropiado para tales pensamientos.

Sus dos sobrinos, Mauro Carranza y Manuel Taboada lo miraban como a pan bendito, se disputaría su herencia política. Mauro era el administrador de sus estancias. El corazón le dio un vuelco al divisar a Cipriana Carol, rodeada de su gente orgullosa como un ya inútil cerco de pirca; le sonrió apenas, conservaba los labios muy rojos para morderlos como granada. Otra de ellas era casada con el juez Únzaga, ese traidor; la casa estaba enfrente de la suya, como para que eligiera con comodidad. Cipriana o no, se las cobraría sin piedad a Pedro. Cada vez que se acercaba a un piano tocado por una mujer, cometía tonterías; así le había pasado en Abipones, cuando conoció a Ventura en la estancia El Carmen, con sus doscientas leguas de campo. Por suerte había contados pianos. Sólo servía para escuchar guitarras tocadas por hombres; la guitarra tocada por una mujer eran disparate, como si dos mujeres se acostaran juntas.

Una marcha fúnebre impresionante que acababan de traer de Europa. El mismo Gentilini, maestro de música de las copetudas, debía tocarla para congraciarse. Le hubiera gustado caminar, la cabeza erguida mientras los otros la inclinaran, con pasos

lentos y firmes y tristes; de cuja a cuja, hablaba con su hermano en la siesta, en el cuarto vecino el respiro hondo y fatigado de la madre. A las mujeres les vidriaban los ojos. Buscó recién a su Escolástica Gallo, tenía un pañuelito de encaje en los ojos, por la música o por su mirada a Cipriana. Algún día le devolvería la llavecita de su ventana colonial con reja de hierro forjado; capricho para que el entrara y la familia nada supiera.

Terminó la marcha fúnebre. Como si oliera en el monte o los llanos, para algo lo apodaban el indio del Salado o el Saladino, intuyó que algo importante estaba sucediendo. El séquito y la escolta se abrieron en coletazo de iguana. Josabán, el polvoriento mensajero, le susurró;

—Herrera cayó preso, Rodríguez fugó a Tucumán...

Las demás palabras no le importaron, Herrera habría lanceado a Pancho, todos lo señalaban, quizá para eludir responsabilidades y cargárselas al fugado. Ahora sí tendría lugar un funeral. El cura Gallo, inquieto o curioso, había interrumpido la ceremonia. Le hizo señas de continuar. Tenía al traidor Herrera en sus manos, todo Santiago tiritaría de espanto. El funeral religioso se diluía, se tornaba anodino. La noticia corría entre la concurrencia con algo de viento en un trigal. Las mujeres, mantillas negras, peinetones de carey y cintas federales, olisqueaban como mulas en corral. Los temas que estaba pintando su tembleque sobrino Felipe Taboada en la bóveda resultaban pueriles por comparación. Según su tan querido fray Wences Achával, Platón y Aristóteles habían hablado mucho de política; porque ninguno de los dos tuvo oportunidad de aplicarla, le contestó. Otra cosa es con guitarra, decía el guachaje. ¿Tendría miedo Santiaguito Herrera? No, era guapo y corajudo como ninguno. Pero ninguno podía haber sido Felipe Ibarra, y él había tenido algo parecido al miedo, en su primera batalla, cuando le partieron de un sablazo la frente al alférez Florencio Olaechea, que tenía 18 años y era su amigo. Fue como espantada de jaguar, para luego lanzarse hacia delante y arriba, cojonudamente. Todo hombre tenía que tener miedo una vez para saber lo que era coraje. Le dio rabia no recordar cómo explicaba Aristóteles esta categoría del coraje. El general Belgrano, que cuando joven era lindo como una mujer y tenía una voz aflautada que al principio hacía reír, le prestó un manualito de filosofía; se lo devolvió sin mucho uso. Había sido ayudante del general improvisado; pero si tenía miedo no se lo había notado nunca. Aprendió a respetarlo y hasta quererlo. Él, también, lo llamaba por su sobrenombre, Saladino.

De nuevo la marcha fúnebre del alemán, andar manso, cara de perro apaleado o haciendo caracolear el caballo. No importaba que los cuatro curas se aprovecharan de su tiempo, sin que ellos lo supieran ya había comenzado el verdadero funeral.

—¿Dónde?

—Está engrillado en la Quinta —contestó Gondra—. Ya he dado intervención al sumariante —se cortó un poquito, se ha tomado una confianza de leguleyo—, según

el decreto que firmó vuestra excelencia.

Le divertían sus dengues y perendengues jurídicos, su biombo europeo. Tenía que gobernar para la mayoría, para el mestizaje, la Federación. Lo de Rivadavia había sido un lindo y astuto juego gringo, del que se cansaron ellos mismos, los *ilustrados*, ¿pero quién aguantaba el pial y la cuarteada del pueblo mientras esas pretendidas lindezas maduraran?

Le sorprendió hallarse en el atrio con la hilera de frailes; Gallo primero, su confesor, ya lo tendría harto con los mismos pecados, y los otros por orden de antigüedad, le dieron el pésame. Alargó distancias, su Gallito viejo estaba emocionado, le pediría piedad o compasión para Herrera. En estos casos, la Iglesia no le costaba nada llevar la mejor parte, la generosidad del alma; el cuerpo, hasta en la Inquisición, lo entregaban al poder laico, lavada de manos a los Pilatos. El fraile Achával permanecía impávido. No permitiría que nadie le hablara a favor de Herrera, les daría todo el tiempo que él necesitara para organizar despacio el funeral criollo de Pancho, nada más. Belgrano mismo, que tenía antigua sangre santiagueña, la última vez que lo vio, canoso y enfermo, le pidió que se hiciera cargo de la frontera de Abipones; parar batirse sin reglas ni normas contra los salvajes, para destrozarlos si fuera posible, sin piedad si fuera necesario, de salvaje a salvaje. Alguien tuvo que hacer esto para que los ejércitos de línea, más éticos, como decía su tío el padre Paz y Figueroa, se ocuparan de la libertad o de luchar entre hermanos. Ese había sido el capitán Felipe Ibarra, así habían necesitado los otros, sus camaradas del Ejército del Norte, que él fuera. Y que fuera Francisco de Ibarra y de Paz y Figueroa y Toledo Pimentel con marqueses y condes, ¡qué carajo! Y les fue dando su mano de tirano a todos esos copetudos, de los cuales muchos eran pura bosta al lado suyo. Su funeral criollo sería para el paisanaje, para su gente de verdad.

## IV

**E**l horror de lo que haría con Santiago Herrera, particularmente, y con los demás conjurados, si no servía de escarmiento, o marcaría para siempre. La venganza lo atraía, le daba vértigo como un abismo. Con rabia se metió en el bolsillo interior de la chaqueta la cara de La Madrid. Acosado de enemigos, tenía que reaccionar con fiereza que espantara a sus rivales. Dos días, dos noches casi sin dormir, lo habían mantenido tascando el freno. Leía las detalladas declaraciones de los traidores. Se le había ocurrido a Gondra que el ejecutivo no debía lesionar al judicial, y ambos poderes no eran más que un ilusorio grupito de personas, que se veía continuamente y que dependía de él en todo.

Se abrió la puerta y entró el ministro general, para que lo hiciera con tal desenfado significaba que traía la noticia esperada.

—La justicia ha condenado a muerte al capitán Santiago Herrera. ¿Desea escuchar la sentencia?

Lo miró como si quisiera adivinar un resto de ironía en el tono de la voz. Con furor repreguntó;

—¿Vendrá el señor ministro general a presenciar el cumplimiento de la sentencia en la Quinta?

—Hacerlo es mi deber, señor gobernador —la voz medida ya no le temblaba, como en los primeros tiempos, ante sus explosiones.

Prefirió el caballo al coche que utilizaba Gondra, sentir una potencia viva entre las piernas coordinaba mejor sus nervios. La gente saldría para verlo pasar al galope con su escolta. Tenían que salir a verlo para participar en el funeral. No se podrían imaginar la participación voluntaria o no que tendrían al rayo del sol.

Apenas echó una mirada sobre los empalados, mientras los centinelas presentaban armas. Libarona parecía una roja achura; había poseído el cuerpo que él deseaba, pero ya no lo tendría más. Un cuerpo adolescente, era una forma de recuperar la juventud por contacto. Fue sólo un instante.

—Todo está preparado, excelencia —dijo el capitán Dávila.

A su llegada a la galería, se pusieron en pie los civiles y se cuadraron los militares. Saludó con parquedad; salvo la disciplina militar, le fastidiaba el protocolo impuesto por Gondra como disfraz del temor. Trajeron a Herrera, lastimado y con cuajarones de sangre en la cara y en el torso desnudo. Maltrataban a alguien que únicamente les pertenecía a él y a Pancho.

—Desaténlo y ponganle su chaqueta militar al capitán Herrera: el traidor capitán Herrera, que ya se ha permitido bastantes libertades de palabra en el Polvorín, cuando arengó a la tropa para alzarla, y, después, ante el sumariante.

Le colocaron la chaqueta, a duras penas se mantenía en pie.

—Señor gobernador, es casualmente por causa de la libertad de mi tierra, que ahora usted puede llamarme traidor —balbuceó enderezándose—. Y aquí me tiene para enfrentarme con mi traición hasta las últimas consecuencias.

Lo miró, conteniendo la rabia, como si lo viera por primera vez. Lo conocía desde cadete, lo nombró a pedido de un pariente común. Ahora se transformaría, por su voluntad, en una especie de símbolo de los salvajes unitarios. Podía destrozar y hasta borrar los cuerpos pero los nombres no. Se le acercó cara a cara, atraído.

—Uno de los dos está equivocado, Santiaguito. Yo estoy seguro de que eres vos. Algún día, puede ser, los dos tendremos razón. ¿Ninguna gracia me pides, para después?

—Nada —la voz opaca tembló, físicamente no daría más—, salvo que me crea incapaz de haber lanceado a traición al coronel Ibarra. Son cosas que un Herrera ni un Ibarra harían jamás. Que tropas revolucionarias maten a un jefe, es necesario. Yo, personalmente, estaba dispuesto a matar al propio gobernador.

Lo asombró que no sintiera ganas de degollarlo ahí nomás, ante el desafío. Nunca había deseado tocar personalmente a un condenado, cobrarse, ensuciarse las manos con sangre. En un combate era otra cosa, una borrachera pasajera. Le regalaba el que pudiera hablar, desahogarse; sabría que su pena no tendría agravación posible. Santiaguito no contaría más de veinticinco años. De él, de una blandura de su corazón, dependería que llegara a ser brigadier cargado de la historia de un país que se estaba creando; pero un país americano que estaba creciendo, ya lo había gritado Mariano Moreno, necesitaba mucha sangre como alimento. Bastaba con que él mismo pudiera morir en la cama: estaba por verse que no le tocara la misma suerte que a su amigo Facundo Quiroga, el Tigre de los Llanos. A veces, sentía una rara y secreta atracción por quienes lo odiaban o despreciaban, aunque los supiera sus inferiores.

—Ni yo mismo, Santiaguito, soy capaz de cambiar los hechos. Los dos hemos hallado nuestro destino. ¿Deseas pedirme una agracia, te repito, en nombre de Martín Herrera, que firmó el acta de nuestra autonomía?

Se miraron en silencio. No rogaría, no se humillaría. En verdad, podían acordarse todo, desde la vida al ejemplo de saber morir.

—Brigadier, que no toquen a mi familia por mi causa.

—Acordado, capitán.

Se apartó del preso. Este diálogo a media voz, que nadie habría oído, le pareció no que había tenido lugar, fruto de su ardida imaginación. Un diálogo con su propia conciencia.

Trajeron al patio el redondeado cuero vacuno recién desollado. Tembló de rabia; en su estancia, los revoltosos habían desollado a medias sus vacunos vivos y los

había soltado para que desesperados de dolor se restregaran, hasta morir, en los troncos de los quebrachos. La brutalidad de los hombres contra los irracionales indefensos, desquiciaba sus normas personales de la justicia criolla; en tales casos, un caballo importaba más que un hombre.

Herrera lo miró sorprendido de que se tratara de un enchalecamiento. Los ojos rojizos, ningún temblor ni en manos ni rodillas. Un digno santiagueño, de esos que por su coraje preferían en los ejércitos de línea y en las milicias nacionales. Había elegido bien. Lo acuclillaron, lo sentaron sobre las nalgas. Levantó orgullosamente la cabeza.

—Hunda la cabeza entre las piernas —gritó con rabia el jefe del pelotón. Su rencor, todos sus estados de ánimo, los transmitía involuntariamente a sus subordinados.

La última mirada de Herrera; no sabía si de horror, asombro o miedo. Debía ser como la de su hermano recibiendo el primer lanzazo. Hubiera querido que los milicianos, ¿o tenía derecho a llamarlos verdugos?, cosieran más rápido los tientos, para que no hubiera tiempo de que Herrera soltara ni un quejido, Un hombre saltó sobre la cabeza para hundírsela más, antes de terminar el cosido. Un corto quejido, acaso de Herrera o del segundo lanzazo que atravesó a Pancho. Terminaron la costura.

El cuero húmedo brillaba al sol del mediodía; imposible que un hombre hubiera quedado reducido a semejante esfera. Ya no le cupo dudas, Santiaguito había soltado un quejido largo, sordo, como cuerda de bordona. Pancho, el tercer lanzado; sabías que tendrías que morir por causa de ser hermano de Felipe Ibarra. Herrera fue, de todas formas, el gran traidor. Te lo elegí porque una traición debe ser de categoría semejante a la otra —hablaba fuerte, o continuaba ese diálogo que no esta cierto de haber mantenido.

Miró a la gente que rodeaba la esfera; nadie se atrevería a chistar por temor de que un quejido de Herrera se perdiera a su venganza. La cuarta lanzada en el cuerpo de Pancho. Si lo rezaba en voz alta, la ceremonia tendría algo de Nuevo Testamento: Jesús azotado, la corona de espinas, las estaciones, el calvario, la cruz. Un líquido oscuro surgió de la bola de cuero; si hubiera estado solo se habría acercado muy despacio, como para que Santiaguito no lo escuchara, si podía, mojaría el dedo y lo llevaría a la nariz para saber.

El quinto lanzazo se lo habían revuelto en la panza, «Kyrie eleison, Christy eleison», susurró. El sol secaba el cuero, la pelambrería se erizaba y volvía más opaca. Un largo y modulado quejido se cortó, como si devolviera una bebida. Alguna vez, Santiaguito se emborracharía, le gustaría la caña como a él mismo. Era, es, tan joven y le gustaban las mujeres a rabiar. La sexta lanza se la habrían encajado ya en el suelo, como para destrozarle las corotas y el uchú. Miró el pesado reloj de oro, su

regalo. Media hora; quedaban varios lanzazos y no podía correr el riesgo de que el corazón o el bazo reventaran.

A una señal aparecieron el cuarteador y el caballo, uno de los suyos. Lieron la esfera con un lazo trenzado. Santiaguito no podría saber lo que le esperaba; hasta allí sí, luego nadie. Dejaron un largo juego al lazo y lo ataron a las argollas de la cincha.

—¡Montá, Remigio! —gritó.

El murmullo de la gente fue creciendo; se volvían hacia él asombrados y el cuchicheo le rebotaba en la cara. La lanza del costado derecho; no le habían encontrado el corazón a Pancho. Con su propio látigo fustigó el anca del alazán. Saltó el animal en anticipo, una vuelta al patio arrastrando la bola. Algunos alaridos gauchesco, la escena podía parecer un juego de habilidad. Lo era en contra y favor de la muerte. Chuzas en el cuerpo de Francisco. La segunda vuelta al gran patio. La bola botaba y rebotaba y ya nadie intentaba imaginar qué lado Herrerita tocaba el suelo. Una nueva señal a Remigio, el caballo enderezó hacia el portón. Conocía el itinerario hasta la Plaza Mayor, donde debía dar tres vueltas y regresar por la calle de la Acequia Real. Menos de media hora; esperaría en silencio como en el otro funeral. Un interrogante cuchicheo, hasta que de mirarlo todos comprendieron que volvería. Recién, entonces, se dio cuenta que Gondra había permanecido impávido atrás de él, la chistera puesta y los brazos cruzados. Fue el último chuzazo. A Santiaguito se le habría quebrado la columna vertebral antes de llegar a la plaza. Pancho estaba muerto.

Remigio volvió al patio envuelto en una nube de polvo, arrastraba una bolsa informe. Se detuvo ante el silencio indeciso. Un jugo espeso y brillante, mezcla de todos los humores del cuerpo humano vivoreó en la tierra suelta. No sabría qué más hacer, había olvidado darle instrucciones para el final de la ceremonia. Involuntariamente alzó la mano, se persignó y el movimiento terminó en la empuñadura del sable. Todo estaba terminado, sólo faltaba que el cura Gallo dijera una jaculatoria en latín. Una señal al capitán Dávila, como para decirle que lo entregara, para que continuase con el ritmo habitual de la justicia, al inspector de policía y al oficial mayor del despacho general de gobierno.

—Quiero leer lo restante del sumario —dijo a Gondra, como escapando a la nube de polvo que se asentaba mansamente—. ¡Que nadie me moleste! Además, ahora ya no quiero ver a Santiaguito, ya no es más el Herrera que yo hice cadete.



## IX

**R**eleyó en voz alta y burlona el ultimátum del general Solá, desde su Campamento General en Marcha, el 29 de octubre: «El 2º cuerpo del Ejército de los Pueblos del Norte, ha ocupado en este día la provincia de Santiago en diferentes direcciones. Antes que la sangre empiece a derramarse, apresúrese a impedirlo, prestándose a entrar con el que firma en acomodamientos razonables». Me lancearían como a Pancho —miró al soldado que lo había traído a matando caballos, lo conocía, era un gaucho de Loreto. Por el polvo que lo cubría podía deducir el camino recorrido. Una patrulla con bandera de parlamento lo había entregado a una avanzadilla del capitán Luna.

—¿No has comido, ni vos ni tu flete, verdad?

—No, mi general. Mi capitán me dijo que llegara lo antes posible.

—Te quedas con mi tropa y, al amanecer, regresas a la tuya. ¿Sabes dónde estará luna?

—Cerca de Jiménez. Si los tucumanos ya han ocupado esa parte —dijo con sorna—, ya lo sabré rastrear. ¿Ningún contesto, mi general?

—Ninguno, salvo mis respetos para tu capitán. Me parece, Fermín Lucero, que a tu manga le falta una jineta de cabo —se volvió hacia su ayudante—: Teniente Ordóñez, prepare el despacho. ¡Váyase a descansar, cabo Fermín Lucero!

Le tendió la mano y se la apretó con fuerza. Le gustaba dar, regalar y, sobre todo, premiar a quienes lo merecían y llegaban hasta él; formaba parte del gusto del poder. Se alejó cabestreando el caballo, su cansancio había desaparecido, las viejas botas de potro pisaban orgullosamente y sonaban las lloronas de plata.

—Al general Solá, ninguna contestación; tendrá que marchar largo y Santiago misma se la dará. Ocupar Santiago, ¡las pretensiones del generalito! En cuanto a la sangre, e malo tener que derramarla; pero peor es mezquinarla cuando se debe, con el tiempo se la derramará a borbotones... Sigamos Ordóñez.

Montó y miró en redondo bajo el monte de quebrachos. Nadie creería que estos pocos oficiales y soldados formaban el campamento del capitán general y gobernador. Lo siguió su leal escolta de lanceros y montoneros. Deseaba que en cada pueblito o rancherío lo vieran, que supieran estaba con ellos.

Trotaron en fila india por un sendero entre los montes. Los cascos de los caballos y el ruido metálico de las armas. Nubes de polvo, como si los quebrachos, talas y vinales se incendiaran y el grito áspero de las cotorras, señalaban su paso. Los oficiales de su estado mayor consideraban inútilmente riesgosas estas incursiones; pero el riesgo lo atraía desde la infancia. Cuando chico había criado y domesticado un jaguar, lo seguía como a un perro. Unos paisanos, creyéndolo salvaje, se lo mataron.

Fue uno de los grandes dolores de su niñez o ella terminó con la muerte del jaguar. Salvo los feroces y levantisco tobas, que odiaban a los blancos, había logrado entenderse bastante con los indios; hablaba el quichua tan bien como el castellano y pasablemente el dialecto de los abipones.

El baqueano Josabán dio la señal de detenerse. Al atardecer, el rancherío, una veintena de chozas y taperas desparramadas entre los árboles espinosos, parecía abandonado. El sol había cuarteado la tierra.

Detuvo el caballo, sus hombres lo rodearon de inmediato. Nunca se sabía por qué un rancherío estaba abandonado. Los indios podían maloquear, aprovechando que había retirado milicianos de los fortines para enfrentar a Solá. Las manos se acercaron inquietas a las armas, cada una a la preferida para la circunstancia o a la que sabían manejar mejor. En el rancho más oculto divisaron una lumbre.

—Allí anda un cristiano —dijo con voz firme y llena, conocía la importancia de los tonos de su voz. Pueda que otra cosa hubiera sido si el doctor de Salamanca e improvisado general Belgrano, hubiese tenido la voz más plena y su caballo no lo hubiera volteado ante su tropa en formación de batalla; esto último los criollos no podrían olvidar.

—¡Ave María Purísima! ¿Quién anda? —gritó una voz femenina cascada por la edad.

—¡Soldados del gobernador Ibarra! —gritó, adelantándose al grupo, Era el primero entre todos y debía ocupar su puesto. Josabán le cubría las espaldas.

Una mestiza canosa y arrugada, junto a un chiquillo de unos ocho años, cocinaba ese locro de maíz pelado que tanto le gustaba. Desmontó. Salvo este, los demás ranchos estaban abandonados, muertos.

—¿Ustedes son los únicos que viven en este pueblo? —la mujer lo miró desconfiada y prosiguió revolviendo pausadamente la olla con una cuchara de palo—. Le he preguntado —insistió más duro.

Lo miró sin la menor expresión de miedo, luego paseó los ojillos negros por la escolta.

—Si ustedes dicen ser soldados de Ibarra, deben saber mejor que yo la razón.

—¿Han obedecido la orden de internarse en el monte?

—Si usted lo dice... —Un baqueano que tanteaba un vado. Costaba vencer su desconfianza.

—Entonces, ¿pasó por aquí el capitán Juan Quiroga?

—Así parece que fue... —el nombre le dio un poco de ánimo—. Afirman también, que anda por aquí el mismísimo gobernador; pero esto no lo he visto con mis ojos —ahora lo miraba como si tratara de comprobar algo que estaba adivinando. Los ojos de su gente.

—¿Y cómo se llama usted, misia?

—Filomena Morales, me cristianó el cura de Matará.

—Yo también nací en Matará —la mujer se incorporó, le crujieron las tabas—. ¿Me dejaría probar?, es mi plato favorito.

—Si vuestra merced gusta es todo lo que tengo —dijo mirando a la tropa como para distanciarla del convite.

Estuvo a punto de quemarse el paladar.

—Muy sabroso, misia Filomena. Y el capitán Quiroga le dio órdenes de que se fijara si pasaban soldados de a pie, de a caballo y con cañones, ¿no es así?

—No... —la última duda—. Fui yo quien me ofrecí, aunque no sé mucho de cuentas y aquí estoy con mi nieto. Y si nos preguntan algo los salvajes unitarios, ¡como si nos hubieran cortado la lengua!

—¿Y cuánto le pagan?

—¿Pagarme a mí por un servicio que le hago a tatia Ibarra? ¡Nunca! —se alzaba como un quisco.

—Teniente Ordóñez, me va a incorporar a la lista de soldados distinguidos de la milicia de Santiago a Filomena Morales. Y preparará una urden para que mensualmente la intendencia, y mientras ella viva, la provea de una bolsa de maíz de primera.

—Así lo haré, señor gobernador.

Lo miró extasiada, temblorosa avanzó un paso como si un arrugado tronco de quebracho cobrara vida. Las lágrimas le corrían por la cara cuarteada, greda de los esteros resecos. Debería tener un montón de ños, pero nadie, ni ella misma, sabría su edad. Nadie sabía tampoco la edad verdadera de Santiago del Estero, antes de que llegaran los conquistadores. Estos misterios presentidos en Abipones se le habían metido en el alma; debía ser esto lo que estaba defendiendo.

—¡Tatita Ibarra! —exclamó, inclinándose para besarle la mano.

Por un segundo sintió el deseo que lo hiciera, que le agradeciera en esa forma de siglos heredada por los humildes de la tierra; que le agradeciera por todos sus desvelos, sus luchas, sus impotencias; por todo lo que en él fallaba, por todo lo que los salvajes unitarios le desconocían y renegaban. Que le besara la mano, como él había besado la de su abuela antes de dormir y rogándole su bendición. Pero no. Su gente debía adquirir conciencia que todo lo hecho por él y mucho más, le era debido. Todo lo bueno y todo lo malo.

—Soldado distinguido Filomena Morales, jamás se besa la mano de su general — la abrazó con dulzura. Tantos años de gobernar, de ser padre, sí, esto era lo que deseaba ser, el padre duro de su gente, le había enseñado a abrazar a esas personas que, según las normas de trato, debían serle desconocidas. Creyó abrazar, su pobre Santiago, una temblona bolsa de huesos.

—Tatita general, este es el hijo de mi hija. Nació gaucho como resultas de una

entrada de soldados unitarios. Los colombianos de Matute se sirvieron de todas las mujeres. Yo lo cristiané con el nombre de Felipe, para que un día sea su soldado. Se lo tengo dado, pues es lo único que poseo.

Lo alzó en brazos. De puro azoramiento, lo sintió a través del cuerpo flacucho, el chico lo besó en la mejilla. Fue como si Pancho le metiera la muñeca en su sitio. Lentamente lo bajó a tierra. Le hubiera gustado hacer lo mismo con su hijo.

—Sargento rancharo, aquí vamos a vivaquear. El mejor asado que tenga o encuentre. Mientras, continuaré la recorrida. Tiene una hora. ¿De acuerdo, soldado Morales?

—Usted manda, mi tatita general.

## V

**R**eleyó el fallo, ya lo había escuchado de boca del inspector de policía; pero de alguna forma tenía que dominarse. Por la muerte de Pancho, la justicia le ofrecía, a él y a la provincia rodeada de enemigos, tres condenados a muerte y varios desterrados al Bracho. Además, ¿cuántos soldados y milicianos le habían matado los unitarios?; pero sus gauchos no contaban, debían estar para ser muertos. Tenía que aceptar, declararse satisfecho, aunque por su voluntad hubiera derramado ríos de sangre unitaria. Y le faltaban los fugados Rodríguez, Roldán y, sobre todo, Mariano Cáceres, que ahora comenzaban a marcar como el verdadero asesino de Pancho.

Gondra lo había metido astutamente en el brete constitucional. Ya le recordaría su carta al gobernador Solá, de Salta: «No quiero, ni querré jamás, que la Constitución del país sea obra de las bayonetas y de la exaltación de los partidos, porque en ese caso sólo tendremos un cuadernito de Constitución que hará derramar sangre a torrentes, como ha sucedido en otras épocas en nuestras repúblicas y en las demás de América». Era una carta que, a través del tiempo, estaba seguro, tendría que enviar a todos los que gobernarán.

A Únzaga y Libarona jamás los perdonaría. El juez había dado forma jurídica a la revuelta y se permitió llamarlo «el titulado gobernador». Y Libarona, «que sólo había firmado el acta porque se lo impusieron»; lo sacaba de quicio esta cobarde mentira. Si el que manda protege a los cobardes terminará vendido por ellos; por miedo venderían a la propia madre, siempre encuentran una excusa. La cobardía es una simple ilación de excusas.

Firmó el cúmplase y al archivo. Gondra, como buen vanidosillo, le tenía miedo a la Historia, se imaginaría que lo estaba tispirando. Alzó los hombros, no buscaría excusas. Si llegara a ver personalmente a Rosas, estaba dispuesto a preguntarle hasta quién era el verdadero culpable de la muerte del Tigre de los Llanos. Estos misterios, estas razones de estado, lo enfurecían. Odiaba la sutileza, acaso porque no la sabía manejar: cosas de mujeres. Al pan pan y al vino vino. Tampoco tenía muchas ganas de verlo a Rosas, podría desilusionarlo o mirarlo en menos. Estaban mejor sí, a los lejos, cada uno en su cueva, como los quirquinchos.

Salió sin saludar, ni siquiera a Gondra; las buenas maneras eran una mentira, también. Todo eso que necesitan quienes no pueden manejarse por sus instintos, porque los tienen dormidos o carecen de ellos.

No podía creer, le pareció imposible, pero allí estaba Agustinita; La Libarona, se corrigió con rabia. ¿Quién le habría permitido entrar? Metería en el cepo a Dávila y a Lugones. ¿Si los subalternos no pueden librar a sus jefes de una mujer, para qué mierda sirven? Ganas de gritar que lo oyeran desde la guardia. Que sacaran de allí a

esa puta cuartelera y calentacolchones. ¡No, ya sabía que era mentira! Estaba asegurado, y esto lo encegucía de absurdos celos, Agustina no habría tocado otro cuerpo que el de su galleguete. Se oyó gritar:

¡Deja a ese gallego donde está! ¿Acaso su ausencia no te da la libertad? ¿Qué tienes que pedirme para él?

Sabía que venía a pedirle todo, que era su deber y su primera obligación hacerlo, ¡y sería, también, su placer! Las mujeres ocultan sus acciones tras el biombo de las grandes y nobles palabras. Si quedaba ante ella, correría para tomarla de los hombros, zamarrearla y repetirle una y otra vez, como el modo más primitivo de convencerla, «¿Acaso su ausencia no te da la libertad?». Montó de un salto. Había sido el mejor jinete de su regimiento N<sup>o</sup> 6, y lo seguiría siendo, aunque sus tripas o lo que fuera dentro de su cuerpo ya no anduvieran lo mismo.

La vio adelantarse hacia su moro; si se lo permitía, lo tomaría de la rienda o el bocado de plata. Jamás una mujer se había permitido esa audacia; como llevarlo a él de la barbilla. Lo encaracoló; restalló el látigo, la justa medida como para que sintiera el aire removido en sus mejillas. No sabía lo que gritó después, pero debía ser nuevamente que la echaran.

Arrancó al galope. Que la nube de polvo la ocultara, por si tenía la debilidad de volver a mirarla. La escolta lo protegía. Tampoco se detuvo a arrestar a Dávila o a Lugones. Tendría que arrestarse él mismo o todo sería una puerca excusa. Soslayó el poste donde estuvo atado Libarona. Ella había ido continuamente a ver esa piltrafa. Todo lo sabía, todo se lo alcaheteaban, ¡y guay de que no lo hicieran! Un pequeño dios con infinitos altares.

Al llegar a su casa de gobierno se encerró en el despacho, la sala familiar que tan poco había gozado su madre y estaba, como el resto de la casa adornada con sobriedad, digna de la santiagueña pobreza. Las mujeres para el arreglo dentro de la casa; los hombres fuera de ella. Lo único que no le tocaran ese escritorio, una vieja y maciza mesa que le había regalado su tío el cura Paz y Figueroa, fea y útil como el donante.

Entró su ayudante Juan Quiroga, se lo había devuelto Rosas como socorro cuando le pidió algunos oficiales santiagueños que habían quedado en Buenos Aires. Trajo, asimismo, una cantidad de armas que compartió con el gobernador de Córdoba.

—¿Averiguó, mi Capitán?

—Ya pasaron por Matará y van camino del Bracho, excelencia.

—¿Tanto tiempo para llegar? ¿Se piensan que tengo patrullas para desperdiciar? —el oficial dudó, lo por agregar no estaría muy seguro de que le placiera—. ¡Diga, capitán! Esa patrulla es de su compañía.

—Parece que los han ido asustando un poco... En casa resuello de los caballos, simulaban ajusticiarlos, los ataban a un árbol, rezaban la contrición y simulaban

lancearlos... ¡por pura guasada! —rio buscando eco.

Se volvió a la ventana, miró hacia la casa de los Herrera. La cara de susto que pondría el gallego Libarona. Contuvo las ganas de reír. Por más que Quiroga fuera uno de sus más bravos oficiales, no estaban bien bromear con el servicio. Conocía a los dos de la patrulla; por imitarlo o creyéndolo servir mejor, se les iba la mano, se relajaba la disciplina, se imaginaban Ibarritas. Ibarra había uno solo.

—Un Quiroga, un pariente del tigre de los Llanos —se detuvo para volverse y fijarle la mirada—, yo prefiero a los tigres y no a las gallinas cobardes, debe saber que después me achacarán todas esas cosas con justa razón. Yo soy el que marco el rumbo: pero tenemos otras cosas más importantes que hacer en Santiago. Nunca me gustó el teatro, es cosa para desocupados. Yo actúo en el teatro de la vida. En la tragedia me ha tocado el papel de protagonista, me lo impuso por la fuerza mi propio pueblo, la única fuerza que admito —tomó asiento ante la carta geográfica abierta—. ¿Usted eligió la patrulla?

—Sí, mi general.

Estaba cortado ese guapo que, él solo, había logrado la deserción en masa de las tropas de Herrera y Rodríguez, aunque estas ya estuvieran soliviantadas por sus hábiles propagandistas que se les mezclaban en vivaques y campamentos; tropas recién pagas con contribuciones arrancadas por bando del Ejército al que llamaban Libertador.

—Venga, mire este mapa de la provincia. Siéntese, sí, ahí en mi sillón de gobernador —el capitán se acercó sin atreverse a ocupar el asiento—. Por aquí, del Tucumán, me lo ha comunicado Mendilharzu, mi leal informante, nos va a invadir mi pretendido amigo el general Solá y su tropa, con infantería, artillería y caballería, y las armas de la guerra de la independencia que vino a buscar La Madrid. Y nosotros, ¿qué tenemos, mi capitán?

—Sólo caballería, mi general.

—¡Siéntese, mi capitán! —ordenó con firmeza, poco faltó para que gritara, pero no podía gritar a uno de sus bravos. La palabra héroe le sonaba grandilocuente, aunque lo fueran—. Mire todo ese montón de cartas y misivas de gobernadores y de ansiosos por serlo, de amigos que traicionan y cambian de divisa como de camisa, más rápido aún; ahí las dejo para que tiempo las madure y aclare antes de contestarlas... Todo eso y mucho más tiene el gobernador de Santiago, como para ocuparse de una patrulla de confinados —las manos del capitán temblaron, quizá de rabia. Lo miró fijo—. ¿Sabe usted, Quiroguita, que en Esparta había dos reyes y el que desempataba las resoluciones era un éforo? ¡No lo sabe, capitán Quiroga! —se apartó del escritorio y guardó la posición militar, se le ruborizaba la piel quemada por el sol—. Usted no me sirve aquí, lo he notado por muchos motivos —recuperó el sillón, acarició con fuerza de garra los apoyabrazos—. Servirá mejor a Santiago

mandando sus tropas —los ojos del capitán brillaron, debía sentirse, como él mismo, maneado entre papeles—. Acaso, yo tampoco sirva para estar sentado aquí, como afirman los ilustrados esta palabra le brotaba siempre con sorna lintera a la rabia; —pero aquí me aguantaré mientras los santiagueños me necesiten. Mandar es servir, Quiroguita.

Se incorporó pausadamente, quería que este criollo con sangre del Tigre se llevara grabada una lección. Lo acompañó hasta la puerta, como no acostumbraba hacer, le puso paternalmente la mano derecha sobre el hombro izquierdo, el más cercano al corazón. Una corazonada.

—Capitán Juan Quiroga: enfrentará en guerrillas, en escaramuzas, como hace la gente que tiene razón y carece de fuerza, el general Solá y su coalición, en Sumamao. Allá les dará un bailecito. Otros lo harán en Barrialito y Jiménez.

—Así lo haré, mi general.

Necesitaba de esos tensos silencio con sus hombres, el silencio que reclama la deseada voz de mando.

—Yo no tengo, la provincia no tiene condecoraciones para colgar en los uniformes por guerras entre hermanos. Con este abrazo, yo le doy las gracias en nombre de ella.

Lo estrechó con fuerza; temblaba el mozo. Cuando él y el general Garzón, su amigo del alma, habían recibido su primera condecoración en la guerra de la Independencia, los dos se habían abrazado de parecida manera, con un macho nudo en la garganta.

Salió Quiroga sin soltar palabra. Por primera vez, necesitó mirarse en el espejo de la sala, pero mirarse de verdad. Tenía 54 años, los labios más prietos que nunca, la cada de un hombre que debe responder a la confianza de un pueblo; precisaba que sus facciones le marcaran esa fuerza de la que rara vez y muy secretamente dudaba. Sus facciones adustas, se le fueron transformando en las innumerables y sufridas, color de tierra parda, de su pueblo esquilado y empobrecido.

Debían prepararse para abandonar la capital. Volvió a su sillón, tenía que escribir al traidor La Madrid. Quizá fueran los nervios, de nuevo tuvo ganas de reír de la cara de espanto de Libarona y de Únzaga. Apenas sonrió con amargura mientras sacaba de su chaqueta la carta del amigo. Agustina ya debía saber lo sucedido, vivía pendiente de su gallego. Las suyas no serían capaces de tanto. Ni siquiera Cipriana.



## VI

**N**unca había tenido muy firme confianza en los Palacio, poseían mucha plata bien desparramada y ubicada en todo el norte del país. Y su Escolástica Gallo metida en esto. La veía adolescente, enardecidas las mejillas, arrojando flores a su paso, veinte años atrás, cuando desfilaban a caballo, luego de haber derrotado a las tropas tucumanas de Echauri junto a la iglesia de Santo Domingo. Se afirmaba la autonomía de Santiago, como estado federal, el sueño de Juan Francisco Borges, el levantisco y apasionado liberal, a quien La Madrid fusiló por orden de Belgrano, en 1817. Lo vivaban como a gobernador. Se negó repetidamente, pero tuvo que ceder ante el clamor popular, su pueblo; esto le importó más que la insistencia de los *notables*. Ese astuto zorro Santiago Palacio se les había escurrido hábilmente a los sumariantes; metido en la cueva esperaba que aclarara la situación. Ahora le enviaba a su hermano menor, del cual no había nada ni en pro ni en contra. No vendría a pedirle por el gallego, porque entonces sí le iban a oír sus gritos hasta en el Salado.

—Escolástica Gallo, a quien yo no puedo negar nada, como ella no me negó nada, pidiendo que lo reciba, lo más zalamera —tiró la esquila sobre el escritorio. La había dicho que a las 7 de la mañana le otorgaría audiencia. A estos Palacio les gustaban las palabras pretenciosas, como ellos; aunque los hijos ya se habían sacado la preposición del apellido. Faltaban seis minutos. Él, también, se había apeado el «de Paz y Figueroa», como su padre el sargento mayor se quitó el «de» Ibarra.

—¡Cipriana! —el último sorbido y le pasó el mate de plata con virolas de oro, regalo del gobernador Cubas. Había pensado en cambiarle nombre a su esclava, pero se lo dejó para recordarle el de su amada, y hasta suponer que la mandaba.

Salió la criada y entró su secretario Antonio Martínez.

—Gregorio Palacio espera, excelencia.

—A las 7 y 30, quiero ver al ministro Gondra, con el despacho. Aquí tiene esta lista de oficiales y comandantes de campaña, me los cita para dentro de dos días, a las 8 de la mañana. Hágamelo pasar —tomó asiento en su sillón.

Se saludaron fríamente. Bien plantado y seguro.

—Conque tan joven y ya sirviéndose de faldas para conseguir cosas. Escolástica me ha

—Con los debidos respetos, señor gobernador, yo no vengo a pedir nada para mí.

—¡Basta de rodeos! El gobernador de Santiago no tiene tiempo para perderlo en hablar de faldas. ¡Y si es algo a favor de su cuñado Libarona, sepa que desde ya mi respuesta es no! —su grito furioso retumbó en la sala. Gregorio lo soportó impávido.

—Como usted se ha negado a recibirla, vengo en nombre de mi hermana Agustina para que le otorgue permiso de cumplir con sus deberes de esposa que,

según nuestra santa religión, debe estar al lado del marido. Eso es todo lo que me han pedido de transmitirle —la voz no le tembló en ningún momento.

No volvería a gritar. El viejo Palacio había tenido más suerte de la merecida. A este Gregorio le gustaría hacerlo alférez de la milicia provincial; pero vaya a saber lo que sería capaz de contestarle. No podría permitir ni la más leve falta de respeto al gobernador y, una vez desatada su furia, vaya a saber dónde iría a parar.

—Yo he nacido en Matará y fui comandante en Abipones, no es lugar para —dudó en elegir la palabra— una señora como su hermana.

—Conozco hasta Matará y me sentiría orgulloso de haber servido a Santiago en su frontera. Mi hermana sabe esto y más, pero insiste en cumplir con sus deberes.

Repasó en silencio el tono de voz del muchacho, otro Palacio astuto. Si hubiera sido su hijo o si, al menos, lo pudiera criar a su lado.

—Dijo usted que se sentiría orgulloso de haber servido en la frontera; bien, a su edad, yo estaba luchando en el Batallón de Patricios Santiagueños. Le ofrezco la oportunidad de enrolarse como alférez —lo miraba con fijeza; el muchacho no desviaba su mirada, ni siquiera parpadeó, más bien le brillaron los ojos negros, hasta que inclinó la cabeza para decir:

—Mi familia ya tiene dispuesto enviarme al Monserrat. Tengo la obligación de obedecer —alzó la vista—, me guste o no. Por mi parte, le doy las gracias del honroso ofrecimiento.

Se lo imaginaba con el uniforme de lancero. Su fácil rabia le subía lentamente, ya no era cuestión de grito, sino rencor por hallarse atado de manos, tan luego él que todo lo podía.

—Señor gobernador, ¿qué debo contestar? No puedo robar su tiempo.

La serenidad del tono terminó por sacarlo de quicio.

—¡Que vaya su hermana al Bracho si está loca, y que se la roben los salvajes si esa es su voluntad!

—Esa es la voluntad de ella, morir al lado de su esposo, si Dios lo dispone así. Muchas gracias, señor gobernador.

—Nada de agradecimiento. Sólo respeto el sagrado vínculo del matrimonio.

Cuando Gregorio se inclinó apenas para saludarlo desde el hueco de la puerta, se arrepintió de no haberle dado la mano, como estuvo tentado de hacerlo. La puerta se cerró. Quizá había perdido un partidario para la santa causa de la federación o la provincia un brillante oficial. En la medida que muchas personas parecían solicitárselo, había otras pocas a las cuales jamás debía gritárselas, cuando se tiene el poder en la mano. Golpeó la mesa. Su tío, el cura, tenía envolvente suavidad.

## VII

—Con esto, señores comandantes y jefes, ya conocen ustedes todas las probabilidades de invasión. No creo que alcanzaremos a recibir apoyo del general Garzón, ni de Oribe. No debemos contar con ellos —miró a estos hombres que se habían formado al lado de él. Certeza de que le eran fieles; los dudosos ya habían mostrado la hilacha en la revuelta fracasada. Una mirada de afecto a su callado sobrino Cruz Antonio Ibarra que, en Ancaján, había enfrentado con guerrillas al propio La Madrid—. Jamás ofrecer combate firme. Hostilizarlos a toda hora, de modo que no descansen un momento. Las tropas, tanto como los campamentos, los paisanos, y hasta las mujeres y los niños, con el ganado y toda especie de animales útiles, nos internaremos en los montes. Comandantes de frontera, Fierro en especial que más allá del Bracho pueden internarse hasta el Gran Chaco, aun a riesgo de los indios, tenemos que dar la sensación de que Santiago es un desierto.

—Comprendido, mi general —contestó Fierro; los demás lo apoyaron.

—No deben explicarse estos planes a los civiles, salvo a las personas de absoluta confianza.

—Les abandonaré la ciudad y el gobierno se instalará en Pitambalá o en los bosques se fuera necesario —remiró uno por uno a la treintena de hombres reunidos en la sala; muchos de ellos sería la primera vez que estaban en un lugar semejante, hasta debía sentirse incómodos en sus uniformes agauchados con prendas y armas criollas. Por primera vez, él se sentía a sus anchas. Estoy seguro que ningún santiagueño aceptará ser liberado— alcanzó el tono sarcástico que deseaba —por estos salvajes unitarios. Recuerden siempre las sanguinarias brutalidades que, hace tres meses, cometió La Madrid en Choya. Sepan que yo puedo olvidar el mal que hacen a mi persona, pero jamás al que hacen a Santiago —se volvió hacia Gondra, que había permanecido callado—. ¿Alguna observación, señor ministro general?

Las miradas se dirigieron hacia el único vestido de civil y con su habitual elegancia.

—En la parte civil, no tengo nada que agregar. Nada en el Reglamento Constitucional de la provincia se opone a lo dispuesto por vuestra excelencia, por el contrario, lo apoya —contestó con firmeza.

—No le cabía la menor duda que tal hombre resultaba antipático o chocante a la mayoría de los reunidos allí; pero, como en otras oportunidades, lo había citado para que tuvieran presente que, tras de eso que llamaban montoneras y caudillismo, existía un orden jurídico. La presencia de Gondra lo explicaba mejor que las palabras. El paisanaje, el gauchaje, la chusma como decían los *libertadores*, sólo seguían a hombre símbolos en toda América. Las ideas debían tener un cuerpo que las

encarnara o no existían.

Permaneció en silencio, con su mirada acostumbrada al mando. Nadie se atrevió a quebrarlo. Se dirigió al sargento mayor Juan José Díaz y le estrechó la mano. Repitió el acto con los demás. Sorprendido se detuvo ante un oficial, palpó el poncho, apretó los labios.

—Teniente Suárez, este poncho no ha salido de un telar del país.

—Es inglés, de Manchester, mi general —bajando el tono y nervioso, agregó—, resultan más baratos que los nuestros.

Sin poder ocultar el fastidio, se volvió hacia Gondra.

—Aquí tiene, señor ministro, dónde va a parar nuestra plata y nuestro oro tan mermados. Tendrá que hacer cumplir estrictamente el decreto del 23 de abril del año pasado —con rabia que se complacía en mostrar, sacó del escritorio ese decreto que siempre tenía a mano—. Lea señor ministro, por si hay gauchos que parecieran no saber leer.

Gondra tomó el papel, molesto de estar reducido a simple lector.

—«Teniendo en consideración los graves perjuicios que resultan a la industria de la Provincia, a causa de la libre introducción de algunos artículos de comercio que por su mérito aparente y moral son vulgarmente preferidos a los de igual clase elaborados en el país: ha acordado y decreta: Queda prohibida la introducción de toda clase de tejidos que se elaboren en la Provincia, como ser ponchos, frazadas y alfombras. Del mismo modo, obras hechas de ferretería como frenos, estribos, espuelas, cencerros, chapas de toda clase, alcayata, pasadores y argollas».

—Lo compré hace tres años, mi general. Yo no me puedo dar el lujo de tener uno de vicuña o de alpaca.

También Suárez está herido, por ser amonestado ante sus iguales. Si se detenía ahí su acción ejemplarizadora resultaría contraproducente; precisaba mezclar a la maldad el bien, la dulzura a la agrura. Se dirigió a la cómoda de caoba, miró de soslayo los candelabros franceses, que Escolástica se había empeñado en colocar allí, y él los había aceptado como presente de Gaspar Rodríguez de Francia. Aunque le recordaran la traidora forma en que Francia atacaba y bloqueaba a la Confederación. Abrió el primer cajón y sacó un poncho de vicuña.

—Se lo cambio, mi teniente. Me lo regaló el general José María Paz, cuando lo hospedé como refugiado durante dos años. En la época que yo era teniente del Regimiento 6, que mandaba Warnes, y cuando Viamonte era el general en jefe, sólo teníamos ponchos criollos, eran más baratos, entonces.

Cambió la expresión de Suparezm dudó un instante. Lo miró decidido. Se quitó el suyo y se colocó el que le tendía. Le alegró que ninguno de los presentes comentara, esto formaba parte de la disciplina. Recibió el del oficial y lo tiró en un rincón. Como si nada hubiera sucedido, prosiguió la ceremonia. A alguno de ellos no los vería más,

morirían luchando en las guerrillas. Le complació que Suárez no le agradeciera, era un simple cambio; le molestaba reconocer que, si bien tejido a máquina por los gringos, era un poncho bastante pasable.

Cuando quedaron solos, Gondra le dijo, con tono casi de desquite:

—Debo comunicarle una nueva que va a entristecerlo. Justamente el 20 de setiembre, ha muerto en Asunción —dudó en elegir el vocablo— el dictador perpetuo del Paraguay, doctor José Gaspar Rodríguez de Francia.

En silencio se dirigió a su escritorio dando la espalda al ministro, no quería que él notara la impresión que sufría. Tomó asiento con calma.

—¿Quiso decir que a usted no le toca la desgraciada noticia? También noté que dudó entre el título oficial de dictador perpetuo, ¿quizá tenía en mente el de tirano del Paraguay, como lo llaman los unitarios?

—Yo soy un hombre de leyes. Pese a su talento y sabiduría, yo no admiraba al doctor Francia.

Se produjo un nuevo silencio tenso. Si se dejaba llevar por su carácter, perdería la necesaria colaboración de su ahijado.

—Desgraciadamente, tengo en común muchas cosas con el finado; aunque yo no sea muy dado y ni haya tenido tiempo para el estudio, como él. Yo me conformo conversando con los padres Gallo y Achával. Dicen que tenía miles de presos torturados en mazmorras. Yo soy más violento, los mato o los confino o destierro. Los unitarios, mis amigos que me zalamean para que me pase al bando de ellos, no me dan tampoco tiempo para saborear la crueldad de la venganza. Verá que ya no le exijo más cabezas en nombre de mi hermano Pancho, salvo las de Cáceres y Salvatierra. Don Gaspar mantuvo a su hermoso país unido y en paz, durante treinta años sin permitir que los extranjeros entraran a saco en él. El temor puede ser una recomendable levadura para ciertos pueblos mansos y, a la vez, corajudos. A veces, suelo pensar, cuando estoy solo, los hombres como yo siempre estamos solos, un dicho del doctor Francia: «La libertad debe ser medida a los hombres por el grado de su civilización».

—Esto se parece, muy peligrosamente, a lo que piensan los *ilustrados*.

—Sí, mucho. Salvo que para mí la única sabiduría es la del pueblo. Lo aprendí porque, siendo quien soy, me crie entre ellos, con la misma hambre de justicia social que ellos reclaman. Soy yo quien les está enseñando estas dos palabras, *justicia social*, acaso porque usted me las haya sugerido.

## VIII

**S**in llamar, entró su joven sobrino Manuel Taboada.

—Tío Felipe, aquí está.

—Manuel, habíamos quedado —cortó en seco.

—Perdone, señor gobernador, como es mi primer día en la secretaría... Aquí está el pase para su firma.

Había colocado en la menguada secretaría, junto a Antonio Martínez, a este hijo de su hermana Águeda, bastante despierto y con firme vocación o, cuando menos, ambición política. Representaba su último y fresco error para con Gondra, había omitido la cortesía de consultarlo. Le indicó que leyera.

—Santiago y 21 de octubre de 1840. Por la presente se autoriza a la señora Agustina Palacio de Libarona, en compañía de su hermano Gregorio Palacio, para pasar al Bracho y quedar, cuanto lo desee, en compañía de su esposo el confinado José Libarona.

—Pensé que a último momento, cuando Agustina viese lo que la esperaba, cambiaría de parecer, como hacen las mujeres. Entregalo al chasqui, en seguida, antes de que me arrepienta.

Quedó solo. Con lentitud, los ojos fijos en lo que realizaba, presionó con el pulgar la pluma de ganso, separó el índice y el mayor para dar más cabida. Un crujido y se quebró. El cuello tan fino, tan mórbidamente cubierto por la piel blanca, lechosa. La boca muy roja, labios de casco de naranja, pechos rozagantes, insultantes de maternidad y deseo, dos hijas que ella misma había amamantado, los ojos azules muy claros, como dice la gente que es el mar, hablar del mar en su Santiago era lo que el padre Achával diría una entelequia, le gustaba la palabra llena de misterio, pero más ese cuerpo tan fino y vibrante como cuerda de guitarra. Restalló el látigo junto a la mejilla carmín y húmeda por el llanto, su forma imposible de acariciarla, y su busto que terminaba mansamente en las amplias caderas de huso, capaces de dar tantos hijos, de darle, como hubiera deseado. El pelo rubio cobre que le caía para acentuar el ruego. Amaba a las mujeres finas, de su propia clase social. Era su jurada enemiga, más cada día que pasara; se odiarían a través del tiempo, cuando el Santiago de los dos ya no fuera un mísero caserío. Se hundiría en los montes junto a su marido, a los otros confinados, a todo el paisanaje del Bracho. Loca, loca de amor. Nunca sería suya, se la robaría los infieles: el día que lo supiera, estallaría en sorda rabia. Fierro odiaba a los unitarios, La Madrid le había matado en Choya a su padre. Todo Santiago, su Santiago, era una monstruosa mezcla de odio y amor que él mismo desataba o contenía, potro taloneado en los ijares, y todo se le adentraba en ese corazón suyo que, según Arias, ese mediquillo tucumano, no le marchaba muy bien.

¿Hasta cuándo latiría? ¿A quién dejaría, después, su Santiago que no tenía puerto ni saladeros, y que las sequías, malditas sequías, iban dejando sin gente?

Miró el reloj francés, las 9 y 20 de la noche. Le pediría al cura Gallo que rezara un funeral para Don Gaspar Rodríguez de Francia. ¿Qué haría Dios con el alma del dictador perpetuo?, ¿qué haría Dios con la suya? Pediría que lo enterraran en esa iglesia de La Merced, que él mismo había construido. Ser dueño en modesta y mínima parte de Dios. No debía pensar esto, ni con esa sonrisa socarrona que pocos le conocía, ¿para qué meterse con Dios?, que lo enterraran con el hábito de la Virgen de la Merced, de su cofradía. Al fin era mujer y ella, que tanto había sufrido por su hijo en la cruz, podría protegerlo, ¿pero hasta qué punto e instancia? La justicia divina. Se espantó, le sucedía cuando estaba solo, ante esa horrible crueldad que se había desorbitado dentro de sí, para vengar a su Pancho, y que vio en los ojos de Santiaguito Herrera. Lo conocía de chico, su casa estaba en la esquina, en frente de la suya. Había jugado en el largo corredor exterior. Se incorporó, a punto de signarse ante la imagen potosina de bulto y vestida, que le había dejado su madre y estaba en la familia desde tiempo inmemorial. La Virgen de la Merced. La mano se le detuvo en la mitad del pecho. Pueda que ella le diera oportunidad del acto de contrición antes de la muerte. Apretó labios y puños. No era el momento de pensar en su muerte, tenía que volver a ser lo que más hondamente le tocaba, el gobernador, el pastor de su pueblo. Ya no podía concederse el lujo de una conciencia inquieta o angustiada. Necesitaba el raciocinio claro, el posesivo ademán de colgarse un sable; pocos entendían la trascendencia de tal ademán y del gesto que lo acompañaba. Su sable era su hijo criado a través de campañas y guerras. Así sería su hijo carnal, algún día. Nunca llegaría al disparate de usar ese bicornio de dimensiones enormes, que el doctor Francia copió de una caricatura de Napoleón; menos, montaría a caballo con bata, medias de seda y zapatos con hebilla de oro. No entendía cómo podía llegar a tal extremo de ridiculez la admiración de un hombre por otro. ¿Cuál sería su propia ridiculez a los ojos de los demás? Nadie se atrevería a decírselo.

Atravesó el patio, perfume de jazmines y glicinas, entró en la oficina de Gondra; el ministro permanecía allí mientras el gobernador no pasaba a las dependencias privadas; salvo el tercer patio y la huerta, que habían terminado por ocupar la policía y su escolta, resultaba difícil señalar ese linde. Uno tras otro el estado iba anexando los cuartos del caserón; el único edificio que podía albergar al gobierno más o menos decorosamente. La casa capitular estaba casi en ruinas.

—Señor ministro general, le confirmo que a las 4 y 30 de la mañana el gobierno se traslada en campaña, a Pitambalá.

Por el portón que daba a la calle lateral, salió en su carruaje cerrado. Todo Santiago debía saber dónde iba la vieja berlina del gobernador, en todo caso no serían muy variadas las suposiciones. La única que tenía su casita en las quintas era la Dolo.

Para verse con Escolástica o Cipriana no necesitaba coche, vivían demasiado cerca. Todos conocían sus amores; resultaba imposible ocultarlos, como hubiera preferido. Al revés de la mayoría, no necesitaba mostrar, jactarse de sus éxitos. En realidad no eran éxitos; amaba y respetaba a esas tres mujeres que completaban su vida íntima. No tenía tiempo ni vocación para ser mujeriego. Todos callaban y callarían mientras tuviera el poder en las manos; pero todos chismorreaban, en especial sobre la Dolo, la Dolores. Decían que la había sacado del convento de Belén, donde la había encerrado, por poco sería, su marido, un cuyano; hasta llegaban a murmurar que era una de las Palacio o de las Cáceres. En el chismorreó, Santiago era un avispero de abejitas negras. Tendría que llevársela, aunque la llamaran la cuartelera, como ya sucedía. Se llevaría al monte a su Dolo; al fin de cuentas era la única que abandonó todo por él. A las demás, nadie las tocaría, estaban protegidas por sus familias. Su mujer legítima vivía en Salta y era una Saravia. Toda Salta era una gran parentela aristocrática y el pueblo sufrido al servicio de ella. Fríamente, no sabía por qué él se había inclinado por el pueblo. La duda que atenacearía a Pericles en Atenas. Tampoco entendía mucho que casi todos sus amigos y correligionarios políticos fueran ricos terratenientes, Rosas el primero. Las dudas terminaban en el límite de su provincia, de su caparazón. Al pasar frente a la iglesia de La Merced, bajó la cortinilla. No era el hombre de su despacho. ¿Y por qué no podía serlo, acaso el rey Salomón no tuvo tantas amadas? El Cantar de los Cantares del rey Salomón. No admitiría, por buenos amigos que fueren, que fray Wences Achával, ni fray Miguel López, se metieran a mandar en su vida privada. Hacía lo posible por evitar el escándalo; pero la gente más propensa a espantarse del escándalo era la más ansiosa por descubrirlo y producirlo. A veces, la iglesia parecía amar el escándalo y gozarse en anunciarlo desde sus púlpitos. Por suerte, Santiago había conservado el derecho del patronato real para nombrar a los curas y en esto no les aflojaría ni un jeme. Al César lo que es del César.

Levantó la cortinilla al cruzar la Acequia Real. Estaba oscureciendo. ¿De qué otro modo más discreto podía llegar un gobernador? A menudo, la discreción y la hipocresía se confundían. Oculto en ese coche era un redomado hipócrita, debía llegar a caballo como le placía andar. Tan hipócrita como esa gente que lo llama cruel y sanguinario y es el mismo que sale a ver el paso de un condenado o ajusticiado, y si bien pretende no gozar se interesa, se siente atraída por el espectáculo, y en la misma medida se torna cómplice de quien ordena el suplicio. La gente cree en el escarmiento porque hasta se imagina ser, no sólo quien ordena el castigo, sino quien lo sufre, y por ello se transforma en protagonista, alcanza alguna importancia en su comunidad.

Ordenó detener el coche y caminó las doscientas varas que le faltaban para llegar a casa de la Dolo. Cuando ya se hubiera desahogado como hombre, ¿para qué otra cosa servían las mujeres?, recién le diría que contaba con una hora para arreglar sus cosas y seguirlo. Y lo seguiría. La mujeres tienen la lengua suelta y no hay que



contarles secretos; lo contrario perdía a los unitarios. Ajustó el paso, el cuerpo le ardía en deseos como cuando era alférez. Más aún, porque llegaba un momento en el cual la Dolo le hacía olvidar todas sus preocupaciones, lástima que fuera tan corto. Tampoco admitiría que fuera más largo. Los perros ladraron entre los tunales y madresevas.

## X

**C**rujían las leñitas bajo las patas de su moro. Perjuraban que el Tigre de los Llanos había tenido un caballo que le presagiaba las victorias y las derrotas; se lo había oído contar a un coronel que perteneció a sus ejércitos. El sol se filtraba entre las copas ralas de los quebrachos; se había puesto el poncho rojo para soportarlo mejor. En el calor sofocante de la tarde era como una carpa de campaña. Lo acompañaban los capitanes Quiroga, su sobrino Cruz Antonio y una ligera escolta para comunicarse con los doscientos milicianos del batallón que, en pelotones aparentemente dispersos, avanzaban hacia el arrogante segundo cuerpo de tropas salteñas del que se llamaba Ejército Libertador. ¿Libertador de qué? Era una repetición de la expedición tártara, le gustaba llamarla así, que había sido la sangrienta de La Madrid.

La sed le reseca la boca, igual debía sucederle a sus soldados. A una hora de galope y a la redonda, no había agua; salvo hacia el río Dulce, que orillaban los unitarios. Tocó el chifle atado a los tientos de la montura, estaba lleno. Lo sopesó, la delicia del agua aunque fuera medio tibia. No sabía cómo, pero en un rancho se lo habían llenado; los de sus oficiales debían estar casi vacíos, como los de los milicianos. No lo tocaría, no sería la primera vez que se pasaba un día, hasta dos había soportado, sin agua. Sus hombres tenían los labios secos, partidos, brillosos como caramelos de arrope. Hábito de sobriedad, de soportar la sed hasta medidas que los soldados de otras regiones no podían ni siquiera imaginar. Hasta se habían habituado, como él mismo desde la infancia, a que las vinchucas les sorbieran la flaca sangre que debían tener. Le repugnaban esos bichos dañinos e infectos, ¿pero qué eran las vinchucas al lado de estas guerras civiles o la mantenida por la Confederación en contra de Francia y el Estado Oriental?

Deslizándose entre los árboles como una lagartija, llegó un alférez y un soldado de las avanzadillas.

—¡Ya están como a cuatro leguas de distancia, cerca de Sumamao! Por la polvareda que levantan, es el grueso del segundo cuerpo con caballería, infantería y artillería, mi general. Un bombero nos comunicó que vienen al mando del coronel Acha.

—Gracias, alférez Varela. Capitanes Quiroga e Ibarra, a cumplir.

La compañía de su sobrino haría de vanguardia para la primera escaramuza. Quiroga lo reemplazaría, pero atacando en dirección de la retaguardia de la columna en marcha. Con su escolta, él aguardaría entre ambos para retroceder cuando regresara su sobrino. Si regresa, se dijo con inquietud. Cuando lo vio alejarse al trote entre los montes, seguido de su compañía, le costó contenerse. Su moro tascaba el

freno; instintivamente había apretado las piernas para incitarlo, o conocía bien a su jinete. Las ramas espinosas se le prendían al poncho, le rasguñaban la cara o le enredaban el pelo renegrido, largo y lacio que le cubría parte de las orejas. No le gustaban los rulos peinados sobre la frente y los temporales, como los habían usado Belgrano o San Martín. San Martín, el maturrango, sí era un verdadero jinete y un gran táctico y estratega, lástima que había servido tan poco a sus órdenes en el Ejército del Norte. Se metió en el cinturón su viejo bicornio de campaña; imposible llevarlo puesto entre esos montes. Cuando cargara en algún displayado se lo encasquetaría firme. Tuvo ganas de sofrenar de pura rabia, el gobernador Ibarra no podía cargar al frente de sus montoneras; tenía que mirar cómo, de qué modo, con qué suerte de coraje, lo harían sus jefes y oficiales.

Se asentaba rápido la débil polvareda que levantaba su sobrino. En ese momento le tenía envidia; todo lo contenido se le transformaba en rabia que necesitaba descargar a cualquier precio. El precio más alto y tentador era la sangre, la propia sangre y la de otros. Se había formado entre gente que hería, sangraba y desangraba por futilidades, por orgullo, para mostrar coraje, hombría. La sangre le cosquilleaba. El general Ibarra, el permanente baluarte de la federación en el centro y el norte del país, tendría que elegir una altura o treparse en un viejo quebracho para mirar con su catalejo y dar órdenes. Gritar como una mujer que se trepa a una silla asustada por una rata. La mano se le prendió a la empuñadura del sable, sable de lancero que había luchado bravamente hasta en las derrotas. Siempre lo habían mandado donde las papas quemaban. Hasta inventaban que después de una derrota había desertado, cuando ahí estaba su foja de servicios con casi todos sus ascensos ganados en batallas, hasta que en 1819, Rondeau, que como general no valía gran cosa, lo había hecho sargento mayor en el Ejército del Norte. A menudo se encontraba solo antes de volver grupas a los godos. Ahora, ellos mismo eran los godos, todos o casi todos sus camaradas de entonces eran sus enemigos, sus godos. Esto lo obsesionaba.

—Mi general, este es lugar convenido; allí está la lomita y el quebracho viejo — exclamó Juan Quiroga; las pestañas polvorientas le enmarcaban los ojos pardos, brillantes de ímpetu. Los mismos ojos del Tigre de los Llanos. Era un lindo apodo para un guerrero, un caudillo criollo. A nadie se le había ocurrido llamarlo a él mismo el Jaguar del Bracho o el Jaguar de Santiago. Miró con rabia al cachorro del Tigre por recordarle que hasta allí, y no más, podía llegar el gobernador y capitán general. Gondra aprobaría al capitán Quiroga con una sonrisa. ¿Por qué no podría cambiar de palabra, de promesa, de idea, de un día para otro, como lo hacía La Madrid, el benemérito compadre de Rosas, ya que su único hijo era ahijado del Restaurador y hasta le pagaba sus estudios en Buenos Aires? Siempre recaía en La Madrid, le dolía su amistad.

Desmontó con fastidio y se encasquetó el bicornio, ya era el general en jefe.

Quiroga trepó con agilidad de mono en el grueso quebracho; se imaginó ridículo en el lugar de él.

—Mi general, estamos a una legua del capitán Ibarra —caló el catalejo—, de vez en cuando, diviso uno de sus rojos jinetes. Está como a tres leguas de la gran polvareda del ejército de Solá.

Se quitó el poncho y lo dejó sobre la montura. Trepó con dificultad, luego de fulminar con la mirada a Josabán que intentó ofrecerle las manos como estribo y empuje. Ya no era capitán, ni tenía la edad de treparse a los árboles. Con el catalejo, entre el mar grisáceo de jumiales y quebrachales, descubría el poncho de un jinete, el rebrillar de una lanza que pronto pondrían en ristre. Cuando el sol comenzara a caer, iniciarían los ataques de danza y contradanza, con algo de federal, baile con figuras semejantes al minué. Si triunfaba, tendría que dar un gran baile federal en su casa de gobierno y un baile popular en la plaza o en la Quinta. Los unitarios ricos pagarían todo. Su sobrino Cruz tenía una hora para el baile. También el manco Paz le gustaba esta estrategia; con el manco a su lado podría ser dueño del país; pero únicamente deseaba mandar en su provincia. De lo demás tendría que ocuparse Rosas. Nunca había bajado a Buenos Aires, era su sino. En 1806 formó parte del Regimiento de Voluntarios de Caballería, enviado para luchar contra las invasiones inglesas; pero no alcanzaron a llegar y desde Córdoba les ordenaron el regreso. Buenos Aires siempre estaba demasiado lejos.

La polvareda avanzaba como la tolvanera de un ciclón. Si a Acha se le diera por desviarse hacia el naciente; pero ni remotamente podría imaginar que a tan corta distancia estaba el tan buscado y desafiado. Avanzaba por el camino real de las carretas, donde solían pasar las caravanas de 40 o 50 carretas de bueyes de su amigo, más que suegro, Saravia. Creería Solá que en todas las poblaciones saldrían a recibirlo y aclamarlo y que las campanas repicarían gozosas. Uno tras otro, encontraba desiertos los pueblos, villorrios y rancheríos. Ni ganado ni víveres, hasta los sembrados arrasados por sus propios sembradores. Napoleón avanzando por las estepas rusas sin encontrar a nadie con quien entablar tratos.

Comenzarían a tener miedo ante tanta desolación. Nada más demoledor que la marcha de un ejército en la soledad hostil de un país. Los aguerridos soldados de línea, y sobre todo los milicianos, comenzarían a mirarse interrogativamente, principio del miedo en la milicia. Hasta los pozos de agua estaban cegados. Santiago se abría y destruía las propias entrañas para defenderse y porque él se lo pedía; como esa ave..., le dio rabia no recordar el nombre, que se abría el buche para alimentar a sus pichones. Precisaba pensar en muchas cosas o no podría soportar la inactividad; pero no le interesaba pensar, quería luchar al frente de sus soldados. Nadie de los que creían pensar habían realizado lo que él. Debía notarse su fastidio; Quiroga no se había atrevido al menor comentario. O Quiroga sólo pensaría en el momento en que,

abandonando el papel de pajarracos en ese árbol, se lanzaría a la carga. Miró el reloj, faltaba muy poco. Y él lo seguiría con su escolta y correos hasta encontrarse con su sobrino Cruz y su tropa, con quienes regresaría. «Cuidame la gente, no te entretengas con los de línea; sólo tienes que desorientarlos, asustarlos y volver al monte», le había ordenado. Pero él también era un Ibarra y deseaba ser como su tío, hasta imitaba sus ademanes y tonos cuando mandaba.

Volvió a mirar el reloj y el sol que comenzaba a caer. Faltaban doce minutos. Se estremeció, estaba a menos de treinta leguas de la Libarona y a muy pocas de la Dolo.

## XI

—Capitán Quiroga, que Dios y su coraje lo guíen y protejan —dijo tendiéndole la mano. Ya no le importó que Josabán le hubiera ayudado a bajar más rápido del árbol.

Se pusieron en marcha para el lugar del encuentro con Cruz. Trotaban, con elásticos quites esquivaba las ramas. La gran polvareda había cesado de avanzar, se diluía en el azul amatista del cielo. Únicamente su sobrino Felipe Taboada, el pintor casi paralítico, sabía lo que era un color del cielo. El otro sobrio cargaría al frente de su compañía abierta en abanico de poca profundidad, como para dar impresión de un gran ataque por el flanco. Solá y Acha respirarían satisfechos, al fin lograban la batalla que estaban seguros de ganar, por la superioridad numérica y en armas. Comenzó el estampido de los fusiles. Solá, general bastante hábil, ascendido por relaciones familiares, políticas, y de las logias, nadie comprendía cómo surgía un general americano, se habría desplegado con aparato de infantería y artillería, dejaría la caballería para el golpe final o la persecución. De cualquier manera, la sorpresa habría desorganizado el contraataque. Esos largos minutos necesarios para el cambio de disposición de un cuerpo de ejército en marcha, eran los únicos que utilizaría Cruz para cargar. Algunos de los milicianos federales reclutados a la fuerza aprovecharían para desertar; sabían que él los incorporaría con igual o mayor grado.

Al llegar al estero salitroso, le sorprendió no encontrar el correo que debía enviar Cruz, en cuanto viera el resultado de la sorpresa. El ruido de la batalla había cesado. El capitán Quiroga se cuadró para la despedida. La nube de polvo, que cada vez se tornaba más oscura y rojiza por el atardecer, ya estaba a la altura de ellos, a no más de dos leguas de distancia.

—Recuerde, capitán, que ya tendrán cubiertos los flancos. Antes de cerrar la noche, retirada y concentración. La escaramuza no debe durar más de quince minutos. ¡Conserve su sangre fría!

—Sí, mi general —montó de un salto y se volvió para gritar—. ¡Viva la Santa Federación!

Fue como si un picanazo lo alcanzara. Que nadie le gritara lo que él llevaba en el grito. Volvió a montar, ya no podía contenerse.

—¡Mueran los salvajes unitarios! —contestó. Sí, tenían que morir y no sólo por mano de sus soldados—. Capitán, lo sigo con mi escolta hasta encontrarme con la tropa de Cruz.

Nadie podía oponerse a su mando. La sangre, al fin, le brincaba por las venas. Quiroga sólo se atrevió a mirarlo con un instante de sorpresa y duda; luego, debía obedecer. Además por ser quien era, debía comprenderlo. Los soldados quedaron

perplejos y se les escapó, tenía que estallar, un guapo y estirado alarido.

—¡Viva la Santa Federación!

Siguieron la huella al trote largo que se hizo galope. Se le abría el pecho para llenársele de aire cálido y polvoriento. Había olvidado que al rayo del sol, sobre el árbol, la boca se le reseca por la sed; ahora, con un resto de saliva, se le tornaba barrosa y áspera de polvo salitroso. Con ansia feroz deseó que el tiempo pasara rápido; faltaría muy poco para que el encuentro con la compañía de Cruz en retirada resultara imposible. Pero su sobrino quedaría esperándolo en el lugar convenido. Y todos temblarían de pavor por lo que pudiera haberle sucedido al capitán general. Y nada podía haberle sucedido de mejor.

El capitán Quiroga disminuyó el galope hasta ponerse a la par; no se atrevía a interrogarlo, ya había recibido sus órdenes. Esa mirada que solía dirigirle su gente, mezcla de veneración, temor y dicha; todo lo que él encarnaba para ellos. El capitán volvió a su puesto, esta carga la mandaría a través de esa mirada. Quiroga comprendería, también, que, en un momento dado, por la sola imposición de su presencia, debería cederle el mando.

Nada sabía de lo por suceder, sólo le importaba que estaba lanzado como una flecha hacia Acha y su ejército. No, no era esto lo que importaba, comenzaba a redescubrirlo. No, le importaba que fueran Solá, La Madrid o Lavalle, había algo más hondo que lo invadía, que le subía por el cuerpo. Ya no era, no quería ser, el capitán general ni el gobernador. Otra cosa le cosquilleaba en el pecho, se metía en los brazos, en el derecho sobre todo y le hormigueaba en los dedos. Volvió a quitarse el bicornio. Al anochecer, con su sencillo uniforme, sería un gaucho más, ese gaucho, el Saladino, entre taimado y desconfiado, del que muchos, hasta su jefe y protector de años el caudillo de Santa Fe, Estanislao López, desconfiaban. Todos desconfiaban de él, desde Paz hasta el mismo Rosas, lo tenían por un segundón, como segundona era su provincia. Sólo sus santiagueños confiaban totalmente en él. Un montonero y caudillo que, sin embargo, duraba mucho más que las luminarias pasajeras de las provincias vecinas. Toda América era provincias que se imaginaban repúblicas.

El cielo se volvía morado. Sobre los pechos las cintas rojas de la federación, sobre el punzón del uniforme, anticipo de sangre. Quiroga levantó el brazo, realizó la señal de aminorar la marcha y abrirse. Sospechaba que ni el mismo Tigre de los Llanos había confiado mucho en él, ni siquiera en su coraje. El verdadero coraje era enfrentarse todos los días con el reconocido enemigo, uno mismo. Los hombres fueron desapareciendo entre los árboles bajos que apenas los cubrían, se pegaban a los cogotes de los animales, las lanzas en ristre. El capitán había quedado a su costado. Los seguía su fiel escolta. Olía el incitante sudor de los caballos, anticipo del entrevero. Repitió personalmente la señal de que se abrieran; no entendía que ya no custodiaban al gobernador, que un subteniente de lanceros no necesitaba escolta.

Obedecieron a medias, con espanto en los ojos.

Entre el silencio nervioso de la tropa, sólo interrumpido por el resoplar de los caballos, se escuchó el ruido del ejército en marcha. Deseó, tenía que ser así, que Acha hubiera ordenado a su caballería cubrirle los flancos. Cada uno de sus hombres conocía por anticipado los movimientos, inclusive del cuerpo, por realizar; hasta que en el fragor del combate la memoria cediera al instinto gaucho. Arrastrarlos al combate resultaba fácil; arrancarlos de él, cuando la sangre recién comenzara a arder, casi imposible; más que arrancarles una mujer desnuda de entre los brazos. Ninguno de ellos pensaría en una mujer en esos instantes. Un cuerpo a cuerpo entre hombres y con armas blancas era el supremo combate pasional.

A media legua, alcanzó a divisar al ejército de Solá. Un instante le bastó para calcular la exactitud de los datos que le habían transmitido. Fue como la excusa del subteniente para con la responsabilidad del capitán general.

Ocurrió, entonces, el previstos y deseado encuentro con una fuerte patrulla de caballería; no era ni de lejos un táctico, como San Martín o Paz, pero sabía oler y adivinar a los hombres. Se le borraron los pensamientos. Su cerebro le parecía más suyo que nunca, se metamorfoseaba en puro instinto.

La mano se le fue rectamente a la empuñadura del sable, ni recordó que al costado izquierdo cargaba una pistola. Brilló la hoja. Si lograban aniquilar esa patrulla podrían acercarse con mayor sorpresa. Quiroga realizó la señal de ataque, la vio de soslayo. Lo sintió correr a su par.

El brillo del sable del alférez que debía comandar la patrulla enemiga lo atrajo como una cita. Se lanzó rectamente hacia él. Ese era su hombre; los separaba una cincuentena de pasos. Cara de mocito fino, sería su primer combate. Un reluciente uniforme sucio de polvo, se lo habría pagado la familia. La sorpresa y el miedo. Debía comprender que este era su primero y último encuentro, que la muerte avanzaba en ese sable que él blandía como en una estampa del Apocalipsis. Tendría miedo, como él la primera vez, cuando vio rajada la cabeza de su amigo Olaechea. Miedo de hombres. Un chispazo de pena. Si le perdonaba la vida, podría llegar a ser un Paz o un Lavalle, como pudiera haber sido Santiaguito Herrera; pero al jefe le correspondía luchar con el jefe, aunque el encuentro fuera de un capitán general con un barbilampiño jefe de patrulla de exploración.

El galope tras de él azuzaba a su moro que no admitía ser pasado. El incitante ruido del choque de las armas, faena de coraje y de miedo. Un lancero enemigo lo había flanqueado; sus fieles de la escolta y su más fiel Josabán se encargarían del audaz gaucho que sólo imaginaría matar a otro, por bien montado que fuera; como el soldado Zeballos había boleado sin saber al caballo del general Paz. Ningún miliciano de América sabría si mataba el presente o el futuro. Cada hombre, para serlo, tenía que saber elegir su hombre.



Revoleó el brazo y lanzó el golpe; se le pararon con un quite. Rebrilló el sol poniente en el contacto de los aceros de Toledo. El barbilindo ya no tenía miedo, lo había cambiado por un gesto de piedad y desprecio; se imaginaría estar sableando a su pare. Un segundo golpe se lo paró firme, pero ya sin la exactitud del primero. En venganza le soltó un carajo. Los caballos caracolearon, su moro luchaba a la par suya, hasta era capaz de morder al otro si no fuera por el freno. Le eligió el costado izquierdo del cuello, justo donde terminaba el de su uniforme. Se le apretó el corazón al ver el número 6. Amagó a la derecha y el alférez del 6 descubrió el costado del corazón.

—¡Adiós, mi alférez! —gritó con furor, que necesitaba para el equilibrio interior. Más acá del tiempo, se despedía a sí mismo.

El pesado sable se le convirtió en hacha. Rojo chijetazo de sangre caliente, tan caliente como la suya. El tajo se alargó y ensanchó. La cabeza quedó vertical un instante, los ojos negros muy abiertos, debían sostenerla los huesos de la columna vertebral. El otro sable le tocó el brazo izquierdo. Borboteaba la otra sangre y se desparramaba sobre el uniforme, se lo llenaba de caprichosos entorchados y alamares. La cabeza se tambaleó un momento. Los jóvenes de hoy perdían fácilmente la cabeza, susurraban las señoronas. El busto erguido siguió unos pasos por el ímpetu del caballo. Luego se bamboleó como un jinete borracho y cayó pesadamente. Un surtidor de sangre. Por segundos, recordó su sed, la tenía.

Un gaucho escapaba del monte hacia la columna. Bastó que su moro escuchara el repiqueteo que lo precedía. El soldado volvió la cabeza, tenía miedo, pese a ser un veterano.

—¡No huyas, salvaje cobardón!

El gaucho rayó el caballo y lo enfrentó con su lanza. Recién cayó en cuenta que sólo tenía un sable. La pistola no era arma para un entrevero criollo, para eso le hubiera largado un tiro por la espalda, como a cobarde que huye. El soldado ya no tenía miedo tras de su tacuara, se lanzó con ella en ristre. Le pasó a un jeme de la cabeza. Sujetó su caballo y se le vino blandiendo el sable, no tenía que dejarle ganar distancia. Paraba bien los golpes con su lanza, logró distancia y se le fue encima. Se la desvió con un sablazo. La hoja brillante resbaló por la caña pulida, ale tajeó la mano y el brazo. Un alarido de dolor y cayó la tacuara. Con el impulso revoleó el sable y le hachó el cuello. El gaucho rodó por el suelo.

Miró en derredor. Estaba fatigado, el corazón le latía desacompañadamente. No podía seguir. Quiroga avanzaba hacia la tropa más numerosa de otra patrulla. Habían exterminado la primera. Le habría dejado esos tres hombre de su escolta y a Josabán. Se miraron.

—¿Algún muerto nuestro?

—Hasta ahora, sólo dos, mi general —contestó el alférez Martín Zubiría—. El

capitán Quiroga dijo que hacía la última entrada y que nos encontraría donde comenzó el entrevero —resoplaba a la par de su caballo—. Mi general, su brazo —le señaló el izquierdo.

Con rabia rasgó la manga tajeada de la casaca.

—Es un simple rasguño, alférez. Cumplamos la orden del capitán Quiroga —volvió grupas, limpió el sable en las crines del caballo y lo envainó—. ¿Alzaron los cuerpos de los nuestros? ¿Quiénes son?

—Ya van en camino de Matará. Son Benicio Osorio y Ramón Soto, mi general.

Le dolía conocer el nombre de los que caían por él, por Santiago. Le corría un hilillo de sangre. No supo si era su sangre o la del alférez del 6, que también era su sangre. Se había desahogado de verdad, no como en la cama de la Dolo.

Principiaba a oscurecer. Nuevamente era un caudillo montonero. Lo había sido, necesitaba recuperarse en el gobernador y capitán general. Zubiría le alcanzó una caramañola llega de agua.

—Se las sacamos a los muertos unitarios, total ellos ya no las necesitan...

Se lavó el rasguño. Le espolvorearon un polvo de yuyos y se lo vendaron con el pañuelo. Su hermoso poncho manchado con sangre sobre el color sangre. Bebió tres medidos sorbos. Recuperaba el aliento. Escuchó ruido cerca, sus hombres se batían en retirada. No entendía por qué no se había atrevido a decir «la última orden del capitán Quiroga», como le vino en mente. La gente solía decir que tenía algo de brujo. Santiago estaba lleno de brujerías y leyendas. El kakuy, el supay el malo. Se estremeció al ver avanzar en la semioscuridad un caballo con un soldado muerto y atado boca abajo en la montura. Lo escoltaban otros dos con la pena y la muerte en la cara.

—¡Juan Quiroga! ¡Cachorro de tigre! —gritó con ferocidad. Lo vio clarito avanzando al frente, borracho de coraje—. ¿Cuántos fueron los asesinos? —aulló a los hombres que se acercaban.

—Lo lancearon y sablearon entre cuatro, mi general. Dijo que hacía una última exploración y nos prohibió que lo siguiéramos... Cuando llegamos, ya era tarde.

Desmontó, revisó las ataduras. Su cuerpo era una criba de tajos y huracos ensangrentados. No pudo contenerse, le tocó el pelo ensortijado y pastoso de sangre y humores. Así debió quedar Pancho, su hermano.

Le cerró los ojos; con un ademán pidió un pañuelo, le alcanzaron un tiento, y le ató las mandíbulas. Ya no podían decirle que lo había visto los ojos.

## XII

—**¡B**asta, Dolo! Vos sabes que no me gusta hablar de amor, sólo tengo tiempo para hacerlo. Me molestan las mujeres que pretenden ocupar mi cabeza. ¡No lo permito! —gritó con fastidio. A veces, no sabía si intentaba descargar en ella la rabia que experimentaba por esos momentos en que, a causa del deseo, se notaba sometido a las mujeres, a la mujer. La miró arquearse con algo de gato que reclama una caricia habitual o de cachorro de jaguar que se apresta al zarpazo.

—Quisiera estar segura de eso... —dijo en tono cálido. Lentamente, con ese movimiento sensual que lo enardecía por lo que tenía de incitación y sometimiento, volvió a extender su cuerpo desnudo, moreno, en ese catre de su tienda de campaña. Sin poder contenerla, la vista le saltaba o se le arrastraba como una babosa desde las sedosas pestañas, los ojos que brillaban como luz de tucú en las noches de verano, ella misma solía cazar esos insectos luminosos, los envolvía en un pedazo de tul y se los ponía en el corpiño del traje, cerca del descote; de esos ojos que cambiaban de la pasión más encendida al rencor más airado en el tiempo de una corta frase; de los labios carnosos y rojos como herida de un chuzazo del más hábil lancero; le brincaba a los pechos firmes, grandes y rosados que se erguían en los pezones y que se bamboleaban con la brillante seguridad esférica de dos balas de cañón; se le deslizaba por esa piel que respiraba en el vientre y se tornaba más oscura en los lugares del gozo, como el agua del Salado en los remansos y remolinos, y se aclaraba para señalar la perfección de las líneas de sable corvo de sus muslos; las rodillas, que en la mayoría de las mujeres quebraban la restante armonía, en las rótulas de ella tenían la decidida elegancia del pomo de plata de una montura chilena; las canillas rectas como tacuaras en las cuales sus pantorrillas llenas hicieran de banderolas, que el vientecillo de los llanos flameara muy levemente. La larga cabellera negra guardaba como una vaina que cambiara de formas la espalda. Esa espalda, a los trece años solitarios, antes de iniciarse con las indias, había acariciado los guadales gredosos del salado y los restos de salitre muy blanco. Espaldas que volvían a alzarse en las nalgas, como escapadas de la horma del alma, de la recámara de un cañón; esas nalgas de la Dolo que acariciaba hasta la tortura. Nunca había visto totalmente desnudas a sus otras mujeres; debía ser ese pecado de lascivia que el cura Gallo mencionaba con tono entre amenazador y tembloroso en sus sermones. Y lo diría desde el púlpito par que él, sentado en el sillón de rojo terciopelo del gobernador, lo escuchara impávido. Y toda la gente que se atreviera, por su ubicación en los bancos de La Merced, lo miraba de soslayo. Y la gente debía desahogarse posesionándose de esa voz enfática de «al que le caiga el sayo que se lo ponga». Toda esta hipocresía social lo enfurecía; el arma insidiosa de toda esta gente incapaz de luchar con un arma en la mano. La

hipocresía de la gente que ruega: «Sí, sí, me gusta, pero no me lo preguntes», en medio del gozo, o quizá fuera ese espantoso pudor que él no comprendería jamás.

—Bien sabes que con Cipriana

—Eso lo sabe todo Santiago —se atrevió a cortarlo, luego, temerosa, bajó la voz —, me refería a ese mensaje que parece tenerte —dudaba en elegir la palabra, lo temía y esto le alegraba— inquieto.

Revolvió los papeles de la petaca escritorio de campaña y le tendió uno.

—¡Lee! ¿Te crees que el gobernador de Santiago, en estos momentos que pasa y aguanta con sus hombres, no tiene otra cosa más importante que pensar en ustedes las mujeres? ¡Lee!

Incorporó el busto para acercar el papel al quinqué, con movimiento entre sensual que, debía estar segura, se le atravesaría con algo de sofoco en la garganta.

—«Proclama. Santiago y 4 de noviembre de 1840. Habitantes de la capital: al acercarme a vosotros me he afectado profundamente de vuestra situación. Yo he encontrado una ciudad en la acefalía más completa».

—¡Lee más fuerte, en voz alta, para que todo el campamento sepa lo que sos!

La miró ponerse en pie, desnuda y con descaro que semejaba insolente dignidad herida.

—«No he hallado entre vosotros categoría alguna pública, ni el más ínfimo orden. No hay un juez de barrio, no hay un átomo, una sombra de autoridad establecida. Todo lo ha hecho desaparecer Ibarra para ejercer él solo todos los poderes públicos. General Solá».

—Aquí tienes otro bando de Solá, que como no logra ni un prosélito para formar un gobierno títere, después de ordenar la leva de los ciudadanos aptos para el ejército, confiscación de reses y alimentos, caballos y armas, «prohibe bajo pena de la vida», el contacto, correspondencia o mensajes con los enemigos. ¡Pena de la vida, y después me llaman monstruo, gaucho malo y montonero, yo que permito que manden mensajes hasta alimentos y remedios a los confinados, que hasta vayan a vivir con ellos sus mujeres!

Una tenue sonrisa irónica en los labios carnosos. La desnudez se tornaba desafiante.

—A eso casualmente me refería. A la Libarona que va a vivir con su confinado...

—¿Has leído el mensaje del comandante Fierro?

—Sí, donde te comunica que Libarona se ha vuelto loco y que ella —marcó la palabra— ha regresado junto a su marido para cuidarlo.

Contuvo el deseo de abofetearla.

—¡Te he prohibido que toques mis papeles públicos o privados! ¡Bien sabes para qué estás aquí!

—Sí, lo sé. Y no tienes para qué gritarme, ni para qué hacerme leer en voz alta,

porque todo el campamento y todo Santiago saben que estoy aquí porte te quiero de la misma forma que Agustina quiere a su marido. Y yo sacrifico mucho más de lo que ella sacrifica. Porque vos no sabes, Felipe al pronunciar su nombre la voz se le enterneció, —que vas a hacer de ella una heroína, una mártir, una santa de la causa de tus enemigos, y de mí, de mí, lo que soy, una descastada, una cuartelera —la voz se le quebró en un sollozo—. ¡Yo te amo, Felipe, y Agustina te odia y te desprecia! —se dejó caer boca abajo en el catre, metió la cabeza bajo la almohada y lloró angustiosamente.

La había conocido en una fiesta oficial. Cuando entraba a un salón, a una de las salitas de su pobre ciudad, se imaginaba gallo en su gallinero; las mujeres se acosquinaban como para que las «pisara». La familia de Dolores se había escandalizado, al principio; luego, como sucedía en Europa, hasta en las familias reales, lo aceptaban como una forma de poder o privanza. El derecho de pernada.

La luz débil, el pelo largo y lustroso, marcaba las líneas que se dibujaban en convulsos movimientos, descubrían el nacimiento de los senos o se ajustaban a la cintura para señalar la turgencia de las nalgas. El furor fu dominando y diluyendo el deseo. No podía soportar el llano de las mujeres; le enfurecía imaginaran que con el llanto podían alcanzarlo todo. Así lograban dominar a la mayoría de los hombres.

Con serenidad se enfundó las bombachas, se prendió la camisa. Caminó descalzo sobre la tierra aún tibia, su tierra, ella le comunicaba, le devolvía su fuerza inquebrantable, espantaba sus temores e inseguridades. Fue a sentarse bajo un quebracho, a la luz de la luna llena. Las sombras aviboradas de las ramas le comunicaban, le metían en la sangre misteriosos mensajes; no le importaba el contenido, sí el contacto. No volvería hasta que la Dolo, hasta que esa mujer, hasta que la mujer cesara de llorar.

## XIII

—Ni siquiera los Palacio, ni mis parientes los Alcorta, ni los Achával, se han animado a formarle un gobierno. Las levas y confiscaciones no han tenido éxito alguno y Solá abandonó la capital para salir en vuestra persecución. Una loca persecución a lo gallina ciega. Yo mismo estoy sorprendido de la manera fiel que nos responde —se corrigió Gondra con rapidez— el pueblo de Santiago.

Notó el movimiento nervioso con el cual el ministro tocó el ala de su chistera, que había dejado sobre la mesita de campaña Seguía impecable aun en la selva; quizá, porque su padre y su suegro habían tenido pulpería. Casi todos los aristócratas, hasta los Palacio, las tenían.

—Ni siquiera un godo se ha animado esta vez. Ya comprueba, Gondra, que el rigor cruel, por condenable que sea, a menuda resulta útil. El paisano dice que los hombres son hijos del rigor. Acabo de saber que Solá ya ha llegado a Loreto sin encontrar ni un solo adherente. Parece que las noticias, aun entre nosotros, llegan muy tarde a la retaguardia, al gobierno civil —se corrigió, tratando de borrar el tono mordaz. Hacía cuatro días que no veía a su ministro general, que no le había traído el despacho para firmar.

—El gobierno civil no hace otra cosa que cumplir lo ordenado por el mando militar. Y por ello permanece cerca de la frontera de Santa Fe. Sería más cómodo y activo que estuviera junto al gobernador, aunque ambos se hayan visto obligados a abandonar la sede oficial.

Miró de soslayo a Gondra para ver qué cara correspondía a tal expresión, sabía ocultar muy bien la ironía. Firmó el decreto por el cual ascendía *post mortem* a sargento mayor de Juan Quiroga.

—Lo felicito por las considerandos. Debe ser hermoso morir de esta manera.

—Me temo que ni usted, padrino, ni yo, gozaremos de tal gloria. Y permítame que diga al gobernador de Santiago, yo también tengo mis bomberos, que ciertas arriesgadas acciones no están permitidas a las más altas investiduras, si con tales arrebatos se arriesga una causa que se considera primordial.

Cerró de un golpe la carpeta de cuero y se puso en pie. Tenía que contenerse, lo miró desafiante; en contestación recibió una mirada serena. Gondra tenía razón, pero concedérsela abiertamente sería disminuirse ante otro hombre. Compendió, una vez más, casi con dolor, que jamás llegaría a ser amigo de su ahijado. Como todos los débiles, Gondra debía tener o aparentar normas morales inflexibles.

—Quizá, usted no quiera o no pueda comprender que un gobernador pueda tener, como persona, la necesidad de volver a ser —marcó la expresión— un subteniente de lanceros, aunque ya no le ayuden los años.

—Quizá, señor gobernador, quiera y pueda, pero no debo.

Este hombre, a quien, a veces, hubiera destripado de un chuzazo, le ponía en marcha la inteligencia y le paralizaba las acciones.

—No debe, ser ministro. Entre nosotros jamás existirá oro diálogo que el de las protestades. Usted está seguro de ser el bien, el bien teológico, como dice el fraile Achával, y yo, a menudo, creo ser el mal. Esto es lo único que, en verdad, me mantiene cerca de la Iglesia, que me hace creer en Dios. La audiencia ha terminado. Lo espero dentro de tres días, cerca de la Salavina. Ningún invasor aguanta más de quince días en Santiago.

—Como vuestra excelencia lo ha dispuesto —dijo tomando la cartera. Saludó ceremoniosamente, se encasquetó la chistera y se dirigió hacia el polvoriento y destartalado carruaje. Hubiera partido de un puñetazo la débil mesita, no, de un sablazo de subteniente. Contuvo las ganas de gritarle: ¡Gondra! ¡Gondra! ¡Ahijado!

Abandonó la tienda y fue a sentarse en las raíces retorcidas, la gente de alma retorcida, de un quebracho centenario. Hubiera deseado estar de nuevo descalzo y sentir el calor humano de la tierra. Su tierra. Necesitaba de las palabras posesivas. El polvo del coche y de la escolta se fue diluyendo hasta volver a caer sobre los árboles achaparrados y escuálidos. Todo en su provincia era un alzarse y volverse a depositar de polvo. Los hombres se alzaban, vivían, luchaban o morían, como nubes de polvo.

## XIV

**A** fines de noviembre, el trágico juego de la fantasmagórica persecución había terminado. Desde Salavina había visto con placer, pero sin el goce que le producía una victoria combatida bravamente, cómo dos nubes de polvo se alzaban en opuestas direcciones: para el sur, hacia Córdoba, el grueso del disminuido ejército de Solá; hacia el norte, el cuerpo de milicias de Tucumán. Ambos cansados inútilmente, desilusionados. Ya podía regresar a su capital; pero intuía, olía, que nada era definitivo. Esta inútil campaña encresparía la vanidad y el orgullo del general Lavalle, a quien jamás apeaban el título del «héroe de Riobamba» por sus legendarias cargas de caballería en esa batalla del Ejército de los Andes, contra los godos.

Terminó de ordenar los papeles del estado en su petaca de cuero. De la carpeta de cartas a contestar sacó la del general Eugenio Garzón. La releería en el largo viaje en la berlina oficial; ante la sorpresa de Gondra, había aceptado viajar en ella. No le quiso decir que había notado un hinchazón en sus pies, ni que le dolía o molestaba el brazo izquierdo. Nadie lo sabía. El dolor del brazo podía achacarlo a la herida superficial y ya cicatrizada en la escaramuza de Sumamao. Pueda que Dolo hubiera visto la hinchazón, pero se guardaría muy bien de comentársela. Tendría que llamar a sus médicos como un reconocimiento de declinación.

—¿Puedo ver al gobernador? —dijo Dolo, entrando en la tienda caldeada por el sol del mediodía.

—Según el motivo —dijo volviéndose inquieto, se le ocurrió que vendría a hablarle de sus amagos de enfermedades.

—Una carta.

Por la sonrisa, dedujo que una vez más habría conseguido saber algo significativo, capaz de probar que importaba más que un objeto de placer. Esperó, sin una pregunta que demostrara el interés que le acordaba.

La Dolo soportó el silencio. Entre vejada y feliz, como si arrojara el as de espadas en el truco que le gustaba jugar como señal de independencia, puesto que él tenía prohibidos los juegos de azar, dejó una carta sobre la mesita. Debió resultarle imposible no decir:

—Una copia de la que Solá envió desde Salavina a La Madrid, el 17 de este mes.

Asombrado e incrédulo, leyó a saltos. Reclamaba el apoyo de los gobiernos limítrofes. «Nunca se ha mostrado más enemigo este salvaje país, de fuerzas que sólo venían a protegerlos. No pasan de tres hombres que esta larga distancia a que hemos podido llegar con mil inconvenientes, se hayan atrevido a vernos las caras, hablarnos y darnos algunas noticias del paradero de Ibarra. Todos lo hemos encontrado exhausto y en retirada a los montes, las casas abandonas, una que otra mujer



lográbamos ver de distancia en distancia, sin tener de quién valernos para un solo bombero, ni entre esas pocas mujeres, ofreciéndoles pagarlas bien, ni baqueanos, etc., cuando al revés, cada algarrobo o jumial es una espía y bombero de Ibarra».

La miró imperioso y sin salir del asombro.

—Me la consiguió en Tucumán una amiga que es... amiga del ayudante de La Madrid, Me la envió con un chasqui.

Por primera vez no sabía cómo dirigirse a esa nueva Dolo, intimidada por el desconcierto que la causaba. La vio revisar, tocar inquieta su reducido equipaje ya listo para colocar en el vehículo. Dobló muy despacio la copia de la carta. Dudaba, le reglaría ese collar de granates semejante al de la Escolástica y que a ella tanto le gustaba. Salvo la casita de un solo patio no le había regalado nada más. No tenía plata, había tantos gastos más urgentes y primordiales.

—Dolo, te llevaré a tu casa en la berlina del gobernador.

Le cedió el paso y salió tres de ella; estaría aprendiendo que el silencio emocionado era una forma digna de agradecer.

Su batallón de milicias esperaba la orden. Se había despedido de las autoridades que de inmediato, casi en la retaguardia del cuerpo del ejército de Solá, habían vuelto a ocupar sus puestos, como si nada hubiera sucedido en la villa de casitas bajas, ranchos de adobes y ramadas. Casi nada había sucedido, ya estaban acostumbrados a desbandadas y regresos.

En pocos minutos el carruaje estuvo listo. Un soldado de la escolta cabestreaba a su moro, que relinchaba inquieto. Al ver subir a la Dolo, el ministro Gondra, ante el estribo de su propio coche, no pudo o no quiso evitar el asombro: no debía evitarlo.

La gente volvía de los montes como si estos se desangraran, sangre parda y morena, color tierra. La escolta, sus lanzas con banderolas rojas, precedía a la berlina y abría la marcha. Al trote sordo sobre la tierra removida del camino, con algo de llamado ronco, los recién llegados salían de sus casas. Los más lerdos, con sus mulas y burritos cargados de bártulos corrían hacia el camino. Crecían las aclamaciones. Se asomaba a la portezuela para saludarlos, para agradecerles con un ademán. Tenía ganas de bajar, darles la mano a cada uno de ellos, estrechárselas. Cada uno de ellos le había ayudado; más que eso, eran los verdaderos triunfadores de esta marcha de la soledad, el desaliento y la desesperación, que se había trazado como una serpenteante llaga a lo largo de Santiago. Sin ninguna violencia, sin armas, había paralizado la violencia del invasor. Hubiera querido montar su pingo para que esta, su gente, lo viera, lo mirara y remirara y sintiera, criollos antes que nada, que cada uno de ellos estaba montado en ese caballo suyo, a través de esa imagen de caudillo montonera que ellos habían creado con su devoción más que él mismo con su acción; para que ellos se instalaran, por una extraña y apasionada transmigración, en ese cuerpo suyo que cada vez lo era menos. A veces, cuando escuchaba al fraile Achával, tenía miedo

de lo que Felipe Ibarra había llegado a ser como entidad; el pavor de Jesús en el monte de los Olivos.

Las voces de esas gargantas secas que volvían de los montes, lo soliviantaban de los mullidos asientos de pana roja. La nube de polvo levantada por la escolta desdibujaba las figuras y las transformaba en esas estampas religiosas con imprevistos peregrinos. Todo cobraba un primitivo sentido religioso. Le vinieron ganas de gritar ¡Amén! ¡Amén! Poder resistir el clamoreo ferviente de un pueblo, sin emborracharse hasta las heces y la locura, debía ser la santidad absoluta. Cuando cesó la grito de adoración, ¡la temida palabra!, adorar como a Dios, recordó que no estaba solo. La Dolo se había hundido y ovillado en la profundidad del asiento, como para que nadie pudiera, ni debiera verla. Lloraba muy quedamente de agradecida felicidad.

## XIX

Su hermana Águeda lo siguió hasta la puerta cancel de hierro forjado. Acarició al chiquillo que la acompañaba para despedirlo; facciones recias, labios pequeños, hasta su mismo temperamento retraído. Su hermana había aceptado criarlo junto con los suyos, Una caricia torpe en la mejilla y el pelo, muy rápida para ocultar la ternura; ni sabía acariciar, ni hablar, ni jugar con los niños. Lo había decidido; estudiaría las primeras letras con fray Grande, cuando tuviera la edad necesaria lo mandaría a Córdoba, al colegio de Monserrat.

Caminó solo, sin ni siquiera un ayudante, las pocas cuadras que lo separaban de su casa. Su hijo, Ya no tenía ninguna preocupación por él; menos que su madre no hubiera podido criarlo, por razones de familia. Y, sin embargo, no podía olvidar el instante en que había conocido la noticia de que tenía un hijo. Fue en el Bracho junto a su río Salado. Le gustaba recorrer las fronteras, volvía a su infancia y juventud; comprobar que sus entradas contra los indios tenían utilidad y firmeza. También dejar a Gondra como gobernador delegado para que se embelecara. Josabán había insistido que debía entregarle personalmente el mensaje de su hermana Águeda. Las manos le temblaron como jamás le habían temblado ante mensaje alguno. Avalada por Cipriana la madre y, sobre todo, por Águeda la verdad le golpeaba el pecho, lo llenaba de alegría. Cipriana le había dado lo que tanto tiempo deseó en vano, un hijo. La maravilla de tener un hijo, de verse con un hijo. Mirar a esa mujer que más allá del placer le había concedido un hijo. Si tuviera dinero, la cubriría de oro y joyas.

—¡Un machito! —gritó feliz. Alguien de su sangre sería gobernador de Santiago. Si no temiera un malón de los salvajes, como venganza de su entrada en el año anterior, haría distribuir aloja a toda la tropa para que festejara su triunfo. En su escribanía de campaña buscó nerviosamente papel y pluma.

Cipriana muy amada: Quiero que se llame Absalón Ibarra. Te doy las gracias como hombre y como padre. Que lo bautice el cura Gallo. Volaré a verlo y a verte en cuanto pueda. Tu Felipe.

Revolvió la petaca de cuero que le servía de baúl en las campañas. ¿Qué podía encontrar allí, tan de improvisto, digno de regalar a la madre de su hijo? Se enterneció al hallar el pobre alhajero, que había sido de su madre, y donde guardaba sus medallas ganadas en las guerras de la Independencia, y ese collar de oro que no había alcanzado a regalarle a ella, pues había muerto cuando llegó del Alto Perú. Si estuvo predestinado a su madre, bien podía terminar en el cuello de la madre de su hijo. Lo dejó en la bolsita estuche, plegó la carta, no necesitaba lacrarla, el tiempo era lo primordial. Se los entregó a Josabán junto con una onza de oro.

—¡Esto es para que vuelas al encuentro de mi hijo Absalón y de su madre

Cipriana!

Entre el ruido del galope tendido del caballo, le asombró el silencio de fray Wences Achával que había presenciado la escena en la modesta habitación del fortín, su cara de circunspección; más aún que no lo abrazara o, por lo menos, le apretara las manos con emoción. Había entre ellos un límite que parecía separar lo religioso de lo humano y particularmente de lo político. Si lo acompañaba, era para cumplir con sus estrictos deberes religiosos en los curatos. Este fraile debía ser el más inteligente de los que tenía cerca, llegaría a mucho en su carrera pero no al lado suyo. Pertenecía a ese grupo de gente que lo respetaba o temía pero que nunca llegaría a amarlo. No terminaba de admitir que los curas debían enseñar, a la par de la religión y las primeras letras, las normas de la santa causa de la federación.

—¿Debo entender que el nacimiento de mi hijo no le causa ningún placer, fray Wenceslao?

Se miraron en silencio. Le dejaba tiempo para que razonara; en la medida en que él se lo otorgaba al cura para que aquilatara un posible temor.

—Como ser humano, como amigo de tantos años, en la medida que puede serlo un simple fraile de un omnímodo gobernador, me emociono y me inclino a sentirme feliz. Como representante de la iglesia, de sus normas morales, de sus sacramentos, no puedo congratularme del nacimiento de un niño fuera de tales normas; más aún, en contra de ellos y de las normas legales.

La voz serena del cura, la chocante certeza del hombre que habla sin dejar resquicio a la menor duda, lo enervó.

—¡Por mi hijo Absalón yo revolveré la tierra y hasta el cielo! —gritó con la misma seguridad. En esto ya nadie podría decir que era receloso y que le gustaba pisar en tierra firme.

Una nueva pausa, que él temía como derrota anticipada.

—Sí, Felipe, su poder podrá revolver la tierra. Y el cielo en la parte que tiene jurisdicción, Pero no en el de su propia conciencia.

—¡La conciencia! ¿La conciencia y las normas morales de quién y las normas religiosas de quién? ¡Usted mismo me ha enseñado que la historia está poblada de ilustres y gloriosos bastardos, que la iglesia misma aceptó y ante los cuales se inclinó!

—Le puedo completar, si lo desea, la lista de los muy ilustres que conozco; pero me refiero a su conciencia. Me refiero al hombre que desea fervientemente la salvación de su alma, que me elige por confesor, que me pide le sirva de ayuda religiosa para redactar su testamento. Al hombre a quien preocupa la muerte y el más allá.

—¡En la misma medida que me preocupa la vida de mi gente y el más acá! Lo conmino, fray Wences, a que valiéndose de toda su sabiduría filosófica y teológica encuentre la forma de salvar a mi hijo, porque por nada de este mundo o del otro yo

estoy dispuesto a renunciar a él. Si es necesario pediré la anulación de mi matrimonio con Ventura, por no haberse consumado. Este año 1834 será fundamental en mi vida.

—Para cubrir un escándalo, Felipe, no es necesario desatar otro mayor. Nada de lo que verdaderamente se ama debe entregarse al escándalo y la maledicencia. Existen amores que no pueden mencionarse, aunque ello no signifique que, en esencia, puedan ser tan nobles y dignos y hasta más puros que los otros.

—¡Yo protegeré a mi hijo de todo escándalo!

—¿Por cuánto tiempo? La vida de los poderosos dura igual que la de los humildes. Y después viene el tiempo de la venganza, del rencor y del resentimiento que se descarga en quienes estuvieron más cerca.

Lo miró con rabia. Aún faltaba el choque legal o jurídico con Gondra, su ahijado, su delegado. Le doliera o no, necesitaba reconocer que Achával tenía razón; lo que más le importaba era la faz religiosa. Como decía la Biblia, era un hombre temeroso de Dios; había dispuesto que lo amortajaran con el hábito de la cofradía de La Merced, hasta dejaría toda su plata para que le rezaran misas, que lo salvaran del infierno.

—¿Entonces, qué debo hacer con mi hijo Absalón? ¿No le parece bastante sacrificio haber renunciado a darle mi nombre de pila? ¿Necesito matarlo para quedar en paz con la conciencia ajena?

¿No sabe usted lo que es un hijo adulterino?

—¡Le prohibo que mencione esa palabra!

—Mencionados o no, las palabras y los hechos existen. La única posibilidad de rescate reside en que no produzcan escándalo.

Lo miró con creciente rabia. La hipocresía de tal solución lo sacaba de sus cabales. Exaltado, podía renegar y abjurar de Dios, enfrentarlo en la persona de sus representantes; pero cuando llegara el momento de la muerte, cedería. Ya en el año anterior se había sentido cerca de ella. Sólo tenía fuerzas para luchar, también contra Dios, durante las escaramuzas y guerrillas. Morir pensando, sería morir en Dios. La federación y la religión eran las dos causas en que creía que, acaso, lo protegían en el ámbito de su conciencia. No podía cojear de ninguna de ellas.

Todo Santiago murmuraría, estaría seguro de que Absalón era su hijo tan esperado y deseado; pero él tendría que ser el primero en borrar, en hacer desaparecer las pruebas de su paternidad. Callar. El arcángel arrojando del paraíso a las criaturas de Dios. En su testamento dejaría una manda para calmar su conciencia de padre.

Durante días, meses o años, los por vivir, odiaría silenciosamente a ese cura que había sido como su padre, se odiaría en él, y tendría que confesárselo. El único temor real era la eternidad del infierno. La eternidad, la más odiosa ventaja de Dios.

A veces, cuando la neuralgia le obligaba a atarse la cabeza con su pañuelo colorado, quedaba inmóvil, desganado, antarca, en su hamaca, los ojos fijos en el

vacío del tiempo ido; repasaba los de la Independencia, cerca de Belgrano, Viamonte o San Martín. A este lo había visto por última vez cuando pasó, vomitando sangre, camino de Córdoba donde iba a curar su mal. Estaba con ellos, se imbuía de sus ideas americanas, luchaba con ardor, pero de vez en cuando se imaginaba rodeado por un cerco. Le tenían consideración, pero se quedaba con hambre de amistad. Intentaban construir un mundo americano en una medida que a él le perturbaba y escapaba. Hablaban, aún cuando improvisaban en todo, inclusive en lo militar, con un tono que lo apartaba y disminuía. Existía una región de las ideas que no lograba penetrar totalmente, y esto lo fastidiaba y encerraba en sí mismo. Cuando su amigo fray Wences, como ya le llamaba en apócope, le conversaba con modestia y cordialidad sobre los mismos temas, era como si a machetazos le abriera una senda en el monte. Desde muchacho, lo fascinaba, le ayudaba a pensar, le descubría la alegría de pensar hasta que, de pronto, se sentía agotado mentalmente, como su cuerpo cuando galopaba todo un día. Caía aleteando, pájaro que hubiera volado demasiado alto. Le costaba seguirlo, igual que de chico a un jinete mejor montado, al hablarle de teología, más, de filosofía. Por instantes, cuando se refería a Aristóteles o San Agustín, se le antojaba que intentaba disminuirlo como a un catequista pueril. Su mente avanzaba y crujía a lo rueda de carreta que girara en el aire o en un pantano. En cuanto daba ejemplos reales, con cuerpo humano, era como si la rueda tocara tierra firme, podía contestarle, hasta rebatirlo. Lo perdonaba y se alegraba de que le hubiera forzado la cabeza, aún más que Gondra. Algún día tendría que llegar a tutearlo. Le regalaría su reloj, al morir; pero él se lo rechazaría por orgullo de fraile. Dos mundos apenas tangentes, pero ese minúsculo punto de la tangencia lo atrapaba, lo necesitaba en una forma tal que imaginar su pérdida le causa angustia.

Con el cura de Copo, fray Francisco Rizo Patrón, que desde hacía veinticinco años era como su centinela, resultaba distinto. Organizaba las policías fronterizas, las comandaba y, si venía al caso, se ponía al frente de ellas. Era su igual en todo. Bebían, comían, jineteaban; pero cuando lo dejaba, sentía necesidad de volver a fray Wences, a la rueda en el aire.

El manco Paz era diverso; a él le causaba disimulado placer demostrarle que era más inteligente, su relación tenía algo de condescendencia, de petulancia, hasta se había atrevido a decirle que era indolente. Lo sugestionó esa palabra de Paz; podía ser indolente tendido en su hamaca y con su cuerpo bullente de sentidos. Y ese calor denso y húmedo que lo relajaba y daba una rara consistencia a su cuerpo. Su carne, su sangre, sus deseos lo encerraban en una hornacina de cristal como imagen santera. Hasta se atrevió Paz a decirle, con aire de chanza, que participaba de las pasiones de los salvajes. Debía sentirse disminuido que el Saladino, el caudillo de una pequeña provincia, ofreciera refugio y protección, negándose a plegarse a sus ideas, al manco Paz a quien toda la República le resultaba estrecha.

La Cipriana le trajo otro pañuelo mojado y rajas de papa cruda para los temporales. En su testamento le daría la libertad a ella y sus hijos, y hasta le regalaría una tropa de vacas con cría. Todo por su fidelidad de años. Amaba a quienes le eran fieles, construían su seguridad.

## XV

**G**ondra salió de su despacho; respiró feliz con la noticia. Lavalle había sido derrotado en Quebracho Herrado. No le dio, en cambio, que la copia de la carta de Solá era la segunda que llegaba a sus manos. No quiso preguntarse si, y no quererlo ya era una suerte de aceptación, le tenía envidia a Juan Lavalle; ese meteoro insolente que había cruzado el cielo de la independencia patria y atrevido hasta el crimen de derramar la sangre de Manuel Dorrego, que, a más de gobernador de Buenos Aires, había sido diputado al Congreso por Santiago, y era de la misma casta y salones que él. Ni entendía, tampoco, o no quería entender, por qué su amigo y guía fray Wenceslao Achával, no aceptaba ser su diputado o su delegado, ¿por qué si era su amigo? Su amigo. Y él que por la amistad era capaz de cualquier cosa. Toda esta América española era un mundo de hombres que se destrozaban entre sí porque no se atrevían a la amistad. Su maldito brazo izquierdo, el del corazón, se le acalabraba y dolía.

—Todos mis errores políticos, de estadista, como la place decir a Gondra cuando yo sé que no soy estadista, los he cometido por amistad, no me canso de repetirlo —murmuró, mirando el retrato que le había pintado su pobre sobrino Felipe. Ya necesitaba dialogar con esa pintura que principiaba a ser retrato de otro.

Llamó a su sobrino Manuel Taboada, rival de Mauro Carranza el mayor y más fogueado, y le ordenó que hiciera pasar a Santiago Palacio. La disputa de su herencia política. La familia. Ese ya que de continuo asaltaba su pensamiento para marcarle el paso del tiempo, la cercanía de la muerte.

Se saludaron con frialdad. Santiago Palacio ahora se proclamaba apolítico, forma de continuara siendo unitario. Esperó, aunque harto sabía el motivo de su visita.

—Vengo a pedir a vuestra excelencia que, con la misma benevolencia con que autorizó el paso de mi hermana al Bracho, me deje llevarle los socorros y medicinas que necesita con tanta urgencia. El comandante Fierro me ha prohibido.

—El comandante Fierro no hizo otra cosa que aplicar el bando de Solá, entonces en vigencia. Hasta tendría derecho de fusilarlo por su intento de comunicarse con el enemigo —la ironía le pareció impropia, cortó secamente—. Su señora hermana no necesita medicinas y si se encuentra allá es por su propia voluntad.

Algo impreciso le chocaba en la actitud de ese hombre; lo comparaba con su hermano.

—Vuestra excelencia conoce la trágica situación del marido de mi hermana, por ello, acogiéndome a vuestros reconocidos sentimientos cristianos y magnanimidad, me permito.

—¿Qué ha dispuesto usted respecto de Gregorio? —lo interrumpió con



brusquedad. La pregunta debió desconcertarlo, desorganizar el discurso que traía preparado.

—Lo hemos enviado al Colegio de Monserrat, donde vuestra excelencia.

—¡Bien saben que sólo estuve un año, y ya comienzan a decir que me echaron por cerril e incapaz de asimilar! —volvió a cortarlo—. En cuanto a su ruego, quizá otra hubiera sido mi resolución de habérmelo pedido su hermano en uniforme de la provincia. Aunque lo dudo, bien saben, usted y los suyos, que Lavallo no cesa en el deseo de atacarnos. Cualquier acto de clemencia sería una traición a nuestra causa. ¡Ustedes, los ilustrados. Sólo saben pedir! —poniéndose en pie, exclamó fuera de sí—; ¡señor Palacio, la audiencia ha terminado!

Los pasos resonaban en la galería del segundo patio. Sus fieles esclavos Roque, José María y Cipriana, se preguntaría qué hacía el gobernador girando con algo de mula de noria, a la 1 de la mañana, cuando solía levantarse al alba. Y en ropa de cama y ojotas. Tampoco lo sabía él con claridad absoluta. Fray Wences y hasta Gondra le debían haber contagiado esa palabra absoluto y hasta el deseo de lo que ella significaba. La utilizaría hasta que la digiriera, hasta que dejar de sorprenderlo novedosamente. Los del tercer patio lo compadecerían; es decir, padecerían con él. Lo sabían desde el comienzo, como lo sabía toda la ciudad. Nada suyo podía ser privado; todos tergiversaban y le achacaban a capricho. Desde las mujeres a la bebida y la holgazanería.

Entró en la habitación más cercana, invadida por el perfume de los jazmines. Salvo el piano de su mujer, que lo hizo enviar a su casa en Salta, había quedado intacta, desde la frustrada noche de bodas. La más extraña y misteriosa noche de su vida. Lo sucedido quedó entre esas cuatro paredes. Un convenio tácito de que así fuera. En Santiago jamás había existido un escándalo semejante, jamás las habladurías alcanzaron tamaña intensidad y desborde, como correspondía a los actos del matrimonio más empingorotado. Los retratos de sus padres adornados con las palmas benditas del domingo de Ramos, para significar que ya tenían las palmas del cielo. La cómoda de jacarandá con pitones de marfil y plata. El juego de un sofá y tres sillas de caoba con pana roja en los asientos y respaldos ovales. La rueca de hilar de su madre; presente de antigua pobreza y dignidad, porque Ventura no sabía hilar. Lo que sí sabía cocinar eran las deliciosas humitas en chala, que se esclava Cipriana trataba ahora de imitar; también ese dulce de huevo al cual ella solía agregarle nueces o avellanas molidas. Sobre la mesa de apoyo, bajo el fanal, estaban las tres figuras talladas y vestidas del Nacimiento, que les habían regalado los Orgaz. No habría ningún nacimiento en esa casa.

Miró el espacio que tan poco tiempo ocupó el piano. Pese a amarla, nunca, ni de novios, se había entendido con su mujer; un casamiento de familia, un casamiento con la amistad que lo unía al padre de ella, aunque fuera su hija natural o hasta

adulterina, y a sus medio hermanos. A don Mateo de Saravia y Jáuregui, coronel de la Independencia. También el piano. La música fascinaba a las bestias feroces y crueles. Sonrió con amargura. La escuchó tocar el piano cuando era capitán y comandante del fuerte de Abipones. Un largo desentendimiento podía transformarse en una recia unión, en la más firme atadura matrimonial. Apagó el quinqué de bronce de la salita de música y costura, nunca lo había sido para ella, y pasó al dormitorio, a la alcoba; tampoco lo había sido para los dos. La gran cama, la cuja, con baldaquino. El calor y el perfume de los jazmines lo enervaban, acaso, sin nada de acaso, era el recuerdo de lo que allí sucedió, sucedía, continuaba sucediendo. La gente inventaba las historias que estaban sucediendo en esa alcoba, porque hasta en esto inventaban según su temperamento o su carácter, su amor o su lujuria. Le hubiera gustado que la gente se reuniera y hablara, entre sonrisas y horror, y que mudos, con una levísima sonrisa en los labios, Ventura y él se miraran, como los únicos que sabían la verdad. Pueda que el amor fuera un secreto guardado entre dos; entre dos, que nadie sabe que se han besado, que se han rozado las pieles con furor sensual. La gente creía; sólo ellos dos sabían. Tal vez fuera el amor de dos soberbios. Desnuda en la cama, las caricias de las manos que saben y de las manos que están aprendiendo y que, de golpe, dejan traslucir que algo más de lo imaginado saben. Los cuerpos que se buscan para la entrega, la penetración de los miembros, o la penetración de la voz de la ternura. El espantoso orgullo pueril de no encontrar lo que la gente cree es la virginidad, romper membranas por primera vez. La primera vez o la maravilla de una vez cualquiera que se transforma de golpe en la primera. O detenerse, por deslumbramiento de amor, ante el acto de posesión física, imposibilidad, impotencia por adoración; porque lo que importa es la posesión de la voz, aunque sea una sola noche pese a la promesa de la vida, de por vida. La vida puede ser, es, un instante. No te veré más, nunca más estarás entre mis brazos, tu sexo con mi sexo. O el llanto manso, el llanto de mujer o de hombre. Simplemente el llanto de la confesión, del error del amor, que es la forma más dulce del amor. Comprendo que no es a vos que te amo, mi señor; amo a otro, o quizá no sepa amar, no sea capaz de amor. La cama inmensa, blanca como un salitral sin la sangre de la virginidad. En esa cama se casan, únicamente, dos familias poderosas. O la exigencia de que abandonara la política para fundar y afirmar un hogar pacífico. Como pedirle que dejara de respirar. Pero esto ni a vos ni a mí nos importa ni alcanza. Ya confundo en la noche tus ojos pardos de cortas pestañas, hoy, con unos ojos claros de gacela. Paso de un amor a otro amor como la más tremenda muestra de inseguridad, de la necesidad de ser alguien con el respaldo del amor. Qué me importa ser el hombre más poderoso si me falla la otra medida. Te enviaré en la berlina del gobernador de vuelta a «El Carmen», o a Salta o a donde quieras, antes de que amanezca. Todos se mirarán con el aterrado asombro que producen mis actos definitivos. No sé por qué, en un futuro remoto, cuando mi corazón cese de marchar,

nos vemos, me veo y te veo en una inmensa y repetida berlina, con mucha gente que se desconoce entre sí, un acompasado chirriar de hierros y madera, una camareta pequeña, vos en mis brazos, nuestros cuerpos unidos con un gozo y una felicidad inexpresable, en otros dos cuerpos que no conocemos. Por la primera vez, la única repetida, el amor. De nuevo, la gran sala capitular, nosotros mezclados entre la gente que habla de vos y de mí, apenas una esbozada sonrisa hasta el más infinito de los futuros, porque sólo vos y yo sabemos lo que pasó, lo que está pasando esta noche entre Ventura Saravia y Felipe Ibarra.

Rezó casi en secreto con Dios. Tampoco Él se debía meter demasiado en su cama ni en su despacho; tampoco entendía cómo había gente que se pasaba todo el día en santa contemplación. Apagó el pabilo de la vela entre el índice y el pulgar, ese quemoncito de la piel era como un alerta de la vida, del ya. Cuando se le apagarán los sentidos, enfermo y tendido en esta cama o inmóvil en un sillón, atravesado de dolores, esta sería la maldita venganza del Dios del Antiguo Testamento. El manco Paz murmuraba que era un vengativo: pagaba así dos años de tenerlo refugiado. Jehová, el gran vengativo, le regalaba la vida a cada momento. Durante el verano, cuando por el calor dormía en la galería exterior que daba a la calle, Dios le regaló la vida. Suavage, un francés al que había hecho azotar, porque largó una nueva emisión de sus monedas de plata baja sin autorización del gobierno, se acercó a la cama y disparó sobre el durmiente; por pura casualidad, había cambiado de cama con su amigo Damián Garro. El medieval juicio de Dios o su elección. Suavage se refugió en Tucumán, al año cayó en sus manos traicionado por ellos, y lo mandó degollar, por venganza, o como querían las Leyes de Indias. Como tirano dormía al aire libre igual que cualquier vecino. ¿Qué haría de esta casa cuando muriera? Se la dejaría a Manuel Ibarra Gallo y a Mercedes Silveti Gallo. Nada podía dejarle a su hijo.

No veía el baldaquino, salvo como una sombra al leve resplandor de la luna en el patio. Lo agobiaba. Se incorporó y arrancó a tirones el viejo raso de seda, sólo quedaron los negros palos y el armazón. Un agorero rancho incendiado por los indios o el rayo vengativo de Dios. No habría entrado nunca en él un picaflor para protegerlo, como quería su gente, de los rayos.

## XVI

**E**l orgullo y la soberbia de Lavalle lo incitaban a acciones que lindaban con la locura, acciones a las cuales jamás se atrevería él. El comandante Ramírez, con su batallón de correntinos, había desertado del ejército unitario y se presentó íntegro a sus órdenes.

—Cómo pudo Lavalle imaginar que esa división de 500 hombres, que puso al mando tan luego del coronel Acha, podía repetir con éxito lo que no logró antes, con Solá, apresar a vuestra excelencia, es algo que ni el mismo Acha pudo entender jamás. Menos, desde el momento en que entramos en los salitrales desiertos y tórridos de su provincia.

—Conozco palmo a palmo mi provincia. Cuando el parto de los mundos, Dios olvidó en varios sitios a mi tierra. Tengo que agradecerse, esto nos hace más autos, menos engreídos.

El comandante Ramírez entregó el mate a la Cipriana con ademán viril que le gustó; de la manera que un hombre empuñaba un mate, le servía bastante para conocerlo.

—Mi gente y yo vimos en esta loca aventura la posibilidad de pasarnos a quienes pertenecíamos de alma, a los federales. Aquí nos tiene, mi general, a su entera disposición.

Miró los rastros de salitre en las botas polvorientas. Como su general, las tropas de Lavalle ya no eran impecables en sus uniformes. Su tierra áspera y desolada había que amarla para poder conquistarla. Estos correntinos eran, pese a todo, de las tierras verdes del litoral, de los grandes ríos, inmensos, americanos, del Paraná y el Uruguay. Estarían aprendiendo a tener sed; esto se aprendía muy despacito, como los sorbos calientes en la bombilla del mate.

—A la disposición de nuestra santa causa, mi comandante. Yo no soy más que el depositario del mando absoluto de mi pueblo —los ojillos astutos de Ramírez se achisparon de sorpresa; se recuperó en el sillón como si recién comprobar que estaba ante un superior—. Como usted es del litoral, me voy a permitir una confidencia. Mi amigo, me mejor amigo, el general Garzón, me ha comunicado que para mediados del invierno el Ejército Confederado, al mando del general Manuel Oribe, llegará a Santiago. Sus tropas, las de Gutiérrez, que desertaron en Tucumán, y las mías nos incorporaremos para dar la batalla final. Mientras tanto, nosotros hostilizaremos a los salvajes unitarios en las fronteras.

—¡Aijuna, mi general! ¡Esa sí que es buena nueva! —se incorporó con elástico salto de yagareté, inclinó la cabeza como para dar juego al movimiento de su mano derecha, que instintivamente había buscado el inexistente facón; ese tonito un poco

agudo y suave que debía venirles de los indios guaraníes amansados en las misiones jesuíticas. Lo miró adusto, hasta darse cuenta que sus propios labios habían comenzado a sonreír. Gondra hubiese dado un respingo. Poquito a poco lo metería en vereda.

El 26 de agosto de 1841 entraban en la ciudad las avanzadillas del Ejército Confederado, el grueso las seguía precedido por el comandante en jefe y el estado mayor. En la medida de posibles, la ciudad estaban embanderada para recibir a sus amigos, el primero de todos el general Eugenio Garzón, quien no se cansaba de escribirle «Vos que eres mi mejor amigo», y los coroneles Hilario Lagos y Marrano Maza. Le resultaba imposible esperarlos en su casa de gobierno o en la ruinoso Casa Capitular, como por protocolo pedía Gondra al gobernador. El capitán general iría a esperarlo a las inexistentes puertas de la ciudad, por herencia y jactancia española solían llamar así al barrio de las quintas. Ya había concedido bastante con no ir a esperar a su amigo en el río Salado, porque para algo era el Saladino.

Montó su moro en uniforme de gran gala, su escolta estaba enjaezada en lo posible; lo posible era la medida de su provincia. La había revistado hasta en los mínimos detalles. Trotaron por la calle mayor empavesada, las ventanas tapizadas, los escuálidos arcos, florales sobre la tierra regada por los aguateros. Sonrió ladino, las casas de los unitarios más copetudos eran la mejor adornadas y hasta se habían ofrecido para hospedar a los jefes. Hacia el rancherío aumentaba el clamor del pueblo, de la chusma como la llamaban los unitarios, que abandonaba sus labores para aplaudirlo; señal que anunciaba la entrada de tan esperado ejército del general Oribe y su gente del litoral.

Espesa y larga columna de polvo se alzaba hacia el cielo tan azul y diáfano que le producía un calofrío de placer, no, de dicha. No le cupo duda alguna de que esa nube de polvo envolvería y aplastaría a Lavalle y La Madrid; sobre todo, ese tren pesado de artillería que él no había vuelto a ver, junto así, desde las guerras de la Independencia. Los pobres y viejos cañones de sus fortines ya no servían ni para asustar a los indios.

La nube de polvo se detuvo. Las tropas se prepararían para la acogida triunfal; si pudiera, se arrimaría a cada pescuezo para hacerles gritar el nombre de su amigo. Su moro caracoleaba de inquietud, debía comunicarle la que él experimentaba. Fuera de Ordóñez, su ayudante, no podría presentar a sus jefes ni su estado mayor; todos estaban luchando en la frontera de Tucumán con renovado brío.

El polvo se arrastraba hacia la ciudad y el río Dulce. Comenzó a distinguir los cuerpos de infantería, artillería y caballería. Otro calofrío lo recorrió, Felipe Ibarra se moriría sin haber comandado jamás un ejército semejante, era un caudillo a la medida de su tierra que no tenía más de cien leguas de norte a sur y ciento sesenta de este a oeste y que se le despoblaba como se descascaraban y arruinaban los edificios de su

ciudad. El censo de 1819 había dado 46 370 habitantes para toda la provincia y 8365 para el curato rectoral, la capital. No quería saber cuántos menos eran.

Las escoltas comenzaron a evolucionar. Las banderas e insignias y los jefes de división se reunirían con el comandante general, reconocido por Rosas, presente legal de la Banda Oriental. De nuevo, se pusieron en marcha. Ya estaban a una cuadra de distancia. Lo divisó en ese jinete con entorchados dorados que, luego de pedir la venia, se adelantaba al galope de su caballo. Salió a su encuentro.

El camino con cercos de quinchas y tunales se fue acortando entre los dos. Los caballos casi se topetaron entre los dos. Los dos se sobrepasaron con el ímpetu del galope y volvieron sobre la marcha cojo si se enlazaran en un par de boleadoras. Desmontaron. Hacía años que no se encontraban, salvo en cartas. «Vos seres mi mejor amigo». Avanzaron y se estrecharon con un abrazo de combate. Sin una palabra. Bajo los dorados alamares y charreteras le temblaba el cuerpo. El capitán general de las milicias de Santiago. El jefe del estado mayor, general Eugenio Garzón, que también había sido ayudante del general San Martín, el poncho recién enrollado en el cabezal de la montura. Volvieron a montar. Ya sabía que la suerte estaba echada, que triunfarían.

Se mezclaron las escoltas. Dio la bienvenida a Oribe en nombre de Santiago y estrechó las manos de sus otros dos amigos. Todo de a caballo como ahora correspondía.

La nube de polvo se puso de nuevo en marcha. A su derecha el general en jefe, a su izquierda el amigo. Las mujeres, los viejos y los niños, contados hombres, vivaban y aplaudían. Sus hombres, sus gauchos montoneras también estaban en la frontera. Le faltaban sus gauchos para asociarlos a su alegría, para que fuera más real. La nube de polvo entró en la ciudad. El golpetear sordo de los cascos y herraduras, luego, las botas, después el chirriar de los cañones y otra vez los cascos. Recorrerían las pocas cuadras y volverían al campamento, más afuera de la Quinta. Hubiera querido que Santiago fuese una gran ciudad, que se multiplicaran sus habitantes como en el milagro de los panes, pero ni siquiera el maná podría caer de su cielo añil. Desde las galerías exteriores o de las ventanas enrejadas tiraron algunas flores, el perfume de Santiago. Le asombró no ver en la galería de su casa a su Cipriana, ya sabría lo de la Dolo. Pero, escoltado por un ejército de verdad, no era tiempo de pensar en mujeres.

Desmontaron ante el portal alfombrado de rojo hasta la calle, la alfombra en préstamo de la iglesia de La Merced. A través de las ventanas del salón se divisaban las mujeres. Las miró en un chispazo. Tendría que dar un baile para alegrar a su amigo.

El ministro Gondra dijo un corto mensaje de bienvenida; su comprovinciano, el coronel Gutiérrez, lo aplaudió fervorosamente. No había escuchado con mucha atención lo dicho por su ministro, ya conocía sus ideas, ninguna posibilidad de

sorpresa; lo único notable le pareció el entusiasmo de Gutiérrez. Manuel Oribe agradeció con poquísimas palabras. Las presentaciones. Ahora sólo esperaba y le importaba el momento en que terminada la bambolla protocolar, quedaría a solas con Garzón. De pronto, lo miró y pensó que no sabría por dónde comenzar. No sabía conversar. Tal vez la gran conversación sería cuando lucharan con sus tropas, lado a lado, teniendo en frente a Lavalle.

## XVII

**E**staba clareando el 19 de setiembre junto al río Famaillá; miraba como se deshilachaban las tinieblas. Las cumbres nevadas del Aconquija. La tierra verde y la tierra roja, los cañaverales, los bosques y los incontables riachos del Tucumán, su invariable enemiga, trenza del mismo cuero. Arroyos con auga clara, rojiza o lechosa según las tierras que atravesaran, y no los infinitos ríos y arroyos secos de su Santiago, salvo sus ríos Dulce o Salado que poco servían para el riego y sí para la destrucción en sus crecientes. Los tucumanos jactanciosos, Gondra al fin era un tucumano, y los mismo el coronel Celedonio Gutiérrez, habían pretendido ser una república. No podían perdonar que Santiago se hubiera separado de ellos y declarado autónoma, cuando en verdad Santiago, fundada en 1553, había sido no sólo la primera ciudad de la República, sin fundadora de ellos y otros pueblos durante la colonia.

Miró al impasible y metódico general Oribe. Esa misma noche, uno de sus bomberos les había comunicado que Lavalle, luego de marchas y contramarchas tratando de aumentar sus fuerzas en las provincias del norte, parecía dispuesto a sorprenderlo atravesando el río Famaillá. Lo que no entendía muy claro o acaso lo desilusionaba, era que Oribe hubiese dejado en la ciudad de Tucumán a Garzón con 1300 hombres, en su mayoría infantería. Ya no tendría lugar la tan esperada conversación en armas. Las patrullas confirmaron los movimientos de las tropas enemigas.

Cuando amaneció pudieron comprobar que, con su audacia habitual, Lavalle había pasado el riacho, que iba a mezclarse con el Salí y su Dulce, media legua arriba del campo federal. Aparecía a la retaguardia, en la llanura desde el río hasta el Monte Grande que le cubría las espaldas, al tiempo que cortaba la comunicación con la capital y Garzón. Otra de sus imprevistas jugadas de estratega. Le sorprendió que no se hubiera atrevido a atacar y tomarlos de sorpresa, durante la noche. No tendría fuerzas suficientes.

Con la seguridad de sus repetidos triunfos, en un santiamén, Oribe dispuso el cambio de frente y el plan de ataque. En el ala derecha quedaron dos divisiones de caballería de línea, al mando de Hilario Lagos, aunque nominalmente figurara Celedonio Gutiérrez, para quedar bien con los tucumanos, en el centro el batallón Libertad, con tres piezas de artillería a las órdenes del coronel Maza. A la izquierda los escuadrones de Santiago y de Santa Fe, todos bajo sus órdenes. Con Lagos y Maza, sólo falta Garzón para que estuvieran los cuatro a la misma altura, como antes. La reserva la componían los escuadrones de campaña de Buenos Aires, cuadro de oficiales orientales y la escolta del general en jefe. En total, 700 hombres de



infantería, 1700 de caballería y tres piezas de artillería. El combate lo iniciarían las aguerridas tropas de Lagos.

Con el catalejo, le sorprendió comprobar lo menguado de la infantería de Lavalle; salvo que tuviera una reserva oculta en el bosque, era capaz de cualquier ardid. Se notaba la evidente superioridad federal; le infligirían otra derrota, pero lo esencial sería capturarlo. Se les escurría como bagre barrero.

Frente al ala derecha de Lagos, mientras las tropas parecían vistearse a la espera de trompas y clarines, le extrañó ver avanzar a un jefe enemigo seguido por dos ayudantes. Lagos hizo otra tanto para reconocerlo. No le costó descubrir que se trataba del general Pedernera; cuando estuvieron al habla, con voz y ademanes jactanciosos desafió a Lagos a un combate singular ante los dos ejércitos en formación. Se puso en el lugar de su amigo, las mismas sensaciones de cuando sableó al barbilampiño jefe de la patrulla. Lo vio sofrenar el caballo, la tentación entre sus deberes de jefe de división y la del torneo caballeresco. Pedernera, con la misma arrogancia de su jefe, repitió la incitación, algo de mojar la oreja. Pueda que no conociera el mentado coraje de Lagos; brillaron los sables. El lance parecía inevitable. Oribe no lo admitiría. Sonaron los clarines, las escaramuzas comenzaban. Lagos y Pedernera volvieron a sus puestos; sus divisiones estaban trenzadas. A Hilario le habría quedado ardiendo la sangre. Ganas de abrazarlo.

Imposible seguir mirando, necesitaba actuar. Sus fuerzas tenían que enfrentarse, como si las hubieran elegido, con las milicias tucumanas.

No entendía por qué la infantería permanecía enfilada, fácil blanco del enemigo, y no trataba de emboscarse o sacar el cuerpo, como instintivamente o hacían sus guerrilleros. Todavía regía la gloria de las falanges y las centurias. Tampoco creía mucho en el empuje de los clarines y trompetas la iniciar el combate. La infantería abrió el fuego, avanzaba cubierta por la artillería; el menguado batallón de Lavalle lo hizo en parecida formación. La batalla estaba trabada. La sangre, los humores del cuerpo, comenzaban a correr y a empozarse en la tierra rojiza, o sobre la gramilla verde. Los soldados caían en raras posturas, algunos quedaban boca abajo lamentándose; otros las espaldas contra el suelo, la cara hacia el cielo azul y limpio de nubes. Cuando cesara el fuego, los perros vendrían a lamerles la sangre y a tarasconearlos, entre aullidos y gemidos. Y los cuervos. Y los hombres a desnudarlos y robarles las ropas y las botas.

El fragor aumentaba, se volvía denso; estallaba en voces, ruidos metálicos, estampidos de tercerolas, fusiles y cañones. La panza y los ijares de su moro parecían acosquillarse entre el ímpetu y el miedo, le costaba mantenerlo inactivo junto a ese florido lapacho. La humareda se entremezclaba al polvo. Necesitaba permanecer allí para mandar a sus subordinados y para recibir las órdenes de su general en jefe, aunque no confiara mucho en él. Hacía años que Felipe Ibarra no recibía órdenes de

nadie.

Como animal destripado y unos muñecos o imágenes sangrantes, saltó uno de los cañones enemigos. Las infanterías se injertaban en el cuerpo a cuerpo de la bayoneta y sables. Avanzaban y retrocedían, randas de una falda de mujer que corriera despavorida. Muchos tendrían miedo, otros transformaban el coraje en sangrienta rabia.

La división de Pedernera había logrado meter una cuña, pero Lagos comenzaba a pararla. Sus coroneles Saravia y Andrada se batían bravamente; tuvo la seguridad de que destrozarían a los milicianos de Tucumán. Los cañones del coronel Maza se concentraban sobre la división de Pedernera. El estampido cubría los alaridos de los jinetes y los resoplidos de los peludos caballitos criollos. Apretó los labios, el entrevero se le metía en el pecho, ya le resultaba imposible aguantar la inacción. Ganas, ganas y aguantar. Sus capitanes Ledesma, Paz, Llanos, Alderete o Díaz, entremezclados en las desparramadas compañías con sus gauchos soldados; hombres y pingos eran una sola entidad, a manera de centauros. Si a uno le mataban el caballo, era como si le amputaran una parte del cuerpo. Un gaucho dejado de a pie era ignominia, cuando menos vergüenza para callar; de alguna manera significaba que no merecía tenerlo entre las piernas, como si le descuajaran de un chuzazo el uchú y las corotas, lo desverijaran.

Los correntinos de Ramírez chillaban como mandingas enloquecidos. Sus santiagueños sabía, ¡al fin!, que podían lanzarse hacia delante sin pensar que, de un momento a otro, cuando la sangre se les calentara por causa de las otras derramadas, las panzas destripadas, los cogotes tajeados y las cabezas partidas entre los yuyos, habrían de recibir la incomprensible orden de replegarse, de retroceder, como sucedía en las escaramuzas de guerrillas. Ahora iban hasta donde los llevaban las puntas de sus tacuaras, que ya la cosa era hasta donde les diera, hasta que se les cansara el brazo de ensartar pechos o se les durmieran las manos a fuerza de hachazos con los sables. O los ensartaran, les chorreara la sangre, y los desmontaran y los redujeran a polvo, entre crujidos de huesos, resoplidos y relinchos a caballos. Algunos se habían envuelto el poncho en el brazo izquierdo, muchos se negaban a desprenderse de las boleadoras que les servían hasta para partir los temporales y las frentes. Las caras se quebraban y desfiguraban como en espejos rotos. Odiaba los espejos.

Ganas de gritar, a romperse la garganta, cuando una nueva división de Lagos, con sus rojos uniformes, destrozó la cuña de Pedernera y los escuadrones azules se replegaban en retirada hacia el bosque. Uno tras otro saltaron los tres cañones unitarios, despotricados por los federales de mayor calibre. Se hundía el centro de la línea de Lavalle, ya estaría él mismo mandando y azuzando esas tropas de Hornos, que debían ser su reserva final.

—¡Son suyos, mi capitán! —necesitó gritarle a Simón Luna, antes de que se le

desmandara en su escolta. Fue como si a un potro le sacaran un bozal que le hubieran puesto un poco a traición. La traición es un potro pialado. Se le ocurrió, no podía ser de otra manera, que debía ser el mismísimo regimiento escolta de Lavalle con él a la cabeza, que ya estaría en las ultimas.

Respiró, se le abría el pecho; Oribe, su estado mayor y sus correos, se adelantaban. Tenía derecho a hacer lo mismo, allí terminaba su obligación de jefe de división, de capitán general, de gobernador caudillo. Como un largo látigo de carrero que chasqueara, viboreó la línea del combate. La última cinchada. El sol principiaba a levantar un vaho húmedo, agobiante, tropical, que se mezclaba el olor de sudor, sangre fresca y pólvora y le cosquillaba las narices.

Los tucumanos escapaban y se escondían en el bosque. Ya su pingo comenzaba a tropezar entre los cuerpos de hombres y caballos, entre las armas abandonadas; no quería mirar y encontrar entre ellos un cuerpo conocido. Lo estremeció el presentimiento. Simón Luna volvería en parihuela, sobre los hombros de sus gauchos, recosido a lanzazos y sablazos, como sólo podía morir Simón Luna.

De nuevo se había detenido Oribe, sus ayudantes y la escolta; fue una orden. Repasó el campo de batalla con su catalejo. Sólo a Lagos debía haberle permitido que persiguiera a Pedernera y su división, además, cómo hubiera hecho para contenerlo. Ese vidrio de aumento lo tornaba otra vez espectador, gobernador, capitán general. Se le clavó casi a la entrada del bosque, del Monte Grande. Uno de sus gauchos tendido en tierra, el busto y los brazos ensangrentados, impedido. Muy cerca su enemigo boca arriba, también el pecho cubierto de sangre. Resollaban como dos grandes llagas al sol. Sólo las piernas y las patas con sus botas de potro parecían indemnes. Se visteaban, sabían que aún no estaban acabados; aún les quedaban las cabezas y las piernas. Brillaban al sol las grandes espuelas nazarenas. Innúmeros puñalitos de plata tantas veces hundidos en las pelambres sudorosas de los caballos. Los pies se les fueron acercando.

Unos se van a las manos, ellos se fueron a los pies. Las nazarenas se alzaban, se entrecruzaban, caían y golpeaban como mazas de las cuales brotara sangre. Las bombachas se desgarraban. Las espuelas subían más alto. Riña de gallos. No podía dejar de mirarlos, la pelea y la sangre lo ataban. Se buscaban los pechos ensangrentados para abríselos más. La del suyo brilló más alto y bajó más rápido. Un zarpazo brutal de jaguar atravesó la cara del otro. Volvió a golpear con ambos pies y la nariz y los ojos se tornaron masas informes. Una agonizante patada del otro le descuajó la mandíbula al suyo. Un último entrevero de espuelas, ensangrentadas crestas de gallos y quedaron inmóviles. Ya no se sabía dónde comenzaban o terminaban sus cuerpos sobre la tierra rojiza.

Bajó con impávida rabia el catalejo. Las tropas de Lavalle huían en desbandada hacia el bosque del Monte Grande, dejando centenares de muertos. Había

transcurrido una hora desde que la primera carga, iniciada por su amigo Lagos, a las 6, fuera rechazada por los veteranos correntinos de Pedernera. Comenzaron a llegarle las partes de sus divisiones; perseguían a Marco Avellaneda y al coronel Torres, que habían mandado las de los tucumanos que lo enfrentaron. Lavalle se les escapaba una vez más, con una escolta de 200 hombres, hacia el exilio o la muerte. Se había batido con 70 hombres de infantería, 1300 de caballería, y tres piezas de artillería de a 4. A los prisioneros los rodeaban como a ganado.

Oribe mandó ejecutar al traidor coronel Facundo Borda, que meses atrás se había pasado a Lavalle, y también a otros oficiales de caballería e infantería. La matanza incontrollable; la venganza con que terminaban las batallas entre unitarios y federales, ganara quien ganara. La borrachera de sangre aumentaba con el calor del sol. Nadie le traía noticias de Simón Luna; pueda que cubierto de sangre suya y ajena persiguiera a Lavalle. Pero ya tenía el presentimiento de que estaba muerto. Lo vio muerto, como si se le muriera una parte de su cuerpo. También del cuerpo de Santiago del Estero.

El coronel Lagos, que al tomar prisionero a Borda le había prometido garantías, indignado por la felonía de Oribe y pese a estar herido, montó a caballo y allí mismo se separó del ejército, camino de Buenos Aires. Así de enteros eran sus amigos. Tuvo ganas de seguirlo, pero era el gobernador, y en Tucumán estaba su mejor amigo.

Esperaba que le trajeran a Simón Luna o a Juan Lavalle, pero ya tampoco le cupo dudas, el héroe de Riobamba siempre tendría a su lado al santiagueño Alejandro Ferreyra, el del apelativo quechua Alicú, el baquiano más famoso de las guerras de la Independencia. Se lo llevaría por desconocidos senderos del bosque y de las sierras; nadie podría alcanzarlo mientras él lo guiara. Bastaba con que Lavalle dijera; quiero ir a tal parte o amanecer en cual, y el Alicú señalaba las horas necesarias, el camino más apto por los pastos y las aguadas. En una especie de cacería, en la que íntimamente creía jugar parte de su prestigio, le había soltado a Josabán, su baquiano. Lo persiguió entre cerros y montes, cuando los atravesaba para llevar partes y correos de Lavalle, Paz o La Madrid; pero tuvieron que darse por derrotados. Imposible cazarlo, pese a que el Alicú ya debía andar por los 60 años; decían que era bastante entrado en carnes, bajo de estatura, pelo canoso y cutis trigueño, bien de su tierra. Hubiera dado cualquier cosa por conocerlo, por apresarlo, hasta lo cambiaría por cualquier coronel unitario prisionero. Cuando lo tuviera en sus manos no lo haría degollar; comenzaría otra prueba para su calidad de caudillo, tendría que convencerlo que lo ayudara. Tendría que hacerle olvidar su idolatría por ese fascinante y soberbio degollador que era Lavalle. La idolatría entre machos. Por nada de su mundo quisiera que la Dolo conociera a Lavalle.

Antes del mediodía, dos de sus gauchos de Loreto le trajeron en parihuela el cadáver de Simón Luna.

José Enrique Ordóñez, el Zunko Viejo, capitán de las milicias de Vinará, tendría que trovar elegíacamente a su Simón; acaso, también para perdonar a otro Luna, su hermano Pedro Ignacio, que era coronel unitario y en 1830 lo había sacado del gobierno. Su cuerpo estaba acribillado a lanzazos y sablazos, como el de su hermano Pancho. Aún le asombraba que las entrañas de su gente no tuvieran color de su tierra. La tenían ya. Una interminable hilera de Simones Lunas, la vio, la siguió mirando, brotaba y se hundía en el tiempo. Quedó inmóvil contemplándola.

## XVIII

**M**iró en derredor. Su sobrino Mauro Carranza, que había permanecido meses como gobernador delegado, mientras duró la terminación de la campaña contra la Liga del Norte, y, además, era administrador y socio en sus estancias de Uyamampa, no se había atrevido a modificar nada en su despacho; como si nadie hubiera estado allí. Salvo que su «amado ahijado» de casamiento, el tuerto Adeodato de Gondra, ya no entraría jamás por esa puerta. Lo había traicionado, se dejó seducir por ese Gutiérrez, casi un invento suyo puesto que él mismo lo había incorporado al ejército de Oribe. Un flamante general de tres al cuarto, que en la batalla de Famaillá había comandado sólo en apariencia el ala de Hilario Lagos. Ahora, por su propia culpa, era gobernador de Tucumán y Gondra su ministro general. Ya no le importaba casi a Marco Avellaneda lo hubieran degollado y empicado su cabeza en la plaza de Tucumán, de que a Lavalle lo hubieran asesinado en Jujuy, de que a su ex amigo el gobernador Cubas de Catamarca y a sus milicianos los hubieran degollado, sólo le importaba la traición de Gondra. Degüello, degollar, para ahorrar balas. La sangre había comenzado a derramarse desde el comienzo del país. El mismo Mariano Moreno, secretario de la Junta de 1810, establecía que con los enemigos declarados, «debe observar el gobierno una conducta la más cruel y sanguinaria; la menor especie debe ser castigada; la menor semiprueba de hechos, palabras, etc., contra la causa, debe castigarse con pena capital, principalmente cuando concurren las circunstancias de recaer en sujetos de talento, riqueza, carácter»... Y añadía: «Porque ningún estado envejecido, o provincia, pueden regenerarse ni cortar sus corrompidos abusos, sin verter arroyos de sangre». Después del combate de la Tablada, Deheza, jefe de estado mayor de Paz, fusiló 23 oficiales y unos 120 soldados de Quiroga que había caído prisioneros. En las campañas de la Sierra, el mismo Paz, según confesión de Rivera Indarte, fusiló a 800 soldados de Rosas. Y su amigo La Madrid, le había relatado que después de Oncativo había hecho lancear prisioneros vencidos; en La Rioja hizo llevar a la cárcel, con una cadena al cuello, a la madre de Quiroga que tenía más de 70 años. Se le acusaba de acollarar 200 federales y mandarlos lancear en su presencia. Y Lavalle le escribía al gobernador Ferré de Corrientes: «Espero que Ud. estará tan bueno de salud como yo, para que me ayude a hacer degollar al ejército de Máscara todo entero». Y en la proclama a los correntinos: «Se engañarían los bárbaros si en su desesperación imploran nuestra clemencia. Es preciso degollarlos a todos. Purguemos la sociedad de estos monstros. ¡Muerte, muerte sin piedad!».

En vano había esperado en Tucumán para cobrar las indemnizaciones de guerra que debían a su provincia. La confederación, desde Rosas a Oribe, ya debía estar muy segura de su lealtad como para preocuparse de problemas económicos. Santiago tenía

que seguir siendo pobre y mendiga.

Con el atardecer aumentaba el trajín en su casa. A la noche, ofrecería el baile de despedida al presidente Oribe y a Garzón. De alguna forma tenía que agasajarlos y festejar el triunfo de Famaillá. Abrió el cajón del escritorio, ya era el cajón de sus desilusiones y rencores, y sacó la carta muy lagar de Gondra, del 6 de octubre, que había recibido en el campamento de Metán. No recordaba cuántas veces la había leído, la sensación de picanazo aumentaba. «Mi amado padrino», comenzaba con aire de Judas que ya le sonaba burlón. «Hace algún tiempo que formé la resolución de trasladarme a vivir a otra parte desde que vi y conocía a no dudar que mis servicios no eran necesarios, y que otros podrían suplir perfectamente mi falta». Saltó un párrafo anodino. «Cuando formé la resolución de salir de aquí era para vivir oscuramente en Buenos Aires trabajando para mis numerosos hijos, pero mi digno amigo el sor. Gral. Gutiérrez, me exigió la promesa de acompañarle a Tucumán, y en efecto le di mi palabra». Todo esto a sus espaldas, sin que él lo supiera; si no tuviera un morboso deseo de releer esta carta para caldear su fuego, la habría hecho añicos. Pero le resultaba imposible separarse de ella, de esta prueba infamante. «Ahora colocado este amigo a la cabeza de su provincia, me exige el cumplimiento de aquella, y estoy en el deber de prestarme al llamamiento del gobierno del país donde nací». Nací, nací. Durante los trece años que había estado a su lado, él lo había hecho nacer políticamente. «La familia de Ud. anda diciendo aquí a todo el que quiere oír que yo he aspirado y aspiro al gobierno de esta Pvcia. Despreciaría yo estos rumores si procedieran de otras personas, pero la experiencia me ha enseñado a respetar en silencio lo que diga su familia, aunque sea contra mí». Aunque fuera cierto, ¿qué podían importarle los chismes de su familia, acaso él era juguete de ella? Luego la excusa de que debía entregar a su suegro Alcorta los bienes que le administraba y esto lo dejaba en la indigencia. «No crea Ud. que es exageración, no tengo ya con qué dar un pan a mis hijos. Voy pues a buscarlo y ganarlo con el sudor de mi rostro». Para colmo y como si ya estuviera todo resuelto, se había permitido comunicárselo a Rosas, mientras él estaba en campaña. No la había contestado, ni la contestaría nunca.

Como una prueba más, había unido a ella la carta de Gutiérrez, fecha el mismo día 6 de octubre pero en Tucumán. Después de invocar «el amor, respeto y gratitud» que experimentaba por él, terminaba «haga un sacrificio, redoble los motivos de mi agradecimiento y permítale a nuestro Amigo Gondra, que venga a servir a la Sagrada causa de la federación, al gobierno hermano de Tucumán, a Gutiérrez su siempre constante e invariable Amigo y compañero Q. B. S. M.»

Lo llamaban rencoroso y vengativo, ya encontraría el modo de mostrarles en qué medida lo era con los que traicionaban la amistad. Echó las cartas al cajón y lo cerró de un golpe. Hasta hubiera preferido que lo traicionara una mujer y no un hombre. Se incorporó serenándose, se tragaba el rencor como sapo a una brasa. Necesitaba vestir

su uniforme de gran gala, que tan pocas veces usaba, para asistir al baile. Santiago y él eran, también los vencederos en Famaillá.

Saludó con menuda inclinación de cabeza a una parienta cercana de su mujer. Cirpiana Carol se había negado a asistir, casi un mutuo acuerdo cuyo secreto conocía toda la ciudad. La impuesta presencia de Dolores, la Dolo, bastaría para la comidilla del sarao. Su hermana Águeda Ibarra de Taboada lo acompañaba para hacer los honores de la casa, se lo debía muy íntimamente como agradecimiento; también para equilibrar la preponderancia familiar, ya que Mauro Carranza, fue su gobernador delegado; con indudable alegría de él, le había hecho aceptar la renuncia presentada por Gondra. No quiso pensar que si Gondra y su mujer, la gente chismeaba que también había sido su amante, estuvieran allí tendría la certeza de que todo andaría mejor. Oribe, que no podía ocultar esa petulancia y pretensión de los del litoral y el puerto, se sentiría si no deslumbrado por lo menos sorprendido, de tono de la fiesta.

Ya se encontraba la mayoría de los invitados. Con el índice, abrió un instante el alto cuello con alamares dorados de su casaca; por suerte, al caer la noche había disminuido el calor de ese tórrido día de febrero. Miró a Garzón y los otros jefes del litoral; ellos debían sufrirlo más, aunque ya había tenido tiempo de acostumbrarse. En cuanto se iniciara el baile, Águeda había dispuesto que se sirvieran los sorbetes y refrescos. El cuchicheo aumentaba, debía hablar de la Dolo. Muchos, inclusive su familia, no lo creerían capaz de haberla invitado.

—Salvo los cortinados, los chalecos y los moños punzón, parece una fiesta de los unitarios —le dio Garzón, sonriente y en voz baja, señalando con amplio ademán las salas iluminadas, las mesas tendidas, la orquesta con el maestro Gentilini al piano.

—Te diré que ellos han contribuido largamente y más o menos voluntariamente, hasta el piano es un préstamo de los Palacio —contestó en el mismo tono. Al día siguiente, su amigo abandonaría Santiago, había envejecido y engordado un poco, igual que él. Quizá, no lo volvería a ver jamás. No quiso analizar sus presentimientos. Los amigos que se iban para abajo, para el puerto, a la larga terminaban haciéndole una trastada. ¿Qué fiesta le organizaría Gondra a su nuevo gobernador? No se podía confiar en los tucumanos, eran zalameros, falsos y arribistas. Como si adivinara sus pensamientos era probable que ya fuera así, Garzón le preguntó sonriendo:

—¿No me tomarías de ministro general, ya que te has quedado sin él?

—Terminarías haciéndome lo mismo, ¡si no te daba por suplantarme! No nombraré a nadie.

—¡Ay, Felipe!, siempre el mismo receloso...

—Es por esto que me voy quedando sin amigos volubles —se adelantó un paso para saludar a Dolo, sin verse obligado a presentarle a Eugenio. Todos debían mirar a hurtadillas a la mujer, tan hermosa como desconocida, que entraba con arrogante serenidad, salvo su amigo que lo hacía ostensiblemente. No se la presentó; en el



primer momento no supo ver claro el motivo, luego, reconoció que tenía miedo de que se la birlara como cuando eran subtenientes. Aunque todo había cambiado y de los dos era quien había llegado más alto, conservaba los temores y las debilidades de la común juventud.

Los Palacio vinieron también en clan, sin perder su empaque; sólo faltaban Agustina y Gregorio, en el Bracho y en el Monserrat. Nadie se permitía despreciar una invitación suya. Llegaron, por fin, su cuñado Saravia, nuevo gobernador de Salta, en compañía del presidente Oribe. Las presentaciones y saludos, resultaron más largas de lo que esperaba; estas fiestas le resultaban pesadas. Debía comenzar el minué federal.

Oribe, como estaba previsto, escogió por pareja a Águeda. Mauro Carranza, que ya se creía su heredero político, tomó la tarea de organizar las restantes parejas y la dirección del minué. Saravia invitó a la señora de Domingo Palacio. Ahora le tocaba a Garzón, quien decididamente, y luego de sonreírle apenas, como para pedirle autorización, invitó a Dolo. Tras de un silencio sorprendido, creció el cuchicheo. Nadie en Santiago, ni Dolores misma, creería que esto no había sido planeado con su compinche. Mauro quedó azorado, por lo menos se le habían trastrocado las jerarquías oficiales.

Lo dejó sentirse perdido y con decisión se dirigió hacia Tomasa Gondra de Santillán, la hermana mayor de Adeodato; tal gesto podría conmovier a la familia, pero no hacerles cambiar de idea o producir una escisión. Aunque no era tan simple mudarse por un hermano ministro que vaya a saber cuánto duraría.

Los jefes orientales, como invitados, eligieron libremente sus parejas. Mauro se había reservado para sí la hermana del gobernador de Salta, proseguía sus relaciones políticas. Los Taboada lo vigilaban de cerca.

A una señal suya, comenzó la danza. No sabía bailar, ni le interesaba; el minué federal era obligación estatal que cumplía sin placer. No quiso mirar a la Dolo, aunque de reojo comprobaba, durante las figuras de cortesía de la danza, que ella buscaba sus ojos para solicitar su asentimiento o demostrarle que sólo pensaba en él. Ni a ella ni a Eugenio los miraría durante todo el baile, para inquietarla. Su compañera debía haber sido linda, lucía hoyas más hermosas que las de sus mujeres. Estaba mal, a las mujeres había que regalarles cosas caras, de vez en cuando. Se equivocó en la vuelta, tenía que ser por la derecha, luego la reverencia. No los miraría. Sonrió cariñosamente a Escolástica con su gran peinetón de carey y la divisa punzó, acentuó la sonrisa al tocarle las enguantadas puntas de los dedos. Había sido uno de sus primeros amores, pero no le gustaba repasar las cosas idas y perdidas para siempre. Aunque ver reunidas a mujeres que le habían pertenecido, a veces al mismo tiempo y sin que alguna de ellas lo supiera, lo engallaba. Pronto, cuando la hidropesía lo clavara doliente, inmóvil en un sillón, recordaría hasta este paso torpe que acababa

de dar y la sonriente reverencia. A Cipriana no la podría olvidar jamás, aunque todos creyeran lo contrario. Con esos ojos chicos y abolsados y los ajustados y secos labios suyos, a la gente debía costarle mucho descubrir que sonreía. No la miraría ni lo miraría a Eugenio. En la madre de la Libarona, Agustinita, quedaban aún rastros de la gracia con que su hija movía la cabeza, algo de monería. Oribe se creía, al menos en la pose, presiente de la Banda Oriental. Toda la gente que anda cerca de los puertos no es muy segura en sus ideas. Se olvidaba, cambio de pareja y reverencia; su vida amorosa. La mujer de su cuñado el gobernador Saravia; era gente muy leal; siempre le gustaba pagar los favores recibidos. Lástima que su fiel amigo Iturbe, a quien habían repuesto como gobernador, el que fue a Sevilla perdió su silla no hubiera podido llegar a este baile. Había dudado en gastar la plata de los unitarios en esto y en los bailes populares; pero la gente necesitaba algo de diversión y relajo, después de tanta sangre y privaciones. Dolo estaría orgullosa, a las mujeres les encantaba entremeterse en la amistad íntima de dos hombres. «Me gustaría escuchar lo que hablas con Garzón», le había dicho ella; debía imaginar que siempre hablaban de mujeres. Agustinita rotosa y desgredada en la selva, por amor. Garzón criado en los cuarteles conocía mejor a los hombres, soldados, gauchajes, montoneros y políticos. Si hubieran venido los nuevos gobernadores de Catamarca y La Rioja, este hubiera sido un verdadero baile federal. ¿Cómo sería ese caudillo del litoral, Urquiza, que tanto le recomendaban Garzón y Oribe? Le mandaría un poncho santiagueño de regalo. Sí, ahora tenía que ofrecer la mano enguantada a su pareja del comienzo para la vuelta y reverencia final.

Sonó en el patio una salva de fusilería y la invocación, a voz en cuello. «¡Viva la Santa Federación, mueran los salvajes unitarios!». La señal también, para que comenzaran las fiestas populares. Tendría que ir a cada una de ellas; esto le gustaba de verdad, se sentía a sus anchas. Estaba seguro que cuando él saliera, los jóvenes, acaudillados por los Taboadas, para mostrarse modernos y evolucionados, haría tocar y bailarían vales. Le parecía aceptable «Nardos y rosas», que era criollo, pero siempre que no lo bailaran. Era peor prohibirlo por inmoral, la gente lo bailarían a ocultas. ¿Y a la gente y a la Iglesia no se le ocurría que muchos de sus propios actos eran inmorales? Así como había las temporalidades, existirían las inmoralidades, sonrió, debían tener una relación mayor que la simple eufonía.

Oribe, que conversaba con Saravia, se excusó de acompañarlo a la plaza; quedó en que vendrían a buscarlo cuando fueran al campamento. Supondría que para Santiago bastaba con verlo desfilar al frente de su ejército, como sucedería al día siguiente. Salió con sus ayudantes por los fondos. Había simulado no ver la cara ansiosa de Dolo. Le haría pagar ese baile con Eugenio; aunque él no hubiera podido, no debía. Había bailado con su amigo del alma, ya no sabía si esto era excusa o agravante.

Al llegar a la plaza, se dio cuenta que también lo acompañaban sus dos sobrinos Carranza y Taboada. Se aflojó el cuello, todo un mundo variaba en este ademán. A sus anchas física y moralmente, ninguna simulación, ninguna ocultación, tal cual era. Venía de gran uniforme porque a ellos también debía gustarles verlo y hasta tocarlo vestido como jamás estarían ellos. Cada uno estaba dentro de ese resplandeciente uniforme de capitán general y gobernador, que por ser suyo era de ellos.

Pasaba de fogón en fogón, las largas mesas improvisadas con tablones, los platos regionales de siempre, pero en mayor cantidad. Una fiesta era la cantidad en comida y gentes. Guitarreadas y bailes criollos. Gatos, malambos, cuandos y cuecas. Como el 26 de diciembre en las fiestas de San Esteban farristo, que no le gustaba que le recen, y quiere que le bailen nomás. Levantaban el polvo ralo en el suelo apisonado. Las chinitas con las mejores prendas, como los hombres de la ciudad y el campo. La gente había venido de lejos para el gran baile federal.

Lo vivaban, lo aclamaban, le estrechaban la mano y no faltaba quien intentara abrazarlo; las mujeres daban la sensación que, si lo deseara, serían suyas allí mismo. Tenía que aceptar los brindis y beber con ellos en especial la aloja y el vino carlón; debía aguantar bien, porque en todo era ejemplo. Y sólo Dios sabía si esta no era la última gran fiesta que podría compartir con ellos. Todos los diminutivos cariñosos de su nombre o apellido asaetaban la noche, seguidos por vivas a la federación.

En un grupo se vio obligado a bailar una zamba, alguien le prestó el pañuelo punzó que él no tenía; tampoco lo hacía bien, pero igual lo aclamaban y aplaudían. Sus dos sobrinos lo seguían, din duda para hacerse conocer de la gente; tuvo ganas de despacharlos a sus casas. Ante su sorpresa, una voz vivó a Mauro, como gobernador delegado; pueda que él mismo lo hubiera preparado. Entre su gente no los necesitaba, como tampoco a su escolta; pero no debía confiar demasiado, así habían asesinado a Facundo Quiroga en el camino de Barranca Yaco, por no aceptar la fuerte escolta que le prestaba. Creía que basta con su nombre y su presencia para asustar a sus enemigos.

Casi reconoció la forma en que le palmeaban la espalda, encontró la cara sonriente de Garzón.

—¡Ay Felipe! Siempre el mismo. En la berlina hay una moza llorando. Y en la otra, nos espera Oribe —sonrió irónico—. Se me ocurre que no está muy contento de tanto oír aclamaciones que no le están dirigidas. Vos no lo conoces como yo.

—A las mujeres les gusta llorar, en particular a esa. Además, ella sabe que no debe interferir en mis obligaciones oficiales —contestó, tratando de ocultar su felicidad; había derrotado a Eugenio. Al dirigirse a la vieja carroza del gobierno donde estaba Oribe, le hizo señas de continuar viaje al cochero de la berlina ocupada por la Dolo. Simuló no ver, en la semioscuridad, la casa angustiada que se asomaba al ventanillo.

Continuaban aclamando su nombre. Eugenio tenía razón, a la luz de los faroles del coche, vislumbró que Oribe lo miraba con fastidio. No debía estar acostumbrado que en su presencia vivaran a otro, por lo menos fuera de Buenos Aires. Ordenó ir directamente a la fiesta del campamento del ejército confederado, allí cambiaría de expresión.

## XX

— ¡Agustina Palacio, viuda a los 20 años! —soltó sin darse cuenta, ante el mensajero del comandante Fierro.

—Sargento Benicio González, conteste a su jefe, que la señora viuda de Libarona puede pasar a Santiago cuando lo desee y que ponga un carruaje a su disposición. En cuanto al cadáver de su marido, que lo retengan en el Bracho hasta que disponga el juez. Aquí tiene la orden por escrito.

Cuando volvió a quedar solo, releyó la detallada narración con las declaraciones de Fierro, Únzaga y el sargento Carreño. Mientras y casi involuntariamente, acariciaba el reloj de bolsillo regalo de su hermano Pancho; al terminar el simple y trágico relato, lo apretaba con fuerza en la que se mezclaban la alegría y el furor. Se cobraba otro de los lanzazos. «La joven viuda, se encuentra al parecer en buen estado de salud, aunque muy desmejorada», terminaba la declaración de Carreño. Le extrañó que supiera firmar con tanta claridad y buena caligrafía. Se lo traería para su escolta; ya le habían dicho que era famoso como guitarrero y cantor, no como para que anduviera perdido por esos andurriales.

—La viuda de Libarona tiene 20 años —repitió, caminando hacia la ventana que daba a la galería exterior.

El cadáver ya debía estar enterrado y putrefacto. Se había acabado el traidor gallego Libarona. Si ella quería el cuerpo, la carroña de su marido, tendría que venir a pedírselo personalmente. Y estaba por verse si se lo daría. De una vez por todas, los Palacio debían aprender que las cosas de la vida costaban más de lo que ellos se habían acostumbrado a pagar.

Agustina tenía dos hijitas del muerto. Tuvo ganas de volver a la casa de Águeda y mirar de nuevo a su hijo, se le ocurrió que lo haría de otro modo. La agente tenía el fanatismo de los muertos, los reclamaban como algo precioso y ya los nietos y los bisnietos del muerto lo había olvidado y ni sabían dónde habrían ido a parar los huesos o cenizas. A él, lo tenía dispuesto, lo enterrarían en la iglesia de La Merced, ¿pero si algún día volvieran los unitarios y profanaran su tumba o desparramaran sus huesos o cenizas? No sería la primera ni la última vez que sucedería. Y aunque el pueblo clamara por sus restos no se los devolverían. Sólo quedaría su memoria. Y los ricos continuarían execrándola y los pobres, tenía que ser así o su vida no tenía sentido, continuarían amándola. Pueda que la gente del pueblo, de su pueblo, no entendiera muy claro por qué la amaba; pueda que a menudo se equivocara, pero a la larga, a través de los siglos, el pueblo nunca se equivoca.

Pudiera que él mismo, con esa sed de venganza que Jehová le había metido en la sangre, se hubiere equivocado con Agustina. Sí, no lo podía negar, puesto que le

hubiera gustado que ella fuera su esposa. Una mujer así era la que él hubiese precisado a su lado, como complemento de todo lo que le faltaba. Sin embargo y sin pensarlo, él le había proporcionado todo lo que era, todo lo que ella sería como símbolo. Si Felipe Ibarra no se hubiera cruzado en su destino, ella no habría pasado de ser la aristocrática mujer de un gallego comerciante.

La Dolo, mujer para ver claro en otra mujer, tenía razón; había hecho de la Libarona un símbolo, un mito, lo más que pueden aspirar los seres humanos. Ni él mismo estaba seguro de alcanzarlo.

Con el cuerpo de su marido o no, ella y su familia se irían a Tucumán, aprovechando las buenas relaciones políticas que, aparentemente, reinaban. Se irían con Gondra y Gutiérrez, y el relato de sus penurias estremecería de horro al «jardín de la república».

—¡Se irá sin los huesos de su gallego! Y no los tendrá mientras yo viva.

Poco antes del mediodía, apareció su pariente, el oficial mayor Hernández, con el despacho para la firma. Su ahijado Gondra había propuesto en 1830 a la Legislatura que se nombrara «protector de la provincia» al general Paz, desde entonces ya andaría a la búsqueda de protectores mutables. Firmó con rabia, ante la sorpresa de su leal colaborador de tantos años. Sólo se preocupaba de los desleales, debía ser otra forma de su inseguridad.

Al abrazar a Eugenio Garzón en la despedida, ya tuvo la certeza que no lo vería más, y que algo muy sutil había empañado la amistad de ambos. No entendía por qué parecía incitar a que los amigos lo abandonaran o traicionaran. Se estaría poniendo viejo y llamaba traición a la simple evolución. No, esto siempre lo había visto muy claro.

Tomó el bicornio y el sable, salió sin saludar a nadie en la secretaría. Montó a caballo en el portal, rechazó la escolta y, al trote largo, se fue a casa de la Dolo. Quería ver qué había pasado con ella luego de su baile y su charla con Eugenio, qué le había sembrado él. Cómo empezaría abandonarlo cuando la hidropesía le dificultara la expresión, la lengua, los movimientos. Ventura le había prometido admonitoriamente: «Volveré cuando me necesites» y él, salvo a sí mismo y a su pueblo, no había necesitado a nadie realmente. Tampoco a su hijo, porque si no hubiera arrasado con su conciencia. El galope lo ocultó en una nube de polvo. Nadie creería que pasaba el gobernador. «Sólo en el desierto tendrás derecho a gobernar solo», había dicho un griego, según Wences. Era el desierto, él mismo.

## XXI

**E**staba, por lo menos, más cómodo en ese sillón de brazos arrimado a su escritorio. Tenía necesidad de escribir esa carta larga, una suerte de testamento político, a Rosas. Que alguien en el puerto recordara todo lo que su Santiago se había desangrado en estos treinta años de lucha por la independencia y la federación, alguien que cuando él ya no estuviera fuera capaz de mantener la unión y el orden. Se daría tiempo para escribirla muy meditadamente. Ante el primer amago serio de hidropesía se había hecho explicar detalladamente la evolución posterior del mal, lo había exigido imperiosamente a los doctores Barcena y Arias. No lo obsesionaba realmente el dolor, por espantosos que fuera, pues estaba acostumbrado a sufrirlo y producirlo, sino la inmovilidad, la imposibilidad de hablar, de mandar a su gente. Tampoco creía en los remedios, en esas panaceas que los médicos anunciaban para calmar la inquietud de sus enfermos. Antes de quedar paralizado prefería que lo chuzaran, como a Pancho. Las inmóviles y desesperadas figuras de los enchalecados, de los estaqueados, se vengarían en la suya. Sufriría hasta perder el sentido y quedaría días sin saber lo que le sucedería a él ni a su Santiago. Había pensado que Gondra podía sustituirlo, pero lo que le sobraba en inteligencia y astucia le faltaba en decisión. Mauro ni siquiera tenía esa inteligencia. Todo se iría hacia los Taboada, los hijos e su hermana Águeda, ellos tenían más carácter. Más que la inteligencia importaba el carácter. No tendría tiempo de ver crecido a su hijo, confiaba ciegamente en él, se abriría camino solo, sin que él pudiera ayudarlo. Quizá su apellido le sirviera de algo o tal vez fuese una carga. ¡Si le hubieran dado a Gregorio Palacio! Vaya a saber lo que harían de él los curas o los porteños. Todos los santiagueños de valor se le iban o se le morían.

El último parte de Fierro. Únzaga se había escapado. No entendía hacia dónde, alguien que no contaba con el apoyo de nadie que se atreviera, ni siquiera de su mujer. De ser hallado se le aplicarían las disposiciones de la ley, terminaba su comandante. Sería mejor para él que lo mataran los infieles o se lo comieran los jaguares o las alimañas. Había permanecido incommovible ante las súplicas de los Carol, aún las de Cipriana. Ser de su familia o estar ligado a ella no era canonjía y sí una insobornable responsabilidad; tendrían que aprenderlo sus parientes y allegados, la letra con sangre entra. La ley era él, para él mismo.

Se miró las manos y los pies, había cedido la hinchazón. Ya podía escribir con soltura, aunque pareciera que algo se le repetía en el cerebro. Comenzó el borrador.

No pido para mis deudos «cuando que esto podría importar una particular vehemencia, quiero sí, para después de mis días, dirigir un encarecido encargo a favor de mis paisanos y conciudadanos». Miró por la ventana hacia las tejas de la

casa de los Herrera, los altos limoneros y las dos palmas del primer patio. Algún día no estaría él y los árboles continuarían. «Dígnese tomar en consideración que si los naturales de este país fueron prontos en oír el primer grito de libertad que resonó entre nosotros, y con virtud heroica ofrecerse en justo holocausto a los derechos recientemente reclamados, no han sido menos en conducirse por el camino del orden, oponiendo su lealtad y constancia al furor impío de los desnaturalizados en los fatales, azarosas épocas que señala la historia. Méritos son estos, que valorados por los principios que Ud. profesa, sabrá debidamente acogerlos para dispensar el favor que con el más tierno voto de mi corazón impetro».

Y si Adeodato Gondra había propuesto a Paz como protector de la provincia, ¿por qué no haría él lo mismo con quien podía protegerla mejor?

«Esas fueron las consideraciones que al presentarme el deplorable cuadro de un porvenir tan funesto, me dictan igualmente la calmante idea de consignar esta distinguida porción de la República, al cuidado y protección de la primera autoridad de ella».

Guardó el borrador, tendría tiempo de agregar y corregir. Aún no había llegado el momento en que él desaparecería de la ventana. Aún no había regresado Ventura. Aún no se había ido Agustina Palacio, estaba enferma, en cama; pero se iría. Allí estaba el pasaporte de Agustina Palacio viuda de Libarona y sus hijas Elisa y Lucinda; también el de su madre y hermanas y el de su hermano Santiago que la acompañaría hasta San Miguel de Tucumán. Esperaba que viniera a pedirlos y los firmaría al instante. Sabría cuándo su galera abandonaría la ciudad, cuándo pasaría bajo la hermosa higuera de Vinará, y cuándo llegaría a la última posta de la provincia. Hasta ese momento ella estaría bajo su poder omnímodo, un poder que se contenía ante el de ella. Mártir del amor conyugal, comenzaban a llamarla. Una vez más, Dolo tenía razón. En un país de héroes machos hacían falta más heroínas. ¿Cómo habría quedado después de dos años de sacrificios? No daría un paso para verla.

—Llegó el sargento Carreño, señor gobernador.

Tuvo ganas de decirle a su sobrino Manuel Taboada que, de nuevo, lo tuteara, pero no debía hacerlo.

—Haga pasar al alférez Carreño —dijo, en voz alta como para que lo oyera el sargento que estaba en la puerta.

—A sus órdenes, mi general.

Entró mirándolo como si cautamente avanzara por un estero. Abrió una carpeta militar.

—Aquí tengo su fija de servicios. Muy distinguidos, hasta en la guitarra. He agregado su ascenso a alférez —dijo, tendiéndole la mano.

—Muy honrado, mi general. Hasta en la guitarra hago lo que puedo.

—En mi escolta necesito alguien como usted.



—Espero mercerlo, mi general.

Le gustaba la sobriedad con que ocultaba su alegría.

—Veremos. ¿Dónde cree usted que escapó Únzaga?

—Por las condiciones físicas no puede ir muy lejos, se habría adentrado en algún rancherío. Sin la señora Libarona estaban perdidos —se cortó como si hubiera hablado demás.

—¿Dijo, alférez?

—Que sin la señora Libarona, los dos confinados hubieran muerto antes.

—¿Una mujer admirable?

Lo vio meditar la respuesta, no tanto por él como por ella, por lo que podría dejar traslucir.

—Admirable, mi general —volvió a una pausa—. Verá usted —se cortó, no podría hablar si el general no se lo pedía.

—Prosiga, alférez.

Lo escuchó narrar la historia del jaguar, de su compadre Higinio Salcedo, su rezo en la guitarra. Tenía deseos de interrumpirlo para requerir detalles, pero no debía, sería ponerse en evidencia ante ese criollo astuto.

—Y no tuvo miedo. También daba el pecho a los indios, les cosía ropa y hasta corazones —sin darse cuenta, había continuado en el mismo tono del alférez. Se cortó y puso en pie para la despedida. Comprendió que el alférez se había dado cuenta. Que ambos se habían dado cuenta de todo. Ya era absurdo, estúpido y desleal, que le preguntara sobre la medida de las relaciones entre la Libarona y Únzaga.

## XXII

—¡Q ue me lo traigan a la Quinta! —había sido su primer intento de gritar—.  
¡Allí le concederé la entrevista que merece!

Iría a la Quinta, se molestaría ahora que le era posible, para que todo terminara donde había comenzado, o mejor en el campamento del Polvorín. Apretaría el reloj de Pancho en la mano, el tiempo truncado de él que le reclamaba en el de los otros, de los traidores. Ya le habían enviado, como casi regalo, a Cáceres y lo hizo degollar. El penúltimo lanzazo a Pancho, Ni llevando a Cipriana, ni a la Dolo, se contendría. El amor bien podía ser una especie de incitación a la crueldad. Las mujeres debían gozar particularmente en domesticar a un jaguar o un león, se imaginarían que domaban a un hombre. Que lo domaban a él. Además, serían capaces de echarse a llorar.

El patio sería el mismo. La misma gente; pero faltaban los rastros húmedos de Santiaguito Herrera. Si por él fuera, le hubiera puesto como epitafio: Aquí yace el más corajudo traidor.

Entre cuatro lanceros gauchos, lo vería avanzar como un espectro de llagas y huesos. Esa repugnante y andrajosa figura no podía ser la del juez Únzaga. Avanzaba tambaleante. Reducido a comer raíces, muerto de hambre, ¿dónde podría ir, dónde podría comer, él y el otro, sin la Libarona?, se presentaba en Salavina para pedirle clemencia.

Este era el hombre que había vivido cerca de Agustina, este el hombre al cual ella había curado sus llagas malolientes. A ese extremo físico podía llegar un hombre al cual había hecho juez. Nunca vería ojos implorantes en tal grado. De acuerdo con que pocos serían capaces de mirar la muerte con el desafío de Santiaguito Herrera; pero ya era demasiado que el terror llevara a tal extremo de imploración a un hombre.

Tuvo vergüenza de lo que presentía que debía suceder. Por el sexo masculino se alegró que la Dolo no pudiera estar. Los hombres debían tener vergüenzas secretas, que el otro sexo no viera para que la generación no se contuviera o exterminara. Le gritaría al alférez Carreño que se escondiera, para que esto no hubiera de salirle después, como arañas venenosas de la caja de guitarra. Pero no estaba el alférez y era bueno que así fuera, porque si podía prohibir que algo se bailara, resultaba imposible el que algo se compusiera y guitarrear y hasta se cantara como protesta en la misma presión, hasta que llegara el degüello.

Únzaga avanzó unos pasos más rápido, lo vio, lo imaginó, como si perdiera el equilibrio hacia delante, gritando espantado:

—¡Clemencia, clemencia!

Cayó de bruces, la respiración levantó una nubecita de polvo. Nunca había tenido asco de ningún hombre, ni aun de los que se arrepentían falsamente, porque estos

incitaban aún más su crueldad. Al asco no sabía cómo responder. Le faltaba Gondra para que citándole leyes le pusiera de nuevo en marcha el raciocinio. Tendrían que sacar eso de su vista, borrar su instintiva repulsa; no hacerlo desaparecer porque él continuaría sabiendo que tal imagen existía. Destruirlo.

—¡Clemencia, clemencia!

Avanzaba hacia él, se arrastraba como un sucio y maloliente reptil. Si los guardianes lo dejaban, se arrastraría hasta tocarle y besarle los pies. Esto no podía admitirlo de hombre a hombre, a los reptiles que se arrastran hay que aplastarlos.

—¡Que cuatro hombres lo lanceen! ¡Que lo lanceen ya!

Tenía que volverle la espalda. No quería imaginarlo, no valía la pena verlo, ni inventarlo. Ni siquiera como parte del funeral de su hermano.

Apretó el reloj de Pancho. Le pareció que el imposible chillido de espanto y el golpe sordo y jugoso de las cuatro lanzas ensartadas retumbaban en su despacho. Nunca sería así, como inventaban los unitarios.

Silabeando casi, releyó el parte que desde Salavina le había enviado, el 25 de agosto de 1844, Juan José Tebez.

«¡Viva la confederación Argentina! ¡Mueran los salvajes unitarios! Sor. Gob. Y Capn. Gral. Brigadier Dn. Felipe Ibarra. Muy Sor. Mío y de mi mayor respeto, en consecuencia del oficio que recibí de V. S. Con fha. 16 del que rije y juntamente al reo salvaje Pedro Únzaga, a quien lo mandé degollar el 24 del corriente cumpliendo con la orden de V. S. En la debida forma que V. S. Me ordena».

También, el comandante Tomás A. Del Castillo, a quien Únzaga le regaló el cortaplumas de oro, la única joya que poseía, como agradecimiento por el trato acordado, le acompañó una carta para Santiago del Villar: «En este momento debo morir por orden del sup. Gobierno; yo te debo no sé qué cantidad y te suplico por el amor de Dios me perdonéis porque no tengo con que pagarte. Con esta misma fecha escribo al Exmo. Suplicándole la educación de mis dos hijos varones, si este señor se desentiende te suplico lo tomes a mi Mariano y lo formes hombre, es el único favor que harás a este desgraciado primo. Pedro Ygno. Únzaga».

Dejó el reloj sobre el escritorio. Tendría que ocuparse de los hijos de Únzaga. Había terminado el funeral criollo de su hermano. Una fatiga distinta le pesaba en los pies y le trepaba por el cuerpo. Le pareció que su ventana estaba vacía. Ya.

Desde el tercer patio, donde acampaba su escolta, le llegó el rasguear de la guitarra del alférez Carreño. No conocía ese triste, debía estar improvisando.



ABELARDO ARIAS (Córdoba, Argentina, 10 de agosto de 1908 - Buenos Aires, Argentina, 27 de febrero de 1991).

Fue el quinto de los ocho hijos de una tradicional familia mendocina. Su padre — militar de carrera— cumplía funciones en distintos destinos del país y en uno de esos traslados se encontraba en Córdoba cuando su esposa da a luz antes de que la familia se radicara en San Rafael, luego en la capital mendocina y más tarde en Buenos Aires.

Abelardo se convierte en un estudiante precoz. Aprende a leer en su casa antes de ir a la escuela y en las aulas llamó la atención por sus conocimientos. Leía vorazmente. Realiza los primeros estudios en San Juan, más tarde asiste al Colegio Normal y finalmente completa sus estudios secundarios con los Hermanos Maristas.

En 1927 se radica en la Capital Federal. Inicia la carrera de Derecho que posteriormente abandonará para dedicarse a la literatura. En esos años, su vida se ve llena de dificultades económicas. Hace trabajos a pedido y trata de ingresar en algún diario. A través de un amigo presenta crónicas de viaje en las editoriales pero todas son rechazadas. Desilusionado acude al diario *La Razón* para ocupar un puesto vacante. Fracasa. Como última jugada, antes de regresar a Mendoza, inventa una crónica titulada *Paráfrasis en un poema-Partenón* y la lleva al diario *La Nación*. Dos semanas después lo llaman y le comunican que se incorpora como redactor en el suplemento literario del diario. En ese medio trabajará hasta su muerte.

En 1942 Arias publica la novela *Álamos talados*, con la cual obtiene el Primer Premio Municipal de Buenos Aires, el Premio de la Comisión Nacional de Cultura y, en Mendoza, el premio Agustín Álvarez. Cinco años después lanza la novela *La vara de fuego* que continúa el desarrollo autobiográfico de Alberto, protagonista de *Álamos talados*. Mientras esta narra una experiencia infantil dentro del ámbito campesino que da el contorno propio, *La vara de fuego* concreta las repetidas confrontaciones de un adolescente hondamente sensual que busca una realidad amorosa.

Transcurre el año 1952 y viaja por Francia, Suiza e Italia. Estudia literatura contemporánea en París como becario del gobierno francés. A su regreso reúne una serie de crónicas de viajes en forma de diario que titula *París-Roma, de lo visto y lo tocado*. En 1955 vuelve a Europa, pasa por Francia, Suiza e Italia. En medio de esta travesía se mete de lleno con su notable novela: *El gran cobarde* publicada en 1956.

Ya en 1957 decide regresar a Europa, su espíritu de viaje indomable no lo deja fijo en ningún lugar. Recorre Francia, Suiza, Italia y Bélgica y publica su segundo libro de relato de viaje: *Viaje latino*. Realiza su primer viaje a Grecia y embriagado por la mística helénica nace la idea de escribir sobre el Minotauro. Publica *De la torre de fuego a la niña encantada* (itinerario argentino).

A principio de junio de 1959, se concluyó la película de *Álamos talados* en colores y cinemascopio rodada íntegramente en Mendoza. Fue producida y dirigida por Catrano Catrani y el guión realizado por Abelardo Arias y Antonio Di Benedetto.

Publica en 1962 *Ubicación de la escultura argentina en el siglo xx* (ensayo). Trabajo que recibe el Primer Premio Municipal de Ensayo y el Premio Palas Atenea del Instituto Argentino de Cultura Helénica.

En 1963 da a conocer *Los vecinos* su parábola radioteatral. Publica en 1964 *Límite de clase* una novela por la que obtiene el Premio del Fondo Nacional de las Artes y el Primer Premio Municipal de Prosa. Es condecorado por el gobierno de Italia con la Medaglia Culturale.

En 1966 publica *Minotauroamor*, por la que recibe el Premio Nacional de Literatura. El análisis del discurso en *Minotauroamor* de Abelardo Arias, permite al lector acceder a una serie de conceptos acerca del hombre y de las realidades que le conciernen: el amor, la amistad, la belleza, el arte, el poder, entre otros.

En 1967 publica *Grecia en los ojos y en las manos*.

En 1968 nos sorprende con *La viña estéril*. Como bien expresa Marta Castellano, en la novela «*La Viña Estéril*» (1968), del escritor mendocino Abelardo Arias, se verifica un interesante proceso de elaboración del discurso narrativo, a partir de la recurrencia de un procedimiento que se basa en el juego con las distintas dimensiones

temporales; este fenómeno da indicios de una cosmovisión particular que se relaciona con una mentalidad mítica, y se condice con la clave religiosa del texto.

En 1969 publica *Viajes por mi sangre* (itinerario argentino). Orden del Mérito, en el grado de Caballero Oficial, otorgada por el gobierno de Italia.

En 1971 gana el Premio Nacional de Literatura, el Premio del Rotary Club, el Premio Libro del Año y la Pluma de Plata del PEN Club con la obra *Polvo y espanto*. La novela fue llevada al cine en 1987, por el realizador Anibal Unset, con la actuación de Héctor Alterio y Rodolfo Ranni en los roles protagónicos.

En 1973 publica *De tales cuales* (novela).

En 1974 escribe *Intensión de Buenos Aires*, itinerario argentino.

En 1975 publica su diario de viaje *Talón de Perro*. Recorre Francia e Italia.

En 1976 publica *Antonio Sibelino, escultor* (trabajo de investigación y crítica), y *Aquí Fronteras* (novela). Recibe el Gran Premio Fundación Dupuytren.

En 1979 publica la novela *Inconfidencia (El Aleijaidinho)*.

Recibe la Orden de la Inconfidencia, otorgada por el Estado de Minas Gerais, Brasil.

En 1981 comienza a trabajar sobre su libro *Él, Juan Facundo*, obra que le llevará ocho años de elaboración debido a que se encontraba enfermo.

En 1988 le es otorgado el Gran Premio de Honor de la Sociedad Argentina de Escritores. Se concretan numerosos homenajes con motivo de sus 80 años.

En 1991 fallece en Buenos Aires el 27 de febrero. Siguiendo los deseos del escritor, sus cenizas son arrojadas al Río Diamante.

En 1995 la editorial Galerna publica *Él, Juan Facundo*, su novela póstuma.